LOS

ESTADOS-UNIDOS

DE LA AMÉRICA DEL NORTE.

ESTUDIO HISTÓRICO ACTUAL

SOBRE

Su colonizacion,—Gobierno,—Educacion moral y religiosa,— Agricultura,—Industria,—Religion,— Libertad de los esclavos,—Guerra del Sur,—Los mormones,— La California y el camino de hierro del Pacífico,— Viajes,—Costumbres, etc., etc.

POR EMILIO JONVEAUX.

OBRA PRECEDIDA DE UNA INTRODUCCION

POR

EDUARDO LABOULAYE,
DEL INSTITUTO DE FRANCIA.





MADRID,
LIBRERÍA DE **D. LEOCADIO LOPEZ**, EDITOR,
calle del Cármen, número 13.

1871.

MADRID, 1871.—Imp. de M. RIVADENEYRA, Duque de Osuna, 3.

INTRODUCCION.

Hoy dia se buscan y se leen con curiosa avidez los libros que hablan de los Estados-Unidos; la América está de moda, y en mi concepto, ese favor público se prolongará todavía por algun tiempo. Si el pueblo americano se atrae la admiracion, no es únicamente por haber sostenido con valor y tenacidad una guerra civil sin igual, y por haber triunfado de ella sin recurrir á la dictadura, siempre mortal para la libertad, sino porque la América nos ofrece el espectáculo de una democracia omnipotente, y porque no debe más que á sí misma su prosperidad y su grandeza. La vieja Europa encuentra en ella un modelo, de que no puede apartar su vista; los Estados-Unidos han resuelto el problema que estudiamos hace ochenta años, á traves de tantas agitaciones y miserias.

El mal de que adolece la Europa es el cambio completo de las condiciones de su existencia. Un nuevo mundo comienza en los pueblos envejecidos; la sociedad antigua procura transformarse y rejuvenecerse. Hasta 1789, y quizá todavía más tarde, el trabajo ha sido

mirado entre nosotros como una obra servil. Todos los honores se han prodigado á la profesion de las armas, todos los favores se han dispensado á la toga y á la administracion. El obrero y el labrador, relegados al último puesto, han soportado todo el peso de las cargas públicas, y en cambio no han recibido más que el desprecio de las clases privilegiadas. Hoy la industria es la reina del mundo; el trabajo es cada vez más respetado, es el que produce las riquezas y la influencia, y no se puede prescindir de contar con él. Verdad es que la carrera militar conserva todavía cierto barniz de nobleza; es indudable que la clase media busca los empleos públicos, y en las provincias se encuentran aún nobles ociosos y empobrecidos, que son muy inferiores al plebeyo rico y laborioso, al que miran con altivo desden; pero ésas son las últimas palpitaciones de una sociedad agonizante; el oleaje de la democracia se eleva sin cesar, y se aproxima el momento en que la agricultura y la industria adquieran la conciencia de su fuerza, y en que las leyes se hagan en provecho de los que trabajan y por los que trabajan. El gobierno del país por sí mismo, ese voto ferviente de todos los espíritus previsores y liberales, no será otra cosa que la victoria del trabajo sobre la ociosidad.

Esa cuestion, que tanto nos perturba, hace largo tiempo que la han resuelto los americanos, favorecidos por las circunstancias. Los emigrados de Europa han dejado detras de sí la dignidad real, la nobleza, la Iglesia, la centralizacion y los ejércitos permanentes; jamas han tolerado entre ellos los privilegios, y han mirado la ociosidad como una deshonra; su sociedad ha estado basada siempre en dos cimientos indestructibles, el trabajo y la igualdad. Ademas, para demostrar al antiguo mundo que ese nuevo principio de civilizacion no depende ni de la raza ni de la sangre, los americanos han abierto su país á todos los pueblos del universo. Ingleses, irlandeses, escoceses, alemanes, franceses y noruegos, llegan allí en gran número todos los años, sin que semejante afluencia cause perturbacion alguna en la marcha regular. El espíritu de trabajo y de libertad transforma con rapidez á los recien llegados, y hace de ellos verdaderos americanos.

¿De dónde proviene una metamórfosis tan pronta? ¿Cómo se ha verificado, por ejemplo, el que la California, invadida por emigrantes de todos los países y de todas las razas, haya llegado á ser, en ménos de diez años, un estado completamente americano en costumbres, en sentimientos y en ideas? Ese milagro se explica por medio de causas tan naturales como sencillas. Tres elementos constituyen el nuevo espíritu que anima á la democracia americana, y esos tres elementos que M. Jonveaux ha puesto en completa evidencia, son la libertad, la educacion y la religion. Los tres faltan más ó ménos en el antiguo continente.

Para una escuela que ha reinado largo tiempo en Francia, y que todavía cuenta más de un adepto, la libertad es ante todo, y casi únicamente la libertad política. Elecciones hechas sin que intervenga en ellas la administracion, la responsabilidad ministerial, el

gobierno de las cámaras, la prensa y el jurado: hé ahí lo que constituye la libertad de un pueblo. A mi entender, hay en eso un error capital; error que explica el mal éxito de las dos últimas monarquías. Nos habian fascinado el ejemplo de los ingleses y las teorías de Montesquieu, pero no habiamos tenido en cuenta que, entre nuestros vecinos, el régimen parlamentario no es más que el coronamiento de las libertades locales é individuales, que constituyen la fuerza y la gloria de la vieja Inglaterra. La libertad política es uno de los elementos de la libertad; no es toda ella. Es una garantía esencial, que nada puede reemplazar; pero una garantía es necesario que proteja algo, y que detras de las fortificaciones haya una ciudad y ciudadanos. Con las instituciones del antiguo régimen y del imperio, la centralizacion, los privilegios de los funcionarios, la dependencia y la subvencion de las Iglesias, la enseñanza monopolizada por el Estado, sin libertades municipales y provinciales, y sin derecho de asociacion, de reunion y de peticion, ¿qué es el régimen parlamentario? Un sistema falaz, que promete la libertad y no la da, y con harta frecuencia tambien el gobierno de algunos intrigantes políticos, que en su reinado obran exactamente como los que con sus manejos derribaron, y que entonan la misma cancion con la pretension de ejecutarla mejor. ¿Qué importan al labrador y al obrero esas luchas de tribuna, que en nada mejoran su condicion? Indudablemente pueden asociarse á ellas en un dia de cólera, y buscar en la oposicion más ex-

tremada un remedio para los males que sufren, y hasta pueden derribarlo y destruirlo todo; pero en 1848 se vió para qué sirve una revolucion, si eleva al poder personas imbuidas en las ideas rancias, y que creen que se hace la felicidad de un pueblo con sólo variar el nombre al gobierno. Para fundar la democracia en Francia eran necesarios otros políticos que los republicanos de 1848; ni con los errores de una revolucion abortada, ni con los tristes oropeles de la Convencion puede establecerse la libertad.

¡Que la América nos sirva de ejemplo!.... Allí la libertad no está concentrada en una cámara legislativa; se encuentra por todas partes, como el aire y la luz; es la riqueza del hogar doméstico, el patrimonio del último ciudadano, y hasta del extranjero que llega desde el otro lado del Atlántico. Libre para establecerse en donde le plazca, para vivir como mejor le parezca, para adorar á Dios á su manera y para educar á sus hijos como lo crea conveniente; libre para escribir, hablar, usar armas, reunirse ó asociarse con quien quiera; mezclado desde el primer dia en el gobierno de la escuela, de la Iglesia y del municipio, apénas se apercibe de la existencia de un gobierno central y de un congreso. Ese gobierno es una realidad sin la menor duda, pero existe para representar en lo exterior la unidad nacional, para mantener la paz interior más bien con su presencia que con su autoridad; jamas interviene en los asuntos del ciudadano; el americano jamas se ve obligado á inclinarse ante ningun funcionario para obtener como favor lo que le pertenece de

derecho. Cada uno es árbitro y soberano, no una vez cada seis años, sino todos los dias, con sólo la condicion de respetar la independencia de su vecino, y sin tener nada que temer, más que á las leyes justas, aplicadas por el jurado ó por jueces que jamas se hallan bajo la dependencia del Gobierno. Nada de ejército permanente, nada de quintas, nada de administracion; aquél es el reinado de la libertad y de la igualdad más perfectas. De ahí esa energía individual, que nos causa tanto asombro; de ahí esa actividad, que hace prodigios; cada uno puede allí pretenderlo todo, pero nadie puede contar más que consigo mismo; allí no hay protegidos, porque no hay protectores. La vida es allí más ruda que en Europa, pero es á la par más intensa y más noble. Se siente uno envanecido de ser hombre y ciudadano.

¿Cómo puede mantenerse semejante sociedad sin policía, sin gendarmes y sin soldados? Porque allí no hay, como entre nosotros, pasiones ciegas ni apetitos desenfrenados. ¿Y de dónde proviene entre nosotros esa ceguedad y ese desenfreno? De la ignorancia. Sólo la libertad puede cimentar la libertad en las instituciones y en las costumbres, haciendo de cada ciudadano el guardador del órden público y el defensor de la ley.

Hé ahí lo que se ha pensado en América desde el primer dia, y lo que todavía se cree hoy. Léase lo que M. Jonveaux ha escrito sobre las escuelas y la educacion de las mujeres en América, y se comprenderá por qué una misma enseñanza, dada á todo un pueblo, le

inspira un mismo espíritu. En la escuela está la fuerza y la savia de la América. «Entregadme la educacion, decia Leibnitz, y con esa palanca levantaré el mundo.» La misma idea dominaba entre los griegos. Sin educacion comun no hay ciudadanos. Así como sus municipalidades, con su gobierno popular y directo, recuerdan las ciudades griegas y romanas, que jamas conocieron el régimen representativo, así tambien su educacion recuerda la educacion cívica, á que se deben las maravillas de la civilizacion antigua. Mas con la diferencia, ventajosa para la América, de que esa educacion no es el privilegio de una raza superior, sino que se extiende desde los más grandes á los más pequeños, y funda, no la aristocracia, sino la democracia.

Lo más notable en el sistema americano es la rapidez de sus efectos; basta una generacion para transformar un pueblo. Léase en la obra de M. Jonveaux el capítulo titulado la *Cuestion negrera*, y se presenciará uno de los milagros de la democracia moderna. Regenerar cuatro millones y medio de negros sumidos en la ignorancia y la brutalidad, enseñar al hombre esclavo, y sobre todo á la mujer esclava, el respeto de sí misma, la decencia, la honestidad, cuando durante dos siglos, amos desapiadados sofocaron en esa raza miserable hasta los últimos gérmenes de la humanidad; hé ahí seguramente una obra evangélica, á cuyo lado parecen pálidas todas las misiones lejanas. Y, sin embargo, las mujeres de la Nueva-Inglaterra han acometido esa empresa, han arrostrado el desprecio, los insultos y los malos tratamientos

por abrazar ese apostolado, y han obtenido un éxito feliz La cosecha produce ya algo más que esperanzas; el negro, emancipado ayer y apénas instruido, llega á ser, á su vez, el emancipador de sus hermanos. «Mi pueblo se levantará por la educacion y por la religion,» me decia hace dos años el reverendo Payne, hijo de un negro y de una india, que llegó á ser obispo de la iglesia metodista, y tenía razon. Esas pobres gentes pagan ya y administran por sí mismas una parte de sus escuelas. Los maestros negros no son inferiores á los blancos en celo é inteligencia. En Europa, entre las clases desheredadas, se encontrarán muy pocos hombres que vean con tanta claridad su redencion, y que hagan en tan corto tiempo tantos progresos.

La escuela americana no forma tan sólo la educacion del hombre y del ciudadano, sino tambien la del productor. Desarrollando el espíritu del obrero, acrecienta la riqueza nacional, ejerce una influencia económica, que la antigüedad no conoció, porque despreciaba el trabajo. El país en donde más se lee es tambien el de los mayores inventos; los buques de vapor, el telégrafo eléctrico, los clippers, los monitores, el *cotton-gin*, las máquinas agrícolas, la máquina para coser y la nueva prensa mecánica son invenciones americanas. En los Estados-Unidos se ha reconocido y proclamado que el trabajo del obrero se halla más bien en proporcion de su inteligencia que en la de su fuerza muscular. Allí se ha resuelto el problema de aumentar la produccion disminuyendo las horas de taller. Hombres activos, instruidos, responsables, han llegado

á hacer más tarea en diez horas que los obreros ordinarios en doce, y se acerca el momento en que en algunas industrias el trabajo diario no pase de ocho horas; allí se va desarrollando el primer gérmen de una grande y pacífica revolucion. No es una ley lo que puede cambiar las condiciones del trabajo y de la produccion, sino la instruccion, la inteligencia, la laboriosidad y la moralidad del obrero; si trabaja más y mejor, puede ahorrarse algunas horas de fatiga y conquistar su libertad.

En Europa se dirá que eso es una utopia; no se quiere creer todavía que la diferencia de clases es una cosa artificial, destinada á desaparecer. Pero en América el cambio ha sido completo: allí un individuo es obrero por la mañana, hombre y ciudadano por la tarde y por la noche; allí se deja el taller para oir una lectura de historia ó de literatura, ó para asistir á un meetting político ó religioso. Esa perfecta igualdad de condicion no extraña á nadie; lo que choca á los americanos son nuestras envejecidas preocupaciones.

Hay tambien en esto la particularidad de que la educacion y la libertad dan al obrero una ventaja sobre sus demas conciudadanos. Las penalidades de su infancia, la dureza de su primer trabajo, el esfuerzo incesante que tiene que hacer para elevarse, y las privaciones que se impone, maduran su espíritu con precocidad, y conoce mejor la vida y los hombres. Tiene más energía que el hijo de familia que nunca ha sentido el aguijon de la necesidad. De ahí un fenómeno que sólo asombra á los que no reflexionan.

Los hombres más notables de América, los que desempeñan el primer papel en el Estado, son, en su mayor parte, antiguos obreros. Sin hablar de Franklin, aprendiz de impresor, bastará citar, entre los contemporáneos, á Clay, Horacio Mann, Lincoln, Johnson, Wade y Grant, obreros todos de diferentes oficios. Medítese sobre la influencia que semejantes ejemplos deben ejercer en una democracia..... Entre nosotros, un soldado que llega á ser general anima á todo un ejército; allí, en ese ejército civil, que comprende toda la nacion, el ejemplo de Lincoln proclama en alta voz que con laboriosidad, honradez y patriotismo, todo ciudadano, áun el más humilde, puede llegar á ser algun dia el jefe de la república. Comparad semejante sociedad con esos pueblos envejecidos, en los que todas las ventajas son para aquellos á quienes una fortuna patrimonial asegura el privilegio de la educacion.

Finalmente, la religion es el último elemento de la grandeza americana, y no es inferior á ningun otro en importancia. En los Estados-Unidos se envanecen de ser cristianos, se dice con mucho gusto que la libertad moderna es hija del Evangelio, y que pereceria con él. Esa asercion hará asomar la sonrisa á los labios de algun lector; el escepticismo está hoy dia en moda en el país de Voltaire; pero, sin que sea visto que tratamos de ofender la delicadeza de los talentos superiores, el escepticismo es estéril y no conduce á nada. Para obrar es necesario creer, es preciso esperar, es indispensable amar. Jamas hombre alguno ni

ningun pueblo, han hecho cosas grandes sin tener una fe inmensa. En cuanto al materialismo, que hoy dia más bien es un grito de guerra que una creencia razonada, ha aparecido en el mundo más de una vez, pero siempre, forzoso es decirlo, áun cuando sea sensible y doloroso, ha sido un signo de decadencia y de servidumbre; es la doctrina de los malos tiempos. La libertad no puede acomodarse á tan pobre concepcion del destino de la humanidad. Para servir á los hombres, para dedicarse enteramente á ellos, á pesar de sus vicios, de su ignorancia y de su ingratitud, es preciso considerarlos como almas inmortales de un precio infinito, y no como los más estúpidos y miserables de todos los animales. El efecto más general del materialismo es el conducir á los hombres al egoismo y á los placeres más groseros. «Goza de la hora presente, porque quizá mañana ya no existirás, será siempre la última palabra de la escuela epicúrea. Los estoicos son los más altivos y más nobles, mas no por eso están ménos desesperados ni son ménos impotentes.

Pero si la Religion desempeña un gran papel en los Estados-Unidos, forzoso es confesar que se halla colocada allí en condiciones ventajosas, que á nosotros siempre nos han faltado. «El pueblo de los Estados-Unidos, se ha dicho, ha encontrado el secreto de ser el más religioso de los pueblos, sin que el Estado establezca religion alguna.»

Lo creo así, porque precisamente esa separacion política, esa perfecta independencia de las Iglesias, es la que ha sostenido el espíritu religioso en América.

Entre nosotros, donde la Iglesia y el Gobierno tan pronto son aliados como enemigos, la religion pierde su verdadero carácter, ya no es más que un medio político de oposicion. Si los obispos se mezclasen en las elecciones de los Estados-Unidos, promoverian grave escándalo; entre nosotros, sea cual fuere el partido que adopten, se comprometen, y, lo que todavía es más triste, comprometen la religion, que no tienen el derecho de arriesgar. De ahí esos rencores furiosos, de que son los primeros culpables los que ponen las cosas divinas á los piés de los príncipes; y de ahí esa impiedad, que suele ser con frecuencia la protesta de la conciencia indignada. Miéntras no sigamos el ejemplo de la América; miéntras no concluyamos con una alianza tan funesta para la religion como para el Estado, jamas verémos estrecharse el lazo que une al Evangelio con la libertad; no harémos más que oponer una de esas fuerzas á la otra, cuando han sido formadas para obrar juntas, y no para paralizarse mutuamente.

Que el sacerdote sea el jefe en su Iglesia, pero que no salga de ella, es lo que exigen y recomiendan el Evangelio y la civilizacion. Una vez separada de la política, la religion llega á ser el baluarte más inexpugnable de la libertad. Se aprovecha de ella, la ama y la hace amar; me parece que así se verá en el actual concilio; no puedo creer que los obispos americanos acepten las doctrinas del *Syllabus* y proclamen la necesidad de unir la Iglesia al Estado. Conviene, sin la menor duda, que la Iglesia ejerza autoridad suprema sobre los fieles, y debe desear que éstos sean la sociedad entera; pero esa autoridad es puramente moral. El brazo secular que la protege es su enemigo más cruel, la corrompe y la esclaviza.

No seguiré á M. Jonveaux en lo que dice del protestantismo, de sus divisiones y de su decadencia en los Estados-Unidos. En ese punto no soy de su opinion. La sociedad americana es para mí la flor de la reforma; sus divisiones, sus variaciones religiosas son la condicion misma de su progreso; la libertad de las Iglesias es la que mantiene la libertad política. En cuanto al unitarianismo, que es cierto no cuenta más que un corto número de fieles, léjos de morir con Channing y con Parker, ha producido tres de las mejores obras de nuestro tiempo: la abolicion de la esclavitud, la reforma de la educacion popular, y la creacion de la comision sanitaria para los heridos. Garrison, Horacio Mann y el doctor Bellows son unitarios; no es posible compartir con ellos su creencia; pero ¿cómo no se ha de admirar la energía y la fecundidad de su fe? ¿Qué Iglesia no se envaneceria con semejantes nombres?....

Pero el punto en que estoy enteramente de acuerdo con M. Jonveaux, y que me parece la parte mejor de su libro, son los últimos capítulos, en que demuestra que el catolicismo, léjos de sufrir detrimento con la libertad, adquiere con ella nueva energía. A principios del siglo habia en los Estados-Unidos 90.000 católicos, 55 sacerdotes y un obispo; en el dia hay cerca de 5.000.000 de fieles, 3.000 sacerdotes, 7 arzobispos y 40

obispos. ¿En qué otro país ha hecho el catolicismo semejantes progresos? En donde quiera que se le protege, está á la defensiva, se le teme y se le ataca. En donde se le deja abandonado á sí mismo, crece, se extiende y se hace popular; ¿no se ha de comprender alguna vez esta leccion? Verdad es que en los Estados-Unidos la Iglesia católica se aviene con las instituciones libres, y hasta parece complacerse en ellas. ¡Cuán curiosa es la biografía del P. Hecker, fundador de la Órden de los Paulistas!..... Hé ahí unos monjes perfectamente americanos, y que presentan una fisonomía nueva en la historia. Su medio predilecto y eficaz de apostolado es la prensa; para propagar y defender el catolicismo apelan en ella á la opinion y á la razon. Sea cual fuere el resultado de empresa tan atrevida, es un hermoso ejemplo que oponer á los tembladores (cuakeros), que atribuyen á la fuerza y al silencio la proteccion necesaria, y la condicion de existencia de la religion. ¿Podrian hacer más si defendiesen el error?

No concluiré sin alabar en M. Jonveaux una cualidad muy rara entre los críticos, y es su sinceridad, su honradez. No escribe una novela, no nos presenta como verdades los caprichos de su imaginacion, sino que, por el contrario, se ve que no ha omitido trabajo alguno para beber en buenas fuentes, y no decir nada que no sea cierto y exacto. Su libro hace que se comprenda á la América; nadie leerá su libro sin interes y sin sacar provecho de él. En Francia suelen atrincherarse con frecuencia en su vanidad nacional; parece que

fuera de ese país no existe nada en la Creacion. Ese papel de Narciso no es bueno, ni para los individuos, ni para los pueblos; así se contrae el aniquilamiento y la extenuacion. Estudiemos las demas naciones, concurramos á su escuela cuando saben más que nosotros, y tomemos de ellas lo que tienen de bueno: ése es el único medio de sostener el rango adquirido en el mundo. Serémos altamente apreciados cuando reconozcamos nuestros defectos, y cuando cesemos de admirarnos á nosotros mismos, se nos hará cumplida justicia.

EDUARDO LABOULAYE.

Glatigny-Versalles, 10 *de Junio de* 1869.

LOS

ESTADOS-UNIDOS DE AMÉRICA.

I.

CHICAGO, LA REINA DE LOS LAGOS.

Más allá de los florecientes estados que agrupan sus apiñadas poblaciones á orillas del Atlántico, se extienden, entre los Alleghanys y las Montañas Pedregosas, vastas llanuras, en parte cultivadas y en parte yermas y salvajes, que presentan una mezcla extraña de barbarie y de civilizacion. Ciudades cuya construccion data de ayer, rivalizan ya en prosperidad con los centros más importantes de la nueva Inglaterra. Se cree asistir á una escena de las *Mil y una noches* cuando se ve á Chicago, la reina del Oeste, salir de la tierra como por encanto, con sus iglesias, sus universidades, su comercio y su vida política. Leavenworth, Omaha, Danver y otras veinte poblaciones atestiguan igualmente la actividad y el furor creador del genio americano.

Miéntras en un lado maduran las mieses, el infatigable labrador esparce por otro nuevas semillas; apartándose de las ciudades y de los centros de poblacion, el jornalero ó bracero, con su cuchillo al cinto, y armado con el rewolver y el azadon, avanza hasta el desierto, disputa el terreno á los Pieles-Rojas, y obliga á la naturaleza á que le entregue sus tesoros. La sociedad, vírgen como el suelo, no se halla subyugada por ninguna preocupacion, por ninguna tradicion; un hombre es igual á otro en la acepcion rigorosa de la palabra, porque en las praderas solitarias no se conocen ni rangos, ni clases, ni áun nacionalidades; la inteligencia y la energía es lo único que aprecia el colono americano. Las dificultades dan temple á su carácter, los sitios grandiosos que le rodean, la soledad, el aislamiento y la vista de sus campos recien roturados le inspiran amor á la independencia, desprecio á las distinciones futiles, y por último, respeto al trabajo. Semejante predisposicion deja un curso libre al desarrollo de las facultades naturales, y debe ejercer una grande influencia sobre los destinos del pueblo, que se forma á la extremidad del Oeste. ¿Qué llegará á ser? ¿qué accion ejercerá sobre el porvenir de los Estados-Unidos? Las praderas del Nuevo-Mundo son como un crisol gigantesco, en el cual se ponen en fusion los elementos más diversos, para componer una sociedad nueva. Si se quiere formarse una idea de esa América futura, es preciso seguir su orígen y sus progresos; pero el tiempo marcha con rapidez en esas lejanas regiones; en el

sitio donde ayer el Sioux y el Comanche perseguian con entera libertad á los búfalos salvajes, se eleva hoy la casa del bracero, mañana un pueblo, y pasados algunos dias la sabana entera se habrá transformado en un país civilizado.

¿Y en qué extension se manifiesta tan prodigioso movimiento? Los estados del Oeste tienen ocho veces la superficie de los del Atlántico, comprendiendo en ellos los del Norte y del Sud; el Oregon, por sí solo, es más grande que la Inglaterra; Téjas es mayor que Francia, y California mayor que España. La inmensa cuenca comprendida entre los Alleghanys y las Montañas Pedregosas ofrece al comercio y á la industria 7.000 leguas de rios navegables, y puede mantener una poblacion de trescientos ó cuatrocientos millones de hombres. Se experimenta una especie de estupefaccion cuando se piensa en las grandiosas perspectivas que se presentan á esos estados nacientes; se comprende la actividad febril americana, y la audacia emprendedora, que nada es capaz de detener, y que á nosotros, los habitantes de la vieja Europa, nos parece un delirio.

Los progresos de la colonizacion deben infaliblemente producir alteraciones en la vida política. Hasta ahora el Oeste, todavía niño, se somete con facilidad á la influencia de la Nueva-Inglaterra, pero no está lejana la hora en que, sintiéndose fuerte, reclame su parte en el poder. El Ohio y el Illinois han formado ya el censo de su poblacion, han comparado la extension de su territorio con la exigüidad de Rhode-Is-

land, del Connecticut y de Massachusetts; saben que eso les dará en el Congreso una importancia que hasta ahora no han tenido, y algunos espíritus fogosos llegan hasta á predecir que la residencia del Gobierno se trasladará de Washington á un punto más céntrico de la gran república. Nosotros no creemos que la capital de la Union se vea tan próxima á ser despojada; sin embargo, en el Oeste se opera una transformacion rápida, y sus consecuencias prometen ser fecundas para el porvenir.

No es nuestro ánimo pasar revista á todas las ciudades americanas que, semejantes á la antigua Minerva, han nacido con la completa plenitud de su fuerza y de su vida. Nos ocuparémos tan sólo de una, Chicago, porque reune en sí los rasgos diseminados en las demas; es una de las obras más gloriosas del genio americano. Edificios gigantescos, calles magníficas, escuelas, todo ha sido improvisado en el espacio de algunos años; y léjos de resentirse la riqueza pública, se ha aumentado en proporcion. ¿Qué gobierno, por hábil que se le suponga, ha hecho jamas otro tanto?

La fundacion de Chicago se remonta al principio de este siglo; pero se hubiera necesitado una complacencia suma para dar entónces el nombre de ciudad á aquella especie de estacion perdida en el fondo del desierto. En cuanto á ese particular, nada iguala á la intrépida confianza de un americano. Cuando os hablan de una poblacion nueva, encomian con entusiasmo su grandeza futura; si manifestais deseos de verla, y lo llevais á efecto, encontrais una casa de tablas en medio de un campo á medio roturar. Dejad obrar á sus habitadores, y lo que todavía no es más que un sueño de su imaginacion, no tardará en convertirse en realidad. Sin embargo, hace cincuenta años el espíritu de empresas no era tan activo en el Oeste como lo es hoy dia; los Estados del Atlántico, que hacia poco habian salido de la tutela colonial, tenian demasiado que hacer en su casa para pensar en empresas exteriores, y la Europa no enviaba entónces al Nuevo-Mundo numerosas expediciones de emigrantes.

En 1830 Chicago no era todavía más que un puesto militar y una estacion para el comercio de pieles. Contábanse allí doce edificios, una fortaleza construida con algunos troncos de árboles, que guarnecian unos cuantos soldados, y dos ó tres innobles tabernas, en donde se vendia aguardiente. Las armas y los licores alcohólicos: hé ahí la forma bajo la cual se presenta por todas partes la civilizacion al salvaje; y despues, cuando se le ha embrutecido, se declama contra su degradacion. La raza sajona en general, y la americana en particular, no goza de una reputacion de dulzura para con los pueblos á quienes ha despojado; pero dejemos eso, y volvamos á Chicago. Hácia 1833 comenzaron algunos colonos á dirigirse á la ciudad naciente, y ántes de concluir el año, cincuenta familias se dedicaban á transformar en calles, en jardines y en campos cubiertos de semillas, la inculta pradera. Pareceria que para cincuenta familias es-

tablecidas en aquella soledad debia haber terreno más que suficiente, y áun quedar tambien alguno para los indígenas; pero los previsores colonos no lo creyeron así. En el mes de Setiembre de 1834 siete mil Pieles-Rojas, reunidos en Chicago, permutaron por mercaderías de un valor insignificante un territorio de 4 á 5.000 leguas cuadradas. En la escritura del contrato se estipuló que los salvajes se retirarian hácia el Oeste, al otro lado del Mississipí. Una semana despues cuarenta carretas, tirada cada una por cuatro bueyes, transportaban por la llanura los hijos de los Pottawatomies y su miserable equipaje; los hombres y las mujeres marchaban á pié. Al cabo de veinte dias la tribu llegó á las orillas del gran rio, le atravesó, y durante otros veinte dias prosiguió la marcha que la alejaba para siempre del país de sus antepasados. Cuando hoy dia se pasea uno por las calles de Chicago, le cuesta trabajo el persuadirse de que hace treinta y cuatro años los Pieles-Rojas eran todavía dueños del terreno en que se halla edificada la ciudad.

Con la partida de los indios no quedaba todo concluido; los colonos tenian que emprender una tarea muy penosa para hacer habitables los distritos que acababan de adquirir. La pradera, en la orilla del Michigan, no está elevada sobre el nivel del lago; las primeras roturaciones habian puesto de manifiesto un légamo, que la menor avenida convertiria en un pantano, ó los rayos solares en un océano de polvo. Durante la estacion de las lluvias la ciudad estaba convertida en una inmensa laguna, en la que los caballos caminaban con el agua hasta el pecho; la agricultura no ofrecia probabilidades de buen éxito, y Chicago tenía que hacer la mayor parte de sus provisiones en la orilla oriental del lago.

¿Por qué, pues, habian elegido los colonos tan incómodo emplazamiento? ¿por qué, á pesar de todos los obstáculos, tenian tan grandes esperanzas? Porque en el punto en donde edificaban á Chicago, el Michigan ofrece un excelente puerto. Sus aguas han formado un foso de 100 metros de ancho y 1.200 de largo, que se interna en la llanura, y despues se divide en dos brazos, de los cuales uno se dirige hácia el Norte, y el otro al Sud, paralelamente á las orillas del lago. Como aquella especie de rio, ó si se quiere caleta, no tiene corriente ni marea, ofrece la ventaja de un abrigo seguro para los barcos, á que las frecuentes tempestades del Michigan pondrian en grave peligro. Es accesible á los mayores buques de la navegacion interior, y pone á Chicago en posesion de una línea de astilleros y almacenes de diez leguas de largo. Merced á esa situacion, la ciudad debia ser el emporio del comercio de los lagos americanos, ó por lo ménos de una gran parte de él; sin embargo, todavía no era más que una plaza de cuarto ó quinto órden.

Se comenzó por la salazon de carne de vaca, para enviarla al exterior, y en 1839 aquella industria habia adquirido ya algun desarrollo; tres mil cabezas de ganado vacuno habian sido conducidas de las praderas, preparadas y exportadas; un atrevido nego-

ciante concibió la idea de establecer un gran depósito de cereales, y todos los años se transportaban desde las llanuras á las orillas del Michigan cantidades muy considerables de granos. Desgraciadamente, la época de los transportes era la estacion de las lluvias, y los carros tirados por bueyes tenian que vencer grandes dificultades en los caminos reblandecidos; todavía era peor cuando llegaban á la ciudad, pues los pesados vehículos se atascaban en el lodo, estropeaban las calles, se enredaban unos en otros, y formaban una confusion imposible de describir. Todo Chicago estaba en una especie de alarma; los que transitaban por las calles encontraban obstruido el paso, y bien pronto se veian cubiertos desde los piés á la cabeza de un lodo negro y pegajoso, y cuando se conseguia desembarazar el paso, era necesario poner tablones sobre los profundos hoyos para restablecer la circulacion; por lo cual, la futura reina de los lagos era la más molesta y desagradable de las poblaciones de las praderas. El extranjero, á quien la casualidad conducia á ella, apresuraba cuanto le era posible su salida, sin sospechar siquiera que aquel lodazal debia llegar á ser algun dia el orgullo del Nuevo-Mundo, el grande almacen de depósito, la factoría y la capital del Oeste.

Pero nada arredra ni desalienta al colono yankee; para él la palabra *imposible* no es americana. Dos cosas faltaban á Chicago para desarrollar los grandes gérmenes de prosperidad que tenía en sí: vias de comunicacion por tierra y por agua. El canal que une á la ciudad con el rio del Illinois, y por consiguiente, con el Mississipí, fué comenzado en 1836 y terminado en 1848; desde entónces se abria una nueva era para los agricultores que labraban las fértiles campiñas del Oeste; conducidos fácilmente á Chicago sus granos, sus ganados y forrajes, eran expedidos por los lagos al litoral del Atlántico y hasta á Europa. Los caminos de hierro dieron más rápido impulso á aquel movimiento comercial. Un año despues de concluido el canal, el silbido de la locomotora resonaba por la vez primera en las llanuras del Michigan; el tren no recorria aún más que tres leguas; pero los colonos habian comprendido cuán importante les era hacer más numerosos y rápidos los medios de transporte, y unánimemente repetian que todo rincon de tierra que se pusiese en comunicacion con la ciudad sería un manantial inagotable de riqueza; pues bien, en un pueblo acostumbrado á pensar y á obrar, la ejecucion sigue de cerca al proyecto. Ningun hombre de estado conoce las necesidades de un país tan bien como los mismos interesados, y nadie sabe tampoco proveer á ellas con tanto celo é inteligencia. No habian transcurrido quince años cuando una red de tres mil leguas de vias férreas enlazaba á Chicago con los principales centros del Este y del Sud, y hacia afluir á ella todas las riquezas del Oeste. En todo el Illinois no hay granja alguna que esté alejada más de 15 leguas de una estacion del ferro-carril, y la mayor parte están mucho más próximas; la distancia media es de unas dos leguas. Cuéntanse millones de hectáreas de

tierra reducidas á cultivo por el desarrollo de las vias de comunicacion.

Fácil es comprender el impulso que trabajos tan gigantescos debieron dar al comercio; de algunos años á esta parte Chicago hace tan prodigiosa cantidad de negocios, que ella misma se asombraria si tuviese tiempo para ocuparse en su enumeracion. La exportacion de granos, que comenzó en 1838, tuvo una escala muy humilde, 78 *bushels* (1); el año 1855 ascendió á 16 millones, y á cerca de 60 millones en 1867. Las aguas del Michigan, ántes tranquilas, ó agitadas únicamente por las pagayas de los indios, llegaron á ser el punto de reunion de una flota numerosa. Bricks, steamers, goletas y barcos de todas especies, que todos juntos componian 220.000 toneladas, con 10.000 marineros, distribuyeron por las orillas de los grandes lagos una parte muy considerable de los cereales conducidos á Chicago por los canales y los caminos de hierro.

¿Cómo se arreglará, dirá tal vez el lector, la ciudad, eminentemente comercial, en medio del inmenso cúmulo de mercancías que de todas partes llueve sobre ella? Algunos centenares de carros bastaban para obstruirla; sus actuales transacciones deben hacerla inhabitable. Nada de eso; merced al activo espíritu práctico de los colonos, ávidos siempre de mejoras, aquellos montones de granos, cuya magnitud asom-

(1) El *bushel* equivale á cerca de 36 litros.

bra la imaginacion, se cargan y descargan con tanto órden y prontitud, que los habitantes apénas se aperciben de ello. Un extranjero puede permanecer un mes en Chicago, sin advertir que hay allí quien se ocupe en la compra y en la venta de cereales. Setenta poderosos elevadores, colocados á lo largo de los muelles, esperan la llegada de los granos, los sacan del barco ó del wagon que los conduce, y los trasladan por medio de unos cajones gigantescos, á manera de artesas, hasta el barco que se halla al otro lado del aparato, preparado para recibirlos. Las máquinas son movidas por el vapor, de manera que en pocos minutos queda terminada la operacion.

Ese progreso no satisfacia completamente á los habitantes de Chicago; habian disminuido el gasto y simplificado las operaciones, pero quisieran reducir el espacio que ocupaba el grano.

¿Quereis, les dijo un dia un ingenioso economista, colocar en un solo tonel diez ó doce sacos de maíz? Pues no hay cosa más fácil: convertidlos en una substancia animal. ¿Qué es, por ejemplo, un cerdo, sino diez ó doce costales de grano colocados sobre cuatro patas? El maíz se encarna de esta manera: el cerdo le come, y el hombre se come el cerdo.

Los negociantes creyeron que debia seguirse el consejo, y el comercio de salazones adquirió bien pronto proporciones colosales. En sólo tres meses Chicago despachó 900.000 cerdos completamente preparados, es decir, las tres cuartas partes, por lo ménos, de los animales de esa especie muertos en el Oeste durante

el mismo espacio de tiempo. Ese ejército de animales, marchando en fila, formaria una hilera de 250 leguas. Presentar al consumo esa masa de tocino, cuando el comercio de granos ocupaba tantos brazos, no era empresa fácil para una ciudad naciente; pero las dificultades no hacian más que estimular el espíritu inventor de los habitantes de Chicago. Como el trabajo aumentaba, prepáráronse locales convenientes, y se inventaron procedimientos para hacer más fácilmente las salazones, como se habian inventado elevadores para manejar los trigos. Merced á un método ingenioso, al uso de las máquinas, á la destreza de los operarios y á la division del trabajo, el incesante aluvion de cerdos que, desde la mañana hasta la noche, llegaban vivos y gruñendo á la entrada del matadero, salia algunos momentos despues por la puerta opuesta en forma de jamones, longaniza, hojas de tocino y manteca, porque, al atravesar el edificio, cada animal habia sido degollado, limpiado, despedazado, salado y colocado en barriles, todo con una rapidez eléctrica y con la precision y exactitud de un reloj. Un establecimiento servido por cincuenta hombres puede arreglar tres cerdos por minuto, durante diez horas en cada dia.

No hablarémos del mercado de caballerías, establecido á una legua de la ciudad, ni de los famosos establos, que una *Guía* americana llama pomposamente la gran ciudad bovina del mundo. Dos millones de dollars se han gastado en los parques y en los edificios, que se hallan en disposicion de recibir de una vez

veinte mil bueyes, un número igual de carneros y setenta y cinco mil cerdos.

Esas atenciones no absorbian la actividad de Chicago; tenía ademas tiempo para pensar en embellecerse, y se transformaba con una rapidez, que podia causar envidia al París de M. Haussmann, tanto más, cuanto que allí habia la diferencia en favor de la ciudad de los lagos, de que el progreso del lujo representaba en ella, no un aumento de deudas, de cargas y de impuestos insoportables, sino el desarrollo de una prosperidad real; áun cuando queria ser suntuosa, permanecia una poblacion obrera. La pantanosa Chicago, el terror de los turistas, ha llegado á ser, con sólo el concurso de sus habitantes, una de las capitales más brillantes de los Estados-Unidos; cuenta una poblacion de 300.000 almas, y probablemente llegará á tener un millon.

El légamo y el agua eran los enemigos que habia necesidad de combatir; rara vez ha habido que chocar con semejantes obstáculos, y rara vez tambien se ha conseguido un triunfo más asombroso y más rápido; no se trataba de derribar casas viejas ó nuevas, para lo cual bastan algunos golpes de piqueta; era necesario variar la naturaleza del terreno sobre el que se halla construida la ciudad. La primera condicion era elevar á Chicago sobre el nivel de la húmeda llanura que la rodea.

¿Cómo habia de ejecutarse el atrevido proyecto de levantar una ciudad entera, en un país en donde la expropiacion es casi desconocida? Decidiendo que las

manzanas construidas por los colonos que llegaban todos los dias, lo fuesen sobre terraplenes de seis piés de elevacion, ya se ganaba algo; las calles no se convertian en lagunas durante la estacion de las lluvias, pero todavía se formaba en ellas un lodo pegajoso; en los sótanos no podia ponerse nada, porque los objetos que allí se colocaban, estaban nadando en el agua. En las nuevas construcciones se ordenó una segunda elevacion, que no tardó mucho en reconocerse que era insuficiente. Entónces se adoptó el nivel actual de 12 piés sobre el de la pradera, que dejaba perfectamente colocada la ciudad. Durante aquella operacion, Chicago presentaba un aspecto en extremo singular; las aceras de tablas de sus calles eran una serie no interrumpida de escalones, que habia incesantemente que subir y bajar. Pero podia contarse con los habitantes para remediar aquel estado de cosas. Los que tenian casas en los barrios antiguos comprendieron que les sería muy ventajoso el no quedar sepultados en una especie de foso lleno de cieno; se apoderó de cada uno de ellos una bien entendida emulacion, y en ménos de diez años desaparecieron las desigualdades.

El gasto debió ser enorme; causaria asombro el que unos particulares se hubiesen decidido á costearle, si no se tuviese en cuenta que en el Oeste no hay ociosos ni disipados; todos trabajan, y los recursos del país como son inagotables, casi todos sus habitantes se hacen ricos. Áun cuando haya adquirido una gran fortuna, el americano prosigue su trabajo con infatigable ardor. ¿Es la avaricia lo que le impele á obrar

así, ó cede únicamente al deseo de acumular dollar sobre dollar? Así se ha dicho; pero la generosidad con que derrama su oro en derredor suyo prueba lo contrario; nadie abre con más prodigalidad su bolsillo para todas las obras de beneficencia y de interes público. Sólo tiene ambicion de actividad, y creeria que no hacia la vida digna de un hombre, digna del ciudadano de una gran nacion, si se limitase á gozar estérilmente de sus riquezas, sin producir nada útil.

Un descubrimiento inesperado favorecia el desarrollo de Chicago; se veian obligados á ir á buscar muy léjos los materiales de construccion, y á pagarlos muy caros; así era que generalmente las casas se construian de madera. Verdad es que aquella industria habia llegado al nivel de un arte, y que áun en el dia produce una exportacion considerable. Quintas elegantes, bonitas escuelas, iglesias de formas severas, granjas y toda clase de edificios se fabrican á un precio módico, y se envian por piezas numeradas á los diferentes puntos de los territorios del Oeste. Las praderas carecen de bosques, y, por consiguiente, de madera, y Chicago es la que subministra ese artículo indispensable. Sin embargo, poco satisfecha la ciudad con las frágiles construcciones que una chispa puede incendiar, aspiraba á poseer edificios más sólidos y duraderos.

Primero se hizo venir del estado de Nueva-York granito negro, materia costosa y cuyo color opaco se armonizaba demasiado bien con el del lodo. Hace algunos años, abriendo un canal, se descubrió una cantera de piedra blanca; mas, por desgracia, era tan blan-

da, que se rompia al más leve golpe; se arrojaron los pedazos, y ya nadie volvió á ocuparse de ella. Algunos meses despues, unos obreros que pasaban por el sitio en donde estaban los pedazos, observaron que con el aire libre habian tomado un color amarillento y adquirido una extremada dureza. Chicago tenía á la mano un tesoro, y aquellos materiales, fáciles de labrar cuando están recien extraidos, toman despues bastante consistencia para ser empleados en la construccion de edificios áun los más suntuosos; ademas, sus vetas doradas y encendidas, que recuerdan las del Parthenon, dan á las calles cierto aire de elegancia y de alegría.

La ciudad no piensa detenerse en tan hermoso camino. Se envanece ya de tener, á lo largo del lago, magníficos paseos, con calles de árboles y hermosos vergeles, que la han hecho llamar la ciudad de los jardines. Ese rincon del paraíso terrenal, lleno de frescura y de sombra, y desde el cual la vista se pierde en la inmensidad de las azuladas aguas del Michigan, forma un singular contraste con el bullicioso barrio de los negocios: aquí las grandiosas escenas de la naturaleza, allí el movimiento, la actividad febril de la industria y del comercio. Chicago debe á esa reunion de elementos diversos un encanto particular; á la hora en que escribimos se ocupa en trazar un boulevard (baluarte ó malecon), rodeado de hermosas casas de recreo y de jardines, que suministrará á los habitantes cinco ó seis líneas de paseos preciosos. Para amenizar todavía más ese país de llanuras, se proyecta la construccion de un gran parque con valles y collados.

Al mismo tiempo que los habitantes de Chicago daban á su ciudad un aspecto de grandeza y de opulencia, procuraban multiplicar en su seno las fuentes de riqueza, calculando, con su exquisito buen juicio, que una prosperidad que no se renueva se agota bien pronto, y arrebata al país una de sus fuerzas vivas. Hasta entónces la ciudad habia limitado su ambicion á ser la metrópoli comercial del Noroeste; ahora, que ya ha crecido, quiere ser manufacturera.

Ninguna razon, por otra parte, la impedia favorecer la industria. La temible cuestion del proletariado no existe en América; allí no se conocen rencores sociales. Por una parte, el sentimiento religioso combate las malas pasiones; por otra, la igualdad absoluta de clases, la educacion esparcida á manos llenas, facilitan el libre acceso de todas las carreras: no hay, pues, pretexto para el descontento ni para la envidia, y no se teme atraer á las ciudades un crecido número de obreros. En un principio, Chicago comenzó por fabricar instrumentos de agricultura bastos y sencillos; bien pronto fueron creciendo los pedidos, se extendió la produccion, y las fraguas y talleres de la ciudad surtieron de instrumentos y de máquinas á la mayor parte de las granjas del Oeste.

Otras empresas obtuvieron tambien excelentes resultados: la fabricacion de calzado emplea más de tres mil personas; los tejidos de lana y de algodon se desarrollan con rapidez, y una fábrica establecida en un

arrabal suministra al comercio cien mil relojes por año; otra se dedica especialmente á relojes de bolsillo. En fin, esa industria naciente no olvida las necesidades del arte y de la inteligencia, segun lo demuestra el número creciente de fabricantes de pianos, de grabadores de música y de libreros editores.

¿Quereis saber ahora quiénes son los hombres que en ménos de treinta años han llevado á cabo la obra colosal que acabamos de describir? ¿Quereis conocer el secreto de su poder creador? Héle aquí en pocas palabras: el americano cree, piensa y sabe obrar. No sólo le estimula la vista del inmenso campo abierto á sus esfuerzos, sino que fortifica en él los dos principios que hacen la accion fecunda: la fe y la inteligencia.

En cuanto se agrupan tres ó cuatro cabañas de trabajadores, lo primero que se piensa hacer es una iglesia y una escuela. La casa del Señor se eleva majestuosa en medio de la más ínfima aldea del desierto, y cobija con su paz la morada del trabajador; á cualquier parte que se llegue se encuentra la mansion hospitalaria, en donde todo respira la esperanza. Encuéntrase por donde quiera la iglesia, lo mismo en medio de las llanuras que en las gargantas de las montañas; ella protege el cultivo del labrador y la explotacion del minero; en donde el caserío de la aldea está en declive parece un nido de águila en las laderas de las rocas del Colorado. Por todas partes se observa el descanso del domingo con un rigor que dejaria satisfecho al puritano más austero.

El mismo sentimiento religioso existe en toda la extension de la Union. « Nuestro país conserva el temor de Dios », dicen los americanos. Sólo la ciudad de Chicago, con sus 300.000 almas, cuenta 150 iglesias, número que no es excesivo para el fervor de los fieles, porque á la hora de los oficios todas están llenas de una multitud compacta.

Compárese esa situacion con la de París, y se adquirirá un triste convencimiento y una enseñanza saludable. Al extranjero que llega á Francia le causan admiracion dos cosas: la escasez de edificios religiosos y la abundancia de cárceles y de cuarteles; uno de esos hechos es la consecuencia del otro; cuando el freno moral pierde su fuerza, es necesario aumentar la represion exterior. Son, pues, muy ciegos los que procuran aislar la libertad de las creencias; se imaginan que sacan de la esclavitud al hombre, quitándole los auxilios divinos que le ayudan á dirigirse á sí mismo, y no se aperciben de que le condenan fatalmente á dejarse guiar por otro; la incredulidad ha sido, en todo tiempo, el camino trillado de la servidumbre.

Pero no basta arraigar en el corazon el amor y la voluntad del bien; es necesario que la inteligencia tenga bastante luz para conocerle. El sabio desarrollo de nuestras facultades no nos es ménos provechoso en el órden moral que en el de los intereses materiales; así es que no hay un americano que no piense como Horacio Mann, el ilustre fundador de las escuelas comunes, que toda criatura humana tiene un de-

recho absoluto á la educacion, y que el negársela es condenarla al embrutecimiento y á la miseria; es violar una de esas leyes divinas que jamas se desprecian impunemente. El ignorante es un peligro para la sociedad: sobreviene una crísis, una pasion, y el estúpido, el ignorante puede llegar á ser una fiera.

El celo por la enseñanza es en los Estados-Unidos una verdadera pasion; nadie titubea en prodigar á esa obra su dinero, su tiempo y sus afanes; el capitalista da sin tasa sumas enormes para la fundacion de escuelas; el industrial abandona sus talleres para vigilar los progresos de los alumnos, y las jóvenes consagran los mejores años de su vida á la educacion de la infancia. Léjos de ocupar la posicion equívoca y secundaria que tienen en Europa, las maestras se honran con la mision que las está confiada; todos opinan como ellas. «Entre dos personas igualmente amables, decia un rico yankee, eligiria sin vacilar para esposa á la que hubiese enseñado en una escuela pública.»

Casi todos los maestros encargados de dirigir la enseñanza son procedentes de la Nueva-Inglaterra, que hasta ahora conserva su supremacía intelectual, y forma á su semejanza los estados del Oeste; pero ya muchas ciudades de los lagos y de las praderas tienen universidades célebres, planteles de profesores eminentes, llamados á ejercer una influencia legítima sobre sus conciudadanos. Un elemento nuevo va, pues, á penetrar, por medio de la enseñanza, hasta el corazon del país, y el Oeste, conservando los grandes

principios políticos y sociales, que son la gloria de la América, tomará una fisonomía particular. Chicago será, sin duda alguna, la capital de ese Nuevo-Mundo; presiente la grandeza de sus destinos, y se aplica á hacerse digna de ellos. Sus escuelas son de las mejores de los Estados-Unidos; los profesores, mejor remunerados que en la mayor de las otras ciudades, poseen una ciencia muy extensa; los edificios son vastos y cómodos, y, en fin, se cuida allí mucho de la higiene, con harta frecuencia olvidada en ese pueblo dedicado al trabajo.

La gimnasia y los demas ejercicios corporales interrumpen muchas veces al dia el estudio; mas, sin embargo, el lugar que se les concede no es grande en demasía. En Chicago, como en otras partes, la enseñanza es bastante precoz; se quiere que los discípulos aprendan mucho y pronto, sin reflexionar maduramente si una organizacion débil puede resistir semejante trabajo; así es que, desde la primera ó segunda generacion, los hijos de los robustos colonos que vinieron de Europa comienzan á ser débiles y enfermizos; el vigor moral sostiene aún su salud quebrantada; pero en eso hay un peligro, de que la América no tardará mucho en tener que precaverse.

La enseñanza superior no está ménos atendida que la instruccion primaria. Chicago posee una universidad, una academia de ciencias, dos seminarios y tres escuelas de medicina; ha establecido ademas, con grandes gastos, un observatorio, dirigido por un astrónomo hábil, y le ha provisto de los mejores ins-

trumentos; los habitantes, animados de una emulacion generosa, han querido que su ciudad posea un museo ántes que Nueva-York. En pocos dias se hicieron efectivas las suscriciones, comprado el terreno y comenzadas las obras. Si no me equivoco, ese establecimiento, abierto hace muy poco tiempo, contiene ya colecciones muy notables.

Pero la escuela, colegio ó academia, por más sábia que se la suponga, no es más que la entrada, el vestíbulo de la educacion. Entre nosotros, cuando concluyen los estudios pedagógicos, se cree generalmente haber hecho una provision completa de ciencia, y que no hay necesidad de aprender más. Cada uno se ocupa en sus negocios ó en sus placeres, se leen novelas y libros escandalosos, sin percibir que el nivel de los entendimientos se rebaja, que los caractéres se malean y pierden su generosidad, y que, fuera de un círculo muy pequeño, se hacen incapaces de juzgar rectamente acerca de los hombres y de las cosas. Los americanos creen que el cultivo de la inteligencia es obra de toda la vida. En medio del torbellino de empresas industriales y del flujo de los intereses políticos, saben encontrar tiempo para leer más libros y estudiar más cuestiones religiosas, científicas y morales, que el que emplea en Francia un hombre completamente desocupado.

En ningun país, sea el que fuere, se encontrarán en todas las clases, desde las más ricas hasta las más pobres, tantos lectores, y eso es el termómetro infalible de la actividad intelectual de un pueblo. El

americano no espera que otro le inculque su opinion; se la forma el mismo, despues de examinar detenidamente el pro y el contra; las lecturas sanas son las que conservan en él la vehemencia de las convicciones y el vigor del espíritu; ellas son las que aumentan el saber y la palanca poderosa del trabajo.

Si se ha de juzgar á los habitantes de Chicago por sus obras, puede concluirse, sin temor de equivocarse, que han sabido aprovecharse ampliamente de ese manantial siempre abierto de instruccion y de progreso: el comercio de libros ha adquirido, en esa ciudad, proporciones fabulosas; las librerías se ven diariamente llenas de compradores, y la demanda es incesante. Para satisfacer los gustos de tan numerosa clientela ha sido necesario tener una coleccion tan variada y completa como las de los colosales establecimientos de la Nueva-Inglaterra; las obras más costosas se venden allí con una facilidad, de que no podriamos formar idea nosotros, que miramos los libros, no tan sólo como un objeto de lujo, sino hasta como el lujo ménos apetecible, porque lisonjea muy poco la vanidad. Austeras y áridas enciclopedias, que valen 200 dollars (1.100 francos), son compradas á centenares, y podriamos citar una multitud de obras de un precio tan elevado, cuyo despacho ha sido todavía mucho más rápido.

Si del dominio intelectual pasamos al órden político, encontrarémos una exuberancia de vida muy digna de llamar nuestra atencion. La prensa desempeña en el Oeste un papel quizá más importante que en los es-

tados del Atlántico, en donde tiene tanto poderío. En cuanto á las poblaciones de las praderas, separadas con frecuencia por espacios inmensos, es el lazo principal que las une al mundo del pensamiento; sus ecos á millares llevan desde uno á otro extremo de las llanuras la voz del país; merced á ella, el corazon del colono que habita en la soledad palpita á la par del de sus compatriotas; siente que pertenece á una gran nacion, y desempeña su tarea con más ardor; la menor aldea del Kansas y de la Nebraska sabe tan bien como la ciudad de Washington cuáles son las preocupaciones del momento, y qué cuestiones se agitan en la capital.

De esa manera, tal vez sin pretenderlo, es un agente poderoso de nacionalizacion para los extranjeros; el emigrante se entera tambien de la vida del país, y se halla tan impelido por la corriente de las ideas, que necesita muy poco tiempo para llegar á ser americano. En los Estados-Unidos nadie permanece indiferente á los asuntos públicos, y de ahí resulta una fuerza inmensa.

No negarémos, sin embargo, que este cuadro tiene sus sombras. Sin duda alguna, en una region en donde cada ciudadano se impresiona tanto por los intereses públicos, deben formarse temibles partidos políticos, que se disputen el poder y perturben la seguridad general. ¿Pero un sistema contrario nos ha dado por ventura una estabilidad de que podamos envanecernos?.... En Francia, un puñado de facciosos puede, en un momento dado, disponer de los destinos del país;

las gentes honradas se contentan con deplorar los sucesos: la falta de costumbre de la vida pública las impide reunirse para la accion, y sólo una crísis suprema es capaz de sacarlas de su inercia. Más valdria que se armasen para la defensa del bien; la victoria sería entónces segura, y el órden social estaria más afirmado de lo que ahora le vemos, porque el derecho y la justicia tienen siempre más partidarios que el error.

La libertad no favorece tanto como se cree la extension de las malas doctrinas. Una palabra dicha al oido en el misterio de las sociedades secretas puede ser peligrosa; pronunciada en público cae en el ridículo y en el desprecio.

Sea como quiera, los americanos se encuentran bien con su sistema; entre ellos, todos están acordes en encomiar sus ventajas; las ciudades del Oeste adoptan con presuroso anhelo las tradiciones de los antiguos estados: es increible la multitud de periódicos, y léjos de ver en ellos un peligro, se fomenta la creacion de otros nuevos. Este hecho no debe sorprendernos; la prensa no está en manos de unos cuantos hombres; es la obra de la nacion entera, cuyas opiniones expresa, en vez de dirigirlas á su arbitrio. Como cada ciudadano toma una parte activa en la vida política, los sentimientos moderados, que son los del mayor número, se abren paso y triunfan de una manera brillante. Todo está encadenado y se sigue; el desarrollo de las libertades públicas es la mejor salvaguardia contra los excesos del periodismo y los esfuerzos de las doctrinas subversivas.

La prensa en Chicago está dirigida con la elocuencia y el talento que deben esperarse de semejante ciudad. Muchos de sus diarios tienen corresponsales en Lóndres, en París y en los demas países de Europa. El *Republicano*, entre otros, se halla en relacion con setecientas ú ochocientas personas, que residen en casi todos los puntos del globo, y que están encargadas de suministrarle informes detallados de los acontecimientos que ocurren en las regiones en donde habitan.

Hemos bosquejado rápidamente la fisonomía de Chicago, hemos mostrado cuántas cualidades nobles y fuertes han sido necesarias para elevarla en tan poco tiempo á su prosperidad actual. Y ése no es un hecho aislado, pues se le encuentra, en mayor ó en menor escala, en todas las ciudades del Oeste. Tampoco es la obra de un príncipe ó de un ministro; sólo los esfuerzos individuales son los que han hecho esos prodigios. ¡Con cuánta justicia pueden envanecerse los americanos al pensar en eso! Un hombre de talento pasa, desaparece, pero el pueblo queda sobre él, sobre el cimiento de sus virtudes viriles es preciso fundar el porvenir de las naciones.

II.

LAS PRADERAS.

El Oeste, como es sabido, no abraza tan sólo los estados ya constituidos, en los que la sociedad sigue una marcha regular, sino que comprende tambien vastas soledades, en donde se agita un mundo en via de formacion. Encuéntranse allí escorias junto al mineral más puro; la efervescencia de los sentimientos y de las ideas, produce allí á veces crímenes, pero con más frecuencia obras útiles y fecundas. Todo en ese extraño centro, el rudo trabajador, la pradera sin límites, y la ciudad apénas trazada, toma un carácter de salvaje grandeza, que fascina la imaginacion.

Para el que le gusta la vista del mar, las praderas de América tienen un atractivo inexplicable. No sólo las ondulaciones del terreno recuerdan el movimiento de las olas, sino que la falta completa de árboles, y el aspecto uniforme del césped, sembrado de millares de florecillas, despiertan en el alma el sentimiento de la inmensidad; la dureza del viento, que ningun obstáculo detiene, es una semejanza más del Océano. El espectáculo que ofrece una pradera americana en un

tiempo claro, en la estacion del año en que la hierba está verde, tiene algo de mágico. Ningun objeto de contornos salientes y cortados, bosques, caminos, rocas, colinas, paredes ó setos detiene allí la vista del viajero; por todas partes se extiende bajo sus plantas una interminable alfombra de verdura. Una colonizacion de muchos años no ha alterado todavía el aspecto del paisaje; el rasgo característico de aquellas vastas praderas es el recibir millones de habitantes, absorberlos y parecer siempre vacías.

Silenciosas y vastas, semejantes á un campo cultivado, aunque la mano del hombre jamas las ha tocado, tienen espacio suficiente para las muchedumbres que la Europa y el Asia envian sin cesar á su seno. Podrian mantener la mitad de la poblacion del globo, y no oponen á los esfuerzos del trabajador barrera de ninguna especie, ni cadenas de montañas, ni arenales abrasadores, ni pestilenciales pantanos. La azada y el arado no necesitan más que un corto trabajo para hacerlas productivas; en algunos distritos se puede trazar un surco profundo, sin encontrar, por espacio de diez leguas, ni una raíz ni una piedra.

Sin embargo, ese hermoso país tiene más de un defecto: el primero es la extrema desigualdad de su temperatura; en él se pasa repentinamente del clima de los trópicos á los vientos helados del norte; el calor es á veces de 40 centígrados, y el frio bastante rigoroso para producir heladas, y congelar á más de un metro de profundidad las aguas del Missouri y del Mississipí. En invierno, en el intervalo de algunas horas se ad-

vierte una variacion de 35°. Por la mañana el sol se deja sentir, hace verdaderamente calor, y por la tarde todo ha variado: el viento sopla del Noroeste con tanta violencia, que el viajero se halla expuesto á que se le hiele la cara.

Ademas de la inconstancia del clima, el labrador americano tiene que vencer la sequedad del terreno. Las llanuras inmediatas al Mississipí, vivificadas por aquella gigantesca artéria, ofrecen al cultivador inapreciables ventajas: hoy dia, que la roturacion ha invadido el Extremo-Oeste, el trabajador tropieza con dificultades sérias. Los rios se secan fácilmente con el calor del sol, y el cultivo, falto del suficiente riego, da muy malas cosechas; es preciso recurrir á los pozos artesianos, gasto muy costoso para el colono, más provisto, por lo comun, de energía que de dinero.

De cualquier manera que se arregle, bien recurra á los pozos artesianos, ó á formar estanques y canales, el riego es solamente una cuestion de tiempo. Se plantarán árboles, que disminuyendo la influencia de las fuerzas de evaporacion, el viento y el sol templarán las desigualdades del clima: el cultivo mismo atrae las benéficas lluvias; los inconvenientes de que acabamos de hablar son, pues, enteramente temporales.

Las ventajas que el gobierno de Washington ofrece á los emigrantes son de tal naturaleza, que los indemniza de sus sufrimientos y de sus fatigas. Todo jefe de familia que desea establecerse en América y llegar á ser ciudadano de la Union, recibe á dón gratuito 60 hectáreas de tierra, y ademas, cada uno de

sus hijos, al llegar á la mayor edad, puede reclamar el mismo beneficio. A los extranjeros se los trata con prodigalidad, para favorecer las naturalizaciones. En cuanto á los yankees mismos, ó á los colonos que procuren conservar su nacionalidad, una ley, el *Homestead bill*, les concede el derecho de comprar, por el insignificante precio de 16 francos la hectárea, el terreno que han roturado y cultivado por espacio de cinco años, y sobre el cual hayan construido una casa.

Teniendo la tierra un precio tan bajo, podría creerse que los braceros que van al Oeste á probar fortuna llegarian á ser dueños de posesiones considerables, y que se formaria rápidamente una aristocracia parecida á la de los plantadores del Sud, en aquellos nuevos territorios. Nada ménos exacto que esa suposicion. La propiedad, por el contrario, está en extremo subdividida, y la extension de las granjas ó alquerías no pasa, por término medio, de 50 á 60 hectáreas; porque la mano de obra es allí sumamente costosa: un criado de labranza gana 50 dollars al mes (170 pesetas), ademas de la manutencion.

Como cada uno puede á poca costa ser poseedor del terreno, nadie se afana por servir á otro, y los dueños de las granjas las labran por sí mismos; son hombres de aspecto rudo, pero los que han nacido en el país, merced á las escuelas comunes, poseen cierto grado de instruccion. Leen mucho, y están al corriente de todos los procedimientos nuevos; el inmenso número de publicaciones agrícolas que salen á luz en el Oeste, prueba cuán deseosos se encuentran los cultivadores

de poseer á fondo los conocimientos que pueden serles útiles. Ningun pueblo ha sido jamas ménos rutinario que el americano; hacer en todas las cosas lo mejor posible, es su divisa. Los periódicos especiales hacen tiradas de 150 y de 200.000 ejemplares; tales son: el *Agriculturial*, la *Prairie Farmer*, y el *Country Gentleman*.

Ademas de estas fuentes de instruccion abiertas para todos, el emigrante europeo encuentra tambien, cuando llega á los Estados-Unidos, una comision creada á propósito para ayudarle, ilustrar su inexperiencia, y darle, en una palabra, todas las instrucciones y datos que puede necesitar un extranjero. Se le indican las especies de granos, de legumbres y de frutos que se dan mejor en tal ó en cual distrito; se le enseña cuales son los mejores métodos para cada cultivo, las dificultades que encontrará, y el modo de vencerlas. En el Museo de Agricultura, fundado en Washington por esa comision, se encuentran reunidos los productos de todos los estados desde el Maine hasta la Florida, y desde el Massachusetts á la California. Los cereales que nosotros cultivamos en Europa figuran allí al lado de la caña de azúcar, del arroz, del tabaco, de las bananas y del cacao, porque el suelo de la Union, que cuenta más de 500 leguas de Norte á Sur, presenta una prodigiosa variedad de vegetacion.

No hay circunstancia que desarrolle tanto la aptitud comercial de un pueblo, como la diversidad de las producciones de su territorio, Si cada localidad tuviese en sí misma los artículos de consumo que necesita, no

se afanaria mucho en hacer cambios. Lo que nos falta es lo que estimula nuestra industria, y llega á ser para nosotros una causa de prosperidad, porque la riqueza más bien es hija de la inteligencia que un dón de la naturaleza. Pues bien; la América, aunque muy fértil, reune todas las condiciones favorables al comercio. En el Norte se encuentran las maderas de construccion y los objetos manufacturados; en el Sur el más precioso de los textiles, el algodon, y en fin, el Oeste es el granero del país y el mercado principal de los ganados.

Si á esta enumeracion, ya bastante elocuente, se agregan los productos de las minas de metales preciosos, de hierro y de carbon, repartidas en diferentes puntos del país, puede calcularse la gigantesca escala en que debe establecerse el tráfico, y comprenderse la importancia de las transacciones interiores que deben hacerse algun dia en los Estados-Unidos.

En las estadísticas agrícolas publicadas en América, el maíz ocupa un lugar importante; la cifra de su recoleccion excede de tal modo á la de los demas granos, que al primer golpe de vista parece inverosímil. ¿Por qué se cultiva una cantidad tan prodigiosa? ¿Cómo se logra consumirla? El asombro cesa cuando se recorren los estados del Oeste, porque se ve que ese cereal es el más adecuado para las necesidades del país. Sin él, la América no hubiera podido llegar á tan prodigioso auge. ¿Qué sería el trabajador sin esa planta saludable? Se encuentra en medio de la pradera ó de la selva, tiene que roturar el terreno y construirse su casa; ne-

cesita pan para su familia, y allí no tiene que esperar socorro de nadie. Está solo; allí no hay ferro-carril ni camino que le ponga en relacion con el resto del mundo; sus brazos deben crearlo todo, y el tiempo urge. No ha podido cargar con un pesado y embarazoso equipaje; sus provisiones no tardarán en agotarse, pero afortunadamente allí está el maíz. En el terreno apénas trabajado, y que todavía no se prestaria á ningun otro cultivo, el emigrante esparce la semilla bienhechora. En el espacio de algunos meses, ántes quizá de que haya concluido su cabaña de tablas, tendrá una cosecha suficiente para alimentar á sus hijos y para cebar sus cerdos hasta la recoleccion próxima. Ya maduro, el maíz no necesita, como el trigo y la avena, ser recogido inmediatamente y colocado en los graneros; la naturaleza le ha provisto de un tallo capaz de resistir el viento, y ha envuelto la espiga en una especie de forro, que la preserva de la humedad.

El americano sobresale en la preparacion de ese grano, que ejecuta de diversas maneras: para él es como la patata para el irlandés; se sirve de él para alimentar su ganado y sus gallinas, y le da á sus mulas y caballos. El maíz se presta á todo, nace bien en cualquier terreno, sea el que fuere; nada más fácil que su cultivo, su recoleccion, su conservacion y su transporte; así, pues, es el único cereal de los nuevos distritos, y en los estados antiguos conserva aún un puesto de honor. Una mazorca ó espiga de maíz podria servir de emblema nacional á los americanos.

El método de vida excepcional del trabajador produce tambien costumbres excepcionales. Para internarse en las soledades se necesita una energía indomable, una audacia que nada sea capaz de detener ni de arredrar. El bracero hace poco aprecio de su vida, y algunas veces ménos aún de la de los demas: como la ley es impotente para protegerle, debe saber protegerse y defenderse por sí mismo; porque tiene muchos enemigos: en primer lugar los Pieles-Rojas, que, rechazados desapiadadamente por la marcha rápida de la civilizacion, creen hacer uso de un justo derecho de represalia, cuando degüellan á los blancos; luégo vienen los aventureros de saco y de cuerda, atraidos por la esperanza de hacer fortuna sin reparar en los medios, y sin que tengan que temer la represion de la justicia. El siguiente retrato de un habitante del Colorado puede ser presentado como el tipo del bracero del Oeste. «Tenía, dice un viajero la apariencia de un hombre capaz de intentarlo todo, y que sin duda ya se habia atrevido á mucho. Su mirada, viva y penetrante, tenía una expresion muy diferente de la de los habitantes de las ciudades y de las granjas pacíficas. En medio del invierno acababa de atravesar solo la Sierra Nevada y las Montañas Pedregosas; jamas soltaba de la mano su carabina. Viendo un extranjero que el cañon era demasiado corto, quiso saber á qué distancia podria derribar un antílope; el coloradiense se echó á reir.

«Esta arma no se ha construido para la caza, pero puede matar un hombre á 80 metros.»

Y hablando así, examinaba la carabina para ver si tenía polvo, y la volvia con suavidad y como si procurase acariciarla; era una carabina de diez y seis tiros. Como viajero, refiere un rasgo no ménos característico. Atravesaba, cabalgando en una mula, las calles de una ciudad del extremo Oeste; sonó una detonacion junto á sus mismos oidos, y su sombrero cayó al suelo; al recogerle, observó en él dos agujeros, señales evidentes de que habia sido atravesado por dos proyectiles.

«Me habeis robado mi mula», gritó al mismo tiempo una voz furibunda.

Se volvió, y vió detras de él á un trabajador minero, que caminaba tambaleándose por la embriaguez, y que todavía tenía en la mano el rewolver humeante. El extranjero se apresuró á explicar en dónde y cómo se habia proporcionado el animal en cuestion. Sus explicaciones parecieron satisfactorias al hombre del Oeste, que se contentó con responder sencillamente, como si se tratase de la cosa más insignificante: «Me habia equivocado: perdonad.»

Nos apresuramos á manifestar, para tranquilizar al turista que tenga deseos de hacer una excursion por las llanuras, que esa especie de equivocaciones no son frecuentes. El principal peligro que ofrece el viaje proviene más bien de la temeridad inaudita del americano que de su rudeza. Va derecho á su objeto, sin pensar en los obstáculos; si se trata de trazar un camino, un ferro-carril ú otra obra semejante, lo que ménos se tiene en cuenta es la seguridad del público;

lo que importa es que los viajes se hagan con celeridad y que no se gaste un dollar más de lo indispensable.

Los puentes están construidos de una manera completamente primitiva; los troncos de árbol tendidos de una á otra orilla, enlazados por tablas, que apénas se tiene cuidado de sujetar: he ahí las frágiles construcciones sobre las que los americanos no temen lanzar pesadas diligencias, tiradas por cuatro ó seis caballos; su ancho no excede de dos metros, y no tienen barandillas. La menor detencion, el más leve paso en falso, el menor cambio de la direccion en línea recta, expondria á los pasajeros á una muerte segura; pero la destreza de los conductores es increible. Apénas ha habido tiempo para oir, no sin cierto temor, el crujido de las tablas, cuando ya se está en tierra firme.

Los mismos procedimientos é idéntica falta de precaucion se observan en la construccion de los caminos; los que atraviesan las Montañas Pedregosas tienen en muchos puntos pendientes muy rápidas; la peña ha sido groseramente cortada, troncos de árboles sirven de barbacana y los pedazos de piedra forman una especie de Mac-Aocun sobre la via improvisada. Las más son de ángulo agudo, y el camino estrecho y áspero; sin embargo, en esos pasos difíciles se suelen andar cuatro leguas por hora.

Si penetramos en las ciudades del extremo Oeste, encontrarémos la misma audacia en las empresas y la misma fiebre de actividad. Alguna ciudad de la

Nebraska, como, por ejemplo, Cheyenna, ha sido construida en ocho meses; en el otoño de 1867 no habia ni una sola casa en el emplazamiento que ocupa, y en la primavera del año siguiente contaba tres mil habitantes, y se veian grandes almacenes, fondas, hoteles con tres pisos, talleres de construccion, etc.

Los trabajos del camino de hierro del Pacífico son los que han producido la creacion de esa ciudad. Concluida la línea hasta el pié de las Montañas Pedregosas, todos los viajeros que, procedentes de San Francisco, se dirigen al Este deben afluir á aquel punto; lo mismo sucede con los mineros que desde las costas del Atlántico van á explotar los terrenos auríferos de la California; ademas, como la ciudad más próxima que se encuentra en aquella línea férrea, se halla á la distancia de 150 leguas, Cheyenna es el punto de reunion de los trabajadores que en el camino del Pacífico abren el paso por las montañas. Esa poblacion nómada atrae otra más sedentaria, como fondistas y mercaderes; por desgracia es tambien un incentivo para los jugadores. Las nuevas ciudades les parecen á las gentes de esa especie un teatro excelente para ejercer sus talentos; la policía es allí muy rara, y la ley, lenta y defectuosa, no ha tenido tiempo, como es bien sabido, de establecer allí su autoridad, como tampoco en el centro de las praderas. El robo y el asesinato se ostentan allí con el más cínico descaro; tan grande es el número de malhechores que se introduce en esas sociedades nacientes, que todo desconocido es allí objeto de una desconfianza poco lison-

jera. Un honrado viajero pasó la noche en una fonda de Cheyenna; al dia siguiente se preparó á proseguir su camino y pidió la cuenta al fondista.

—Permitidme un instante..... no os puedo dejar partir sin enterarme ántes de si las mantas de vuestro lecho han sido sustraidas por la ventana.

A falta de una justicia regular, los habitantes han debido buscar en sí mismos los medios de reprimir las violencias y los crímenes. La ley de *Lynch*, en vigor en una parte de las ciudades del Oeste, ha sido interpretada de diversas maneras: la mayor parte han visto en ella un retroceso hácia la barbarie, un insulto á la civilizacion; pero tal vez no se han tenido en cuenta las circunstancias; los que han examinado las cosas más de cerca no las miran con tanta severidad.

Un comerciante de Nueva-York no cesaba de anatematizar aquella costumbre; un negocio le obligó á permanecer algun tiempo en el Colorado, y no habian pasado aún seis meses de su estancia allí, cuando ya formaba parte de un *Comité de Vigilancia*. Habia reconocido que los procedimientos ordinarios de la justicia son impracticables en un lugar en donde no existen ni policía, ni constables, ni cárceles, ni jueces, y en donde, áun cuando los hubiese, el culpable tendria diez probabilidades contra una de sustraerse á la ley ó de eludirla.

Se ha imaginado, pues, un sistema que no necesita calabozos, que no cuesta nada, y que tiene la ventaja de aterrar á los malvados por la rapidez de los golpes y por el misterio que los encubre: es un co-

mité secreto, llamado de *Vigilancia*, que ejerce su accion poco más ó ménos como se hacia en la Edad Media. Nadie sabe el nombre de sus miembros, pero se supone que todo colono influyente y rico forma parte de él; nada pasa desapercibido para aquel tribunal terrible, y todos doblan la cerviz ante sus sentencias. Si desaparece un hombre de la ciudad, en vez de pedir la formacion de diligencias en averiguacion del suceso, suelen decirse al oido unos á otros: « Ha subido á lo alto »; lo cual equivale á decir que ha sido ahorcado.

En una sociedad completamente organizada la ley de Lynch sería monstruosa; ya no existe ni en Chicago ni en Cincinnati, aunque esas ciudades son muy modernas; pero cuando una poblacion en la infancia y sin proteccion se ve invadida por la hez, la escoria peligrosa del antiguo mundo, el comité de Vigilancia llega á ser su salvaguardia. Las gentes pacíficas nada tienen que temer de él; es necesario que la culpabilidad resulte con pruebas de evidencia para que el juez misterioso arriesgue su vida en la ejecucion de la sentencia dictada contra el criminal.

La experiencia ha demostrado claramente la eficacia de la ley de Linch; ella es la que ha restablecido el órden en los distritos mineros, en donde la codicia del oro habia acumulado todos los elementos de corrupcion, y ella es la que todavía penifica el territorio del Extremo-Oeste, y entre otras poblaciones, á Denver, capital del Colorado. Hace tres años esa ciudad era una madriguera de ladrones, como hoy

dia lo es Chevenna; merced al comite de Vigilancia, los principales malhechores han sido ahorcados, y los aventureros sospechosos han debido alejarse de un lugar en donde era tan difícil pescar á rio revuelto. La ciudad podria servir ahora de modelo á las poblaciones más pacíficas de la Nueva-Inglaterra. El que conoce los dos países, preferiria dejar expuesto toda una noche su equipaje en las calles de Denver, á abandonarle en cualquiera otra ciudad de los antiguos estados.

Los francos-jueces coloradienses han sido eficazmente secundados en su obra por dos hombres de intrepidez y de una resolucion á toda prueba: el gobernador Gilpin y el sherif Roberto Wilson.

El primero, oriundo de Pensylvania, es por naturaleza un fundador de estado. Su familia, una de las más antiguas y respetables del país, cuenta entre sus antepasados al amigo, al compañero de Penn y de Logan; así es que siempre ha estado animada de un sentimiento de tolerancia religiosa muy profundo. Formado en aquella escuela, y adornado ademas con las raras dotes de paciencia, penetracion, elocuencia y entusiasmo, William Gilpin desempeña el papel de creador, reservado en las sociedades nacientes á los hombres de un temple enérgico y de espíritu elevado: se envanece de ser lo que él apellidaba un cuákero católico; es decir, de abrazar los dos puntos extremos del pensamiento religioso, de conciliar el pensamiento de la independencia personal con el dogma de la autoridad, y la libertad más ámplia con el órden

más severo. El carácter de Gilpin abunda en contradicciones aparentes: aunque cuákero fervoroso, ha sido uno de los oficiales más distinguidos del ejército federal. Ascendido desde muy jóven al grado de teniente coronel, hubiera sido el émulo de Grant y de Sherman, si una circunstancia feliz no le hubiese retirado de la carrera militar, para hacerle encontrar en el Colorado una mision más en armonía con su genio. En vez de ser durante la guerra civil uno de los jefes del partido victorioso, llegó á ser el civilizador del Far-West. Aplicó todos los recursos de su talento á colonizarle, disciplinarle y guiarle por el camino del progreso.

En cuanto al sherif Roberto Wilson, ó como vulgarmente se le llama, Bob Wilson, es un hombre de juicio pronto, de palabra breve y de voluntad indomable. Algunos pretenden que en su juventud frecuentó las casas de juego y que pasaba su vida entre orgías y disputas, y hasta refieren de él una aventura, en la que, aunque afiliado á una mala causa, demostró la audacia y la decision de que despues habia de hacer un uso tan útil.

Ese atrevido magistrado llegó á ser bien pronto el terror de los espíritus díscolos. Dotado de una fuerza hercúlea, á pesar de su corta estatura, jamas titubeó en exponer su persona, y más de una vez se encargó él mismo de prender á los malhechores á quienes los dependientes de justicia no podian capturar.

Un dia fueren robados de una cuadra cinco caballos magníficos; los colonos del extremo Oeste aprecian

sobre manera esos animales, y el robárselos es para ellos un crímen capital. Bob Wilson juró castigar á los culpables: aquella misma mañana habian desaparecido de Denver tres trabajadores mineros de reputacion sospechosa, Brownlee, Smith y Carter. El Sherif no dudó que ellos eran los culpables; sin perder un momento mandó que le ensillasen su caballo, tomó su rewolver y su *bowie knife*, y se lanzó por el camino que habian tomado los fugitivos.

Era la primavera, y el derretimiento de las nieves aumentaba las aguas de los rios. Como tenía que atravesar uno, se desnudó, se puso la ropa sobre la cabeza, sujetándola con una mano, y con la otra lanzó su caballo en la corriente rápida y profunda. Marchando noche y dia sin detenerse, alcanzó á los tres ladrones en una pradera solitaria, á cincuenta leguas de la ciudad y á dos del caserío más próximo. El Sherif no se habia engañado: cada uno de los malhechores montaba uno de los caballos robados en Denver, y Carter y Smith, que marchaban delante, llevaban cada uno otro de mano. Bob Wilson trabó conversacion con ellos, supuso que era un minero que buscaba trabajo, y pensó seguir en su compañía. Queria ganar tiempo, porque esperaba encontrar algun viajero que pudiera prestarle auxilio; pero pasaban las horas, y cada paso que daba le alejaba de Denver; comprendia, pues, que debia llevar por sí solo á cabo su peligrosa empresa, y cambiando de repente de tono y de actitud,

—Camaradas, les dijo, hemos llegado ya bastante léjos y es preciso volver.

—¿Quien sois para hablarnos de ese modo?

—Bob Wilson, contestó el sherif con calma; estais acusados de haber robado cinco caballos, y debo entregaros á la justicia; dadme vuestras armas.

—Que el demonio os confunda, exclamó Brownlee, levantando su rewolver.

Pero ántes que pudiese hacer que se moviese el pié de gato, una bala le atravesó el corazon y le hizo rodar por el suelo. Smith y Carter, que marchaban delante, se volvieron al oir el ruido y sacaron sus pistolas; más pronto que el relámpago, el Sherif disparó su segundo tiro, que hizo saltar la tapa de los sesos á uno de los dos ladrones. El que áun quedaba, lleno de terror, suplicó á Bob Wilson le concediese la vida.

—Ya ves, le dijo el magistrado, que yo no yerro nunca la puntería; si tratas de huir, eres muerto.

Ató á su prisionero con buenas cuerdas y le llevó á la ciudad, en donde la justicia le ajustó las cuentas que tenía pendientes.

En teoría, Gilpin y Bob Wilson condenan el comité de Vigilancia, esa jurisdiccion oculta, que se sobrepone á la ley; pero en el fondo no les desagrada que el tribunal secreto les ayude á limpiar el país.

Como complemento de ese sistema expeditivo de persuasion moral, figura el uso del rewolver. Poco á poco se ha ido introduciendo en las costumbres, y se le encuentra en medio de las poblaciones que desde hace largo tiempo han desterrado al juez Lynch; la pistola de bolsillo se lleva mucho en los estados de Nueva-York y de Vermont. Hace poco tiempo, en una

línea de los caminos de hierro, un jefe del movimiento manifestó deseos de matar alguna caza, y al efecto pidió á los viajeros le prestasen una arma; al momento por todas las portezuelas aparecieron multitud de manos presentando cada una su rewolver; no habia allí más que un solo hombre que no estuviese provisto de él: era un europeo. Esa costumbre, que se conserva á orillas del Atlántico, aunque sin tener razon de ser, se justifica mejor en los nuevos territorios: como el órden sócial no protege allí, ni la vida, ni los bienes, ni la dignidad de los ciudadanos, éstos tienen que hacerse respetar de la turba brutal de los aventureros, en medio de los cuales se ven obligados á vivir. El hombre del Oeste está convencido de que si recibe una injuria ó se ve amenazado de cualquier manera, se halla en la necesidad de saltar la tapa de los sesos al agresor, por interes propio y por el de los demas. Esas costumbres son en extremo duras, no procuramos disculparlas; sin embargo, á falta de leyes que velen por la seguridad pública, han tenido el poder saludable de impedir el que las gentes honradas sean oprimidas por un puñado de malhechores.

El hecho siguiente, referido por un testigo ocular, demuestra cuán bien dispone la sociedad de la vida de sus miembros cuando son turbulentos y perjudiciales.

Una docena de hombres, sentados junto al mostrador de una posada de Cheyenna, estaban bebiendo y fumando; de repente un aventurero, exaltado por los vapores del wisky, sacó su rewolver, y dirigiendo alternativamente su cañon á cada una de las per-

sonas presentes, declaró que dirigiria una bala á la cabeza del que no le reconociese por el caballero más cumplido del mundo. En aquel momento entraron dos gentlemens sin saber de lo que se trataba, y se acercaron al mostrador. El energúmeno armado apunta con su pistola al que se hallaba más próximo, y repite su brutal intimacion. El recien llegado comprendió con una mirada la gravedad de la situacion: si hacia un movimiento para sacar su rewolver, era muerto; se contuvo, pues, y respondió:

—Convengo en que sois en extremo hermoso, y al venir aquí, no pensaba encontrar semejante compañero.

Durante este tiempo, el segundo gentleman sacó su pistola, hizo fuego sobre el agresor y le derribó muerto á sus piés; en seguida volvió á colocar su arma en el cinturon, y dijo, más bien como oracion fúnebre que como excusa:

—Ese bandido nos hubiera hecho alguna mala jugada.

Nadie protestó; los que eran partidarios del órden no reclamaron, porque en el fondo de su corazon se regocijaban de que la ciudad se viese libre de un hombre tan peligroso; los amigos del difunto no tuvieron por conveniente manifestar sus simpatías. Cuando el tabernero se desocupó, envió á sus criados á que abriesen un hoyo en la llanura, y el incidente no tuvo más consecuencias.

El estado rudimentario de la organizacion social en las llanuras no impide el que la vida política sea allí

muy activa; al mismo tiempo que limpian la poblacion con el plomo y con la cuerda, los habitantes del Oeste trabajan por establecer entre ellos las libertades que son la gloria de los estados antiguos. En ese punto, como en otros muchos, tienen una manera de proceder, que algunas veces nos indigna, y otras nos hace sonreir; pero bajo esa tosca corteza se descubren las cualidades que forman un gran pueblo: el ódio á la opresion y al vicio, la firmeza, la iniciativa, el amor al trabajo y la pasion por la independencia. Hasta las poblaciones pequeñas tienen muchos periódicos, encargados de representar sus opiniones y sus intereses; con frecuencia, sin estar concluida la ciudad, y sin tener más que papel malo, tipos incompletos y una tinta casi inútil, se tira un periódico, porque es indispensable que el colono no carezca de ese medio de instruccion y de publicidad. A uno y otro lado de las Montañas Pedregosas, el público muestra la misma avidez, y los redactores el mismo anhelo. La *California Alta* apareció un dia con esta advertencia: «Falta la letra W en nuestros caractéres (es bien sabido el papel que esa letra desempeña en el idioma inglés), y no podemos proporcionárnosla aquí, porque no existe en el alfabeto español; la hemos enviado á pedir á las islas Sandwick; hasta tanto, pondrémos dos U para figurar la W.»

La *Gaceta de Denver* no se halla mejor provista; impresa en un papel de color pardusco y con una tinta casi blanca, es casi ininteligible, como no sea para la vista de un americano. Los extranjeros tienen

que renunciar á leerla, lo cual es desventajoso para ellos, porque lo poco que pueden descifrar basta para inspirarles el deseo de saber todo lo demas que contiene.

Ántes de ver á los periodistas del Oeste, dice un viajero inglés, no comprendia las dificultades con que tienen que luchar; son tales, que causa asombro el verlas superadas; y, sin embargo, la recompensa de tantas penalidades es harto módica; no consiste más que en la pequeña satisfaccion de ser invitados á la mesa de las personas más notables de la poblacion, en tener alguna vez ocasion de conversar con el gobernador del territorio, y en disponer de una localidad en las diligencias y en los ferro-carriles; á lo cual hay que añadir que la gloria de ser publicista acarrea tambien uno ó dos pistoletazos cada mes.

Esos beneficios cuestionables, esas pequeñas victorias de la vanidad, no son, como es fácil de comprender, los móviles que animan al escritor en su afanosa vida. Diga lo que quiera el viajero que acabamos de citar, y que ha visto las cosas al traves de sus anteojos aristocráticos, un funcionario, áun cuando sea un gobernador, no ejerce en América un prestigio capaz de deslumbrar; el acercarse á él, no es cosa que haga perder la cabeza á nadie. En las llanuras se ha perdido hasta el recuerdo de la desigualdad de clases: los hombres, allí, son estimados únicamente por sus cualidades personales, y áun así, deben evitar el prevalerse de ellas. Aspirar á una superioridad cualquiera sobre los demas se considera como un crímen

irremisible; es el pecado contra la igualdad, pecado que jamas se perdona en este mundo, y que, segun la firme creencia de todo verdadero americano, tampoco lo será en el otro. Pero, si los provechos materiales de la prensa son casi nulos en el Oeste, y si se descarta la cuestion de amor propio, es preciso reconocer que lo que guia al periodista es un sentimiento más noble: obedece á la conviccion profunda, difundida por todas partes en los Estados-Unidos, de que la imprenta es una de las primeras necesidades de los pueblos libres. El patriotismo, esa cosa santa, que inspira tantos y tan nobles esfuerzos, vive en el corazon de los americanos: cada uno de ellos se halla persuadido de que el país tiene derecho á su trabajo, á sus afanes y á sus esfuerzos, y los prodiga tan sencillamente como el soldado marcha al campo de batalla.

La abnegacion por el bien público se encuentra en todos los grados de la escala social: el fabricante celebra conferencias y lecturas para instruir á sus obreros; el colono de las praderas, el industrial de las ciudades, dan sin tasa su dinero, y no escasean tampoco sus afanes, cuando se trata de elevar el nivel moral de la poblacion; así es que maravilla el ver de qué modo las instituciones de los antiguos estados, á pesar de la madurez política que exigen, funcionan desahogadamente en las jóvenes sociedades del Oeste; no hay ciudad que no celebre sus meetings, y bien sabido es cuánta prudencia y sentido político exige esa especie de asambleas para que produzcan buenos frutos. Las reuniones públicas han producido entre nosotros, con harta frecuencia, tristes divagaciones, en las que el orador huella y destroza el lengüaje y la moral; los hombres honrados, segun su costumbre, se alejan de ellas y guardan silencio; que cobren ánimo, y sepan tambien ellos expresar en voz alta su opinion; y cuando los violentos, los intransigentes, vean cuán corto es su número, tendrán que conducirse con más moderacion.

Unos y otros ganarian mucho siguiendo el ejemplo de la escuela de los colonos del Oeste. Los exhortamos á que reflexionen acerca de estas notables palabras de una revista americana (1): «El meeting es el termómetro exacto de la libertad de un pueblo; exige virtudes viriles, la inteligencia, la habilidad y el imperio sobre sí mismo. Los hombres llamados á tomar parte en él deben, no tan sólo *respetarse á sí mismos, sino respetar tambien á los demas, y sean cuales fueren sus convicciones personales, ser tolerantes con las opiniones contrarias.* Es necesario que el sentimiento de la justicia se halle templado por el espíritu de conciliacion, que cada uno se halle dispuesto á hacer el sacrificio de cosas poco importantes, y por último, que en obsequio á la paz, se acepte todo compromiso razonable.» Hé ahí de qué manera comprenden los americanos los meetings, y lo que todavía es mejor, cómo saben practicarlos.

Esas costumbres públicas, que colocan á los Estados-Unidos en primer lugar entre los países libres, apa-

(1) *Atlantic-Monthly*. Enero de 1869.

recen mucho más notables aún cuando se examina el centro en donde se producen. La América no es un cuerpo homogéneo; todas las razas, todos los pueblos de Europa concurren á su formacion; los Yankees son los primeros en reconocerlo, y refieren con complacencia que en la última guerra civil un coronel decia á sus soldados:

— Mi regimiento encierra la flor de la juventud de ocho naciones.

— ¿Cuáles son?—preguntó un curioso.

—Tengo franceses, ingleses, irlandeses, escoceses, belgas, italianos y alemanes.

— Pero ésos no son más que siete.

— ¿Los demas, tal vez serán suecos?....—añadió alguno.

—No, no los tengo,—prosiguió el oficial repasando su memoria. ¡Ah!.... ¡Ya recuerdo!.... Tengo una docena de americanos.

La inmigracion va siempre en aumento, y los Yankees, léjos de rechazarla, la atraen y la fomentan: cada año desembarcan en las costas del Atlántico doscientos ó trescientos mil europeos; esa poblacion extranjera invade distritos enteros, comenzando por Nueva-York y la Pensylvania. En las ciudades del Oeste, la mitad, por lo ménos, de sus habitantes son alemanes ó irlandeses. Como los puritanos que poblaron en otro tiempo los estados del Este, los hijos de la desgraciada Erin van á pedir á la América un refugio contra la injusticia de los hombres. Saben que encontrarán allí el libre ejercicio de su religion, un

trabajo bien remunerado y la plenitud de los derechos de ciudadano. De cuatro millones de emigrantes que en el espacio de veinte años han desembarcado en sólo la ciudad de Nueva-York, las dos terceras partes pertenecen á la Irlanda. El Yankee recuerda que él tambien nació de la persecucion, y acaricia en su corazon el pensamiento de que su país ha recibido la mision providencial de servir de asilo á los miserables y á los oprimidos; no teme que esa invasion desnaturalice el carácter, las costumbres y las instituciones de la América, y los hechos han justificado su generosa confianza. Váyase al Kansas, al Colorado, al Illinois ó al Vermont, por todas partes se ve al sistema yankee triunfar sin esfuerzo; por todas partes el espíritu público es tan poderoso, tan intrépido, por decirlo así, que borra las diferencias de nacionalidad.

Sólo una inquietud ennegrece el horizonte: los americanos saben que formarán á su imágen política los innumerables contingentes de la Europa; pero se sienten ménos fuertes bajo el punto de vista religioso: un gran número de ellos se alarman por la incredulidad que observan en muchos emigrantes, y particularmente entre los que llegan de Alemania. «Esas gentes, dicen, tienen inoculado el materialismo; parece que no comprenden nada del alma.»

Afortunadamente para el porvenir de los Estados-Unidos, las áridas doctrinas del escepticismo se estrellan en el sentimiento cristiano, que forma el fondo del carácter nacional. El catolicismo presta al país su poderoso concurso para ayudarle á rechazar de su seno

esos gérmenes de corrupcion y de muerte. Nada muestra mejor cuán brillantes son sus progresos, que las quejas de sus adversarios. « El protestantismo sajon se va, exclama con amargura un escritor inglés (1); las rentas de los Estados-Unidos se emplean en fundaciones católicas, y se han comprado vastos terrenos para construir en ellos catedrales. Boston, el centro intelectual de la Union, encierra 80.000 católicos. »

La Iglesia se extiende y se fortalece todavía mejor en el Oeste; está segura de la adhesion de la emigracion irlandesa, y cada dia gana terreno entre la poblacion disidente. Hasta los mismos hombres que no consigue atraer á su causa cooperan con frecuencia á su extension, por puro patriotismo, para conservar entre los colonos el espíritu religioso: en Golden-City, cerca de Denver, un americano protestante ha hecho donacion á los católicos de un hermoso terreno de 300 metros de largo y 150 de ancho, situado en el centro de la ciudad. La única condicion impuesta en esa cesion fué la de que se habia de construir en aquel terreno, en el espacio de un año, una iglesia, un presbiterio y una escuela. En 1855, cuando por primera vez se fundó una mision en el Kansas, el Obispo, residente en Leavenworth, tenia por palacio una cabaña, y por catedral una capilla de madera; aquellos humildes principios guardaban relacion con el número de los fieles, que no pasaban de ocho ó nueve.

(1) M. Ch. Dilke, en su obra recientememte publicada con el título de *Greater Britain*.

En el dia la diócesis cuenta 15.000 católicos en una poblacion de cerca de 40.000 almas, en su mayor parte europeos, y posee 28 templos ó capillas, 15 escuelas y un colegio. El trabajo de los obreros evangélicos no ha sido ménos bien recompensado en los demas territorios, y la anexion del Nuevo-Méjico acaba de aumentar las fuerzas de la iglesia en los Estados-Unidos.



III.

LA CALIFORNIA Y EL CAMINO DEL PACIFICO.

La naturaleza parecia haber preparado la unidad política de las llanuras: el mismo suelo, iguales condiciones climatéricas, comunicaciones fáciles de establecer; todo indicaba que esos vastos territorios debian pertenecer á un solo pueblo. Pero entre las Montañas Pedregosas y las playas del Océano Pacífico existe un país que por su situacion parecia que debia substraerse á la invasion americana. Ese país es la California, tierra privilegiada, cuyas riquezas mineras son el más pequeño dón, porque posee un manantial de prosperidad más duradero en la maravillosa fertilidad de su suelo, y en las facilidades comerciales que le da la proximidad de un mar que baña á la vez sus costas y las de la China.

Los indios que habitan las praderas situadas al pié de las Montañas Pedregosas, cuentan que, despues de la muerte, las almas de los justos vuelven al Oeste, á la patria de sus antepasados; que atraviesan desfiladeros espantosos y regiones asoladas para llegar á la mansion bendita de la primavera eterna; los cánticos

místicos de los pawnías describen con extensos pormenores los obstáculos que los elegidos deben superar ántes de llegar al puerto afortunado.

Esas narraciones, que probablemente son un recuerdo de las antiguas emigraciones de la tribu, no exageran las dificultades de toda especie que detienen la marcha del viajero: una multitud no interrumpida de cordilleras, un terreno árido, que no riega ni un hilo de agua dulce, y llanuras salitrosas, que no producen ni una mata de hierba: tales son las barreras acumuladas por la naturaleza entre la California y el Kansas. La vida se ha retirado de esas tristes regiones; no tan sólo no se encuentra en ellas ningun indio, sino que tampoco un búfalo ni un pájaro. El Sahara no merece con tanta propiedad el nombre de desierto; los arenales del Egipto tienen sus oasis, y los de Arabia se hallan interrumpidos acá y allá por pozos y grupos de palmeras; en las Montañas Pedregosas no se encuentra nada, ni áun tierra; el terreno se compone de sosa, el aire y el agua están impregnados de sal.

El aspecto del país se hace todavía más agreste en Sierra-Nevada; la cadena se eleva como una muralla intransitable, y un bosque de árboles gigantescos, los primeros que se encuentran desde el Missouri, corona las alturas; pero, léjos de ser una sonrisa de la naturaleza, aquella vegetacion se convierte en un obstáculo más. Examinando los apiñados troncos de los abetos, los formidables pedazos de rocas y las espesas capas de nieve de esas montañas, no sorprende

ya el que, durante trescientos años, el comercio, para evitarlas, haya dado un rodeo considerable, y que haya atravesado el istmo de Panamá, y hasta el cabo de Hornos.

Mil sucesos siniestros recuerdan los valles que atraviesa el viajero. En 1848, los emigrantes que se dirigian á California, sorprendidos por el invierno, tuvieron que hacer alto en la Sierra Nevada; los padecimientos y el hambre convierten en animales feroces á hombres ménos groseros que los ávidos aventureros de oro. Los indios que les servian de guías, fueron muertos, uno despues de otro, para servir de pasto á los europeos; despues tocó el turno á los débiles y á los enfermos, que fueron degollados desapiadadamente; esas escenas horribles se repitieron por espacio de tres meses.

La temperatura es tan inclemente como el suelo es inhospitalario; los frios comienzan en Agosto y duran hasta Junio, y áun durante la buena estacion suele helar por las noches. Las bestias de carga sucumben á centenares; sus osamentas cubren el camino, y aumentan la melancolía de aquellas regiones.

Las tierras estériles que se extienden al pié de las cadenas de montañas están sembradas de lagos salados. El mar interior, situado cerca de la capital de los mormones, es el principal, pero no es solo, porque las llanuras del Miraje contienen otro, y los valles vecinos los tienen á docenas. Diversos indicios, como lo corroido de las escarpaduras ó córtes inclinados, y las huellas marcadas en la piedra, podrian ha-

cer creer que en una época todavía reciente el agua cubria todo el país. El emplazamiento entero de las Montañas Pedregosas, de más de 300 leguas de ancho, era quizá en otro tiempo un mar, del que formaban la playa las altas mesetas del Este y del Oeste, miéntras que las cadenas intermedias, el Wasatch, el Goshout, el Warodja, el Humboldt, y otras ciento, que todavía no han recibido nombre, figuraban las rocas y las islas. En aquella época el agua debia elevarse 200 ó 300 metros sobre el nivel del lago Salado; pero la accion de los vientos y del sol, repetida durante siglos, ha producido gradualmente la evaporacion de una parte de aquella masa líquida. El mar de los Mormones ha ido rebajándose de año en año, y ya sobre las tierras hasta entónces esterilizadas por la sosa se comienza á encontrar huellas de vegetacion, aunque mezquina.

El descubrimiento de las minas de la California hizo desaparecer la soledad de aquellos valles; una multitud de emigrantes se precipitó hácia el nuevo El Dorado; acosados por la fiebre del oro, no les dominaba más que un pensamiento: el de llegar cuanto ántes; y para ello los desfiladeros de las Montañas Pedregosas eran el camino más corto. Algunos años despues los mormones, arrojados de las praderas, ponian en la orilla del lago Salado los cimientos de su ciudad; un trabajo tenaz variaba la faz del suelo, y libertaba al país de una esterilidad que se habia creido irremediable. El camino estaba expedito, y el comercio no vaciló en seguirle; ademas, el Kansas y el Nebraska

comenzaban á colonizarse, y los trabajadores del Oeste, habituados á no temer nada, establecieron frecuentes comunicaciones con la California.

En la época en que se encontraron los criaderos auríferos, el gobierno mejicano, que no conocia la riqueza del terreno que abandonaba, acababa de ceder á los Estados-Unidos la provincia que encerraba aquellos tesoros. La influencia del espíritu yankee no tardó en hacerse sentir en los nuevos territorios abiertos á su accion. En el dia se han establecido transacciones importantes entre las costas del Pacífico y los estados del Este; se han construido ciudades en el centro mismo de las Montañas Pedregosas, y el camino de hierro, facilitando la travesia, hasta entónces peligrosa, de las sierras, no tardará en dar al comercio un impulso gigantesco.

El construir una via férrea en un país desierto y con tantos obstáculos, era una idea atrevida. A pesar de la grande inmigracion, las praderas del extremo Oeste son todavía vastas soledades; los cien mil europeos diseminados en aquellas regiones no hacen variar su aspecto, como unas cuantas gotas de agua no aumentan la del Océano. Era, pues, forzoso acarrear de muy léjos los materiales necesarios, improvisar habitaciones para los operarios y hacer el acopio de provisiones para la colonia móvil. Ese grande trabajo, que enlazará á Nueva-York con San Francisco, y que dotará á los Estados-Unidos del ferro-carril más largo del mundo, fué comenzado en 1862; el acta que decretaba la construccion del camino, fijaba la con-

clusion de las obras en 1870; parecia imposible terminar en tan corto espacio de tiempo una empresa tan colosal y que exigia tanto trabajo y tan grandes esfuerzos; sin embargo, los ingenieros han hecho algo más de lo que habian prometido, pues han anunciado que en el mes de Julio de 1869 quedaria abierta á la circulacion toda la línea.

Ese prodigio de actividad lo explica el contexto de la concesion. En vez de confiar á una sola empresa la ejecucion de las obras, el Congreso, con habilidad suma, supo sacar partido del principio de la competencia: dos compañías se repartieron las 700 leguas que separan las costas del Pacífico de las líneas ya establecidas en el Este; el Estado las ha concedido subvenciones considerables, y utilidades de toda especie estimulan su emulacion: cada milla de camino terminada da derecho á un lote de tierra, cuya extension varía segun las dificultades que ha habido que vencer; en las montañas es triple que en las llanuras; el total de esas concesiones se calcula en nueve millones de hectáreas. Como á cada compañía no se la marcó la parte de trabajos que debia ejecutar en la via, se suscitó en ellas una especie de lucha por ver cuál trabajaba con más rapidez, y obtenia en compensacion mayor número de tierras.

Ademas las animaba otro interes. Como era natural, la compañía californiana se esforzó en prolongar su linea hácia el Este cuanto la fué posible, y, por el contrario, su rival, la *Union del Pacífico*, procuró retroceder en direccion al Oeste, punto de empal-

me de los dos trozos; de ese modo cada una aspiraba á extender su red de explotacion. Resulta, pues, que en los sitios en donde la superficie del terreno es casi plana, se construia, por término medio, una legua de camino al dia; al derredor de los talleres se formaban caseríos, posadas y tabernas, que con frecuencia desaparecen con la poblacion nómada que las dió orígen; así es que la estacion de Julesbourg, floreciente hace dos años, se halla en la actualidad abandonada.

La prosperidad de las cabezas de líneas es ménos efímera: una ciudad de la Nebraska, Omaha, á orillas del Missurí, va adquiriendo, desde el establecimiento de la via, una extension que promete convertirla en una segunda Chicago; condiciones análogas aseguran á Cheyenna una vitalidad duradera: allí deben descargarse las mercancías, conducidas por las locomotoras desde el centro de las llanuras, para ser remolcadas por máquinas fijas de una gran potencia, por medio de las cuales subirán las pendientes escarpadas de las montañas. Dos ramales partirán de la ciudad: el uno se dirigirá á Denver, capital del Colorado, y el otro á los ricos criaderos, todavía no explotados, al norte de Montana.

Hace dos años, sólo á costa de grandes fatigas y de continuos peligros, podia el viajero cruzar por las praderas del Oeste; la travesía del Missurí á Cheyenna se hace hoy en veinte y seis horas, y los wagones se hallan dispuestos con una prevision é inteligencia que podrian proponerse como modelo á más de una compañía de caminos de hierro. Verdaderos palacios

con ruedas, ofrecen al público, ese monarca reinante en los Estados-Unidos, todo lo que puede contribuir á su comodidad y recreo; por el dia sirven de salon, y por las noches se transforman en alcobas.

Miéntras que las secciones ya concluidas funcionan, algunas leguas más allá prosiguen los trabajos con asombrosa actividad; los operarios se hallan divididos en brigadas, cada una de las cuales está encargada de una tarea especial; unos perforan los peñascos, otros limpian y nivelan el terreno, éstos colocan las traviesas y aquéllos los cojinetes. Cuando el camino está ya arreglado, una ancha plataforma conduce el material necesario á la parte que todavía se halla en construccion, y para facilitar la descarga, se encuentra provista de un cilindro móvil; allí se colocan los rails, que tres hombres hacen deslizar, con una precision matemática, sobre los cojinetes; dos veces por minuto el jefe pronuncia en voz alta la palabra de mando, *Down* (dejad caer), y dos veces tambien por minuto la via férrea se prolonga 4 metros, pues tal es la medida de cada rail. El wagon que conduce el material prosigue su marcha áun cuando los rails no estén todavía con la sujecion y firmeza necesarias; esa operacion está confiada á los obreros que siguen á retaguardia. Por el camino que se ha ido adelantando se lanzan los trenes de maniobra y de construccion, y los grandes carruajes, de 80 metros de largo, que sirven de almacenes, de cocinas, de comedores y de dormitorios; por todas partes resuena el ruido del trabajo, el choque de los rails y

el golpeo del martillo y de los clavos. Parece que el desierto ha sido tomado por asalto.

En la parte del camino que va desde Cheyenna al Océano Pacífico los ingenieros han dado muestras de una habilidad extraordinaria. A pesar de los barrancos y de las cuestas de las sierras, las operaciones geodésicas se han ejecutado con precision; el trazado forma curvas en derredor de los obstáculos, y se dirige por los pasos más practicables. En medio del valle formado por las dos cadenas de las Montañas Pedregosas se encuentra el estado de Nevada, territorio asolado, que todavía estaría desierto si no se hubiesen hallado en él filones de plata de grande potencia. La via férrea entra en ese país por el desfiladero de Humboldt, y llega á Austin, pequeña ciudad, de mezquino aspecto, aunque contiene muchos millares de habitantes, en su mayor parte mineros. Posee metales preciosos, pero no tiene ni agua ni verdor. La línea atraviesa en seguida nuevas montañas y otras llanuras estériles, y pasa por Virginia-City, en donde existe un segundo criadero, que en cinco años de laboreo ha producido cincuenta millones.

Por la parte de Sierra-Nevada los wagones llegan hasta cerca de 60 leguas de San Francisco. La táctica de la lucha emprendida por la industria contra la naturaleza varía en las montañas californianas; en ellas hay un enemigo más, la nieve, y para desembarazar la via ha habido que idear un instrumento cuya fuerza fuese proporcionada al trabajo que tenía que desempeñar: es un pedazo de hierro que tiene la forma de una doble reja de arado, y cuyo peso no baja de 40.000 kilógramos; se le coloca á la cabeza de la locomotora, que casi desaparece entre el torbellino de nieve que levanta delante de ella. El tren no experimenta ningun retraso notable cuando el espesor de la capa de nieve no excede de 50 centímetros; si tiene una altura de muchos metros, se ponen dos, tres ó cuatro locomotoras, y algunas veces se desenganchan los wagones; en las quebradas profundas, en donde se acumularian sin cesar los ventisqueros, se ha protegido la via con una techumbre muy sólida de madera; de modo que el tren atraviesa con toda seguridad desfiladeros peligrosos.

Se cuentan pocos europeos ó americanos entre los obreros que construyen el railway; en los distritos de las minas la vecindad del oro es muy peligrosa para los hombres de nuestra raza; se apodera de ellos el vértigo, y abandonan el trabajo para correr en busca del filon que debe ponerles de repente en posesion de la riqueza.

Más sufridos y ménos ambiciosos, los chinos han ocupado el lugar abandonado por los blancos; cuatro mil de ellos tienen empleados los empresarios de la línea californiana. Cualquier trabajo es bueno para esos hijos del celeste Imperio; le aceptan como un beneficio, con tal que ganen algunos dollars, y la inteligencia con que le llevan á cabo prueba que circunstancias favorables podrian hacer que renaciese ese pueblo envejecido. Ya han atravesado el Océano Pacífico ochenta mil chinos; la emigracion continúa,

y bien pronto, tal vez, habrá ochocientos mil de ellos en las playas americanas. Como el camino de hierro les abre un acceso fácil hasta el corazon de la Union, no quedarán confinados en la California y la Nevada, sino que se dirigirán á Nueva-York, y se extenderán por las grandes poblaciones del Norte y del Sud. Voltaire decia que la verdadera muralla de la China, la barrera que protegia á aquel imperio contra las invasiones europeas, era el continente americano. Parece, por el contrario, que los estados americanos son el lugar en donde las razas europeas se han de encontrar con la poblacion, por tan largo tiempo sedentaria, del extremo Oriente.

Si los chinos miran con placer y con confianza el camino de hierro, que les proporciona un trabajo lucrativo, y que más tarde extenderá el ancho campo de su perseverante industria, los indios presencian con la rabia en el corazon la transformacion del desierto. «Los Caras-Pálidas, dicen, los han despojado y engañado; en vano han abandonado la mayor parte de su territorio, esperando al ménos quedar en pacífica posesion de las llanuras que se reservaban; nada es bastante para saciar la codicia de los blancos.» Los mejores terrenos, dejados á los Pieles-Rojas, eran las praderas situadas al norte del Arkansas, en la vasta depresion arenosa que se extiende á lo largo de la cadena llamada *Smoky Hill* (Montañas de las Brumas). Allí crece la hierba que el búfalo prefiere para su alimento, y allí se reunen los rebaños, que forman la única riqueza de los indios; el camino de hierro

del Pacífico ahuyentará de la llanura á esos animales, ¿y en dónde encontrarán un refugio? En el Sud tropezarán con la via que va desde San Luis á Santa Fe, y que atraviesa el Arkansas; en el Norte encontrarán la que se dirige hácia Montana; por el Oeste les cierra el paso el mar, y por el Este las populosas ciudades de los europeos les oponen una barrera inexpugnable. Lo que los indígenas defienden hoy es, en último recurso, la vida de sus mujeres y de sus hijos.

Con frecuencia, es cierto, los colonos, recordando su título de cristianos y de hombres civilizados, han procurado revestir sus usurpaciones con las apariencias de la justicia. Han comprado por precios fabulosos unos terrenos cuyo valor no conocian los propietarios. Pero los indios no han tardado en apercibirse de que los contratos celebrados eran fraudulentos, y el europeo no trata de ocultar que ha abusado de la ignorancia de un pueblo niño.

Felizmente la economía política le suministra una justificacion cómoda. ¿Qué derecho tienen las tribus salvajes sobre la tierra que los ha visto nacer? ¿El pescador reclama como suyo el mar en donde tiende sus redes? ¿Por qué se habia de atribuir el cazador la propiedad de las soledades en donde persigue la caza que le sirve de alimento? Él no ha hecho nada en beneficio del terreno por el que vaga al azar; no ha derribado bosque alguno, ni desecado ningun pantano, encauzado ni puesto diques á ningun rio, cultivado campo alguno, ni construido ninguna poblacion; ¿en dónde están, pues, los títulos de posesion? Ademas,

cuando nuestro planeta rebosa de habitantes, ¿se ha de consentir á pueblos bárbaros que sigan un método de vida que exige para cada uno de sus individuos una superficie de terreno capaz de sostener un millar de labradores?

La sentencia del hombre rojo ha sido pronunciada: debe desaparecer para que los europeos se multipliquen y se extiendan. Y sin embargo, esos indios condenados á perecer eran en otro tiempo una raza hospitalaria y benévola, y áun todavía su carácter conserva cierta grandeza: ninguno de ellos se rebajaria hasta la mentira; tienen un valor indomable y una paciencia á toda prueba, honran á la ancianidad y al valor, su sentimiento religioso es más puro de lo que pudiera esperarse de unos salvajes.

Un eminente publicista inglés, M. Dixon, llega hasta sostener que la influencia de esas tribus no ha sido completamente extraña á la transformacion que se ha operado, en el suelo del Nuevo-Mundo, en el carácter americano. Por más paradógica que pueda parecer esa asercion, la justifica con pruebas que no dejan de ser plausibles. «Por todas partes, dice, los vencedores han tenido que sufrir, en cierto modo, la ley de los vencidos. Los romanos, cuando se hicieron dueños de la Grecia, adoptaron sus artes y sus costumbres; los francos se confundieron con la raza gala, y los normandos olvidaron su orígen para envanecerse con el nombre de ingleses. Jamas un pueblo se ha apoderado del país y de las ciudades de otro sin que haya encontrado en la tierra conquistada una

especie de genio local, que ha impregnado de su espíritu á la vida social y á los usos y costumbres de los conquistadores. El hombre es una fuerza viva, que, por una ley natural, obra y ejerce reaccion sobre sus semejantes. Rechazados desde el Atlántico á los Alleghanys, y despues al Ohio y al Arkansas, los Pieles-Rojas han dejado, en los distritos que han abandonado, huellas de su presencia; la vida pública, el hogar de la familia, y hasta la ciencia misma, todo se encuentra allí marcado con su sello; se le vuelve á encontrar en la frente de los espiritistas, de los mormones del lago Salado, y los shakers de la Nueva-Inglaterra.»

Segun el mismo autor, el espíritu indio no ha debido ser ménos poderoso é influyente en la constitucion política de los Estados-Unidos: en la conferencia de 1774, cuando los comisionados del Maryland y de la Pensylvania, se reunieron en Lancáster para consultar á los *sachems* iroqueses, el jefe Casannatego les habló en estos términos, que no hubiera desaprobado un miembro de la célebre liga Acheenna: «La sabiduría de nuestros padres ha establecido entre las *cinco naciones* la union indisoluble que nos ha hecho formidables; por ella hemos adquirido la fuerza y la autoridad, y hemos extendido nuestra dominacion sobre las tribus vecinas; seguid ese ejemplo, y como nosotros, llegaréis á la prosperidad y á ser poderosos.» El consejo no fué desechado; las colonias, que eran ya en número de trece, se unieron para formar una confederacion, de la que casi todos los estatutos esta-

ban modelados en los de los indios. Los iroqueses extendian su territorio, fijando más léjos los límites de uno de los pueblos confederados, pero incorporando en él várias tribus; merced á ese sistema, las *cinco naciones* habian llegado á ser *ocho naciones*. Siguiendo los mismos principios, las trece colonias han agrupado en derredor suyo otras treinta y tres. Los yankees han tomado igualmente de los indios la idea primera de los derechos de los estados; idea que parece investir á cada territorio el poder de obrar fuera de la Union, y hasta el de separarse de ella.

Las creencias de las tribus salvajes han encontrado igualmente entre los colonos un refugio, que el Cristianismo no parecia que las pudiera ofrecer, si el molde plástico del protestantismo no se hubiese prestado á esa amalgama ó aleacion. ¿De dónde provienen, sino de los indios, las ideas singulares sobre la pluralidad de la naturaleza divina, sobre la poligamia y el espiritismo, que en el momento en que escribimos perturban profundamente el pensamiento religioso en América? La selva en que habita el Piel-Roja, la llanura en donde caza, el rio donde lanza su canoa, están para él llenos de seres sobrenaturales; se le aparece el alma de las cosas, y la naturaleza hace que de cada hoja y de cada piedra salga una voz que hable á su oido; cree en una multitud de dioses y de espíritus, pero no les construye templos; le basta con encontrarlos en el árbol y en la flor, en la tempestad y en los rayos del sol.

Dejando á cada uno la apreciacion de la teoría emi-

tida por M. Dixon, es indudable que los indios tenian cualidades fuertes y nobles: eran animosos, sufridos y francos, y hasta tenian las nociones más puras acerca de la libertad. Entre ellos reinaba la más perfecta igualdad; no reconocian rangos hereditarios, títulos ni jerarquía; el *sachem* mismo, cualquiera que fuese su orígen, debia á la eleccion la autoridad de que se hallaba revestido; todo hombre nació libre, y jamas podia ser reducido á esclavitud; los enemigos hechos prisioneros en la guerra eran, ó condenados á muerte ó adoptados por la tribu vencedora; pero no se hubiera encontrado un solo esclavo en los terrenos ocupados por los Pieles-Rojas, en el momento mismo en que en los estados del Sud eran comprados y vendidos millares de negros.

Tampoco les era extraño el sentimiento de la poesía: una multitud de leyendas, agradables unas, y terribles otras, simbolizan sus ideas religiosas y perpetúan el recuerdo de sus guerreros. Hé aquí una, que nos representa, bajo una forma patética y llena de frescura, sus creencias en punto á la vida futura: está tomada de los pueblos inmediatos al Mississipí.

«Un cazador se habia enamorado de la jóven más hermosa de su tribu, y como era muy afamado, tanto por su ligereza en la carrera como por su valor en la guerra, el padre de su amada aceptó la proposicion, y se fijó el matrimonio para la época del deshielo de las nieves. La víspera del dia de la boda murió la novia; las mujeres la envolvieron en una mor-

taja, y despues de llorarla, la colocaron sobre el lecho de musgo con que habian tapizado la huesa; pero el jóven cazador no podia resolverse á abandonarla; su arco permanecia con la cuerda aflojada en su wigwam, su tomahawk yacia en el suelo, porque su corazon se hallaba sepultado en la tumba de la selva; en lo único en que encontraba algun consuelo era en sentarse junto á la húmeda tierra de la sepultura en donde se hallaba enterrada su felicidad, y en seguir con el pensamiento á la jóven en el país de los espíritus.

»Los ancianos de la tribu le habian dicho repetidas veces que despues de la muerte las almas iban á las islas de la Felicidad, situadas muy léjos, hácia la parte del Sud, en medio de un lago tranquilo, y bajo un cielo cuyo azul jamas empañaba la más ligera nube. Un dia en que, absorto en sus pensamientos, miraba las amarillentas hojas de los árboles, porque habian pasado muchos soles sobre su dolor, le ocurrió la idea de buscar la isla en donde se encontraba su prometida; atravesó rios, valles y montañas, hasta que por fin observó que el aire era más puro, y el verdor más hermoso; las flores de las praderas tenian colores de un brillo desconocido, y el canto de las aves una dulzura que jamas han experimentado los oidos humanos; por entre arbustos embalsamados se descubria una senda, que siguió el cazador y no tardó en encontrarse en la cima de una colina; en ella habia una choza, y á la puerta estaba un anciano de frente pá-

lida y arrugada, pero cuya mirada brillaba con un fuego extraordinario; al ver al jóven indio se sonrió tristemente.

»—Te esperaba, le dijo, y me he levantado para darte la bienvenida; la que tú buscas ya no está aquí: te hallas abrumado por el cansancio; entra á reposar en mi choza.—

»Despues que el cazador hubo tomado algun alimento, el anciano le condujo al umbral de la puerta.

»—¿Ves ese lago y la llanura que se extiende más allá? pues ésa es la tierra de los espíritus, en donde sólo pueden penetrar las almas; deja aquí tus flechas y tu tomahawk; deja tu cuerpo, equipaje inútil, si quieres entrar en la isla de la Felicidad.—

»El indio se lanzó como un pájaro que desplega sus alas; la selva, el lago, la montaña permanecian lo mismo, pero los veia con ojos enteramente nuevos; la naturaleza se habia vuelto toda luz y armonía, avanzaba sin esfuerzo, se deslizaba más bien que andaba, y pasaba por entre los peñascos y los árboles como por entre una ligera niebla; por fin llegó á la orilla del lago: á la orilla habia amarrada una canoa, entró en ella, y apénas hubo manejado el remo, vió, como en sueños, que se acercaba á él otra barca, en la que estaba sentada su prometida, tan pálida y tan bella como el dia en que la habia visto por última vez; ambos avanzavan hácia la isla, y el ruido de sus remos que golpeaban el agua con un movimiento cadencioso, parecia que hacia vibrar las cuerdas de un misterioso instrumento músico. Un júbilo inmenso

inundaba el alma del cazador, pero no tenía nada de la agitacion humana; de repente su corazon se sobrecogió de temor: acababa de divisar al derredor de la isla la línea blanca de una formidable resaca, y debajo de las aguas sus ojos distinguian claramente los cuerpos de millones de criaturas humanas, que habian perecido víctimas del furor del lago: su brazo era vigoroso y su valor tranquilo: no temblaba por él, sino por su prometida; con grande sorpresa suya, cuando llegaron al bajo en donde se rompian las olas, las barcas las atravesaron sin sufrir la menor sacudida; al derredor de ellos vogaban otras muchas canoas, de las que cada una conducia una alma; las que llevaban hácia la isla el espíritu puro de los niños se deslizaban por las olas con la ligereza de un pájaro; los esquifes de los jóvenes de ambos sexos eran asaltados por tempestades, y las embarcaciones de los viejos tenian que luchar con furiosas borrascas; las aguas se mantenian apacibles, ó se encrespaban, segun las acciones habian sido buenas ó malas, porque no era el espíritu del lago, sino el de los hombres, el que ocultaba la tormenta en su seno.

»Suavemente impelidos hácia la ribera el indio y su amada, abordaron á la isla de los Bienaventurados. ¡Cuánto se diferenciaba de la tierra sombría y fria de donde venia el cazador!.... Ningun sepulcro contristaba allí la vista, y no resonaba el ruido de la guerra ni el de las disensiones; los animales no hüian al aproximarse el hombre, porque en aquella mansion de la paz jamas se habia derramado sangre; sus venturosos habitantes no tenian que temer ni los horrores del hambre ni los tormentos de la sed; el aire que respiraban era para ellos alimento y bebida. El cazador hubiera considerado como su suprema felicidad el permanecer con su prometida en aquella tierra de los espíritus; pero el árbitro de la vida llamó al jóven, y con voz grave é imponente, aunque dulce como una brisa de estío,

»—Vuelve, le dijo, al lado de tu tribu y cumple los deberes de un valiente; cuando haya llegado tu hora te reunirás al espíritu que amas.—

»La voz cesó de oirse, y el indio se despertó; la tumba se encontraba á sus piés, los árboles balanceaban sus amarillas hojas por encima de su cabeza; el pesar llenaba su alma, pero la esperanza suavizaba su amargura.»

Los Pieles-Rojas habian recibido á los europeos como á los hijos del Grande Espíritu, y sin duda hubieran abrazado fácilmente el cristianismo, si la codicia de los invasores no hubiese provocado odios de razas, que opusieron un obstáculo insuperable á la conversion de los indígenas; no obstante, los misioneros católicos habian conseguido hacer prosélitos en las tribus que se encontraban en el extremo Oeste; les habian hecho abandonar la vida nómada de la pesca y de la caza, que tanto atractivo tiene para el salvaje habituado á respirar el aire del desierto; les habian enseñado la agricultura y á agrupar sus cabañas en derredor de la capilla de la estacion; pero los emigrantes y los que iban en busca de oro invadieron aquel territorio y

construyeron ciudades, granjas y fábricas para manufacturas. Los progresos de la colonizacion suscitaban, entre los indios no convertidos, quejas muy amargas, y se hacia inminente la lucha; los europeos precipitaron la explosion con sus violencias.

Los aventureros, mezclados con la parte sana de la emigracion, habian introducido el desórden y la anarquía; los indios fueron los primeros en sentir sus efectos: ¿en cuánto podia apreciarse la vida de un salvaje, cuando la de un europeo valia tan poco? Las desdichadas tribus llegaron á ser las enemigas encarnizadas, implacables, de una civilizacion que las acarreaba la muerte. En vano algunos colonos, impulsados por un sentimiento de justicia, intentaron reconciliar á las dos razas: viven en perpétua guerra; el ódio excita el ódio, á las represalias suceden otras, más encarnizadas siempre y más violentas; un solo hecho bastará para formarse una idea exacta.

En 1865, como los habitantes del Colorado se quejasen de las incursiones de los indios, el coronel Shevington, al frente de un destacamento de voluntarios, marchó contra un campamento en donde se habian reunido mil indígenas, á las órdenes del *Halcon-Negro*, guerrero cheyenna muy nombrado; sorprendidos por aquella fuerza, toda la tribu fué pasada á cuchillo, sin que, en su ciego furor, fuesen respetadas las mujeres y los niños. El *Halcon-Negro* sucumbió como el héroe de una leyenda; cuando vió que toda resistencia era inútil, é imposible la fuga, subió á una colina y ofreció su pecho sin defensa al fuego de los

Rostros-Pálidos; atravesado por veinte balas, murió en medio de sus guerreros, y los voluntarios regresaron á la ciudad para recibir la ovacion que merecia su glorioso triunfo. En el Oriente de los Estados-Unidos, en las provincias que, por no hallarse en relacion directa con los indios, podian considerar los hechos bajo un punto de vista más imparcial, aquel hecho de armas fué reprobado por la opinion pública y calificado de matanza; mas al otro lado del Missurí todos lo consideraron como un acto de severidad indispensable, que debia repetirse, por lo ménos, dos veces al año hasta que los Pieles-Rojas fuesen arrojados completamente de las praderas.

En los territorios del extremo Oeste se mata á un indio con la misma indiferencia que si fuese un animal dañino; los invasores confiesan con el mayor descaro que su objeto es la extincion total de la raza indígena. Si se pregunta á un habitante del Colorado su opinion con respecto á los indios, contestará: «Tenemos dos medios de destruirlos, el rewolver y el wyski; pero este último procedimiento es demasiado lento, el otro es mejor.»

La inmensa mayoría de los americanos, nos complacemos en confesarlo, no es cómplice de esas atrocidades; sólo en las sociedades nuevas del extremo Oeste, que todavía conservan muchos elementos impuros, y que se hallan sobreexcitadas por la lucha, es en donde pueden sostenerse semejantes doctrinas. Cada año Washington envia al Colorado comisarios encargados de entablar negociaciones con las tribus

hostiles, y de poner término á la guerra de exterminio; pero ¿qué pueden ofrecer á los indios? ¿Impedirán que la colonizacion invada los territorios de la caza y reduzca por hambre á los salvajes? ¿Transformarán en pocos dias en pacífico cultivador al Piel-Roja ébrio de venganza? La situacion no ofrece más desenlace que la ruina de los indígenas. El crímen de esa sociedad americana, por otra parte tan gloriosa, es el haber dejado crecer el mal, sin poner remedio á él.

Se objeta que los indios no podrian habituarse á las costumbres de la civilizacion. Algunos filántropos han hecho esfuerzos laudables para enseñarles la agricultura: se han roturado terrenos y construido casas para ellos, pero no se los puede sujetar á un trabajo regular; una buena cosecha los hacia indolentes, y una mala los diezmaba con el hambre; acostumbrados á las emociones, á los peligros, á la libertad de una vida nómada, no tardaban en parecerles monótonos los goces de la vida sedentaria. La mayor parte de ellos vendieron sus tierras y se volvieron á las praderas. ¿Y se ha de afirmar, por ese mal resultado, que el hombre rojo es incapaz de progreso? Nosotros no lo creemos así; por el contrario, nos inclinamos á creer que la impaciencia de los europeos ha sido la causa del mal éxito de esas tentativas; se quiere que la semilla esparcida produzca en seguida fruto, y que el salvaje pase sin transicion desde el último grado de la ignorancia al primer rango de la escala social, sin tener en cuenta que nuestros antepasados necesitaron

siglos para llegar á adquirir una civilizacion ya arraigada en el suelo que habian conquistado. El ejemplo del Canadá basta para demostrar lo que podian haber hecho los Estados-Unidos. Los Hurones, que han llegado á ser cultivadores laboriosos, y que reciben la misma educacion que los habitantes europeos, no eran ciertamente superiores á los Pottawatomies y Delawares; las circunstancias, tan sólo, son las que los han hecho diferentes; en vez de luchar con la raza exclusiva y fiera de los anglo-sajones, tuvieron que habérselas con franceses, que han mirado como un deber el instruirlos y protegerlos. La Francia no coloniza tan pronto como la América ó la Gran Bretaña, porque quiere asimilarse la poblacion, y no destruirla; pero si uniese á la generosidad que la es natural la energía perseverante de los ingleses, sería el pueblo civilizador por excelencia.

Los indios han hecho esfuerzos desesperados para impedir la construccion del camino de hierro del Pacífico; un dia supieron que un tren de viajeros iba á inaugurar una línea que atravesaba las selvas; segun los informes de sus espías, uno de los wagones llevaba un cargamento de pólvora, al punto se reunieron los Pieles-Rojas, prendieron fuego á los árboles, y ocultos, no léjos de allí, con el cuchillo de arrancar las cabelleras en las manos, aguardaron el paso de sus víctimas: afortunadamente la noticia no era cierta más que en parte; el tren no conducia ninguna materia explosiva; el maquinista vió las llamas; ¿qué debia hacer? Si proseguia la marcha, locomotora,

wagones y viajeros iban á ser presa de las llamas; y si se detenia, los indios estaban allí preparados para aprovecharse de la confusion y del desórden, y degollar aquel puñado de blancos; en vista de aquel doble peligro, el americano tomó una resolucion extrema. Lanzó atrevidamente el tren por medio del bosque incendiado, forzando la máquina hasta sus últimos límites; la rapidez de la marcha desarrolló por los dos lados del convoy una corriente muy poderosa de aire; apartáronse las llamas, y la terrible hoguera no causó el menor daño.

En otros parajes fueron levantados los rails y cortada la via; los trabajadores tenian que estar armados con rewolvers, y los trenes de construccion iban erizados de carabinas; gracias á esas precauciones, y sobre todo, merced á la actividad desplegada en los trabajos, se pudo llevar á cabo la parte más difícil de la empresa; con la misma presteza con que los Pieles-Rojas destruian la línea, quedaba restablecida: las obras continuaron, y las secciones de la via más expuestas á los ataques quedaron terminadas; los indios, tristes y desalentados, se han dirigido hácia la parte del Sud, y ocupan las llanuras todavía desiertas, comprendidas entre el Kansas y Denver, limitándose á impedir la construccion de la via, que debe conducir de San Luis á Santa Fe.

La estrecha region en donde se han refugiado, no tardará probablemente en serles disputada; pero en este momento, los colonos tienen fija toda su atencion y dedican todos sus afanes á la conclusion de la línea

del Pacífico y á la explotacion de las minas. Apénas tienen tiempo para aprovechar las riquezas vegetales del suelo californiano; y sin embargo, en ese país privilegiado la naturaleza exige bien poco trabajo para dar con abundancia producciones de toda especie.

Aunque no forma más que un solo estado, el territorio comprendido entre Sierra-Nevada y las playas del Océano podría dividirse en tres regiones distintas, cada una con su carácter propio y con recursos diferentes; en las faldas de la montaña se encuentran bosques de árboles gigantescos, sombríos valles y veneros auríferos; sigue despues la cálida llanura del Sacramento, en donde se hallan mezclados los mejores y más hermosos frutos de los trópicos con los de los climas templados; la vegetacion ostenta allí un esplendor desconocido en cualquiera otro país; así es que la pera llamada *duquesa* llega al increible peso de 3 á 4 libras, sin exigir la mitad de los cuidados que se la prodigan en Francia y en otros países: más allá se extienden campos de avena silvestre, que podrían mantener millones de carneros y de bueyes; las vertientes de la pequeña cadena Contra-Costa llegarán á ser algun dia excelentes viñedos; y por último, la perpétua primavera que reina en la zona de tierra cercana al Pacífico permite cultivar todo el año legumbres y flores.

Con una fecundidad tan rara, apénas se comprende cómo la California, bajo la dominacion mejicana, ha podido permanecer casi desierta: las cosas han variado despues notablemente; aunque millones de hectáreas

de tierra permanecen todavía improductivas por falta de brazos, se comienza á recolectar bastante trigo para abastecer, ademas de los habitantes del país, á los de los estados del Oregon y de Washington; se exporta mucho para la América del Sud, y el año último los trigos californianos han sido enviados á Nueva-York, en donde han obtenido la preferencia, por su precio y su calidad, sobre los cereales de Richemond, el gran proveedor natural del Norte.

Las exportaciones habian emprendido el camino de Chile y del Perú, ántes de dirigirse á los estados del Este, por la facilidad de comunicacion que ofrecia el Océano Pacífico. Ún puerto excelente, el único que existe en aquellas playas en una extension de 700 leguas, abria á la California vastas salidas ó pasos marítimos; sin embargo, no fué á su magnífica bahía á la que San Francisco debió su rápida prosperidad; fué á la fiebre del oro.

La ciudad, ó más bien la aldea, existia ya hace más de un siglo; en 1775, dos misioneros católicos habian construido un convento en aquellas costas; como eran españoles y franciscanos, le dieron el nombre de mision de San Francisco; aquel antiguo edificio de ladrillo se halla situado á una legua de la ciudad, á que ha dado su nombre; desde entónces la colonizacion marchaba con mucha lentitud; mil quinientos mejicanos habitaban la poblacion, cuando en el mes de Enero de 1848 la casualidad hizo descubrir las primeras pepitas de oro; inmediatamente acudieron millares de hombres de todas partes; confinados de la isla

de Norfolk y de Sidney, marineros disolutos, aventureros corrompidos, procedentes de los puertos de la América meridional, se precipitaron sobre la California, como una bandada de buitres sobre su presa. En la primavera del año siguiente, treinta mil emigrantes llegaban de la Europa y de los Estados-Unidos; habian cruzado las praderas, atravesado 300 leguas de montañas y áridos desiertos, perdido en el camino más de 4.000 de los suyos; mas para llegar á la tierra prometida del oro no se repara en sacrificios.

San Francisco presentaba entónces un aspecto extraño; la mayor parte de sus habitantes vivian en tiendas; hombres distinguidos por su nacimiento llevaban la blusa del minero y se condimentaban por sí mismos la comida: pobremente alimentados, sin más cama que una manta, sujetos á los trabajos más penosos, sin parientes ni familia, no conocian más distraccion que el juego y el whisky; el precio de todos los artículos de primera necesidad habia adquirido proporciones fabulosas; los salarios de los criados variaban de seiscientos á mil francos por mes, y el alquiler de un caballo costaba 500 francos por dia; en las calles se armaban riñas, las tabernas estaban constantemente llenas de bebedores, y todas las noches habia bailes de máscaras, en los que se presentaban mujeres desconocidas; en cuanto á la policía, no existia más que en el nombre; sus agentes, atacados del vértigo universal, abandonaban su puesto para correr á las minas, y si por casualidad alguno de ellos desempeñaba sus funciones por espacio de quince

dias, era porque habia hecho lucrativo su destino, dejándose corromper.

Los confinados licenciados estaban reunidos en un barrio denominado la ciudad de Sidney; con el título de sabuesos, ó de halcones de Australia, habian organizado bandas rivales de las de los aventureros de Chile; todos los domingos, grupos de hombres, unidos por los vínculos del robo y del asesinato, recorrian la ciudad al sonido de una música infernal; iban armados de rewolvers para proteger, segun decian, á los habitantes de San Francisco contra los mejicanos, los españoles y los americanos del Sud.

Los asesinatos se sucedian con espantosa rapidez, y, sin embargo, la justicia no perseguia á ningun malhechor; los polizontes alegaban que era imposible descubrir á los culpables en una ciudad en donde la poblacion se renovaba sin cesar. Viendo que nada tenian que esperar de las leyes, algunos ciudadanos de resolucion adoptaron el partido de obrar por sí; de su autoridad propia arrestaron á veinte de los principales agitadores, y los enviaron con buena escolta á la China ó á la América meridional; jamas se supo con certeza el punto en donde habian sido puestos en tierra; lo esencial es que ya no se les volvió á ver.

Durante una semana ó dos reinó el órden en la ciudad, pero nuevos contingentes llegaron y engrosaron las filas de los bandidos; volvieron á cometerse toda clase de violencias; cinco veces San Francisco fué asolado por incendios producidos por manos criminales, con la esperanza del pillaje; la justicia, segun su costumbre, permanecia inactiva; los comerciantes y las personas notables se reunieron en la plaza pública.

—No hay, dijeron, seguridad ni para los bienes, ni para las personas; la ley se presta á toda clase de argucias, la policía está corrompida, y las cárceles no tienen cerrojos para encerrar á los culpables; en estas circunstancias, nosotros, que somos el pueblo, debemos ser los jueces, la ley y los ejecutores.

Esto sucedia el 7 de Junio de 1851: el comité de vigilancia no debia ser, como los de las ciudades de la Pradera, un tribunal secreto; se organizó con toda publicidad; se componia de doscientos ciudadanos y estaba apoyado por toda la prensa californiana; nadie podia ser admitido en él sin sujetarse á un exámen severo; se nombró una comision especial para reconocer los títulos de los candidatos, para que no fuesen admitidos sino individuos pertenecientes á la clase más honorífica; los miembros del comité debian reunirse á cualquiera hora del dia ó de la noche, cuando sonase la señal convenida entre ellos, es decir, dos campanadas con el intervalo de un minuto de una á otra.

La ocasion no se hizo esperar; al dia siguiente, habiendo detenido unos marineros á un hombre, cuyo aspecto les habia infundido sospechas, le encontraron un talego con oro, que acababa de sustraer de una tienda; condujéronle á la sala de audiencia de los vigilantes, y se hizo la señal; al momento de todos los puntos de la ciudad acudieron, no tan sólo los miem-

bros del comité, sino tambien, á pesar de que era más de media noche, una considerable multitud de habitantes provistos de armas y prontos á defender al tribunal cívico; á la una, el jefe de la policía se presentaba ante la puerta del Consejo, acompañado de numerosa escolta, y pedia imperiosamente, en nombre de la ley, ser introducido en él: por única respuesta, los concurrentes hicieron brillar á sus ojos los cañones de muchos millares de rewolvers, y se retiró sin aguardar á más.

Algunos instantes despues volvió á oirse el sonido de la campana, con grande ansiedad de la multitud; el Presidente salió de la sala, y dirigiéndose á los ciudadanos, agrupados en derredor suyo, dijo:

—El acusado se llama Jenkins y es un confinado fugado de Sidney; ha sido interrogado ante ochenta individuos del tribunal, y declarado culpable por unanimidad; los vigilantes me envian á vosotros para preguntaros si ese hombre debe ser ahorcado.

—Sí—contestaron á una voz los concurrentes.

Los miembros del comité, rewolver en mano, se formaron en dos líneas, el preso fué colocado en medio, y la lúgubre procesion, alumbrada por el pálido resplandor de la luna, se puso en marcha, atravesando las calles de San Francisco. Cuando llegaron á la plaza del ayuntamiento,

—Que se le cuelgue de la asta-bandera—gritaron algunos habitantes.

—No—replicaron los demas; no debe profanarse la enseña de la libertad.

El preso fué conducido á la aduana y ahorcado en el edificio.

Otras ejecuciones purgaron á la ciudad de los malvados más infames; ademas, el comité hizo vigilar los buques que arribaban al puerto; los procedentes de Sidney fueron sometidos á una inspeccion rigorosa, y todo pasajero sospechoso de ser un confinado era inmediatamente embarcado para la Nueva-Gáles del Sud.

Las autoridades legales no podian ver sin indignacion al tribunal que de aquella manera usurpaba sus atribuciones y sus derechos; pero los vigilantes, fuertes con el apoyo de sus conciudadanos, defendieron con energía el poder, de que hacian uso en beneficio de todos, y sólo cuando la tranquilidad de la ciudad parecia asegurada consintieron en hacer algunas concesiones; se limitaron á descubrir y tener en custodia á los culpables, dejando á la justicia regular el cuidado de castigarlos.

Desgraciadamente, los magistrados de la ciudad no tardaron en volver á ser infieles á su mision; segun el uso universal en los Estados-Unidos, habian obtenido sus empleos por el sufragio de los habitantes; pero se descubrió que los encargados de hacer el escrutinio habian sido sobornados, y que, por consecuencia, se habia falseado la eleccion; con semejante administracion, los desórdenes debian reproducirse en mayor escala que ántes: en el año de 1855 perecieron 400 personas de mano airada; el comité de vigilancia, que habia abdicado voluntariamente una parte de su au-

toridad, la reasumió y creyó necesario obrar con vigor; en el espacio de algunos meses la ley de Lynch fué aplicada á cincuenta culpables; sin embargo, el gobernador de la California, M. Johnson, en vista de la irregularidad del procedimiento, expidió un decreto suprimiendo el comité; los vigilantes no se dieron por vencidos; abrieron registros, en que acudieron á inscribirse todos los que se ofrecian á ayudarlos, y cuatro dias despues nueve mil nombres cubrian ya aquellas listas; pero San Francisco no estaba solo; por lo comun, el bien ó el mal se extienden desde la captial de un país á todos los puntos de su territorio; la ciudad del Sacramento envió mil hombres en auxilio del comité de vigilancia, y las demas poblaciones imitaron su ejemplo; las fuerzas de los voluntarios se reunieron en derredor de la sala del Consejo, se construyeron barricadas y fortificaciones, y se colocaron treinta cañones en aquella ciudadela improvisada; instruido de aquellos preparativos el Gobernador, se dirigió al comandante de las fuerzas federales en la California, el cual tuvo la prudencia de negarse á intervenir; M. Johnson no por eso desistió de su resolucion, que no podia ménos de tener un éxito desgraciado y ridículo; fué cercado por los voluntarios y hecho prisionero sin disparar un tiro.

Aquel triunfo daba al comité de vigilancia un poder sin contrapeso en el estado entero, y se aprovechó de él para completar su obra; los bandidos llegaron á ser objeto de incesantes procedimientos; cuatro fueron ahorcados, cuarenta expulsados del territorio, y un gran número emprendió la fuga; obtenido aquel resultado, los miembros del comité se trasladaron con gran pompa á la plaza pública, escoltados por sus regimientos de voluntarios, y allí, á presencia del pueblo, resignaron definitivamente sus funciones.

Así terminó aquella lucha singular de ciudadanos pacíficos contra las autoridades legales del país; jamas, como en esas circunstancias deplorables, han demostrado los americanos la rara circunspeccion con que saben salvar la causa del órden sin comprometer los intereses de la libertad; todo se reunia contra ellos: las pasiones excitadas por la proximidad de las minas de oro, la violencia sanguinaria de los presidiarios y de los aventureros, el estado de infancia de la sociedad, mal asegurada aún sobre sus bases, y por último, la defeccion de los que estaban encargados de hacer respetar la ley; asaltada por tantos males, la colonia parecia no tener más alternativa que sucumbir ó arrojarse temblando en brazos de la dictadura, dándose por muy satisfecha, al abdicar sus derechos, con obtener la seguridad; pero la firmeza de los yankees no se dejó abatir: una poblacion de comerciantes y de mineros supo encontrar en sí misma su salvacion; no se intimidó por tener que combatir á la par que al gobierno, que la hacia traicion, á la anarquía, que la amenazaba envolverla; lo hizo sin cólera, con la calma de la fuerza, y luégo, cuando estuvo restablecido el órden, cada uno de aquellos hombres que habian combatido intrépidamente por los intereses comunes se retiró á la vida privada.

En el dia, San Francisco es una ciudad de 100.000 almas, los juegos de azar se hallan prohibidos en ella, la paz reina en las calles, y el movimiento de los negocios ha reemplazado al tumulto del vicio; el domingo, mancillado ántes con las repugnantes procesiones de los perturbadores, es observado ahora con el respeto que distingue á las ciudades americanas; hay muchos edificios religiosos, entre los cuales llama la atencion la iglesia de Santa María, magnífica catedral construida por los católicos, que forman la comunion más influyente del estado.

La enseñanza está tambien muy atendida: la ciudad de San Francisco posee 50 escuelas públicas y 80 colegios particulares, dirigidos unas y otros por maestros hábiles; ha fundado hospicios, asilos, y todos los establecimientos de beneficencia de la civilizacion cristiana; las bibliotecas populares se hallan organizadas en gran escala y poseen preciosas colecciones.

En cuanto á la poblacion, aunque domina en ella el espíritu americano, como ya hemos visto por la historia del comite de vigilancia, es la más cosmopolita de los Estados-Unidos; encuéntranse allí yankees é ingleses, una multitud de franceses, italianos, mejicanos, australianos, chilenos, etc. La China se halla profusamente representada, los hijos del celeste imperio componen la sexta parte de la poblacion de San Francisco; viven separados de los demas habitantes, y forman como un pueblo dentro de la ciudad, porque tienen su barrio especial, sus fondas, sus teatros, sus establecimientos particulares de beneficencia y sus casas de socorro; los blancos

los miran con desprecio, los abruman con impuestos exorbitantes y les cierran las carreras lucrativas; sin embargo, á fuerza de trabajar, algunos han llegado á hacerse comerciantes muy ricos, y muchos de ellos consiguen formar un pequeño capital, con el cual regresan á su país; la vista de aquellas riquezas alienta á sus compatriotas, que emprenden á millares el camino de las colinas de oro, como llaman á San Francisco. ¿Quién es capaz de decir hasta dónde llegará esa corriente? La Irlanda, á pesar de sus estrechos límites y de lo reducido de su poblacion, en cinco años ha dado á la América tres millones de emigrantes; ¿qué masas tan enormes podrian enviar las hambrientas provincias del centro del imperio, que cuenta 400 millones de súbditos?

Sin embargo, los californianos no se preocupan por esa invasion; ellos explotan las minas, cultivan las tierras y extienden sus relaciones comerciales; los negociantes acometen empresas gigantescas; una compañía tiene steamers en todos los rios navegables de los Estados-Unidos; otra, ha establecido agentes en todos los distritos mineros, y se encarga del transporte de cartas, barras y polvo de oro; otra, en fin, posee una verdadera escuadra, y trafica en los dos Océanos.

San Francisco parece llamado á ocupar en el Pacífico el rango que Liverpool en Inglaterra, y de Nueva-York á los antiguos estados americanos: su puerto ofrece las mismas ventajas, y su situacion comercial y geográfica no es ménos importante. Como todas las vias férreas de la Union van á parar á ella, será el

centro de un inmenso comercio de importacion y de exportacion; distribuirá en el Nuevo-Mundo los productos de la China, del Japon y de la India, y tal vez no tarde en despacharlos á Europa. Nuestras actuales comunicaciones con el Oriente son lentas y costosas; las especias, la sedería, el té permanecen demasiado tiempo en el mar: la inauguracion del camino de hierro del Pacífico va á ofrecer á esas delicadas mercancías un medio de transporte más rápido.

Sin duda alguna, sería preferible el paso por el continente asiático: la Rusia en el Norte, y la Inglaterra en el Sud, se ocupan con ardor en establecer líneas férreas que enlacen el extremo Oriente con las regiones europeas; la una pasará por la Tartaria, y la otra por la India y la Persia; por cada parte la batalla comercial se sostiene con vigor, y efectivamente la empresa lo merece, porque se trata del tráfico de dos mundos. Con todo, puede que áun pasen muchos años ántes de que por esos nuevos caminos se hagan transacciones: el camino de los Estados-Unidos es ménos corto; pero ya se halla concluido: la América ha sabido llegar la primera, y esa ventaja la permitirá convertir en su provecho, momentáneamente al ménos, una parte de los negocios del Oriente.

Áun cuando nuestras previsiones no se realicen, la línea del Pacífico siempre tendrá una importancia incalculable. Por ella la California se encontrará cerca de Nueva-York: se establece la solidaridad de intereses entre los diferentes territorios, y la unidad po-

lítica del país se consolida, al mismo tiempo que se aumenta su riqueza. Antiguamente la distancia oponia un obstáculo insuparable á la duracion de los vastos imperios, porque no uniendo á las provincias con el centro ningun lazo sólido, no tardaban en segregarse de él. Ese estado de cosas ha cesado en el dia: sea un bien ó un mal, las grandes aglomeraciones han llegado á ser posibles, y no es la extension de la América la que pondrá trabas á sus progresos. Bañada por dos Océanos, tiende por un lado la mano á la Europa, y por el otro al Asia; atrae sus riquezas á su seno, y por todas partes ensancha el campo de su comercio. Pero, en medio de su brillante fortuna, no debe olvidar que las prosperidades materiales son precarias cuando no están sostenidas por el vigor moral y por el desarrollo intelectual de la nacion. Eso es lo que forma su verdadera grandeza.

IV.

QUEJAS Y PADECIMIENTOS DE LOS ANTIGUOS ESTADOS CON ESCLAVOS.

Las diferencias profundas de razas y de nacionalidades, que existen entre los emigrantes que cada año acuden de todos los puntos de Europa para buscar en un mundo nuevo una patria hospitalaria, son muy á propósito, por su naturaleza, para crear serios embarazos á la Union americana. ¿Cuánta fuerza se necesita para imprimir en un país compuesto de elementos tan heterogéneos, la unidad de pensamientos, de miras y de accion, que es la única que da á una aglomeracion de hombres el derecho de llamarse un pueblo? Los Estados-Unidos han emprendido esa obra en el Oeste, y á pesar de su magnitud, han obtenido un brillante resultado. Un problema más difícil se presenta para ellos en el Sud. Allí no se trata de construir, con materiales mal preparados, es cierto, pero al ménos sobre un suelo vírgen, un edificio político lleno de armonía y de grandeza; es necesario fundar sobre los restos humeantes de un órden social apénas destruido, y defendido todavía por poderosas simpatías, un estado de cosas en directa oposicion con lo

pasado. Se choca aquí con la cólera, con la resistencia, con el ódio de un partido vencido, con el embrutecimiento de una raza degradada por la opresion: jamas las instituciones de la libre América tuvieron que sufrir una prueba más dura.

Como nadie ignora, la esclavitud únicamente fué el pretexto de la guerra que hace poco tiempo ensangrentó el suelo de los Estados-Unidos. Sin duda alguna, la miseria y el envilecimiento de los negros excitaban en el Norte una generosa indignacion. Pero todavía existian bastantes preocupaciones contra ellos, hasta en Boston y Nueva-York, para que se tomase su causa con tanto ardor, y se defendiese con tan extraordinario encarnizamiento.

El derecho, invocado por el Sud, de velar por sí mismo por sus intereses, de hacer sus propias leyes y de administrar su territorio á su manera, derecho todavía reivindicado el dia de hoy, toca más de cerca á la cuestion, pero no constituye su verdadero fondo. La lucha existia sorda y latente mucho tiempo ántes de estallar la guerra, y la victoria de los federales no la ha terminado. Dos formas de vida social incompatibles entre sí, dos principios rivales se encuentran frente á frente, no pueden permanecer juntos en el seno de un mismo pueblo; el uno necesariamente ahogará al otro.

La Constitucion americana establece una distincion muy equitativa entre los intereses comunes del país y los derechos particulares de cada Estado: los primeros son reglados por el Congreso, órgano de la

voluntad nacional, á que todos están obligados á obedecer; los segundos forman la parte de libertad de los diferentes territorios que componen aquella vasta república, y no se los puede despojar de ellos sino por una violencia arbitraria. Pero, ¿en dónde debe detenerse la independencia? ¿En dónde debe comenzar la sumision? El pacto americano, especie de compromiso entre poblaciones de tendencias diferentes, no se explicaba de una manera terminante respecto á ese punto. Así que el Norte y el Sud, mal unidos por ese lazo flotante, no tardaron en seguir caminos diametralmente opuestos.

En Nueva-York, los descendientes de los puritanos tomaron la democracia por base y por regla de la sociedad que fundaron; entre ellos no se vieron ni amos ni esclavos; allí no hubo más que comerciantes, industriales y artesanos, que llenos de fe en el porvenir y lleno el espíritu de pensamientos fecundos, proclamaron la santidad del trabajo y levantaron muy alto el estandarte de la igualdad.

Durante ese tiempo el Sud se constituia en una fuerte y brillante aristocracia. Sus jefes, hijos de los antiguos caballeros, procedian de las más ilustres familias inglesas: nacimiento, fortuna y educacion, reunian en ellos todas las noblezas. Sin embargo, un mal profundo agotaba aquella savia generosa; un gusano roedor atacaba las raíces del árbol é iba bien pronto á marchitarle. Poseedores de vastos dominios, los plantadores habian llevado al Sud una poblacion completa de negros; la idea parecia tanto más natural, cuanto que en ciertos distritos el clima hace imposible para los europeos el cultivo del terreno. Pero la esclavitud es una espada de dos filos, que siempre llega á ser fatal para el que hace uso de ella. Se habia creido cometer una iniquidad provechosa reduciendo á servidumbre á los negros, y se encontró que se habia introducido en la sociedad un gérmen de desorganizacion y de muerte; el envilecimiento de una raza acarrea la corrupcion de la otra; ademas, degradando al trabajador se degrada al trabajo, ese manantial santo de la prosperidad de las naciones.

Los plantadores miraban con el más profundo desprecio á los negros, cuyos brazos fertilizaban los cañaverales de azúcar. A sus ojos el esclavo no era una criatura humana, era un animal de carga, que se podia comprar y vender; así era que se le negaba el derecho de tener una familia, de criar á sus hijos y de adquirir con el fruto de sus sudores el más pequeño pedazo de tierra.

Y sin embargo, aquella clase desheredada se hallaba unida á la de sus opresores por los vínculos más estrechos: durante muchos años la sangre de los anglo-sajones se habia mezclado con la de la raza africana. Pero la voz de la naturaleza no habia podido desarraigar la preocupacion; muchas veces se habia presenciado el odioso espectáculo de que un padre favoreciese y hasta fomentase el amor de su hijo á una linda cuarterona, y despues vendiese sin ruborizarse el fruto de aquella union ilícita. La savia de la nacion habia pasado á las venas del pueblo oprimido; los he-

rederos de las familias nobles disipaban su juventud en enlaces y relaciones clandestinos, y luégo, cuando su corazon estaba ya seco, y su espíritu embotado por el abuso de los placeres, se casaban con una mujer blanca para perpetuar su nombre. Ademas, se habian adoptado grandes precauciones para cerrar á los esclavos el camino de la emancipacion. Todo el que era de orígen africano no podia aprender á leer ni á escribir: la ignorancia es la guardia más segura de la servidumbre.

Pero los plantadores no componian toda la poblacion europea del Sud; á su lado se hallaban los blancos pobres, clase formada, en parte por irlandeses, y en parte por individuos sin herencia de las familias antiguas. Para conservar las vastas posesiones que exige el sistema de las plantaciones, habia sido indispensable conservar el derecho de primogenitura; pues bien, en una sociedad donde la esclavitud ha deshonrado al trabajo, ningun recurso quedaba á los hijos desheredados de las casas grandes.

— Gracias á Dios, decia un jóven virginiano á un hombre á quien pedia una limosna, no he empleado en nada los dedos de mis manos desde que estoy en el mundo: podrán ahorcarme, si así les place; pero no me harán variar de conducta.

Tal era el triste espíritu que reinaba en el Sud: hasta el trabajo intelectual no tenía ni estímulo ni recompensa, y los estados meridionales, desprovistos de profesores, se veian reducidos á enviar sus hijos al Norte, para adquirir allí algunas nociones de las ciencias. Los blancos pobres yacian sumidos en la ignorancia más profunda. La enseñanza pública se encontraba tan desatendida, que en parte alguna del mundo cristiano se hallaria ejemplo de semejante indiferencia. Sería necesario ir á Turquía para ver un desprecio tan completo del cultivo intelectual. En la Carolina del Sud, de 100 niños que se hallasen en edad de ir á la escuela, sólo asistian á ella 15. En el Missisipí y la Virginia la proporcion era todavía menor: allí era de 9 por 100.

Existia, pues, un antagonismo completo de sentimientos y de ideas entre el Norte y el Sud: la hostilidad moral debia necesariamente venir á parar en la guerra. ¿Cuál de esos dos principios, la igualdad absoluta, ó el privilegio bajo su forma más odiosa, la esclavitud, deberia ejercer la supremacía? ¿Cuál de esas dos fuerzas, la democracia americana, ó el espíritu aristocrático, llevado de la vieja Inglaterra, gobernaria la gran república?

Durante la primera mitad de este siglo el Sud ejerció un considerable ascendiente político, debido á la superioridad de sus jefes, colocados en un medio singularmente propio para desenvolver sus facultades, porque casi todas las oligarquías son planteles de hombres de estado. Pero la anexion de los nuevos territorios, que desde hace veinte años se han formado en el Oeste hizo variar la situacion; los emigrantes europeos adoptaban las instituciones del Norte: rechazaban la esclavitud y defendian los intereses del trabajo libre y de la pequeña propiedad. El Sud compren-

dió que la lucha llegaba á hacerse desigual, y que iba á descender del rango en que hasta entónces habia sabido sostenerse; agrupándose detras de la Constitucion, que reconocia en cada estado el derecho de administrarse por sí mismo, se hizo el abogado de la autonomía y el sosten de la descentralizacion. Pretendió que la Union americana era simplemente una asociacion de países soberanos, con absoluta independencia unos de otros, que se habian confederado cuando lo habian creido ventajoso á sus intereses, y que podian separarse cuando lo juzgasen conveniente.

En vista de aquella amenaza, el Norte comprendió la necesidad de estrechar los lazos que unian los estados al gobierno de Washington. Desde el establecimiento del pacto federal dos grandes corrientes de opiniones dividian á la América. El partido *republicano* reunia los defensores de la unidad nacional, á todos aquellos, en fin, que miraban al país como una vasta república, y no como una simple confederacion; el partido *democrático*, le componian todos los hombres que manifestaban más celo por la independencia individual de los Estados-Unidos que por la fuerza del gobierno central. El primero se apoyaba en el patriotismo ardiente del Norte, y el segundo contaba entre sus jefes y aliados á todos los plantadores del Sud. La democracia, tal como nosotros la entendemos, no tenia nada que ver en esas distinciones de campo; tratábase únicamente de las relaciones de los diferentes territorios con el Congreso, y hasta se ve que por una singular tergiversacion de las palabras, los demócratas

americanos procedian en gran parte de la clase aristocrática. Pero las diversas tendencias de los partidos no hubieran producido la guerra, si una oposicion profunda de costumbres y de sistemas políticos no hubiese dividido á la gran familia americana.

Las doctrinas separatistas han sido vencidas; en lo sucesivo nadie osará enarbolar ante la bandera de la Union una enseña antigua; los del Sud se han conformado con su derrota, y reconocen la unidad de la nacion. Sin embargo, todavía subsisten muchos gérmenes de discordia; la fuerza de los ejércitos no hace cambiar las ideas; las victorias del Norte no han inculcado súbitamente á los plantadores de la Florida el espíritu liberal de Boston y de Nueva-York, no han dado tampoco á los negros la inteligencia política: han destruido un pasado lamentable; han barrido una sociedad basada sobre la esclavitud, pero tambien han acumulado las ruinas.

Es en verdad muy triste el espectáculo que ofrecen los estados del Sud, hace poco todavía tan ricos y tan poderosos, y ahora tan devastados. El comercio era muy activo, los campos de algodon surtian todos los mercados de Europa, la exportacion subia todos los años á mil millones de francos y áun algo más, y la importacion no era tampoco ménos considerable, porque en el país no existia ninguna fábrica, se cultivaba poco trigo y se criaba muy poco ganado; el Oeste era el que subministraba los artículos alimenticios del país; el Norte enviaba los productos manufacturados, y el antiguo mundo los objetos de arte y de lujo. De

ahí resultaba un movimiento inmenso de cambios y una animacion extraordinaria. Ahora reina por todas partes un silencio sepulcral: las ciudades están desiertas; por las carreteras y caminos de hierro apénas transitan viajeros ni mercancías; su estado de decadencia es indescriptible; falta dinero para hacer reparaciones en los caminos y para reemplazar los rails inutilizados. ¿Y qué falta hace, cuando los transportes son nulos?

Pero el mal no concluye ahí. Los plantadores, extenuados por una guerra en que han sacrificado hasta su último dollar, teniendo que habérselas con una poblacion recientemente emancipada, y que, careciendo tambien de recursos, no consiente en trabajar si no se la satisface un salario inmediato, se han visto reducidos á dejar las tierras incultas. Millares de familias acostumbradas á la opulencia sufren ahora los horrores del hambre; su miseria es tan grande, que no pueden ni áun comprar el grosero alimento de la clase más humilde, y si por acaso en un rincon de la abandonada plantacion se han cultivado patatas ó maíz, esa pequeña cosecha es arrebatada por bandas de negros, á quienes los padecimientos arrastran al robo.

Cuanto servia para la explotacion ó cultivo de las posesiones, molinos, utensilios y máquinas, todo ha sido vendido ó destruido: ya no quedan más que las tierras, para las que no se encuentran compradores, porque no hay quien tenga capitales. Los antiguos poseedores de fortunas inmensas, hombres que á pesar de su lujo de príncipes, no podian gastar sus rentas, se ven hoy reducidos á ejercer los oficios más humildes, otros sucumben á impulsos de las privaciones, y sus familias se ven reducidas á implorar la caridad pública para costear sus funerales.

Sin embargo, las llagas no son tan profundas por todas partes: el Missurí, el Kentucky y el Tennessee, cuyo clima permite á los blancos cultivar el terreno, apénas se han resentido con la abolicion de la esclavitud; Téjas, cuyo principal recurso era la ganadería, se pasa muy bien sin los negros. Pero los Estados en que la guerra ha concentrado sus estragos, aquellos en los que el trabajo libre presenta más obstáculos, se hallan sumidos en una espantosa miseria.

Richmond, la brillante metrópoli de la insurreccion del Sud, se halla ahora sepultada entre las cenizas del incendio producido por sus propias manos; las llamas, atizadas por un viento violento, han consumido todos los cuarteles en donde se agrupaban los molinos, las manufacturas de tabacos y los almacenes de trigo y de harina. Aunque han transcurrido ya algunos años desde el fin de la lucha, la obra de reconstruccion marcha lentamente, y el viajero se siente contristado á cada paso con la vista de las ruinas ennegrecidas de los antiguos edificios.

La parte superior de la ciudad se ha salvado; hoteles suntuosos, adornados con verjas y pórticos, y rodeados de espaciosos jardines, en donde florecen las magnolias, los granados y otras plantas, se extienden por la colina, al derredor del palacio que sirve de re-

sidencia á la administracion virginiana. Sin embargo, aquella vista no excita más que una impresion melancólica. ¿En dónde están los habitantes de aquellas moradas? Los unos han perecido en los campos de batalla: los otros han abandonado el país, y los que quedan, languidecen en el desaliento.

Como Richmond era el foco principal de la lucha, concentraba en su seno vastos medios de ataque y de defensa: allí era el punto de reunion de los reclutas, allí eran conducidos los heridos, allí se establecieron hospitales capaces de contener 20.000 hombres, y era tal el furor de los combates, que aquella poderosa organizacion de socorro apénas era suficiente. A pesar de los solícitos cuidados de que eran objeto, murieron muchos soldados; ocho mil de aquellos defensores de una causa vencida, fueron enterrados en el cementerio de la ciudad y no tuvieron otro mausoleo que una cruz de madera: sus compatriotas, demasiado pobres para honrar de otro modo su valor, hicieron grabar allí este sencillo epitafio, que resume los sentimientos del Sud: « Muertos, pero no olvidados. »

Y sin embargo, el estado de Virginia, cuyos habitantes se mostraron tan ardientes separatistas, tenía en sus anales recuerdos gloriosos, que hubieran debido adherirle á la patria comun. Habia visto nacer á Washington, y en la plaza principal de Richmond se eleva la estatua de bronce erigida por los americanos á la memoria del fundador de su república. ¡Singular ironía de la historia!..... Ese monumento se halla situado en frente del palacio en donde se instaló el gobierno rebelde, en donde sus jefes adoptaron sus decisiones, y domina los campos de batalla que fueron testigos de las carnicerías de la rebelion de la patria de Washington contra la obra de aquel grande hombre.

La abolicion repentina de la esclavitud ha causado la ruina total de muchos territorios. Las plantaciones de cañas de azúcar de la Luisiana han sido destruidas en su mayor parte, y como la explotacion exige un material costoso, ese género de cultivo no se presta á la subdivision de la propiedad: se necesitan capitales considerables y vastas posesiones, y ademas no se pueden emplear en él á los blancos; los negros, por otra parte, conservan hácia sus antiguos amos un sentimiento de desconfianza, que hace muy difícil la avenencia entre unos y otros.

La situacion no es mejor en el Mississipí y en la Florida: ésta se halla hoy dia desierta, y aquél combatido por los rencores de los partidos y de las razas. Pero la desdicha de esos estados no es comparable con la de la Carolina del Sud. Sean cuales fueren los males del momento, la poblacion blanca de la Nueva-Orleans y de San Agustin sabe muy bien que á fuerza de energía se hará dueña del porvenir; esperanza que al ménos parece incierta en Charleston. Los distritos más ricos eran las islas de la costa, tan afamadas por la calidad del algodon que producian. Pues bien: el clima de esas regiones es mortal para los europeos; sólo los negros pueden vivir en él y cultivar el terreno. La Carolina del Sud, segun todas las probabili-

dades, no ofrecerá más que un campo bien limitado al trabajo de los europeos.

A las causas de irritacion ya tan vivas que acabamos de indicar, se une tambien una amarga humillacion. La poblacion blanca, mucho ménos numerosa en el Mediodía que en el Norte, no habia podido ejercer influencia en los asuntos del país, y compensar su inferioridad numérica, sino haciendo que la cifra de los miembros del Congreso fuese igual á la de los habitantes de cada estado, comprendidos los negros, que figuraban por cinco millones en los territorios de esclavos y que formaban un contingente considerable. Los del Sud esperaban recobrar, despues de la derrota, todos los derechos políticos; consentian en emancipar los esclavos, pero querian que esa reforma la hiciesen ellos mismos; suponian ademas que les conservarian el privilegio, que la Constitucion les habia concedido, de votar por sí y por los negros que tenian empleados en sus plantaciones.

Pero el Norte no podia acceder á semejantes exigencias; despues de haber hecho tantos sacrificios por el triunfo de sus principios, de haber perdido quinientos mil hombres, y de haber gastado cuatro mil millones y medio, debia asegurar una victoria que tan cara le habia costado. Al dia siguiente de la toma de Richmond, el Congreso propuso una ley, que devolvia por todas partes al voto su carácter personal, y fijaba el número de diputados de cada estado, no, como antiguamente, en proporcion á la cifra total de la poblacion, sino á la de los electores, es decir, á la de los

blancos, porque todavia no se pensaba en dar más extension al sufragio. Aquella medida, al parecer, era justa. En efecto, ¿por qué un plantador de la Virginia habia de gozar de mayor influencia que un manufacturero de Nueva-York? Si los negros eran considerados como hombres incapaces de ejercer ningun derecho político, ésa no era razon para conceder al amo que los tenía oprimidos, el derecho de representarlos ante el país y de votar en su lugar, de manera que el voto de uno de los grandes propietarios del Sud equivaliese al de ciento cincuenta ó doscientos ciudadanos del Norte.

En fin, para destruir todo elemento de rebelion, y velar por la abolicion efectiva de la esclavitud, el Congreso nombró gobernadores provisionales, encargados de administrar los estados rebeldes hasta que volviesen á entrar en el seno de la Union.

Aquellos actos provocaron una explosion de murmullos. Aceptar por base de la representacion nacional el número de votantes era, por parte del Sud, aceptar su destitucion política. «Nosotros, decian los plantadores, hemos vuelto á entrar lealmente en la Union y hemos renunciado á la esclavitud; pero no suscribirémos á condiciones que marquen nuestra frente con el sello de la humillacion. Reclamamos el ejercicio de los derechos que la Constitucion nos ha reconocido, y de que no podeis despojarnos sin que hagais pedazos el pacto federal.»

El nombramiento de gobernadores hecho por el Congreso no produjo menores reclamaciones. En

América cada estado nombra por sí mismo su jefe y sus empleados públicos: los del Sud se quejaron de ser víctimas de un rigor ilegal; su resentimiento subió de punto cuando los administradores provisionales, apoyados por regimientos procedentes del Norte, emprendieron la reorganizacion de las municipalidades y de los tribunales, y llamaron á los negros al escrutinio para la eleccion de los magistrados particulares de los diferentes ayuntamientos ó distritos.

Esta última decision, forzoso es confesarlo, fué inspirada no por un sentimiento filantrópico, sino por la desconfianza y la hostilidad que todavía inspiraban los vencidos, no sometidos aún á pesar de la derrota. Los defensores de los negros estaban muy poco convencidos de la capacidad política de sus protegidos: los miraban como unos seres ignorantes, muy inferiores á los ciudadanos de la América libre; era justo ponerlos á cubierto de la opresion, pero nada más.

En los Estados-Unidos todos se hallan persuadidos de la verdad de que la instruccion es la mejor garantía del sufragio universal: para dar un voto con discernimiento es necesario tener medios para conocer á los hombres y á las cosas. Cuando se trató de reconstituir la Union, el partido republicano habia pensado primero limitar el número de electores al de los ciudadanos que supiesen leer y escribir. La resistencia del Sud le obligó á emprender diferente camino. En los estados rebeldes, las personas de alguna educacion eran precisamente las que, á costa de su vida y de sus bienes, habian sostenido la tentativa

separatista, y las que, despues de haber rendido las armas, conservaban una cólera concentrada contra el gobierno federal. Dejarlas el privilegio de nombrar lás autoridades locales, alejando del escrutinio á los negros y á los blancos pobres, hubiera sido poner al Sud en poder de los enemigos de la Union. Una ley, dictada por las circunstancias, invistió á toda la poblacion masculina, sin distincion alguna, del derecho de elegir los funcionarios particulares de cada estado.

De ese modo caia la oligarquía que los plantadores se habian lisonjeado mantener despues de la abolicion de la esclavitud. La democracia absoluta, la igualdad completa, eran bruscamente transportadas á un terreno poco preparado para recibirlas. Los grandes propietarios, que habian concentrado en sus manos toda la vida política del país, veian destruido su poder para siempre; su voto no valia ya más que el de los blancos pobres, y hasta el de los negros, y estos últimos tenian en su favor el poder que da el número. «Se nos trata como á pueblo conquistado, exclamaban los plantadores con amargura: nos envian un ejército de ocupacion, nos imponen instituciones que no son las nuestras, y se pone el colmo á esas medidas arbitrarias, dándonos por señores á nuestros propios esclavos.»

Las quejas del Sud encontraban eco en las simpatías del presidente Johnson y de algunos otros personajes del Norte. La conducta del Congreso, sábia tal vez bajo el punto de vista político, era, en efecto, directamente contraria al texto de la Constitucion, y sabi-

do es el culto de los americanos á ese pacto fundamental. En vano los republicanos repetian que era necesario atenerse al espíritu, no á la letra; que los plantadores habian abusado de los derechos de los estados para hollar con sus plantas los derechos de la patria y de la humanidad, intereses sagrados, que la carta tenía por objeto especial garantizar, y que las enmiendas propuestas por el Congreso completaban la obra de los primeros legisladores, sin alterarla. Sin embargo, aquellos razonamientos no hacian desaparecer la duda de los espíritus; muchos hombres imparciales preguntaban si el Norte podia, con estricta justicia, ingerirse en los asuntos de los estados rebeldes y atacar su autonomía. El partido de los demócratas iba ganando terreno, y si no le hubiera comprometido la proteccion poco cauta del Presidente y la violencia de alguno de sus miembros, tal vez hubiese conseguido una victoria moral, que habria compensado el reves militar.

Miéntras se agitaban esos problemas, la anarquía y la miseria asolaban el Sud. Millares de hombres se morian de hambre, y el robo y el asesinato ensangrentaban los campos. Los del Norte se enternecieron; abriéronse suscriciones en todas las grandes poblaciones, y el Congreso votó un millon de dollars, para acudir al alivio de las familias más indigentes. ¡Paliativo bien insuficiente para curar tantas heridas!..... Los plantadores miraron como un agravio más la limosna que se veian obligados á recibir de mano de los mismos que los habian arruinado. Hubieran sido

preciso sumas inmensas, que el Norte, empobrecido, no podia aprontar, para socorrer las necesidades, y áun así, el auxilio hubiese sido momentáneo, toda vez que quedaban subsistentes las causas del mal.

Era necesario atacar la raíz del padecimiento: los americanos lo comprendieron así, é hicieron algunos esfuerzos en ese sentido, acerca de los cuales vamos á decir algunas palabras. No hemos tratado de ocultar lo difícil de la situacion, pero debemos tambien manifestar que todavía se puede poner remedio á ella. Los estados del Sud atraviesan en este momento una crísis terrible; saldrán de ella regenerados y más fuertes, porque han renunciado á una institucion que era, á la par que un crímen de lesa humanidad, una ignominia social y una traba para el progreso del país: su desastrosa derrota ha producido al ménos el resultado de decidirlos á introducir entre ellos los grandes principios que son el alma de la vida moderna.

V.

LA CUESTION NEGRERA.

Cuando fué abolida la esclavitud en América, muchos peligros amenazaban á la sociedad nueva que debió organizarse sobre las ruinas del antiguo estado de cosas. El negro era reputado como incapaz de la libertad, como desprovisto de todo sentimiento moral y como enemigo de todo trabajo; ademas, tenía que temer la malevolencia de los del Sud, cuyo desprecio á la raza oprimida se habia convertido en una irritacion profunda desde que el Norte habia tomado su defensa. La intimacion de un vencedor rara vez es bien acogida; los derechos civiles de los negros, aunque establecidos en principio, eran con frecuencia negados de hecho.

Que los antiguos esclavos llegasen á ser sus iguales, parecia á los plantadores monstruoso, extraño é imposible; así que, al principio la mayor parte de ellos no hacian más que reirse; creian que bastaba anunciar semejante proposicion para que cayese en ridículo. Los ánimos se hallaban, en efecto, poco preparados para una revolucion tan completa en ese Sud,

en donde uno de sus órganos más acreditados, Alejandro Stephens, vice-presidente de los estados confederados, escribia en 1861: «La esclavitud es la condicion natural y normal del negro..... Para mí es indudable que esta verdad concluirá por ser reconocida en todos los pueblos dotados de luces y de razon..... El sistema esclavista se halla todavía en su infancia.....»

Ese árbol, que debia extender sus raices por toda la tierra, ha sido, sin embargo, arrancado del suelo; el negro, no tan sólo no es ya una mercancía, sino que se pertenece á sí mismo, puede tener una familia, y participa ademas de la vida política de la nacion.

Desde el primer dia los plantadores afirmaron que semejante dignidad le era poco grata. «Sambo se cuida muy poco de ser ciudadano, decian con sarcasmo los propietarios del Sud. A todos los derechos que el Norte le concede, prefiere la libertad de tener muchas mujeres y la seguridad de comer una buena sopa. ¿Qué le hablais de conciencia y de responsabilidad? No obtendréis de él nada sino por la fuerza.»

Que el negro distaba mucho de poseer todas las virtudes apetecibles se concibe sin dificultad: embrutecido desde su nacimiento, criado sin idea moral, sin nocion religiosa, era lo que la esclavitud le habia hecho. ¿Cómo habia de tener el sentimiento de la familia, cuando se separaba de él á sus hijos y se vendian en el mercado como vil rebaño? ¿Cómo se habia de despertar en su corazon el pensamiento del deber, cuando jamas se le hablaba más que de opresion, y no se empleaba con él otro argumento que el látigo

Un gran número de negros eran, pues, inclinados á la mentira, á la pereza y al robo, y sus antiguos amos, léjos de pensar que la responsabilidad de esos vicios debia recaer sobre ellos mismos, veian, por el contrario, en ellos un motivo de triunfo y la justificacion de sus impías doctrinas. Despues de su emancipacion los negros se hicieron culpables de más de un delito, y como la opinion pública estaba en contra suya, fueron castigados con el mayor rigor.

En una ciudad del Sud-Oeste un mulato, exaltado el cerebro por los vapores del vino, abrazó á una obrera blanca en la plaza pública é hizo la demostracion de querérsela llevar. A los gritos de la jóven acudió gente, se formaron grupos, se apoderaron del atrevido, le abrumaron á golpes, y mil gritos de muerte se elevan contra él; pero, ¿qué suplicio podria convenir al rapto con violencia? El desgraciado fué cubierto de pez, sobre la cual se colocó una capa de plumas y despues le prendieron fuego; y como vieron que todavía respiraba, le metieron en un tonel y le llevaron á un bosque para que le devoráran los lobos y los buitres. Los jueces llamados á instruir el proceso alegaron que la multitud habia obrado en un momento de arrebato y obcecacion, impulsada por un sentimiento de cólera, y que nada tenian que ver con eso.

Si las ofensas de los negros eran reprimidas con una severidad que rayaba en barbarie, la parcialidad para con los blancos no se manifestaba de una manera ménos repugnante. Si se hacian culpables de violencia y hasta de asesinato á los negros, los tribunales los absolvian siempre. Bien pronto los emancipados, exasperados con las injusticias de que eran víctimas, se arrogaron el derecho de represalias. Estaba á punto de estallar una guerra de raza con todos sus horrores. Los odios sociales se avivaban ademas con los rencores políticos; algunos hombres fogosos del Norte abrazaban la causa de los negros y excitaban las más malas pasiones.

En esas circunstancias fué cuando el Congreso, para restablecer el órden, decidió la ocupacion militar del Sud. Pero eso no era suficiente; pensó que la tranquilidad pública debia tener otra garantía que la fuerza de las armas, y quiso moralizar aquella poblacion de negros, que era un peligro permanente.

Estableció, pues, en cada ciudad una *oficina de los Emancipados*, encargada de defender á los negros, de guiarlos y de esparcir entre ellos los beneficios de la educacion. Los del Sud pretendieron que el Congreso no tenía derecho para intervenir en sus asuntos y reglamentar su administracion interior; pero si los estados rebeldes se negaban á trabajar en la rehabilitacion moral de los negros, si en vez de ayudar á su debilidad, los dejaban sumir en la miseria y en el vicio, ¿no equivalia eso á restablecer en cierto modo la esclavitud? El patriotismo y la humanidad prescribian al Norte intervenir en la causa de los emancipados; era deber suyo lavar la mancha que una injusticia secular habia impreso en la nacion, y poner á los negros en estado de redimirse del desprecio que pesaba sobre ellos. Las circunstancias políti-

cas, como ya hemos visto, impelieron á los unionistas mucho más allá del punto á que en un principio se propusieron llegar.

La preocupacion contra los hombres de color, dice un diario americano (1), era bastante fuerte en los Estados-Unidos, para hacer que abortasen todos los proyectos de reforma, si no habian sido atacados con furor por los enemigos de la nacion y del órden público. En vista de esas violencias, el país reconoció que el interes de su seguridad le prescribia el abandonar sus pretensiones y mostrarse equitativo. Los adversarios de la libertad humana no tenian necesidad, para conseguirlo, más que de un poco de moderacion y de prudencia, pero esas cualidades no son el carácter distintivo de gentes que defienden la obra del mal. La Providencia se sirvió de sus faltas para rehabilitar una raza injustamente proscripta.

El Norte mismo no tenía una completa confianza en la causa que queria hacer triunfar; la hostilidad de los del Sud sirvió de estímulo á sus esfuerzos, y bien pronto el éxito excedió á sus esperanzas. Debemos creer que la raza negra justificará en América las esperanzas concebidas por sus más entusiastas defensores; hasta ahora ha sacado el mejor partido posible de las diversas situaciones en que se ha encontrado colocada; los emancipados son ávidos de instruirse y sufridos en el trabajo; durante la guerra civil fueron excelentes soldados; el general Grant, juez competente en esa materia, elogia su disciplina y su valor. Ademas, sus aspiraciones religiosas, su carácter sociable, y su facilidad para recibir impresiones nuevas, abren un ancho campo á la mejora.

(1) *Atlantic Monthly*; Enero de 1869.

En la Nueva-Inglaterra, á pesar de las prevenciones que todavía les hacen difíciles todas las carreras, algunos, á fuerza de energía, han llegado á ser ricos y sabios: abogan en el foro, enseñan en las iglesias y ejercen con buen éxito otras profesiones liberales. La inteligencia desplegada en repetidas ocasiones por esos hombres, á quienes se pretendia rebajar hasta el nivel de los brutos, es verdaderamente notable, y nada prueba mejor cuán susceptibles son de desarrollo, que la manera con que han acogido la creacion de escuelas en los estados meridionales.

La oficina de los Emancipados habia tomado la iniciativa de ese movimiento civilizador: por su afanosa solicitud fueron abiertos á los hombres de color, de toda edad, muchos establecimientos de instruccion pública. ¡Parecerá increible!..... pero sus generosos esfuerzos para sacar á los negros de la ignorancia llegaron á ser una de las principales quejas de los del Sud.

"¿Qué hacen los enviados del Norte por sus protegidos? decian los plantadores. Se ocupan en enseñarles á leer. De esa manera les inculcan la falsa y peligrosa idea de que la suprema necesidad de la vida no es el trabajo, sino la educacion; trastornan el órden natural de las cosas colocando en primer lugar lo que sólo tiene una importancia secundaria; miéntras el negro esté en la escuela se suspenderá la labor de

los campos, y la miseria se aumentará cada vez más; por otra parte, ¿á qué conduce esa instruccion tan encomiada? Á inspirar á los negros la ambicion de ser factores ó comerciantes, y á quitarles la aficion á las ocupaciones manuales.»

Se ve, pues, que los adversarios de la enseñanza pública no sobresalen por la imaginacion, y que en todos los países sus argumentos son casi los mismos. El Norte no se detuvo por esas murmuraciones; una larga experiencia le habia enseñado que la educacion que sólo se da á una parte de la sociedad puede producir el efecto de excitar en ella bastardas ambiciones, pero que cesa de dar ese resultado, cuando, en lugar de ser el privilegio de algunos, llega á ser el patrimonio de todos. Sabía tambien que el hombre no vive solamente con pan; que la base de la prosperidad de las naciones se encuentra en la inteligencia que dirige el trabajo, más bien que en la accion maquinal que le ejecuta. «Cuanto más vale el obrero, más vale la obra», dice la sabiduría popular; ademas, en los estados del Sud no eran brazos lo que faltaba á la agricultura, sino los capitales y el espíritu de empresas; las plantaciones quedaban eriales porque los propietarios no tenian dinero para pagar los jornales á los trabajadores y para restablecer los aparatos necesarios para la explotacion. Fieles al principio de que las escuelas son la verdadera salvaguardia de la sociedad, los del Norte se ocuparon, pues, activamente en abrirlas por todas partes para los negros.

«Invocamos la misma justicia para todos, dice sobre este particular uno de los jefes de la oficina de los Emancipados; reclamamos los derechos inenajenables que Dios, segun declaracion de los ilustres fundadores de nuestra república, ha dado á todos, sin distincion de raza ni de color; procurando conservar esos derechos á aquellos cuya educacion estamos encargados de dirigir, desarraigando sus costumbres viciosas, formando su corazon por medio de la instruccion y enseñándoles á aficionarse á la virtud, imprimirémos á la sociedad ese carácter esencial de moralidad, que es la garantía del órden público.»

El ejército federal habia establecido ya, en los diferentes puntos en donde se hallaba acantonado, escuelas para la educacion de los soldados de color que contaba en sus filas; aquellos establecimientos fueron conservados y abiertos á la poblacion negra, y las sociedades de beneficencia del Norte crearon un crecido número de ellas; en fin, algunos estados del Sud, animados de un generoso espíritu de conciliacion, instituyeron otras muchas. La oficina de los Emancipados alentó aquellas tentativas, las ayudó con sus donativos y sus consejos, pero sobre todo se dedicó á estimular la energía individual de la raza emancipada. La América poseia el *Self-gouvernement* y quiso introducir en los estados del Sud, y entre los negros, la *Self-education*, es decir, la educacion por el pueblo y para el pueblo.

Los negros se prestaron admirablemente á aquella innovacion; comprendieron con una prontitud de in-

teligencia que hubiera hecho honor á blancos civilizados, cuán importante era para ellos el instruirse, y se vió á aquellas pobres gentes, en las que debia esperarse encontrar la pereza moral que ordinariamente produce la opresion, imponerse los mayores sacrificios para contribuir á la fundacion de las escuelas; así que, en el estado de Tejas, la poblacion negra, con sólo sus esfuerzos y recursos, creó veinte y seis escuelas de dia y de noche; ella fué tambien la que en Georgia tomó la iniciativa de los primeros establecimientos de instruccion pública destinados á sus hijos. En otros estados sus subvenciones personales contribuyeron poderosamente á ayudar la obra de la oficina.

En ninguna parte fueron tan notables los resultados como en la Luisiana; la autoridad militar, traspasando tal vez el mandato que la habia dado el Congreso, organizó en grande escala la enseñanza pública. Se habia declarado solemnemente que el Estado estaria obligado á poner la instruccion al alcance de los negros, y al efecto se habian establecido impuestos; pero estalló una reaccion violenta; fué necesario suprimir las cuotas fijadas en favor de los negros.

La noticia de aquella medida produjo entre los emancipados una verdadera consternacion; durante el corto intervalo en que les habia estado expedito el acceso á las escuelas, 50.000 habian aprendido á leer, y millones de ellos se disponian á seguir su ejemplo. ¡Aquellos gérmenes fecundos iban á ser sofocados!...

el porvenir y el desarrollo intelectual de la raza, ¿iban á quedar comprometidos?.... Los negros se reunieron para buscar un remedio al mal; ya, desde su emancipacion, en su calidad de ciudadanos, pagaban una parte del impuesto general establecido para la instruccion pública; pero aquellos fondos se empleaban, en su totalidad, en sostener las escuelas destinadas á los blancos, de las cuales eran excluidos ellos; á pesar de tan grande injusticia, á pesar de su estado de indigencia, adoptaron la noble resolucion de solicitar el pagar una nueva contribucion especial para la educacion de sus hijos, sin que por eso dejasen de contribuir al impuesto general.

En multitud de peticiones, cubiertas de cruces, que representaban las firmas de los padres que no sabian escribir, solicitaron el beneficio de la instruccion para la casta desheredada; los peticionarios añadian que ellos sufragarian los gastos. No pudieron ser desatendidas aquellas instancias; abriéronse escuelas para los discípulos de color, y los negros que la oficina de Emancipados tenía empleados en diferentes trabajos, tomaron de su modesto jornal la suma necesaria para el arrendamiento del local y el sueldo de los maestros.

Por todas partes los esclavos emancipados manifestaban una ardiente sed de instruccion; en los umbrales de las casas más humildes se veia á los niños hojeando sus abecedarios, y hombres encorvados ya por la edad se esforzaban en suplir por la energía de la voluntad, las facultades de la juventud, é iban á buscar aquella ciencia que ántes les estaba prohibida.

Seguid á los negros que con paso rápido recorren por la noche las calles de las grandes poblaciones; los unos se dirigen hácia miserables casucas, y otros á sótanos malsanos, en donde se hallan situadas las escuelas, porque el dinero escasea y las atenciones son muchas; algunos bancos, mesas muy ordinarias y alguno que otro libro componen todo el movilia-rio. Estamos muy distantes de esos magníficos establecimientos del Norte, de proporciones arquitectónicas, de esas clases ó cátedras espaciosas, ricamente provistas del material escolar. Sin embargo, miremos bien, y descubrirémos en esos humildes asilos una belleza que su sencillez exterior hace todavía más interesante; verémos, inclinados sobre sus pupitres, á ancianos de encanecido cabello, que procuran con mano poco hábil trazar caractéres, y cerca de ellos, hombres en el vigor de la edad y niños á quienes el deseo de aprender hace olvidar el sueño á pesar de lo avanzado de la hora; todos los semblantes expresan la atencion, no se oye el menor ruido, y sin embargo, no hay allí ninguno de los medios de emulacion que lisonjean el amor propio; nada de recompensas públicas, nada de pomposas ceremonias, y muy rara vez visitas de extranjeros; el único móvil que obra sobre aquellos ánimos es el deseo de regenerarse, adquiriendo la fuerza intelectual en las mismas fuentes que el hombre blanco.

« Esos cinco millones de esclavos repentinamente emancipados, dice M. Alvord, inspector general de la enseñanza pública en el Sud, son una nacion que, por decirlo así, ha nacido en un dia; la guerra ha sido para ellos una escuela excelente de ideas, de reflexiones y de progresos; esa multitud se levanta y pide instruirse; por la educacion los emancipados deben subir por la escala social; sin educacion descenderian rápidamente á la sima de la ignorancia y del vicio. Creyéndose libres para hacer lo que les plazca, rodeados de ejemplos peligrosos, se dejarian arrastrar por mal camino. Pero, ¿cuál es el hecho extraordinario que nos asombra, y llena de una dulce sorpresa á la filantropía misma? De esos cinco millones de emancipados, uno por lo ménos, y principalmente la generacion nueva, están prontos á abrazar el estudio.

Hasta los que se hallaban más prevenidos contra los negros han hecho justicia á sus esfuerzos para salir de su abatimiento moral. Un viajero inglés, muy imbuido en las preocupaciones de raza, el doctor Zincke, comienza por afirmar en voz alta sus convicciones personales. « No soy, escribe en una obra reciente (1), no soy de los que creen que la inteligencia de la raza más civilizada y más desarrollada del mundo debe ser igual á la de un pueblo que jamas ha tenido idea, ni áun la menor vislumbre de civilizacion; ó en otros términos, que los hombres que han dado muestras de su inteligencia de una manera brillante, se hallen al nivel de los que jamas la han manifestado de manera alguna. »

A pesar de la severidad de esa sentencia, la vista

(1) *Last Winter in the United States.*

de una escuela negra le arrancó una confesion, que, saliendo de labios tan poco benévolos, adquiere un valor particular.

«Por razon de mis opiniones, prosigue, me conceptúo obligado á tomar en consideracion todos los hechos que parecen contradecirlas; confesaré, pues, mi extraordinario asombro al ver la vivacidad de espíritu de esos cuatrocientos niños de color. En muy poco tiempo habian adquirido una suma de conocimientos verdaderamente notable; jamas en ninguna escuela de Inglaterra (y eso que he visitado muchas) he encontrado en los discípulos tanta prontitud en comprender el sentido de las lecciones que se les leian; jamas he oido preguntas tan juiciosas y que demostrasen tanta inteligencia del texto.»

Nuestro viajero termina, es verdad, insinuando que ese desarrollo rápido se detiene bien pronto, y que la naturaleza condena al negro á envejecer en una perpétua infancia; pero se encontraba en medio de los plantadores, y sin duda, sin apercibirse de ello, se impregnaba en sus rencores; si hubiera visitado la universidad de Oberlin, por ejemplo, en donde los negros concurren con los blancos al estudio de las matemáticas, de la astronomía y las ciencias naturales; con sólo que hubiese entrado en alguna de esas escuelas de la Virginia ó de la Carolina, tan hábilmente dirigidas por maestros de color, su sistema etmológico habiera recibido un golpe, que difícilmente habria podido resistir.

Los habitantes del Sud, que más desprecio manifiestan á la raza negra, demuestran con su conducta que están medianamente seguros de su inferioridad; las medidas tomadas por la oficina para la educacion de los emancipados han encontrado por todas partes una obstinada oposicion de los blancos; algunas escuelas han sido saqueadas y reducidas á cenizas, y los maestros han sido objeto de inauditas y odiosas persecuciones. ¿Por qué ese ódio, por qué esas violencias? Si los negros son incapaces de progreso, ¿qué medio mejor de probarlo que el dejar á los filántropos el campo libre para que emprendan la obra imposible de su mejora? La experiencia hubiera hecho justicia y desvanecido semejante quimera; despues de hacer inútiles esfuerzos, los amigos de la raza africana se hubieran visto obligados á reconocer la ilusion de sus esperanzas; pero los del Sud temian de tal modo el que sus antiguos esclavos adquiriesen con la educacion influencia y autoridad; estaban tan convencidos de su aptitud para instruirse, que procuraban por cuantos medios estaban á su alcance, poner trabas á la fundacion de escuelas. «Más trabajo os costará luchar contra el alfabeto, decia un oficial á un plantador, que el que habeis tenido que emplear para combatir á Grant y á Shermann.» Estas palabras compendian la situacion.

Los blancos pobres no se manifiestan ménos hostiles que los grandes propietarios; profesan un ódio implacable á los negros, que dicen van á oponer á su trabajo una competencia desastrosa; en vez de que ese pensamiento fuese un motivo de emulacion, siguen los

impulsos de su cólera, y se oponen con la fuerza á los ensayos hechos en favor de los emancipados; en algunos distritos la mala voluntad de los del Sud se manifiesta de una manera tan evidente, que nadie se atreve á abrir allí una escuela, y las que á pesar de los obstáculos han logrado establecerse, han tenido que recurrir á la proteccion del ejército; pero en cuanto se retiraban las tropas, volvian á comenzar los desórdenes.

«Las instituciones confiadas á la oficina, escribe en una de sus relaciones ó informes M. Alvord, son objeto de una animosidad increible; miéntras yo visitaba el estado del Mississipí fueron enviados dos maestros á una ciudad en donde no habia fuerza militar; al dia siguiente de su llegada se les intimó la órden de que saliesen de la poblacion, y como se negasen á obedecerla, se les amenazó de muerte, por lo cual tuvieron que someterse y cumplirla. Esa malevolencia se ostenta públicamente alguna vez, pero con más frecuencia se oculta para asestar sus golpes; se vale de supercherías, se rebaja á mil intrigas para impedir que se encuentre un local para la escuela proyectada.»

«Sería muy difícil, dice otro informante, el general Howard, dar una idea del ódio que tiene que arrostrar en el Sud todo hombre de bastante abnegacion, para dedicarse á la tarea de instruir á los emancipados y formar su educacion; sin la firmeza de la oficina, un gran número de escuelas, que dan los mejores resultados, serian suprimidas por la influencia de los blancos.»

Sin embargo, es forzoso confesar que entre los plantadores hay hombres cuyo espíritu equitativo y cristiano protesta contra las injusticias de que son víctimas los negros; áun ántes de que estallase la guerra, se habian establecido en Charleston algunas escuelas para los niños de color. Esa tendencia hácia las ideas filantrópicas se acentúa cada dia más; la clase ilustrada se apercibe de que debe organizar la enseñanza y hacerla popular, si no quiere sucumbir en la lucha; se procura difundir la educacion entre los blancos pobres, y á pesar de su resistencia, se aprovecharán tanto como los negros, de la reforma inaugurada por el Norte.

En resúmen, desde la conclusion de la paz se han obtenido muchas y muy importantes mejoras; los emancipados, en vez de oponer, como se habia predicho, una resistencia pasiva y estúpida á los proyectos de sus protectores, los han secundado con el más ardoroso concurso. Las asociaciones caritativas han podido establecer un vasto sistema de instruccion; sus donativos, unidos á las cuotas que los negros se han impuesto, han sido suficientes para el sostenimiento de mil doscientas escuelas, fundadas en dos ó tres años en los antiguos estados que tenian esclavos. La oficina no tuvo al principio más que costear los gastos de viaje á los maestros y los del material de las clases; en muchos puntos habian sido puestas á disposicion de los maestros las casas abandonadas por los rebeldes, y con la proteccion de las tropas, reunian allí á sus discípulos; pero los antiguos propietarios volvie-

ron á tomar posesion de sus moradas, y fué necesario buscar otros locales, que la hostilidad latente de la poblacion blanca hizo muy difícil encontrar, y á precio muy subido.

Para superar esos obstáculos, el Congreso votó la suma de tres millones de dollars para la compra de terrenos destinados á escuelas y á establecimientos de beneficencia; algunos americanos generosos se asociaron á aquel pensamiento: M. Peabody, tan conocido por sus filantrópicas prodigalidades, ofreció un millon de dollars para establecimientos de instruccion primaria; compañías del Norte tomaron á su cargo la construccion de los edificios, y 150.000 negros pudieron recibir las nociones más indispensables, aprender á leer y escribir, y oir hablar de religion y de moral.

Eso era un resultado magnífico, si se considera el profundo abatimiento en que se habia encontrado á los esclavos; sin embargo, la cifra de 150.000 alumnos en una poblacion de cinco millones de emancipados dejaba todavía ancho campo al celo de los abolicionistas; desgraciadamente faltaron maestros: muchos de ellos, alistados voluntariamente en el ejército federal, habian perecido en la guerra; las escuelas del Norte deploraban muchas vacantes, y sin embargo, tenian, no tan sólo que proveerlas, sino tambien que atender á los establecimientos del Oeste, dirigidos en gran parte por maestros de la Nueva-Inglaterra.

El Sud no podia proporcionar recurso alguno, puesto que no tenía ni áun preceptores para los hijos de

los ricos. El estado de la enseñanza era allí deplorable: los plantadores no querian enviar sus hijos á los colegios de Vale, de Harward y de Cambridge, como lo hacian en otro tiempo, y la juventud iba creciendo en la mayor ignorancia. Para poner remedio á situacion tan desagradable, algunos espíritus nobles emprendieron la tarea de la educacion, por tan largo tiempo olvidada; los hijos del general Lee, comprendiendo la necesidad de combatir entre sus compatriotas las preocupaciones contra la enseñanza, no vacilaron en hacerse maestros de escuela; era el servicio más eminente que podian prestar al país, y muchos jóvenes pertenecientes á familias aristocráticas imitaron su ejemplo; pero sus esfuerzos no se extendian más que á la poblacion blanca y á la flor de la poblacion; los negros debian esperar de otra parte el auxilio de que tenian necesidad.

¿De dónde podrian recibirle? El activo espíritu de propaganda de los del Norte no habia conseguido reunir más que mil quinientos profesores, y para eso su título de *yankees* los exponia en el Sud á la aversion general; se les acusaba de ocultar bajo falsas apariencias, miras políticas y de inspirar á los emancipados el ódio hácia sus antiguos amos, y muchas veces se veian por eso reducidos á la nulidad y la impotencia; ademas, para distribuir el pan de la inteligencia á aquellos millones de hombres hambrientos que se le pedian, hubieran sido necesarios, no tan sólo mil y quinientos maestros, sino quince ó veinte mil. ¿Cómo se habia de resolver ese problema?

Los comisarios de la oficina de educacion dirigieron la vista en derredor suyo, y vieron que una multitud de negros habian aprovechado admirablemente la enseñanza que les habian dado, y que poseian ya cierta instruccion: se resolvió tomarlos por auxiliares; los negros habian ayudado con su trabajo y con su bolsillo á la construccion y conservacion de las escuelas, y ahora debian prestar á aquella obra una cooperacion más eficaz; se eligieron los más hábiles, se procuró ampliar sus conocimientos, y al cabo de algunos meses se encontraban en estado de enseñar á los otros lo que ellos ya sabian. «No he encontrado entre los emancipados, escribia M. Alvord en 1866, un solo individuo que se haya negado á ser maestro.»

Las escuelas normales, aunque elementales en un principio, ofrecian inmensas ventajas; realzaban la raza negra á los ojos del pueblo, suministraban un plantel de profesores indígenas, y por último, abrian á la juventud una carrera honrosa. Se comprenderá la importancia de este último resultado si se reflexiona que, á pesar de las nuevas leyes, la opinion pública excluye á los negros de muchas profesiones; durante la primera mitad de 1867 el número de escuelas se aumentó en cerca de setecientas, y el de los maestros siguió una progresion análoga, y todos esos reclutamientos se hacian entre la poblacion de color: la enseñanza se elevaba al mismo tiempo; entre la multitud de alumnos que ántes no sabian más que leer, cuarenta y cinco mil aprendian la aritmética, veinte y cuatro mil la geografía y la historia, y cinco

mil llegaban al estudio de los ramos más altos de la instruccion; esta última cifra se cuadruplicó durante los seis meses siguientes, y todo hace presagiar que la educacion de los negros quedará bien pronto organizada en grande escala, como lo está la de los blancos en los estados del Norte.

Hechos de esa naturaleza no necesitan comentarios; hé ahí unos hombres que la esclavitud habia degradado y que habian descendido tanto, que parecian incapaces de salir jamas de su envilecimiento; les fué devuelta la libertad, y de repente esos párias de la civilizacion muestran las virtudes que forman la gloria de los pueblos más avanzados; iniciativa, energía, apreciacion perfecta de los intereses intelectuales, ardor para imponerse costosos sacrificios por el bien comun, todas las cualidades vigorosas y fuertes del ciudadano libre se han encontrado en los emancipados.

La enseñanza profesional es objeto de una solicitud tan viva como la de las ciencias; quinientas escuelas se dedican á formar buenos obreros en los diferentes ramos de industria particulares al Sud; mas, por desgracia, allí todavía hay que sostener una lucha tenaz; los blancos pobres no llevan á bien el alternar en los talleres con los negros; se quiere confinar á éstos al trabajo de la tierra, y particularmente en los parajes malsanos, y demasiado penoso para los agricultores europeos; si un empresario admite en su astillero, ó un fabricante en su taller, á un solo negro, los demas abandonan inmediatamente el trabajo, y se mantienen en huelga hasta que consiguen sea des-

pedido el infeliz emancipado, cuyo contacto sería para ellos una mancha; los dueños de establecimientos fabriles é industriales se ven, pues, obligados á optar entre las dos razas, y si, por un motivo cualquiera, eligen á los negros, suscitan grandes odios y una oposicion muy fuerte.

A la religion corresponde extinguir esas antipatías funestas; mucho más que la educacion tiene el poder de civilizar verdaderamente á los hombres, inspirándoles amor á la justicia y al deber. Bajo ese aspecto, como bajo otros muchos, hay numerosas faltas que reparar y grandes males que curar; la mayor parte de los negros vivian en una ignorancia completa de las verdades divinas; con demasiada frecuencia sus amos aparentaban creer que no tenian alma, y que la sangre divina derramada en el árbol de la cruz no lo habia sido por ellos ni para ellos; en el dia una propaganda activa los inicia en el sentimiento cristiano; la miés es abundante y hay pocos operarios; sin embargo, los resultados obtenidos inspiran plena confianza para el porvenir. Las escuelas dominicales se multiplican rápidamente; doscientos mil negros, de todas edades, acuden á ellas para recibir la enseñanza religiosa.

Pero el protestantismo no satisface más que á medias las necesidades morales de aquellos hombres; colocados en una situacion harto difícil, mal armados contra los peligros de toda especie que los rodean, necesitan una regla más segura, una direccion más poderosa. Muchos espíritus imparciales lo reconocen

así, y se muestran dispuestos á favorecer entre los negros la accion de los misioneros católicos.

La Iglesia no habia aguardado á aquel llamamiento para comprender cuán ancho campo ofrecia á su caridad la emancipacion de los negros; en el último Concilio nacional, celebrado en Baltimore, los obispos presentes declararon, por unanimidad, que era urgente multiplicar las escuelas parroquiales para difundir ampliamente la instruccion religiosa, sobre todo entre los negros, cuya desnudez moral exigia pronto auxilio; en su consecuencia, los prelados propusieron un plan de enseñanza análogo al que el Padre Lasalle inauguró en Francia en el siglo último; religiosas y hermanos de la Doctrina cristiana, pertenecientes en su mayor parte á la poblacion de color, dirigen los establecimientos fundados por el celo católico, y se muestran completamente dignos de la mision que les ha sido confiada.

No se ha tratado de mezclar en esas escuelas los niños negros con los blancos; la preocupacion pública se halla todavía muy arraigada, y chocar de frente con ella hubiera sido comprometer el éxito de la empresa; importaba mucho asegurar primero la instruccion, y por confesion de todos, nadie ha prestado para eso tantos servicios en los Estados-Unidos como el clero católico.

Con respecto á las escuelas abiertas á los negros, los americanos se han apartado del principio seguido en el Norte, que consiste en aislar casi por completo la religion de la enseñanza de las ciencias; si el gran

número de sectas que hay en el país habia hecho que pareciese necesaria esa separacion, se sabía, por lo ménos, que podia confiarse á la familia el cuidado de inspirar á los niños ideas cristianas; pero entre los negros no sucedia lo mismo; el padre y la madre tenian que instruirse en los primeros elementos de la fe: los americanos comprendieron que debian hacer religiosa la educacion, so pena de formar una generacion de materialistas; en los Estados-Unidos se miran las creencias como la condicion esencial de la libertad, y se tiene allí el convencimiento de que un pueblo de incrédulos jamas podrá ser capaz de virtudes cívicas; y puesto que se admitia á los negros á formar parte de la nacion, era preciso inculcarles las grandes ideas que constituyen la fuerza vital del país.

Apoyáronse, pues, en el cristianismo y en la instruccion para elevar realmente á la dignidad de hombres á aquellos millones de esclavos emancipados; enseñáronles las nociones del deber y de la responsabilidad personal, y se les enseñó á respetarse á sí mismos, pero se tuvo muy buen cuidado de no hacerlo de una manera violenta; se les hizo conocer el bien y se dejó á su eleccion, y vióse á aquellas pobres gentes acudir de todas partes al manantial fecundo que se les acababa de abrir.

El admirable espíritu de sacrificio y de sabiduría que han manifestado hará triunfar definitivamente la causa de la emancipacion moral y material de los negros, no tan sólo en el Sud de la Union, sino en el mundo entero; es un motivo legítimo de orgullo para el patriotismo americano el haber sabido, en tan corto tiempo, realzar hasta ese punto un pueblo de esclavos, el haberle hecho apreciar tan bien la importancia de la instruccion, que, á pesar de su miseria, no titubea en contribuir con su óbolo á la construccion de la iglesia y de la escuela.

Ese ejemplo es digno de meditacion. ¿Cuántos aldeanos se encontrarian en Europa dispuestos á semejantes sacrificios? ¿Por qué esa indiferencia en las naciones inteligentes del continente europeo? La razon es muy sencilla: en América se enseña que cada uno debe ayudarse á sí mismo; en Europa, y especialmente en Francia, se piensa que el Estado debe hacerlo todo, y áun me atreveria á decir que se le mira como una segunda providencia, si ésta no nos impusiese la obligacion de corresponder á sus miras con nuestros esfuerzos, miéntras que muchas gentes opinan que la mision de la autoridad es el dispensarles de obrar, y que la felicidad la conseguirán entregándose al sueño y al reposo.

El espíritu del Norte vivifica la poblacion negra del Sud, la comunica su energía y la prepara para sus nuevos destinos; pero una revolucion tan repentina como la que se ha efectuado en los estados de esclavos, no se opera sin causar perjuicios, y la ruina de la agricultura no se limita á los plantadores, sino que priva de trabajo, es decir, de pan, á un número considerable de familias negras. Pues bien; los emancipados, lanzados á la libertad, pobres y débiles, no pueden esperar con fundamento tiempos mejores; la

implacable hostilidad de los blancos del Sud los envuelve y los cierra toda salida. No se puede pensar sin estremecerse en la miseria que los hubiera abrumado y en los excesos á que tal vez los habria conducido el hambre si la oficina no hubiese acudido en su auxilio; en solo un año los agentes del Norte recibieron del Congreso nueve millones de dollars, destinados al alivio de las necesidades más apremiantes.

La caridad privada no permaneció tampoco inactiva: distribuyó cuantiosas limosnas; pero sobre todo se aplicó á buscar trabajo para los brazos desocupados; á falta del cultivo de las plantaciones, habia ciudades destruidas que era preciso reedificar; Richmond, Norfolk, Wilmington estaban cubiertas de escombros; iglesias, almacenes y edificios públicos habian sido presa de las llamas; Charleston habia visto, por espacio de tres años, acampar el ejército federal al pié de sus muros, á la escuadra bloquear su puerto, y durante catorce meses caer en su recinto una lluvia de bombas.

Merced á los recursos enviados y á la actividad desplegada en los trabajos, se consiguió hacer frente á las primeras dificultades; durante aquel tiempo se iban reponiendo várias plantaciones; algunos capitalistas de la Nueva-Inglaterra compraban las posesiones y empleaban los emancipados en el cultivo; por una disposicion previsora y sábia muchos jefes de explotacion adoptaron el partido de no pagar á sus criados en dinero, para evitarles la tentacion de gastar en el dia su salario, sin reservar nada para los gastos

de alquiler de su habitacion y los imprevistos; se crearon billetes ó bonos, que eran admisibles en cambio de los artículos en especie que necesitaban para su consumo, y despues, á fin de mes, se pagaban en metálico los bonos que representaban sus economías; tentativas parecidas se hicieron en la Florida; mistress Harriet Beecher Stowe, autora de la *Choza de Tom*, fué con un hermano suyo á ensayar en aquel estado sus planes de regeneracion moral del negro, formó una plantacion de cañas de azúcar, cultivada por el trabajo libre, y que ya promete dar pingües beneficios.

Nada, pues, se ha olvidado para poner á los negros en estado de atravesar felizmente la crísis de que depende su porvenir; pero si se piensa en lo arduo y difícil de la tarea en esos millones de hombres, sumidos tanto física como moralmente en la indigencia más profunda, no causará extrañeza el que, fuera de la accion bienhechora del Norte, haya podido producirse el mal y el desórden. Los agitadores se han aprovechado de los padecimientos y de la ignorancia de los negros para predicar culpables doctrinas; á vista de aquellas tierras eriales, que, puestas en cultivo, bastarian para sostener á una nacion entera, se le repite sin cesar al negro que debe reclamar su parte de terreno americano, y que no será verdaderamente libre hasta el dia que posea el campo que ántes labraba como esclavo.

—Si no quereis darnos tierras, dicen los negros á los comisarios unionistas, estad seguros de que los pobres negros morirán de hambre.

Los plantadores, alarmados con esas tendencias, claman que es inminente una guerra de razas, y que el Sud va á convertirse en una segunda Jamaica; semejante temor no tiene ningun fundamento serio; la gran mayoría de los negros no pretende sacar más que de la instruccion y del trabajo las armas que deben ponerlos en disposicion de sostener la lucha con los blancos; y en cuanto á los que pudieran dejarse extraviar por malos consejos, les contendrá el sentimiento de su debilidad, porque no ignoran que en una guerra de esa especie el Norte y el Sud se unirian para exterminarles.

Persistiendo algunos espíritus meticulosos en la creencia de los peligros de una insurreccion, habian propuesto forzar, directa ó indirectamente, á los emancipados á buscar un refugio en la Nueva-Inglaterra y reemplazarlos con emigrantes de Europa, que se atraerian por medio de primas y otras ventajas; segun ellos, era el único medio posible de reconstituir el Sud, porque los negros son siempre malos é indóciles trabajadores, con los cuales es imposible reorganizar las plantaciones; áun cuando su desconfianza contra sus antiguos amos no les impidiera aceptar las proposiciones más equitativas, jamas se resolverian á trabajar; antiguamente sólo el látigo del capataz los arrancaba de su natural inaccion.

La vista de los millares de negros que sin tener obligacion acuden á las escuelas sin desanimarse, ni por las dificultades materiales, ni por la aridez de los primeros estudios, bastaria para destruir esa objecion;

supongamos, sin embargo, que es fundada. ¿Se cree, por ventura, que los blancos trabajan porque encuentran placer en ello? Hay presiones de diversas clases: el hombre religioso y el ilustrado trabajan por obediencia á la ley del deber; pero, ¿qué impulso dirige á la masa del pueblo? La necesidad de ganar el pan de cada dia; y el negro, como el obrero de Europa, ¿no se ha de ver obligado á la accion por la terrible alternativa de hacerse útil ó morir de hambre?....

Desde la emancipacion, el negro, léjos de negarse al trabajo, que debe proporcionarle el alimento para su familia, ha mostrado que la voluntad personal es un móvil más poderoso que el temor á los golpes; hay plantacion cuyo cultivo requeria ántes los brazos de cien esclavos, y hoy dia no necesita más que cuarenta emancipados; verdad es que en el primer número se incluian las mujeres y algunos viejos; mas no por eso resalta ménos la ventaja del trabajo libre.

La naturaleza de su suelo y de su clima no permitia, por otra parte, al Sud la expulsion de la raza negra, que, procedente de los trópicos, es más propia que la nuestra para la labranza de los campos de arroz, y para el cultivo del café y de la caña de azúcar. El interes bien entendido de los estados meridionales exige, por el contrario, que se fomenten y alienten los esfuerzos de los negros; ya muchos emancipados han llegado á tener alquerías, que labran por su cuenta; desgraciadamente los plantadores no se prestan sino con mucha repugnancia á esa combinacion, que, sin embargo, sería muy ventajosa para ambas partes,

puesto que facilitaria el trabajo y mejoraría tierras en el dia poco productivas. Los propietarios temen que jamas cobrarán el precio del arrendamiento, y áun el que, despues de concluido éste, les costará mucha dificultad el recobrar la posesion de sus fincas; sin embargo, algunos, cuyas plantaciones parecian completamente arruinadas, á falta de otra cosa mejor, se han aventurado á tomar arrendatarios negros, y la experiencia no les ha dado motivo para arrepentirse del ensayo; un ejemplo, entre otros muchos, probará lo que podria esperarse si llegase á extenderse ese sistema.

Un esclavo, Enrique Pierman, habia tenido la buena suerte de que le comprase una familia virginiana, cuya nobleza de sentimientos dulcificaba el rigor de las leyes; á pesar de la policía y de los reglamentos, su jóven ama le habia enseñado á leer; era hija del Gobernador de Richmond, y léjos de temer al juez, la graciosa señorita respondia á sus amenazas con una sonrisa maligna; en cuanto supo deletrear algunas palabras, Enrique comenzó á estudiar la Biblia con aficion, y penetrando la palabra divina en aquella alma sencilla, esparció en ella la semilla de las virtudes; poco despues los federales se apoderaron de la Virginia; Pierman vió realizarse el sueño que hacia palpitar su corazon, desde que las páginas santas le habian revelado la grandeza moral y el derecho de toda criatura humana; era libre, y por lo tanto, podia formar por sí mismo su porvenir, el de su mujer y el de sus hijos. Un plantador que poseia en los bosques unas fincas que habian sido taladas durante la guerra, consentia en arrendarle aquel terreno; nuestro negro se encontraba sin dinero, sin aperos de labor, sin caballerías y sin provisiones de ninguna especie; así es que el primer año fué muy penoso para él, pero no se desalentó; levantándose temprano, acostándose tarde, sufriendo con resignacion el hambre, consiguió recoger algunas hortalizas y legumbres y un poco de trigo; lo vendió todo, y reservando para sí y su familia lo estrictamente indispensable, compró los utensilios que le eran más necesarios; al año siguiente habia puesto en cultivo 140 acres, y entónces ya le fué preciso asociarse otros dos negros, que se instalaron en las barracas abandonadas por los soldados. Hoy dia, la cuarta parte de los productos que un cultivo bien entendido saca de la tierra, basta para pagar el arrendamiento; el resto de las utilidades se reparte por partes iguales entre Pierman y sus compañeros.

Una risueña perspectiva se abre ante los hombres de ese temple; no está muy lejano el tiempo en que la poblacion de color poseerá tambien riquezas, explotará minas y creará bancos; por de pronto, ya tiene escuelas, corporaciones, granjas; una plantacion, situada en el Mississipí, cerca de Wicksburg, perteneciente á José Davis, hermano del presidente rebelde, ha sido arrendada á un antiguo esclavo llamado Montgomery, que la cultiva por el sistema cooperativo.

Ese hombre, reflexionando en la nueva situacion

que la emancipacion ha creado para los negros, comprendió que sólo la asociacion podia suministrarle los medios de rivalizar con los blancos; en la mayor parte de los distritos la explotacion agrícola es muy dispendiosa; no podria establecerse sino en pequeña escala; ¿cómo los negros, cuyas ganancias son tan módicas, han de llegar jamas á otra cosa que á jornaleros sujetos á la influencia de propietarios europeos, y de qué manera ha de salir su raza de esa posicion subalterna? Reuniendo su trabajo y sus fuerzas. Montgomery logró que un centenar de negros aceptasen su resolucion, obtuvo el arrendamiento de la finca de que hemos hablado, y estableció en ella su colonia; un consejo, elegido por todos los asociados, administra la plantacion, se ha organizado una caja de socorros para los enfermos y ancianos, y se trata de fundar otra que permita dar más extension á la empresa.

Pero no todos los negros tienen el vigor moral que suponen tales esfuerzos; muchos necesitan ser dirigidos. Los del Norte no lo han dejado pasar desapercibido, y bajo sus auspicios se han formado várias empresas agrícolas, exclusivamente abiertas, como la de mistress Beecher Stowe, al trabajo de los antiguos esclavos; el celo religioso no ha sido tampoco postergado; á pesar de lo exiguo de sus recursos, el clero católico ha resuelto crear en las islas adyacentes de las costas de la Carolina plantaciones en donde los negros, bajo la inspeccion paternal de algunos eclesiásticos, se irán formando en el régimen de la libertad.

Comienza, pues, á circular de nuevo la animacion y la vida en las poblaciones y en los campos; las ciudades destruidas se reedifican; la agricultura comienza á salir de su postracion; la abolicion de la esclavitud, que, segun decian, debia producir la ruina del país, promete, por el contrario, serle provechosa, elevando el nivel moral de su poblacion y estimulando el espíritu de iniciativa; pero se prepara á los negros una competencia terrible; aunque se ha renunciado al proyecto de expulsarlos del país, no se omite medio alguno para fomentar la inmigracion. En otro tiempo ningun europeo pensaba buscar fortuna en el Sud; ¿qué hubiera hecho el colono aleman ó irlandés, que no tenía más riqueza que sus brazos, en medio de aquella comarca, en donde el trabajo era despreciado de todos: del plantador, que le dejaba á sus esclavos; del blanco pobre, que preferia á él la miseria, y hasta del mismo negro, que le consideraba como una maldicion?.....

La influencia de las ideas yankees ha hecho variar ese estado de cosas; la inmigracion no encontrará ya en la organizacion social de los estados meridionales una barrera que le contenga; así es que en Tejas, ingleses y alemanes cultivan hoy dia el algodon; en la Georgia y en la Carolina del Norte, cuyos distritos montuosos son favorables á los blancos, el negro ve que le disputan con tenacidad el trabajo; y su situacion no es tampoco más próspera en la Virginia y en el Tennessee; por donde quiera que se han presentado los emigrantes, han obtenido fácilmente la

ventaja sobre los emancipados, á quienes la preocupacion pública persigue todavía.

Sin embargo, tranquilícense los amigos de la raza negra; en cuanto los capitales y el espíritu de empresa se dediquen á explotar la riqueza de esas regiones, ya no habrá que temer que falte trabajo á los braceros, porque será necesario acudir á todos, sin reparar en el color de la piel.

Ademas, áun suponiendo que los negros se vean obligados á abandonar ciertos estados, hay otros que la naturaleza ha tenido cuidado de reservarles; la Carolina del Sud, la Florida, el Mississipí y la Luisiana no pueden prosperar sin ellos; los negros lo saben, y corren á reunirse en los puntos en donde no tienen que temer la competencia; en muchas localidades de la costa están con mayoría; nombran las autoridades municipales y gozan de influencia política; se trata, es verdad, de oponerles el trabajo de los chinos; ya algunos buques han desembarcado en la Luisiana centenares de ellos; sin embargo, esos nuevos trabajadores no serán en bastante número para alterar las condiciones económicas de los estados del Sud. El obstáculo que podia poner trabas á los progresos de los negros son las prevenciones injustas de la poblacion americana; pero su conducta, desde que disfrutan el rango de ciudadanos, atrae poco á poco los ánimos á sentimientos más equitativos, y el tiempo acabará de destruir las preocupaciones de raza.

VI.

REORGANIZACION DEL SUD.

El papel que los estados meridionales han desempeñado siempre en la América, y la influencia que ejercen sobre la prosperidad general del país, hacian de su restablecimiento á una situacion normal, de su *reconstruccion*, como se dice al otro lado del Océano, una cuestion de suma importancia. Grandes intereses comerciales se hallaban comprometidos en ese problema, y las consecuencias políticas y sociales que deben resultar de su solucion serán de inmensa trascendencia para la nacion entera. Los productos que alimentan las manufacturas del Norte y sostienen las transacciones con el extranjero se recolectan en el Sud; el Oeste cuenta con los mercados de la Luisiana, de la Florida y de la Carolina para la salida de sus cereales, en cambio de los cuales recibe azúcar y tejidos; en fin, el porvenir de la Union depende, en mucha parte, de la manera con que constituya á los estados rebeldes; si los pone en situacion de desarrollar sus riquezas y de recobrar fuerza y vigor, contribuirán á afirmar el crédito, quebrantado por la guer-

ra y comprometido por la enorme elevacion de la deuda; más si, por el contrario, los deja fuera de la vida nacional, serán para ella una conquista costosa; absorberán sus recursos, y llegarán á ser una causa incesante de inquietud y de malestar.

Pero el Sud, separado como se halla por su espíritu y sus tendencias, ¿puede fundirse sinceramente con el resto de la Union?.... ¿Cuáles son los medios que deben emplearse para conseguir tan apetecido resultado?.... Hé ahí los primeros pensamientos que deben preocupar al nuevo gobierno; hé ahí la ardua empresa que se presenta al general Grant. El país no ha querido ser mutilado por la liga separatista, y no consentirá ya que las provincias conservadas con tanto trabajo sean como un miembro muerto, que llega á ser inútil y hasta peligroso para el resto del cuerpo.

Hoy, que la victoria de los federales ha consagrado la unidad de la nacion, la fortuna del Sud interesa más que nunca á la América entera. «Ya no somos, escribe un publicista virginiano, una simple aglomeracion de partes distintas, extrañas las unas á las otras; formamos un todo indisoluble para el bien como para el mal, para la prosperidad como para la ruina; un mismo destino nos enlaza; no somos más que un pueblo.»

En los Estados-Unidos los partidos no se esfuerzan en sobrevivir á su derrota; cesan de existir en cuanto creen imposible la realizacion de su programa; hoy, en toda la extension de los estados rebeldes, no se oiria elevar una voz en favor de la separacion. «Nuestra grande falta, decia un oficial que se habia batido intrépidamente á las órdenes del general Lee, ha sido el abandonar la bandera americana; hubiéramos debido guardar la vieja enseña nacional y agruparnos en derredor de la Constitucion; de ese modo hubiéramos atraido el Oeste á nuestra causa.»

Es muy dudoso que áun así el Sud hubiera logrado hacer que prevaleciese su sistema social y conservar su ascendiente político; la corriente de las ideas le era contraria y tenia que hacer vanos sus esfuerzos; sea como quiera, hoy dia todos están convencidos de la necesidad de la Union, ése es el grito universal; no hay orador que no le haga salir de sus labios, ni candidato que no le tome por divisa. Los estados meridionales, extenuados, sin crédito, entregados á una desorganizacion profunda, comprenden que la única probabilidad de salvacion es volver á entrar en el seno de la gran patria; en ello pueden ganar mucho y no pierden nada; sólo el gobierno central puede darles la proteccion que han menester.

Pero no basta que los del Sud pidan el olvido de lo pasado; ¿sobre qué bases debe efectuarse la reconciliacion, y qué medidas deben adoptarse para poner la nacion á cubierto de nuevos trastornos?.... Dos planes se han presentado; ambos han sido defendidos con ardor, y durante cuatro años han dividido el país. El primero, apoyado por el presidente Johnson y por los demócratas, consistia en restablecer las cosas en el pié en que estaban ántes de la guerra, excepto la esclavitud; hubiera satisfecho los deseos del Sud, con-

servándole sus derechos políticos y su organizacion particular, pero habria dejado subsistir el antagonismo moral que existia entre sus instituciones y las del Norte, y no hubiera consolidado la Union de una manera duradera. El segundo plan, de realizacion más difícil, ofrecia mayores garantías. Era necesario introducir en los estados rebeldes un espíritu nuevo, variar su carácter y ponerlos en armonía con el resto de la nacion, para que no tuviesen el menor pretexto de separarse de ella. Ése era el único modo de constituir la verdadera unidad del país, y el patriotismo del Congreso no se equivocó; la tarea que trataba de emprender se hallaba sembrada de obstáculos, pero la fuerza de sus convicciones le sostenia; su campaña parlamentaria contra el Presidente fué una serie no interrumpida de victorias.

Los intereses de la civilizacion y de la humanidad no se hallaban ménos empeñados en el debate que los de la Union americana. Lo que aseguró el triunfo del Norte fué que su política se inspiraba en las nobles ideas que forman la grandeza de las sociedades modernas, y que su causa se confundia con la de la libertad, la de la justicia y la de la filantropía; cuanto más avanzaba, más evidente era para todos que seguia el buen camino; de ahí la seguridad y la unidad de sus planes, y de ahí tambien la turbacion que hizo cometer tantas faltas á sus adversarios; hoy dia la obra de la reconstruccion política se halla ya casi concluida.

La igualdad del sufragio fué admitida, por lo mé-

nos en cuanto á los blancos; en toda la extension de los Estados-Unidos los negros se hallan en posesion de los derechos civiles; toman parte hasta en la eleccion de las legislaturas particulares y de las autoridades locales; y por último, el Congreso, para completar la reforma proseguida con tanto vigor, acaba de adoptar una enmienda que modifica de una manera importante la Constitucion, y la pone en armonía con la declaracion de independencia que creó la América. «*Todos los hombres son iguales*, decia aquella célebre proclama; ellos han recibido del Criador derechos inenajenables, la vida, la libertad, el anhelo de la felicidad.» Despues de escribir esos principios en la cabeza del pacto federal, sorprende encontrar, algunas líneas más adelante, la sancion de la esclavitud y el reconocimiento de los injustos privilegios de los plantadores; esas anomalías van á desaparecer. El Congreso, haciendo uso del derecho que tiene de reformar la Constitucion cuando las dos terceras partes de sus miembros lo juzguen necesario, ha votado una ley concebida en estos términos:

«No se hará en los Estados-Unidos distincion alguna entre los ciudadanos, bien sea para el ejercicio del sufragio, bien para el derecho de desempeñar funciones en un estado cualquiera, bajo el pretexto de raza, de color, de nacimiento, de propiedad, de educacion ó de creencia religiosa.»

Apénas se han elevado algunas voces contra esa medida equitativa y reparadora; toda tentativa de oposicion se ha estrellado ante el acuerdo imponente

de las dos cámaras; mas para que el nuevo decreto comience á estar en vigor, debe ser ratificado por las legislaturas particulares de las tres cuartas partes de los diferentes estados que componen la Union; y como su número es en el dia de treinta y siete, se necesitan veinte y ocho para que quede aprobada la enmienda. El Kansas, la Luisiana, el Missuri y la Virginia occidental fueron los primeros que manifestaron su adhesion, y el voto favorable de los estados de la Nueva-Inglaterra no es tampoco dudoso; la mayor parte de las legislaturas del Oeste son tambien republicanas; por lo que hace á las del Sud, elegidas en parte por los negros, y bajo la inspiracion de la oficina de los emancipados, seguramente ratificarán la ley.

Sólo el extremo Oeste es el que parece dispuesto á oponer alguna resistencia; aunque no contiene negros ni esclavos, participa tambien de las preocupaciones de raza; su orgullo suspicaz condena á un rigoroso ostracismo á los millares de emigrantes que el celeste imperio le envia cada año; exceptuada la facultad de disponer libremente de su persona y de su trabajo, el chino no es mejor tratado en la California, que el negro lo era en el Sud; no goza ningun derecho civil ni político, no puede ejercer ningun empleo, no se admite su testimonio en los asuntos de justicia, y la queja de un blanco basta para hacer que sea condenado, sin que le sea dado obtener reparacion ni áun de los agravios más violentos.

Pues bien; segun el tenor de la enmienda propuesta por el Congreso, ese pária se encontraria de repente elevado al rango de ciudadano, tomaria parte en los negocios públicos, y tal vez, en un porvenir no muy lejano, la inmigracion incesante de sus compatriotas le dé la preponderancia. Los habitantes del extremo Oeste, temerosos del efecto que pudiera producir en el país la infusion de las costumbres y de las ideas de un pueblo asiático, abrigan recelos de que los chinos, esclavos de la tradicion y enorgullecidos con su pasado, sean refractarios á la influencia de las instituciones americanas; en fin, les censuran su indiferencia religiosa, llaga de las naciones decrépitas, incapaces del noble ardimiento y de la intrépida abnegacion de la juventud; tal vez el espíritu de partido exagere esos peligros. Los chinos, nos complacemos en creerlo así, no han muerto para el progreso, y si se hallan un poco estacionarios, pueden reanimarse y adquirir vigor al contacto de una civilizacion jóven y robusta; de todos modos, habria generosidad en hacer el ensayo. ¿Qué aventuraban los Estados-Unidos en esa tentativa? Si los emigrantes procedentes del imperio chino son susceptibles de impregnarse del espíritu americano, aumentarán la fuerza del país; si, por el contrario, se aferran en su inmovilidad tradicional, ellos mismos se condenan á la impotencia, y los blancos nada tienen que temer. Tales son, sin duda, las consideraciones que han decidido á uno de los estados del extremo Oeste, el de Nevada, á votar la nueva ley; esa victoria inesperada demuestra cuanto se difunden entre los americanos los sentimientos de justicia y de fraternidad humana, y hace presagiar

que no tardarán en desaparecer las disposiciones opresivas de la legislacion antigua.

La poblacion de color, tan numerosa en los Estados-Unidos, va, pues, á disfrutar los mismos derechos que los blancos. En el Sud los negros se van formando para la libertad; se instruyen, trabajan y ejercen una influencia real en los asuntos locales de los estados, y esperan que la Constitucion los admita á intervenir en la eleccion del Presidente y de los miembros del Congreso.

El espíritu liberal del Norte va penetrando poco á poco todo el cuerpo social, y el acuerdo de las ideas completa y asegura la unificacion del país; pero la profunda transformacion de los territorios en donde habia esclavos, necesita, para producir todos sus frutos, ser guiada en su desarrollo; mas el Congreso ha juzgado, con razon, que sería todavía aventurado el dejar á los negros confiados á la direccion exclusiva de los del Sud, y ha conservado la oficina de los emancipados, como salvaguardia de los intereses del trabajo libre y de la enseñanza, hasta que la poblacion de color se halle en estado de protegerse á sí misma eficazmente; cuando posea el arma del voto, tendrá en su mano el instrumento de defensa más poderoso que existe en una nacion democrática; ya no necesitará ni del patronato ni de la tutela del Norte.

El advenimiento del general Grant á la presidencia ha dado una nueva garantía á las reformas inauguradas por el Congreso. Desde Washington, ningun elegido de la nacion ha inspirado jamas una confianza tan universal, ni unido á los partidos en una admiracion comun; su gloria militar habia excitado el entusiasmo; el vencedor de Lee podia contar con las ardientes simpatías de los unionistas; el mismo Sud reconocia en él las cualidades de un hábil capitan, y hacia justicia á la moderacion que habia manifestado en el momento del triunfo; cuando volvió á envainar su espada, se acrecentó el aprecio público de que se hallaba rodeado; en el dia se le alaba de haber sabido conservar, en medio de las demostraciones más lisonjeras, una modestia muy rara en los favoritos de la opinion; se encomia el tacto y la reserva de que ha dado pruebas en muchas circunstancias difíciles, y se ensalza su justicia, su firmeza y su perseverancia.

El desinteres del general Grant es el que ha conservado y aumentado su imperio sobre los ánimos, porque la nacion, celosa de su libertad, se hubiera desprendido bien pronto de cualquiera que hubiera osado comprometerla; el buen sentido público prefiere á las facultades brillantes, las cualidades sólidas, que son la más segura prenda de la prosperidad de un estado.

Cuando la eleccion presidencial, los enemigos del general Grant procuraban derribar su candidatura, censurándole de tener la inteligencia torpe y la palabra poco fácil.

—Tanto mejor, contestaban sus defensores; no necesitamos un genio superior; nos basta con un carácter honrado y animoso, que vele lealmente por la exacta aplicacion de las leyes.

La abnegacion de los jefes, la vigilancia y la firmeza del pueblo hacen imposible la dictadura en los Estados-Unidos; sin embargo, ese escollo no era el único que tenian que evitar las instituciones americanas; el sucesor del presidente Johnson debia temer que el poder que heredaba estuviese debilitado por las usurpaciones del Congreso; usurpaciones necesarias, preciso es confesarlo, pero que destruian el equilibrio de las fuerzas; ademas, el general Grant contaba, entre sus adictos, á los republicanos más ardientes, conocidos con el nombre de *radicales*, y se encontraba expuesto á sufrir la influencia del espíritu de partido; despues de haber tenido un presidente demasiado afecto á la causa del Sud y á la autonomía de los estados, la América, por una imprudente reaccion, podia ser arrastrada á una centralizacion excesiva; sabido es que una fraccion de la mayoría del Norte, haciéndose el apóstol de los errores de Rousseau, quiere absorber todos los derechos particulares y los del Estado en provecho de una grande unidad, de un poder inmenso y sin contrapeso, la soberanía nacional, que, comprendida de ese modo, llega á ser el peor de los despotismos.

La Union americana ha escapado de ese doble peligro que la amenazaba; ante el prestigio de Grant, ante la merecida estimacion que goza su carácter, el Congreso no ha vacilado un instante en devolver á la presidencia todas sus prerogativas. El jefe del poder ejecutivo elige, como antiguamente sus ministros y los funcionarios públicos; el acta que le privaba de ese

derecho importante ha sido derogada, y nada pone ya trabas á la legítima autoridad que debe ejercer sobre el país.

En cuanto á los lazos que, segun se decia, le unian al partido radical, ya se sabe en el dia lo que hay que pensar; la actitud que ha tomado desde su nombramiento no deja la menor duda acerca de sus intenciones rectas y conciliadoras; la mayor parte de los que acaba de llamar á su lado son hombres nuevos, libres de todo compromiso, y que podrán consagrarse sin reserva al cumplimiento de las miras del jefe del Estado; algunos ambiciosos arruinados han acusado amargamente al nuevo presidente de haber abandonado á sus amigos políticos; pero olvidan que Grant ya no pertenece á ningun partido; que ha llegado á ser el representante de la nacion, y que los intereses del país son los que únicamente deben preocuparle.

A favor del desórden que siguió á la guerra, se habian introducido muchos abusos en la gestion financiera de la América; hombres poco escrupulosos habian invadido los empleos, y se valian de su posicion para hacer en pocos meses fortunas escandalosas; la enorme deuda contraida durante las discordias civiles amenazaba perpetuarse, á pesar de las advertencias de las personas sensatas, que señalaban los peligros de semejante situacion; los americanos no se duermen tan fácilmente como nosotros sobre la almohada de los empréstitos; ven en ellos, no tan sólo una causa de ruina, sino tambien un peligro para la li-

bertad. «Las deudas permanentes, dicen, favorecen los monopolios y engendran la aristocracia del dinero; serian fatales á nuestras instituciones.»

Así es que muchas personas, atemorizadas de sostener esa carga peligrosa, ó de tener que imponer cuotas excesivas para librarse de ella, habian propuesto el medio violento de la bancarrota, porque no puede darse otro nombre al expediente que deseaban poner en práctica, reducido á no pagar á los acreedores más que una parte de su crédito, y áun eso en papel moneda. Esa política, cuyo resultado hubiera sido una mancha para la nacion, tuvo su orígen en el Sud; los plantadores, empobrecidos, no podian pensar sin indignacion en pagar los gastos de una lucha que habia acarreado su decadencia, é hicieron cuantos esfuerzos les fueron posibles para el no reconocimiento de la deuda; ésa fué una falta colosal; desprovistos de dinero, necesitaban crédito, y le hacian desaparecer en su orígen; ¿quién hubiera accedido á prestar á unos deudores que despreciaban de aquella manera sus compromisos más sagrados?.....

Uno de los primeros cuidados del general Grant fué el vengar á la moral pública ultrajada con semejantes teorías, tranquilizar la opinion, é indicar la marcha que se proponia seguir; jamas se ha usado un lenguaje más explícito ni más firme.

«Nosotros opinamos que no se debe descontar ni un solo céntimo de la deuda pública; para que la honra nacional no sufra menoscabo y quede en el lugar que la corresponde, cada dollar prestado al Gobierno debe

ser pagado en oro, á ménos que no se haya estipulado otra cosa en las condiciones del contrato.»

El principio se ha establecido de una manera bien clara; la autoridad de esas palabras hará enmudecer á los que pudieran oponerlas resistencia; el Congreso ha votado ya el bill que asegura el pago íntegro en metálico; pero ¿qué medio se ha de adoptar para liquidar con prontitud una deuda que se eleva á más de dos mil setecientos millones de dollars?.... El Presidente no ve otro medio que la acertada y recta gestion de las rentas del Estado; un país como la América encierra recursos inmensos; no se trata más que de desarrollarlos con inteligencia y no dilapidarlos; una recaudacion fiel de las rentas del Estado, una contabilidad escrupulosa y la más rigorosa economía, hé ahí el remedio propuesto para curar la llaga de la deuda; es muy sencillo y no exige combinaciones profundas; sin embargo, una triste experiencia nos ha demostrado que su aplicacion no es fácil, porque supone lo que tal vez es más raro encontrar que los brillantes dones del espíritu; supone, repetimos, un sentido recto, una voluntad enérgica y una apreciacion prudente y segura. Esas cualidades las posee el general Grant en alto grado, y ademas le sostienen en las reformas que ha emprendido las simpatías de la nacion; trabajando en restablecer el reinado de la economía y en levantar el crédito del Estado, realiza los votos de la América, que le ha confiado el cuidado de salvarla de la ruina y la desmoralizacion.

Esa política debia ejercer una accion bienhechora

sobre la prosperidad del país; renace la confianza, el comercio se reanima, y el Sud es el primero en sentir el efecto del cambio que se opera en la situacion general de los Estados-Unidos. Los capitales del Norte comienzan á darla un nuevo impulso, y gracias á su concurso, y merced tambien á una cosecha cuya abundancia ha excedido á toda prevision, los antiguos territorios con esclavos vislumbran esperanzas que desde la guerra ni áun se atrevian á concebir.

Al desaliento sucede en el dia un ardor generoso; cálmanse las pasiones, se considera con más tranquilidad el porvenir que prepara al país su transformacion, y se adquiere la conviccion de que se le puede mirar sin terror. El territorio de los estados meridionales contiene riquezas capaces, si la agricultura y la industria saben explotarlas, de curar todas las miserias actuales; las playas que bañan el Océano y el golfo de Méjico, regadas por el Mississipí, forman un territorio de rara magnificencia y de una fertilidad prodigiosa; desde la embocadura del Potomac hasta la del rio del Norte, veinte rios navegables fecundizan el terreno; la faja de tierra arenosa, comprendida entre Newbern, en la Carolina del Norte, y Mobila, en el Alabama, está cubierta de una inmensa selva de pinos, que suministra excelente madera para la construccion naval y otros usos; aquella region goza de un clima saludable, ofrece grande facilidad á la exportacion, y merece fijar de una manera especial la atencion de los especuladores; el Gobierno, por su parte, ha reconocido las ventajas que ofrecen las cos-

tas de los estados del Sud, y ha establecido dos vastos arsenales para la marina en Portsmouth y en Pansacola.

Junto á la rica comarca de los pinos, que rodea la playa, se prolonga la grande zona del algodon, entre los grados 32 y 35, hasta el pié de los Alleghanys; su anchura nunca es menor de 50 leguas, y en algunos parajes llega hasta 200; tiene por lo general el aspecto de una llanura unida, que se eleva insensiblemente por el lado de las montañas; nada tan monótono como esos campos, en donde crecen, á intervalos regulares de cerca de dos metros, filas ó hileras de pequeños arbustos, que apénas van echando ramas, y que no tienen vista sino en la época de la florescencia.

Y sin embargo, esa humilde y hasta mezquina planta ha producido riquezas inmensas y hecho derramar torrentes de sangre; ha ejercido una influencia poderosa en las instituciones del Sud, y por cultivarla han introducido los plantadores la esclavitud en América; sirve para vestir á todos los pueblos de la tierra; flotas numerosas se emplean en su trasporte; alimenta millares de manufacturas, y en ella estriba la prosperidad de muchos grandes países de Europa, y sobre todo de la Inglaterra; en fin, interesa al comercio del mundo entero, y no hay punto alguno en el globo que pueda sustraerse á su imperio.

Las tierras bajas de los estados meridionales producen el arroz y la caña de azúcar; las islas inmediatas á las costas dan el precioso algodon largo y sedoso; esos distritos son muy fértiles; allí es en donde se en-

cuentran las grandes plantaciones cultivadas por los negros, que imprimen á las campiñas del Sud un carácter particular.

Más arriba de la region algodonera se encuentra una serie de colinas y de valles, mezclados con mesetas de grande altura, desde las cuales se domina todo el país circunvecino; las frutas, los cereales, y hasta el tabaco, crecen allí de una manera maravillosa; el país es pintoresco, y la salubridad del aire reune allí casi la totalidad de la poblacion blanca.

Las montañas abundan en minerales; la hulla y el hierro, esparcidos casi por todas partes, se encuentran, en ciertos puntos, acumulados en grandes masas; el cobre y el zinc son más raros; sin embargo, el Tennessee posee minas considerables de ese metal. Para dar una idea de la riqueza del Sud no podemos hacer cosa mejor que describir un distrito del Alabama, situado á la extremidad de la cadena de los Alleghanys.

Dos criaderos de hulla circuyen en aquel sitio un valle largo y estrecho: el uno, el *Warrior*, tiene una superficie de 250 leguas cuadradas; el otro, el *Cahaba*, cuenta cerca de 60; en cada uno de esos depósitos, el carbon, de excelente calidad, se encuentra casi en la superficie, en capas de muchos piés de espesor; algunos pasos más allá, las minas de hierro de la Montaña Roja se extienden en una longitud de 10 leguas, ostentando á flor de tierra el metal, cuyos filones llegan algunas veces desde 10 á 15 piés de profundidad. Como si la naturaleza hubiese querido

reunir en aquel sitio todas las condiciones propias para facilitar la industria, el suelo del valle encierra una gran cantidad de piedras calcáreas, y las colinas inmediatas pueden suministrar excelentes gredas para la construccion de altos hornos.

La mayor parte de los estados del Sud contienen criaderos no ménos importantes; la Virginia tiene minas de tan fácil explotacion, que hasta los Pieles-Rojas extraen de ellas los metales; en el dia se hallan completamente abandonadas, aunque hace doscientos cincuenta años que los blancos se hallan en posesion del terreno. El cultivo, ese manantial fecundo de la riqueza del país, podria, con un régimen mejor, ofrecer otros muchos recursos, que no ha creado hasta el dia.

La esclavitud, sin la que el Sud creia no podia vivir, habia, sin embargo, puesto trabas á su progreso de una manera tan palpable, que un momento de tranquila reflexion hubiera bastado para demostrar cuán desastroso era ese sistema bajo el punto de vista económico. Miéntras que en la Nueva-Inglaterra ni un palmo de tierra queda sin destino, y á cada paso se ven campos cultivados, casas y jardines, sorprende el encontrar por todas partes en los estados meridionales llanuras y bosques en el estado salvaje.

Sin embargo, el terreno no exigiria más que trabajo para dar abundantes cosechas; en los sitios en donde es más pobre produce el algodon y podria mantener una poblacion numerosa; muchos territorios del Sud se cuentan entre los más fértiles de la Union. La Virginia, por ejemplo, posee un clima excelente; la

cruzan un gran número de rios, y tiene uno de los mejores puertos del Atlántico; la riqueza de sus minas la abre un ancho horizonte industrial; y áun cuando su extension es igual á la de la Inglaterra, no contiene más que un millon de habitantes de raza europea; bajo el punto de vista agrícola, es muy inferior al Missuri y al Ohio, y áun á los estados cuya fundacion data de ayer, como los del Michigan y del Illinois, sólo una cuarta parte de su suelo está en productos, y al recorrer tan hermoso país, no se puede prescindir de comparar con tristeza el aspecto de sus campos con el que deberian ofrecer, si no los hubiera contaminado la maldicion de la esclavitud.

La agricultura, la industria y el comercio están llamados á adquirir en el Sud un grande desarrollo.

Ya hemos dicho que muchas plantaciones habian sido compradas por capitalistas de la Nueva-Inglaterra, y otras arrendadas á compañías cooperativas formadas por los negros; la explotacion de las minas es tambien objeto de grandes esfuerzos; se han establecido algunas fábricas de fundicion para el hierro y la hulla, pero la falta de vias férreas ha impedido el que por de pronto den los resultados que se esperaban; pero especuladores ricos han tomado ahora á su cargo la empresa, y las líneas de ferro-carriles, los altos hornos de fundicion y las manufacturas cambiarán bien pronto el aspecto del país; los capitales y los brazos, empleados con ventajas, cesarán de dirigirse exclusivamente al Oeste, para llevar á los estados meridionales su actividad bienhechora.

La union íntima de los intereses será una nueva causa de pacificacion. Los del Sud tienen necesidad de apoyarse en la energía y en la riqueza del Norte; á pesar de las antipatías políticas, las dos fracciones de la familia americana se verán obligadas á tenderse la mano y á trabajar de consuno en desarrollar la grandeza comercial del país.

Las condiciones de la vida moderna no se prestan, por otra parte, á prolongados rencores; establecen frecuentes relaciones, crean un cambio contínuo de pensamientos, y contribuyen así poderosamente á disipar las prevenciones que mantienen la discordia. En otro tiempo hubiera parecido imposible fundir en un solo cuerpo elementos tan opuestos como el Norte y el Sud; cada una de las sociedades rivales hubiera permanecido en su atmósfera propia, inaccesible á toda influencia exterior; hoy dia los caminos de hierro, la telegrafía y la prensa han derribado las barreras que las separaban. El espíritu del plantador se ha abierto á las ideas generales, que son el alma de la Union americana; el yankee, por su parte, ha podido comprender las necesidades del Sud, y la reconciliacion de las inteligencias ha preparado la de los corazones.

VII.

COMO MIRAN LOS AMERICANOS LA CUESTION DE LA ENSEÑANZA.

Entre las causas que contribuyen á la grandeza ó á la ruina de los estados, la más poderosa es la educacion; el valor de los ciudadanos constituye la verdadera fuerza de un país; en vano se poseerán grandes territorios, ejércitos numerosos é instituciones sabiamente combinadas; si los caractéres se enervan y envilecen, la vida se retira del cuerpo social, un trabajo latente de descomposicion se opera en él, y por una ley tan sábia como inflexible, ese cadáver es bien pronto barrido para dejar el puesto á elementos jóvenes y fecundos. Esa verdad es especialmente aplicable á los pueblos democráticos. En una monarquía, la enérgica voluntad, el genio de uno solo, bastan algunas veces para imprimir á todo el país un impulso generoso; no es más que un resplandor pasajero, pero puede deslumbrar y engañar la vista; pero no sucede así en las naciones que se gobiernan por sí mismas; como en ellas nō se hace nada sin el consentimiento de todos, si vemos que esos estados llevan á cabo cosas grandes, debemos concluir de ahí que po-

seen una vitalidad poderosa, un vigor incontestable.

Bajo ese aspecto, el prodigioso desarrollo industrial, político y territorial, adquirido en tan corto espacio de tiempo por los americanos, es ya un testimonio concluyente en su favor; pero, ¿cómo se forma y se sostiene ese admirable espíritu público, merced al cual el país ha podido llegar á tan alto grado de prosperidad, y áun atravesar recientemente una crísis terrible sin haberse debilitado? Por la excelente educacion dada á la juventud. «La virtud y la inteligencia de los ciudadanos son, dice Washington, las dos garantías indispensables de las instituciones republicanas.»

En cuanto pusieron el pié en el suelo del Nuevo-Mundo los colonos que más tarde debian fundar la Union americana, comprendieron que, para fundar en aquellas lejanas soledades establecimientos duraderos, era preciso apoyarse en la sólida base de la instruccion y de las creencias religiosas. En 1647, veinte y cinco años solamente despues de su llegada á la Nueva-Inglaterra, votaban una ley, cuyas disposiciones muestran la sabiduría previsora de su espíritu; hombres tan de fe como de accion, comienzan por invocar la asistencia divina; lo que quieren, como lo declaran expresamente, es quitar al enemigo del género humano las armas que encuentra en la ignorancia de los hombres, é impedir que se oscurezca y extinga la luz santa, llevada allí desde Europa; y esas consideraciones, inspiradas por una piedad profunda, dan orígen á un sistema de educacion públi-

ca el más ámplio que jamas ha existido. En una época en que las naciones occidentales miraban todavía la instruccion como el privilegio de un corto número, los legisladores de Massachusets ordenan que en todos los pueblos de la colonia se abran escuelas gratuitas para la juventud; toda aldea que contenga cincuenta viviendas debe, segun el texto de la ley, sostener á sus expensas un maestro encargado de enseñar á los niños las primeras nociones de las ciencias; toda poblacion de doble importancia debe tener una escuela, llamada *de gramática*, en donde los discípulos hagan estudios sólidos, capaces de ponerlos en estado, si lo juzgan conveniente, de entrar en las universidades.

Y no tan sólo se concedian de ese modo las mayores facilidades á cada familia, sino que los autores del decreto, temiendo la negligencia de los particulares, hicieron obligatoria la instruccion en toda la extension de la colonia. Una multa de 5 libras esterlinas, que despues se elevó hasta 30 y 40 libras, castigaba á los padres y á los maestros *bastante bárbaros* para rehusar á sus hijos ó á sus discípulos una educacion que era considerada como el derecho natural de toda criatura inteligente.

Sin embargo, el respeto á la libertad individual, y la aversion á los reglamentos, hacian por lo general al espíritu público hostil á aquellas medidas rigorosas, que no tardaron en ser condenadas al olvido; mas no por eso los americanos desconocian la necesidad de ilustrar al pueblo; sabian que en un país en

donde cada ciudadano participa de la soberanía nacional, la ignorancia de las masas puede acarrear las consecuencias más desastrosas, y hacian esfuerzos inmensos para conjurar el peligro.

Su celo no se ha entibiado en nuestros dias. El Gobierno no escasea gasto alguno cuando se trata de la instruccion pública; ese presupuesto se discute ántes que el de la Marina y el de la Guerra, y puede juzgarse de la liberalidad con que es votado, por el hecho de que en algunos estados absorbe por sí sólo la tercera parte de los impuestos; en cuanto á los particulares, no sólo tienen un generoso orgullo en pagar cuotas que en otros países parecerian exorbitantes, sino que fundan diariamente nuevas escuelas; no se ocupan de la instruccion primaria, porque, habiendo provisto á ella el Estado, como verémos en seguida, de la manera más completa, todos sus esfuerzos se concentran en la extension de la enseñanza superior; aquí un comerciante lega 400.000 dollars para la creacion de dos colegios, destinados uno á los niños, y otro á las niñas de la ciudad de Cincinnati; allí un fabricante de cerveza de Ponghkeepsia da la misma suma para construir una academia, en donde las mujeres deben ser iniciadas en las más altas especulaciones de las ciencias; en otra parte un obrero, enriquecido por la industria, hace donacion á la ciudad de Ithaca de 500.000 dollars para establecer una universidad.

Los destrozos de la guerra civil, los enormes gastos indispensables para subvenir á las necesidades del

ejército federal, la lentitud y la suspension del trabajo durante una lucha que absorbia las fuerzas vivas del país, parecia que debian ejercer una influencia lastimosa en la prosperidad de las escuelas públicas; pero no fué así; jamas las ciudades votaron subsidios más cuantiosos; jamas fueron más numerosas las donaciones, ni más considerables; nunca los ciudadanos manifestaron con más energía su voluntad de mantener y áun de extender entre el pueblo la instruccion, que es la salvaguardia de las sociedades democráticas.

«Bajo un gobierno como el nuestro, dice Horacio Mann, es indispensable que la educacion ponga á cada ciudadano en estado de cumplir sus deberes civiles y sociales: la justicia le exigirá que sea testigo ó jurado, su distrito y el Estado reclamarán su voto, y es necesario que pueda desempeñar con inteligencia todas las obligaciones inherentes al título de ciudadano de una gran república.»

Daniel Webster, el elocuente orador del Congreso, se expresa con no ménos energía: «De la difusion de las luces entre las masas depende el porvenir de nuestras instituciones; ningun peligro puede amenazarnos de lo exterior, porque no hay en la tierra nacion alguna bastante poderosa para derrocarnos; á mi modo de ver, en otra parte es en donde existe el peligro; lo que yo temo es la indiferencia del pueblo por los asuntos del país; hacedle inteligente, y tendrá vigilancia; dadle los medios de conocer el mal, y le pondrá remedio.»

Máximas que en muchos países del antiguo mundo se tendrian por paradojas forman la base del órden político de los americanos; convencidos de que si los individuos pueden equivocarse, la nacion entera, considerada en conjunto, rara vez desconoce sus verdaderos intereses, se aplican á formar ciudadanos capaces de cumplir dignamente los deberes que impone la libertad; una vasta red de escuelas circuye el territorio de la Union; reciben á los niños desde su más tierna edad, y le conducen á las academias ó colegios superiores; el rico y el pobre, el hijo de un miembro del Congreso y el de un artesano, confundidos en la más perfecta igualdad, toman allí asiento, al lado unos de otros, y reciben las mismas lecciones. Las escuelas públicas no son, como entre nosotros, frecuentadas únicamente por los desheredados de la fortuna; instruyen á toda la juventud de los Estados-Unidos; allí acuden los americanos á adquirir el gusto á la igualdad y el respeto á los derechos de los demas, y el amor á las instituciones democráticas, que hacen á su país una nacion única en la historia del mundo; sin duda alguna, el principio sobre que reposan las *commun schools* no es aplicable en todas partes; cada pueblo debe arreglar sus leyes á su carácter, al genio que le es propio, y nada sería tan funesto como el seguir invariablemente las mismas reglas cuando las circunstancias difieren; eso sería obrar como un médico que prescribiese el mismo remedio para enfermedades opuestas; no es, pues, nuestro ánimo encomiar de una manera absoluta las costumbres de los

americanos; lo que admiramos es el discernimiento con que saben adaptar sus instituciones á sus necesidades; y en cuanto á este punto, no admite duda que sus escuelas están en armonía con una democracia como la suya.

Ademas sacan de ellas grandes ventajas; educados juntos los niños de los pobres y de los ricos, se habitúan á una estimacion y á una simpatía mutuas, y la sociedad gana con eso el no tener que combatir pasiones envidiosas, que la diferencia de condiciones excita con frecuencia en la multitud; el ódio y la desconfianza nacen fácilmente entre hombres que no se encuentran unidos por lazo alguno; el contacto diario y los estudios comunes destierran esos sentimientos del corazon de los americanos. ¿Qué envidia puede producirse cuando á cada uno se le presenta una carrera ilimitada, y cuando, destruidas todas las barreras, todos los privilegios, nadie puede culpar á otro que á sí mismo de la inferioridad de su posicion?.....

Son gratuitas las escuelas en los Estados-Unidos, los padres no tienen que hacer gasto alguno para proveer á sus hijos de tinta, papel, libros ni lo demas necesario. Los establecimientos destinados á la enseñanza pública están construidos con un esmero notable; la arquitectura escolar es en América un arte especial; los edificios son espaciosos; las salas, bien caldeadas y ventiladas, de la manera mejor entendida, están radiantes de luz y de limpieza; en las ciudades, sobre todo, se hallan rica y profusamente provistas del material, que completa las lecciones del maestro.

Los fondos destinados á estos gastos proceden de dos orígenes: una parte la suministra el Estado, que en compensacion impone á todas las escuelas un programa comun, y exige relaciones ó memorias detalladas, cuya publicacion da á conocer el estado de la enseñanza en cada localidad particular; ese documento, llamado *school fund*, forma la cadena que enlaza entre sí todas las partes de ese vasto sistema de instruccion pública; sin eso ya no existiria la unidad del plan, y el Gobierno no ejerceria ningun contrapeso sobre una materia que por tantos títulos le interesa.

Sin embargo, la legislatura no ha querido poner completamente las escuelas á cargo del Estado; su único objeto era ayudarlas y fomentarlas, é impedir que se introdujesen en ellas la confusion y el desórden; el espíritu libre de los americanos no permitia á la administracion central el intervenir más, una vez obtenido aquel resultado; segun su doctrina, el individuo es el único, el mejor juez de sus intereses, y la sociedad no tiene el derecho de arreglar sus acciones sino cuando necesita su concurso, ó su conducta es perjudicial á sus conciudadanos; pues bien; relativamente al país, la Municipalidad ó el Concejo es la individualidad; cada pueblo tuvo, pues, la facultad de establecer sus escuelas segun sus necesidades y su riqueza, con sola la condicion de arreglarse á las miras generales del legislador.

Pero si el Estado deja á las municipalidades una gran parte de iniciativa y de independencia, en cam-

bio cuenta con su celo; las ciudades se imponen á porfía las cargas más pesadas para suplir la insuficiencia de los fondos suministrados por el Gobierno. En el Massachussets los impuestos locales son seis veces más crecidos que el *school fund;* en Nueva-York, á pesar de los considerables gastos que necesita una capital, las sumas destinadas á la enseñanza forman la quinta parte de los gastos.

Matices muy variados distinguen, en los diversos estados de la Union americana, la organizacion de las escuelas; como no podríamos estudiarlos en detalle, nos limitarémos á bosquejar los principales rasgos del sistema que rige en la Nueva-Inglaterra, y particularmente en Nueva-York y Boston; advirtiendo, sin embargo, al lector que esa exposicion no es aplicable con la misma exactitud á los distritos del Oeste. En cuanto al Sud, gobernado ántes por una poderosa aristocracia, y dividido en dos clases, que separaba un abismo, la de los plantadores y la de los esclavos, no presentaba analogía alguna con el Norte; la reciente guerra civil, introduciendo los principios democráticos en aquel terreno nuevo, ha llevado tambien allí el sistema de educacion de la Nueva-Inglaterra, como ya hemos visto cuando hemos hablado de la reorganizacion de los estados americanos.

VIII.

ESCUELAS COMUNES.

Basta examinar la enseñanza americana para comprender que de ella debe salir una sociedad muy diferente á la nuestra; las *common schools* no se asemejan en nada á las que tenemos en Europa; no son frecuentadas exclusivamente por los pobres, y no limitan su programa á los conocimientos elementales; hay en ellas una diferencia, que nunca harémos observar bastante, porque esparce gran luz sobre el órden social y político de los Estados-Unidos.

Esos establecimientos son de diferentes grados, que el alumno tiene necesariamente que atravesar por órden sucesivo; cada uno de ellos no comprende toda la serie de los estudios clásicos; se completan uno con otro; así es que, desde la edad de cuatro ó cinco años, el niño asiste á la *escuela primaria;* allí aprende á leer, escribir, contar, y recibe algunas lecciones de canto y algunas nociones de las artes indispensables para la vida; de allí pasa á la *escuela de gramática*, en donde encuentra profesores encargados de enseñarle la ortografía, la aritmética, el dibujo, la física,

la geografía, la historia de los Estados-Unidos y la teneduría de libros; provisto de esos conocimientos, el alumno llama á la puerta de la *alta escuela*, que debe completar la educacion que se juzga suficiente para la masa de los ciudadanos. Los estudios comprenden la literatura inglesa, el latin, la historia antigua y moderna, la moral, las ciencias naturales, y en fin, cursos facultativos de frances y de aleman.

Se concibe muy bien que no todos los niños reciben la instruccion completa tan liberalmente puesta á su alcance; aquellos cuyo trabajo es necesario á los padres apénas pasan de la escuela primaria; sin embargo, los maestros que reciben aprendices muy jóvenes están obligados á dejarles libres dos ó tres meses cada año para que asistan á los cursos públicos. Parece que estudios interrumpidos de esa manera no deben producir resultados muy satisfactorios; pero es tal la energía del carácter nacional, que hasta los mismos niños son capaces de una aplicacion y de un esfuerzo de espíritu poco compatibles, por lo comun, con su edad, que excita con justo título la admiracion de los extranjeros. «En los Estados-Unidos, dice un juez competente, el reverendo Fraser, encargado por el gobierno de la Gran Bretaña de estudiar el sistema de enseñanza del Nuevo-Mundo (1), un escolar adquiere, en un tiempo dado, dos veces más conocimientos que un inglés.» El ardor con que los americanos se

(1) *Report on the common schools*; Lóndres, 1867.

dedican al estudio explica cómo pueden conciliar las exigencias de la industria con las necesidades de la educacion popular. La escuela y la fábrica marchan de frente, y si no hay país alguno en donde el trabajo físico esté más honrado, tampoco le hay en donde la instruccion se halle generalmente más esparcida; un artesano, una mujer del pueblo suelen poseer una cultura intelectual, propia tan sólo de las clases ricas y de las personas que pueden disponer de su tiempo. M. Ampere vió en un pueblo del Ohio seguir á mil obreras un curso de química establecido para los adultos; otro viajero pidió en una biblioteca una obra muy interesante sobre los Países Bajos, y se quedó en extremo sorprendido cuando le contestaron que aquella obra la estaba leyendo una lavandera; entónces se dirigió á la casa de la pobre mujer para suplicarla se la cediese por uno ó dos dias.

—No podria resolverme á dejárosla hasta que la haya concluido de leer; me interesa demasiado; mas, puesto que deseais leerla, retrasaré mi lavado algunas horas y os la enviaré.

Esos hechos son característicos. ¡Dichoso el país en donde el pueblo anhela, no una literatura que desarrolla los malos instintos, sino lecturas sérias que fortalecen la inteligencia!.....

Sin embargo, si los americanos aman y buscan la instruccion, demasiadas atenciones reclaman su actividad, para que tengan tiempo de dedicarse exclusivamente al estudio. «No pienso, escribe Tocqueville, que exista en el mundo un país en el que, con pro-

porcion á la poblacion, se encuentren más sabios y ménos ignorantes que en los Estados-Unidos.»

En cada ciudad la administracion de las *common schools* se halla confiada á un comité, cuyos miembros, elegidos en escrutinio secreto, se renuevan anualmente por terceras partes; esos funcionarios están revestidos de grande autoridad: nombran y dejan cesantes á los profesores, designan los libros que se han de usar en la enseñanza, cuidan de que el número de las escuelas guarde relacion con el de los habitantes, y abren otras nuevas cuando lo juzgan necesario; tambien les está confiada la conservacion de los edificios y el material de las clases. Las ciudades importantes tienen ademas un *superintendente*, que comparte con el comité la direccion de la enseñanza pública, y tiene bajo sus órdenes á los inspectores nombrados por el alcalde para que se ocupen de todos los detalles de la administracion.

Desde hace algunos años la solicitud de los ciudadanos ha hecho que se agregue á esa vigilancia, ya tan activa, otro nuevo contrapeso; cada cuartel designa cinco curadores, á quienes hace responsables de la gestion de las escuelas; esos representantes del comun no están obligados á intervenir más que á peticion de los inspectores ó del superintendente; pero áun cuando sus funciones son gratuitas, las desempeñan con un celo infatigable; hombres para quienes, sin emplear metáfora alguna, el tiempo es verdaderamente dinero, gentes de negocios, comerciantes y abogados dedican muchas horas de la semana á visitar los esta-

blecimientos escolares y á cerciorarse de la asiduidad de los alumnos y de sus progresos. Fácil es calcular cuán excelentes resultados deben producir tantos esfuerzos y tanta abnegacion.

La inteligencia de los maestros, y la habilidad con que ponen sus lecciones al alcance de sus jóvenes oyentes, no son ménos dignas de elogio; para tales profesores, tales discípulos; los niños son dóciles y aplicados, porque los maestros dan muestras de firmeza sin usar de severidad y son tolerantes sin debilidad, y porque mantienen una exacta disciplina á la par que hacen agradable el estudio y fácil la obediencia y el cumplimiento del deber. La raza americana tiene una aptitud innata para la enseñanza; los profesores, penetrados de la importancia de la obra que desempeñan, se consagran á ella con entusiasmo, se envanecen de su tarea, y tienen la noble ambicion de elevar á grande altura la reputacion de sus escuelas; creen que, formando para el Estado la educacion de las generaciones nuevas, ejecutan un acto de patriotismo, y se lanzan á la carrera de la enseñanza con el mismo ardor con que en otros países se abraza la carrera militar. No se crea por eso que en caso de necesidad no saben empuñar las armas; nada ménos; puede apreciarse el espíritu de que se hallan animados, con sólo el hecho de que, en la última guerra, tres mil maestros, que en su mayor parte se habian alistado voluntariamente, figuraban en el contingente de solo el estado de Pensylvania.

La consideracion y el aprecio de que se halla ro-

deada la instruccion recae naturalmente sobre el que la propaga; el maestro de una pequeña escuela de aldea ocupa una posicion social en nada inferior á la de los magistrados y los altos funcionarios; en ninguna parte se descubren huellas del sarcástico desprecio con que en Europa fueron tratados los pedagogos durante largo tiempo; mas tambien es preciso reconocer que la sátira mordaz de Montaigne no podria aplicarse á los maestros de la Nueva-Inglaterra. Del mismo modo que las aves van en busca del grano y le llevan en el pico para dárselo á sus hijuelos, así ellos buscan la ciencia en los libros, y la retienen en sus labios para comunicarla á sus discípulos; los profesores americanos se afanan por formar hombres; se dirigen al entendimiento, al corazon y á la memoria; así es que se atraen el afecto y el respeto; las familias más ricas tienen á mucha honra el que sus hijos figuren entre ellos; banqueros, millonarios y miembros del Congreso dedican á sus hijos á la carrera de la enseñanza, y no es raro encontrar en la sociedad más escogida de Boston señoras que han pasado dos ó tres años de su juventud dirigiendo una escuela, porque esa especie de ocupacion es mirada como una preparacion excelente para los graves deberes de la maternidad.

Por una anomalía singular, los sueldos asignados á los que se dedican á profesion tan honrosa son en extremo módicos; los americanos, que pagan á subido precio toda clase de servicios, parece que creen que la enseñanza es una especie de sacerdocio, del que la

pobreza evangélica es una de las condiciones esenciales; en un gran número de estados el salario de los maestros no llega á treinta dollars por mes, y el de las maestras es áun más reducido; es preciso tener en cuenta que las dos cosas indispensables para la vida, el vestido y el alimento, cuestan en América un sesenta por ciento más que en Europa.

Esa insuficiencia de remuneracion se explica por muchas causas; por una parte, el prodigioso número de personas que se dedican á la carrera del profesorado debe naturalmente influir en la rebaja de los sueldos; y por otra, como la educacion se halla confiada principalmente á las mujeres, la ley invariable, en virtud de la cual su trabajo es, por todas partes, ménos retribuido que el de los hombres, ejerce allí tambien su influencia. De las 10.884 escuelas del estado de Massachussets, 9.340 están dirigidas por maestras, y la proporcion aumenta todavía más en Nueva-York y en Filadelfia, ciudades que son reputadas como las más inteligentes é ilustradas de la Union.

Al reves de los europeos, que tienen en muy poco aprecio los talentos pedagógicos de las mujeres, y que hasta les pareceria incompleta la educacion de sus hijas si no la terminasen profesores del otro sexo, los americanos creen que el hombre no es el mejor maestro para la niñez, porque ni tiene la dulzura ni la paciencia necesarias, y sus dedos son demasiado duros para manejar la delicada flor que se llama el alma de un niño. La naturaleza, por el contrario, parece haberse complacido en hacer á las mujeres las

educadoras del género humano; las ha dado el amor inteligente, que sabe leer en el fondo del corazon, que dirige sin violencia y que obtiene la sumision y el respeto sin inspirar temor. ¡Cuántos escollos hay que evitar en la ardua tarea de la enseñanza!..... ¡Cuánto cuidado se necesita para no marchitar esos espíritus jóvenes con el contacto de nuestras amarguras y de nuestros desengaños!..... ¡Cuánta abnegacion es indispensable para dedicarnos entera y exclusivamente á descubrir su aptitud y sus propensiones, para dirigirlas hácia el bien!..... Los hombres se hallan agitados por demasiadas preocupaciones, para que lleven siempre á feliz término semejante obra, que conviene maravillosamente á las mujeres; accesibles á todas las aspiraciones nobles y generosas, saben inspirarlas á los demas; naturalmente puras y piadosas, inculcan el amor á la religion y enseñan á respetar la moral y las costumbres; hasta la exaltacion que se las censura, sienta muy bien á la juventud. Más vale ser capaz de entusiasmo á los veinte años, que tener la fria y estéril sequedad de los viejos.

«Es imposible, dice en un informe el comité del estado de Nueva-York, encarecer como se merece la bienhechora influencia que ejerce en nuestras escuelas la enseñanza de las mujeres; ellas solas son capaces de encender la llama santa que purifica las almas y despoja al carácter de sus escorias, como un metal es depurado por el fuego; la ternura que brota de su corazon las hace más poderosas que lo son los hombres con sus teorías reformadoras, con sus reglas

austeras y con sus sistemas inflexibles; su dulzura triunfa del espíritu de obstinacion, que el rigor no haria más que irritar; su voz insinuante y persuasiva habla mejor al alma que las observaciones de una fria lógica.»

No se crea por esto que no encontramos nada censurable en la manera con que los americanos miran la cuestion de la enseñanza. El sistema que deja á las mujeres la educacion de la infancia merece nuestras simpatías; pero, sin hablar de esos discípulos de barba negra, cuya presencia entre el auditorio de una maestra jóven choca á nuestras costumbres europeas, debemos señalar en las escuelas de la Nueva-Inglaterra defectos muy sensibles. Los maestros, como ya hemos dicho, tienen señalada una dotacion muy corta, y ademas no suelen escriturarse más que por un trimestre, pasado el cual no perciben sueldo alguno miéntras se hallan cesantes ó en vacaciones; su existencia es, pues, en extremo precaria; deben imponerse muchas privaciones, que, unidas al ardor con que desempeñan su pesado trabajo, alteran rápidamente su salud; es muy raro que una mujer pueda soportar ese género de vida más de cuatro ó cinco años; por lo que hace á los hombres, consideran el profesorado como una obra meritoria, á que consagran una parte de su juventud, y que abandonan bien pronto por otro trabajo más lucrativo. En América se encuentran pocos maestros mayores de treinta años, y sólo en las grandes poblaciones se cuentan algunos, á quienes retiene una vocacion poderosa; á esos vete-

ranos, por un favor especial, se les da un salario casi igual al de un obrero ordinario, y viven en una honrosa medianía, templando la monotonía de sus ocupaciones cotidianas con el cultivo de las artes y de las letras.

Pero esa tranquilidad de espíritu, esa falta completa de ambicion, son cosas muy raras en los Estados-Unidos; la mayor parte de los maestros abandona la limitada carrera de la enseñanza, las mujeres por contraer matrimonio, y los hombres por la gran puerta, siempre abierta, de las empresas industriales; durante el corto período que se dedican á la educacion pública, la actividad febril de su carácter los impele á cambiar á menudo de residencia, y hay muy pocos que permanezcan un año entero en una misma escuela; precisamente en el momento en que el maestro ha llegado á adquirir influencia sobre sus discípulos, en que los ha familiarizado con su método, y, en una palabra, en el que podria serles más útil, es cuando los deja, para comenzar en otra parte las mismas tentativas. Esa instabilidad perjudica mucho á los progresos de los niños; los hombres prudentes y sabios lo reconocen así y lo ven con sentimiento, pero hasta ahora sus consejos no han sido escuchados.

La inexperiencia de las jóvenes empleadas en las escuelas primarias debe enumerarse tambien entre las causas que impiden que el sistema americano produzca los frutos que la amplitud y la fecundidad de su principio debian hacer esperar; se exigen pocos requisitos á las maestras encargadas de esos estableci-

mientos, é indudablemente no se necesita gran caudal de ciencia para enseñar á los niños las nociones más elementales; mas, por modestas que parezcan semejantes funciones, requieren un fondo de discernimiento y una sabiduría de método de que rara vez es capaz una maestra de diez y siete años, que apénas ha abandonado los bancos de la escuela; del mismo modo que el hombre ya formado conserva siempre la huella de las impresiones que ha recibido en la edad juvenil, así tambien todo el curso de la educacion se resiente de la direccion defectuosa que se ha dado á los primeros estudios. En algunos estados, y particularmente en Boston, comienzan ya á reconocerlo; el comité de enseñanza pública sujeta á los mismos exámenes y señala los mismos sueldos á los maestros de escuela de diferentes grados; de donde resulta que los profesores de los establecimientos primarios tienen ménos afan de ascender al grado superior inmediato, permanecen más tiempo en una localidad, y las lecciones que reciben los discípulos tienen más enlace y más método.

Ahora, que ya hemos trazado á grandes rasgos los principales caractéres de la enseñanza, entremos en una escuela. En una altura que domina la poblacion se eleva un edificio de grande apariencia; más de dos mil jóvenes acuden allí á recibir, unos la instruccion primaria, y otros la de segundo grado, porque ambas se encuentran reunidas en un mismo local; miéntras admiramos las bellas proporciones del edificio, una multitud de niños se dirigen, como nosotros, á la en-

trada; niños y niñas penetran en el local por una misma puerta; ¿reciben por ventura las mismas lecciones? Sin duda alguna, y no es ésa la menor singularidad de ese pueblo extraordinario, que ha sabido concebir y realizar la atrevida idea de esa educacion comun, que tan peligrosa ha parecido en otros países.

«Nuestros niños son muy buenos, dicen; no tienen malos pensamientos, se miran como hermanos y hermanas, y no vemos inconveniente alguno en que la escuela reproduzca la imágen de la familia; por el contrario, encontramos en ello grandes ventajas; nuestras hijas adquieren con ese contacto la energía y el desarrollo intelectual, que las hace dignas esposas y madres, y merecedoras de la santa mision aneja á esos títulos; nuestros hijos aprenden allí á respetar á la mujer y á apreciar en lo que valen su talento y su corazon; las relaciones fraternales que comienzan en la infancia se perpetúan en el mundo; nuestros jóvenes, educados juntos, se encuentran sin emociones y sin esa curiosidad peligrosa que excita lo desconocido; eso en cuanto á las costumbres; por lo que hace al trabajo, las ventajas son todavía mayores; las niñas tienen la inteligencia viva; en los primeros estudios adelantan mucho más que los niños; éstos, por su parte, se ruborizan de que los venzan sus compañeras, redoblan sus esfuerzos, y de ese modo se excita una emulacion saludable.»

La pureza de las costumbres americanas impide que la educacion mixta produzca los resultados funestos que daria en otra parte; sin embargo, no por eso hay

que creer que se halla tan difundida y tan generalmente aprobada como se ha dicho algunas veces; por lo comun los niños de ambos sexos se hallan reunidos en las escuelas primarias, y separados en las demas; tal es, por lo ménos, la regla que se sigue en Nueva-York; pero en este punto, como en los demas que no tocan á los intereses comunes de la Union, cada estado sigue sus tendencias particulares; así es que en Baltimore los establecimientos escolares de diferentes grados son distintos para los niños y las niñas; en Chicago y en New-Haven, por el contrario, se ha adoptado la enseñanza mixta; Boston, la ciudad literata, la Aténas de la América, parece todavía indecisa acerca del particular; sus escuelas participan de los dos sistemas; algunos padres no quieren enviar sus hijas á los establecimientos abiertos á los dos sexos, por temor de que contraigan las maneras groseras de los niños pobres; pero no tienen inconveniente en dejarlas seguir los cursos mixtos de gramática, en los que el número de alumnos de la clase ínfima es ménos considerable; otros, que no oponen objecion alguna á la educacion comun hasta la edad de doce ó trece años, la juzgan peligrosa en la adolescencia.

Miéntras nos hemos ocupado en hacer nuestros apuntes, los niños han entrado ya en la escuela; atravesemos el umbral, á nuestra vez, y veamos cómo funciona aquella organizacion tan original; los sonidos de un piano nos atraen hácia una espaciosa sala, en donde una jóven de veinte años, y quizá alguna de las maestras, ejecuta la marcha más preciosa de

Beethoven; los discípulos, niños y niñas, colocados en hileras, los unos á la derecha y los otros á la izquierda del salon, ejecutan, al compás de la música, una especie de danza, acompañada de graciosos movimientos de los brazos, que es un excelente ejercicio gimnástico; las cadenas se enlazan y se deshacen con una precision admirable, y despues cada uno vuelve á ocupar su puesto y permanece inmóvil en él.

En medio del profundo silencio que reina en el salon, el jefe de la escuela se adelanta y con tono afectuoso dice: «Buenos dias, niños»; á lo cual contestan éstos: «Buenos dias, maestro.» Ese saludo lacónico es cuanto permite la sencillez americana; entónces comienza aquél la lectura de un pasaje de la Biblia; miéntras brota de sus labios la palabra santa, procura descubrir en la fisonomía de sus jóvenes oyentes las impresiones que excita en sus almas; ni un solo semblante deja vislumbrar la distraccion ó el fastidio; en todos se observa el recogimiento, y se ve que los niños han aprendido desde muy temprano á recibir con respeto la enseñanza divina; ningun comentario acompaña al texto, ni hace resaltar su belleza moral, ni le pone al alcance de aquellas inteligencias candorosas. Para explicar un hecho tan singular en un pueblo religioso como lo es el americano, es necesario recordar cuál es allí el estado de las creencias. Divididos, desgraciadamente, por el protestantismo en una multitud de comuniones diferentes, los habitantes de los Estados-Unidos procuran al ménos sofocar el espíritu de secta, que en el seno de una sociedad en donde la represion es tan débil podria acarrear los más graves desórdenes; entre tantas congregaciones rivales, el Gobierno no podria conceder la preferencia á una de ellas sin ofender é todas las demas y sin suscitar contra sí la gran mayoría de los ciudadanos; la separacion completa de la Iglesia y del Estado ha sido, pues, desde hace largo tiempo, uno de los principios fundamentales de las instituciones americanas.

Esa regla era, sin embargo, muy difícil de conciliar con la organizacion de las escuelas comunes; se comenzó por prohibir á los maestros que explicasen é interpretasen la Biblia, y luégo, temiendo que la manera de presentar el encadenamiento de los hechos pudiera influir en el ánimo de los niños para que prefiriesen una creencia más bien que otra, se mandó que el asunto de la lectura fuese sacado por la suerte en el libro sagrado, sin método y sin seguir el órden correlativo; eso equivalia á excluir la enseñanza religiosa; y aunque el celo de las familias atenúa algun tanto los malos efectos de esa abstencion de la escuela, comienza, sin embargo, á ser deplorada por los espíritus cristianos.

La oracion dominical, única acerca de la cual están de acuerdo todas las sectas, termina ese corto ejercicio, durante el cual los discípulos se sientan, se levantan y ponen de pié con una simultaneidad verdaderamente militar; la jóven maestra, que no ha abandonado el piano, desde el que hace la señal para las diferentes evoluciones, preludia un canto patriótico,

que los discípulos entonan con entusiasmo, acompañando la letra con una mímica expresiva.

No sería posible pintar la animacion que brilla en la mirada de los niños; el amor ardiente á la patria es uno de los caractéres distintivos de los americanos; desde muy jóvenes se exalta en ellos ese sentimiento, que en la última guerra ha hecho prodigios. Los extranjeros podrán reirse de la exageracion con que encomian la grandeza y las virtudes de su país; mas, sin embargo, ése es uno de los secretos de su fuerza; semejantes á los hijos de familias ilustres, que ven en las acciones de sus antepasados la obligacion de no decaer y de sostener el honor y el brillo de su casa, los ciudadanos de los Estados-Unidos cifran su orgullo en ser dignos del nombre de americanos, y el valor que dan á ese título es para ellos un estímulo para los más nobles deberes; esa confianza generosa nos parece preferible á la excesiva modestia, que impele á otros pueblos á pensar en sus defectos hasta caer en la duda y en el desaliento. «Vale más para una nacion, dice M. Ampere, respetarse y áun admirarse con un poco de exceso, que denigrarse y compadecerse de sí misma filosóficamente.»

Despues del canto vuelve á resonar la marcha de Beethoven, los discípulos se forman en columna, y se dirigen á sus respectivas clases con el mismo órden y la misma disciplina; un regimiento de línea no maniobraría con más perfeccion.

La sala en donde nosotros entramos estaba admirablemente provista de todo lo necesario para el estudio: dibujos de historia natural, figuras de geometría y de física y cartas geográficas; por encima de todo eso, y por los tres lienzos ó frentes de la pieza se extendia un cuadro ó tablero negro formado de pizarras; ese lujo nos pareció excesivo, pero no tardamos en comprender que es una de las innovaciones más felices que los americanos han introducido en la enseñanza.

Otra mejora llama desde luégo la atencion: en vez de las largas filas de mesas y de bancos que nosotros usamos, y merced á las cuales la disipacion se hace contagiosa, porque el discípulo aplicado sufre distracciones en su trabajo por la charlatanería y la ligereza de sus vecinos, la clase que examinábamos tenía un centenar de pupitres separados unos de otros; cada discípulo tiene el suyo, limpio y lustroso como un espejo, y una silla en la que puede estar cómodamente sentado; de uno á otro media la distancia conveniente, dejando paso por los cuatro lados; de esa manera queda completamente aislado cada alumno, y si se distrae, es porque quiere, y la responsabilidad es exclusivamente suya; pero se inclina ménos á hacerlo, porque una gran parte de las faltas que cometen los niños, y áun podria decirse los hombres, proviene del impulso que se comunican unos á otros.

La primera leccion á que asistimos era de aritmética, estudio muy apreciado en un pueblo comerciante; propusieron problemas complicados á los discípulos; los muchachos, que ocupan el lado derecho de la sala, ponen manos á la obra con presteza, para que

no se les adelanten sus jóvenes compañeras; todas las cabezas están bajas, en la actitud de una profunda aplicacion. Entónces pudimos examinar, no sin tristeza, los efectos de una tension de espíritu demasiado viva sobre aquellas organizaciones débiles. La mayor parte de los niños tenian un color pálido y enfermizo, estaban flacos, con los ojos hundidos y la espalda un poco arqueada ántes de tener edad para ello; todo revelaba en ellos ese desarrollo excesivo de las facultades mentales, que no se adquiere sino á expensas de la salud.

Sin embargo, se han adoptado las medidas más sábias para limitar las horas de trabajo, y se han prescrito ejercicios físicos; pero esas disposiciones han sido mal observadas y no han producido los efectos que se habian propuesto sus autores. La raza americana, tan fuerte en su orígen, ha perdido hoy dia mucha parte de su vigor, y esa degeneracion proviene probablemente de que no ha sabido mantener un equilibrio saludable entre el espíritu y el cuerpo.

El problema propuesto á los discípulos quedó resuelto, siendo las niñas las que consiguieron el triunfo por la prontitud y la exactitud del cálculo; pasando entónces á la leccion oral, la jóven maestra dirigió á sus oyentes de doce años preguntas que embarazarian á más de una cabeza encanecida, como por ejemplo:

Tomad las cinco séptimas partes de cincuenta y seis, y buscad cuántas décimas de ciento son las diez décimas quintas.»

Una veintena de manos se levantaron á un mismo tiempo, porque los niños no necesitaron más que un minuto de reflexion para despojar de su complexidad aparente á la proposicion y reducirla á sus más sencillas proporciones, sin tener que acudir al papel ni á la pizarra. Esa especie de gimnasia mental, que al principio puede parecer un juego pueril, forma el espíritu de los discípulos, los enseña á no asustarse por las palabras campanudas y las frases sonoras, y á penetrar en el fondo de las cosas; más tarde llevan á la vida cotidiana la costumbre que de ese modo han adquirido, y su carácter gana con no conocer la irresolucion producida muchas veces por dificultades imaginarias.

A la aritmética sigue la geografía, á la que de ordinario se consagran dos lecciones por semana; el país que los niños conocen mejor, aquel cuyos detalles topográficos reproducen minuciosamente las cartas fijas en las paredes de la clase, es naturalmente la Union americana; sin embargo, como nos habian introducido en sus clases en obsequio nuestro, se iba á tratar exclusivamente de la Francia.

Semejante proposicion nos pareció un poco atrevida. ¿Qué colegial podria entre nosotros hablar por espacio de una hora, de las montañas, los lagos, los rios de los Estados-Unidos, la constitucion geológica del suelo y sus producciones naturales?..... Con grande sorpresa nuestra, los jóvenes yankees salieron airosamente del apuro; miéntras que uno de ellos describia el curso del Loira, los otros de pié delante del

tablero, que en gran parte cubria las paredes de la sala, trazaban con el lápiz las sinuosidades del rio, indicaban la posicion de las poblaciones y la forma de los departamentos que atraviesa; de esa manera se mantiene viva la atencion de la clase, todos los discípulos aprovechan la leccion de uno solo, y si á éste le falta la memoria, ellos, más bien que el maestro, reparan la omision ó rectifican el error; el tablero se emplea con igual ventaja en los cursos de álgebra, de geometría y de ciencias naturales; merced á él, se nivela la instruccion de los alumnos, y no se ve, como sucede con frecuencia en Europa, á una especie de aristocracia escolar concentrar en sí los esfuerzos del profesor, miéntras que la plebe permanece tranquilamente en la inaccion y en la ignorancia.

Pasamos en silencio la lectura en alta voz, en la que, preciso es confesarlo, los americanos sobresalen poco, y apresurémonos á llegar á la parte más vital de su enseñanza, la historia y la improvisacion. El estudio de los pueblos antiguos, áun el de la Edad Media, ocupa un lugar muy reducido en las escuelas comunes; se tolera á los niños que ignoren la época exacta de las batallas de Lémetres y de Mantinea, pero se les exige que sepan hasta los menores hechos acaecidos en su país, que conozcan la vida de sus grandes hombres y que se penetren de sus ejemplos. La Constitucion de los Estados-Unidos se lee en las escuelas una vez por semana; un ardiente patriotismo inspira á los maestros acentos llenos de elocuencia para poner de relieve su sabiduría y su grandeza; en una palabra, toda la educacion tiene por objeto el inculcar á los niños el amor al órden y á la libertad, y la adhesion á las instituciones de su patria. Si hubieran tenido en el Sud semejantes escuelas, jamas se habria suscitado la guerra que ha ensangrentado el suelo de la Union.

A una señal de la maestra, uno de los alumnos se pone en pié; su fisonomía expresiva y la notable inteligencia que se descubre en su mirada excitan desde luégo el interes. Segun nos dijeron, es hijo de un pobre artesano de la ciudad, y hace dos años que se halla de aprendiz en un taller de mecánica. ¿De qué va á hablarnos ese niño, habituado ya á las rudas faenas de la industria?

« Decidnos, le preguntaron, qué pensais acerca del derecho de sufragio concedido á los negros. »

El niño permaneció en silencio algunos momentos, y luégo, sin desconcertarse por la presencia de sus compañeros y de algunos visitantes, que, como nosotros, asistian á presenciar la leccion, comenzó á exponer con voz tranquila y reposada el estado actual de la cuestion en los Estados-Unidos; refutó los argumentos que por lo comun emplean los que combaten los derechos de los negros, examinó en seguida el interes del país, y demostró la armonía de aquel interes con los grandes principios de justicia y de fraternidad; á medida que hablaba, se animaba su semblante, sú voz se iba haciendo más calorosa y vibrante, y se olvidaba su pronunciacion incorrecta y sus faltas de lenguaje, — los americanos no se precian de

puristas,—para no pensar más que en la generosa conviccion, en el buen juicio precoz, y hasta nos atreveríamos á decir en el talento oratorio que brillaban en aquella arenga improvisada. No hay necesidad de decir que el futuro tribuno encontró medio de introducir en ella un pomposo elogio de sus conciudadanos. Siempre, y por todas partes, los Estados-Unidos son la idea que preocupa á los americanos; todos los caminos les conducen hácia el objeto de su culto.

Así, y alternativamente, se van presentando á los niños los más graves problemas sociales; la escuela no es la tranquila mansion del recogimiento y del estudio; las agitaciones de la tribuna son allí su contrapeso. Un inglés oyó discutir allí un dia el delicado asunto de la conducta observada por la Gran Bretaña durante la guerra del Norte y del Sud. A los jóvenes oradores se les deja completa libertad de opinion; pueden, á su eleccion, hablar en pro ó en contra, sin que el maestro procure de manera alguna poner trabas á su independencia.

En resúmen, el conjunto de la educacion en los establecimientos de todos grados se dirige hácia la política; en el niño se mira al ciudadano, al miembro activo de una sociedad libre, más que al hombre privado, que al futuro padre de familia, y bajo ese punto de vista, el sistema de las escuelas comunes produce frutos que excitan con justo título la admiracion de los extranjeros.

«La inteligencia con que ese pueblo se ocupa de los asuntos públicos es verdaderamente notable, dice M. Fraser; si se compara, en cuanto al sentido político y la actividad de espíritu desplegada en las cuestiones gubernamentales, á un labrador ó artesano americano con un inglés de la misma clase, causará admiracion el contraste que existe entre ellos. He oido referir que en los estados del Este hasta los labradores que manejan el arado detienen con gusto su yunta de bueyes para discutir un problema de matemáticas; sin embargo, yo creo que si interrumpen su faena rústica para entrar en el campo del pensamiento, preferirán la política al cálculo diferencial, y se ocuparán más bien de actualidades concretas que de abstractas especulaciones algebraicas; sea como quiera, á todos, en los Estados-Unidos, les parece indispensable enseñar á los niños los principios de la Constitucion que los rige y los deberes que tienen que cumplir con sus conciudadanos y con la nacion.»

Esa confesion de superioridad política, ¿no es muy elocuente en boca de un inglés, de un delegado encargado de dar á conocer á su gobierno la situacion de un país rival?.....

IX.

ENSEÑANZA SUPERIOR.

Despues de haber demostrado la solicitud del Estado por la educacion de la juventud, causa ciertamente extrañeza el saber que permanece completamente extraño á la direccion de los estudios superiores. No hay universidad oficial, ni profesores costeados por el Gobierno, ni nada, absolutamente nada que pueda ponerse en paralelo con la Sorbona ó el Colegio de Francia. A todos los ciudadanos se da una instruccion completa, suficiente para la inmensa mayoría de ellos; en cuanto á las ciencias más elevadas, cuyo cultivo requiere disponer de tiempo, que es el privilegio de las clases ricas, se opina que un estado democrático no debe entender en ellas. A las familias opulentas corresponde pagar la enseñanza particular que reclaman para sus hijos, y desde el momento que hacen los gastos, á ellas corresponde arreglarla á su placer.

En un país en donde la iniciativa individual es tan activa, se puede sin temor confiar á los particulares el cuidado de sostener los colegios y las academias. La

administracion central no ha dejado en sus manos los establecimientos primarios, porque queria imprimir al país, por la educacion dada á la infancia, un sello de unidad, que las instituciones democráticas tienden con frecuencia á destruir. Conseguido su objeto, se retira, pero los individuos vuelven á emprender la obra en donde ella la ha dejado.

Por todas partes surgen academias—en el dia se cuentan doscientas treinta y seis—dotadas por la generosidad pública : lo que la Corona y la aristocracia hacian en Europa en la Edad Media, lo ejecutan en América los comerciantes é industriales. Nada más fácil que fundar allí un colegio. El Estado jamas niega la autorizacion, y los particulares abren sus bolsillos. Se ha visto á artesanos y labradores muy pobres para dar dinero manifestar su celo con modestos donativos en especie. Así es que la universidad de Cambridge, cerca de Boston, ha conservado los nombres de humildes bienhechores, que la entregaron unos algunas varas de tela de algodon, y otros una olla de estaño, una fuente de fruta, etc.

Los establecimientos fundados de ese modo tienen, como las facultades en Francia, la atribucion de poder conferir todos los grados, hasta el de doctor inclusive, en derecho y en teología. Su programa de estudios es muy variado : comprende el griego, el latin, las antigüedades clásicas, la historia antigua y moderna, las diferentes literaturas de Europa, la filosofía, un curso completo de matemáticas trascendentales, la astronomía, la mineralogía, la geolo-

gía, etc. Los catedráticos de esos colegios son profesores sabios, que algunas veces se llevan de Europa; en una palabra, los fundadores no omiten nada para hacer la enseñanza lo más completa posible.

Sus esfuerzos, sin embargo, no obtienen el exito más feliz, lo cual debe atribuirse al estado del pais, y de ningun modo á la insuficiencia de la instruccion superior. El alto cultivo intelectual es el lujo de las sociedades : no pertenece más que á las que, enriquecidas por el trabajo de numerosas generaciones, tienen tiempo para pensar en las cosas del espíritu. La América es todavía demasiado jóven para entregarse á la ciencia sin distraccion, una carrera inmensa se abre ante su vista; ¡cuántos territorios que arrancar á la barbarie, cuántas selvas que cortar, cuántas ciudades que construir! Canales, caminos de hierro puentes, comercio, industria, marina, á todo tiene que atender á la vez, todo excita en ella una necesidad febril de accion. En semejantes circunstancias, ¿cómo han de ir los jóvenes, en los mejores años de su vida, á encerrarse en las paredes de un colegio y á palidecer entre los libros científicos? Los que quieren adquirir una instruccion que los coloque muy por encima del nivel de la multitud, abrevian cuanto les es posible el tiempo que dedican al estudio. Cuando á los diez y siete años, ó poco ménos, salen de las escuelas comunes, se proponen haber recorrido ya á los veinte el vasto círculo de los conocimientos humanos; cuatro años deben bastarles para aprender todas las materias que figuran en el programa de las academias : inútil es añadir que despues de ese período pueden ser negociantes muy hábiles, y áun miembros influyentes del Congreso, pero están muy distantes de ser sabios.

Aunque la inquieta actividad del pueblo americano le impide consagrar á la ciencia el tiempo necesario, y áun cuando en el terreno del pensamiento obra con frecuencia como los roturadores de un campo, que sin aguardar á la cosecha van á emprender nuevas conquistas sobre la naturaleza, es innegable que desplega en el estudio una rara inteligencia y una grande energía de voluntad. Durante los cuatro años de colegio, los jóvenes se asimilan, por decirlo así, una dósis de instruccion verdaderamente extraordinaria. Todo en torno suyo, es cierto, favorece el recogimiento de espíritu. Las academias no se hallan situadas en el centro de las ciudades; el bullicio del comercio y de los negocios no llega hasta sus paredes; en su mayor parte forman bonitas quintas, llenas de frescura y de silencio, en las que el encarnado ladrillo de los pabellones de los profesores se oculta entre el verde oscuro de los árboles. Cuando se penetra en aquellos santuarios, parece que se está muy lejos de la industriosa y bulliciosa América; los grandes cuerpos de los edificios en donde se aposentan los alumnos tienen un aspecto apacible, que hace pensar en los monasterios de la Edad Media.

Los maestros encargados de instruir á la juventud en esos retiros tan bien resguardados de las influencias de lo exterior, cuentan entre ellos sabios de pri-

mer órden, como, por ejemplo, M. Agassiz, que los Estados-Unidos han arrebatado á la Europa. En fin, la liberalidad pública ha dotado á los principales colegios de observatorios, instrumentos de física, y gabinetes anatómicos y de historia natural, que podrian envidiar muchas ciudades del antiguo continente. La universidad Harvard, ó de Cambridge, posee un telescopio, que es uno de los primeros del mundo; costó 20.000 dollars, y la piedra que le sostiene, 5.000. Una nebulosa que habia resistido á los reflectores de los dos Herschell, y hasta el célebre espejo objetivo de lord Ross, tuvo que ceder al poder de ese magnífico instrumento. El museo de zoología, creado en el mismo colegio por M. Agassiz, no es ménos notable: forma quizá la coleccion más curiosa y mejor organizada que se conoce.

Las academias están dirigidas por una junta de curadores (*trustees*), que administran los bienes de la comunidad, confieren los grados, eligen los profesores, y en una palabra, arreglan todos los detalles administrativos. En la mayor parte de los estados el Gobierno se abstiene de toda intervencion; sólo en Nueva-York y en Massachusetts contribuye con algunos subsidios á las corporaciones universitarias, á condicion de aceptar cierta vigilancia reducida á una especie de *veto*, que rara vez ejerce.

La libertad de enseñanza no es el único rasgo que distingue á los colegios de la Nueva-Inglaterra; miéntras que una costumbre deplorable aisla entre nosotros los altos estudios de la religion y habitúa á la

juventud á mirar la ciencia y la fe como dos enemigas irreconciliables, los americanos fortifican las creencias á la par que desarrollan el espíritu. Ya hemos visto el reducido lugar que ocupa el culto en los establecimientos primarios, porque se confia á la familia el cuidado de completar la obra; mas cuando llega la hora en que se despiertan las pasiones, ó en que la razon inflada por un medio-saber, se alza orgullosa y agresiva, se opina que es necesario redoblar el cuidado. La mayor parte de las academias están colocadas bajo el patronato de una iglesia, y en ellas desempeña un gran papel la enseñanza religiosa; hasta en la que se admiten alumnos de diferentes comuniones, y en que se deja que los judíos celebren el sábado, y los católicos todas las fiestas de su culto, no es permitido á nadie ser indiferente ó incrédulo; los protestantes deben *ir al templo una vez cada dia y dos veces el domingo; el que sin excusa fundada hace tres faltas en cuatro años es despedido*. Tal es en la libre y tolerante América la fuerza del sentimiento religioso, que se creeria hacer traicion á los intereses de la nacion, de la sociedad y de la familia, si no se basase toda educacion sobre la fe.

Esto nos recuerda una anécdota bastante curiosa. Un viajero se hallaba sentado un dia á la mesa de una posada de un pueblo recien construido en un sitio que ántes era selva; la conversacion recayó sobre las creencias, y se emitieron las opiniones más diversas: uno era metodista, otro unitario, un irlandés disputaba con un cuákero y defendia el catolicismo de sus

padres; de repente uno de los comensales, volviéndose hácia el extranjero, que se sonreia irónicamente de aquella discordancia:

—Y bien, le dijo; vos, que parece nos teneis lástima, ¿cuál es vuestro símbolo?.....

—Yo, respondió nuestro hombre, miro la religion como un asunto eterno de disensiones y de disputas, y encuentro más prudente no tener ninguna.

—¿Sin religion alguna?..... dijo el posadero dando un salto; caballero, hacedme el favor de tomar la puerta, porque yo no doy hospedaje á un hombre que no cree nada.

Tal vez parecerá un poco excesivo el celo del digno americano, y seguramente no pretendemos presentarle como un modelo de caridad cristiana; pero su respuesta pinta perfectamente el sentimiento que domina en los Estados-Unidos, la conviccion profunda de la necesidad de las creencias religiosas.

La fe sincera conserva la pureza de las costumbres, y la aficion al estudio destierra los pensamientos frívolos y peligrosos; esa circunstancia explica por sí sola el buen éxito de una medida tan extraña como atrevida, adoptada por muchos colegios del Norte y del Oeste; medida que consiste en reunir en una misma clase jóvenes de ambos sexos de diez y ocho á veinte años; como esas universidades forman la parte ménos conocida de la alta enseñanza americana, vamos, para dar una idea de ella, á trasladarnos con el lector al colegio mixto más antiguo y más considerable, Oberlin, en el Ohio; al bajar del carruaje á la puerta de la posada del pueblo, preguntamos por el camino de la academia; el transeunte á quien nos dirigimos pareció asombrarse de nuestra pregunta; «La Academia, nos dice, se halla por donde quiera en derredor vuestro.» Oberlin, en efecto, no se compone más que de edificios destinados á los estudios y de casas ocupadas por los profesores, los estudiantes, y los que, de una ó de otra manera, proveen á las necesidades materiales del establecimiento; el conjunto forma un pueblo de cerca de 4 000 almas, cuyas calles irregulares, y cuyas casas de madera, separadas unas de otras por espaciosos jardines, han conservado un aire completamente primitivo.

La fundacion de Oberlin se remonta á unos cuarenta años; bosques frondosos, en donde jamas habia resonado el hacha del roturador, cubrian entónces aquella parte del Ohio; sólo cruzaban aquella soledad las veredas que los indios habian formado para la caza, y el aullido de los lobos, el silbido de los reptiles ó la caida de algunos árboles seculares eran los únicos ruidos que allí se sentian.

El reverendo Shipherd, pastor de una iglesia presbiteriana, obtuvo sin dificultad la concesion de algunas hectáreas de tierra en aquellos sitios desiertos para establecer allí una escuela; la empresa no era muy fácil, pero el fundador del nuevo colegio esperaba grandes resultados; queria favorecer la expansion de las doctrinas religiosas, y organizar un vasto sistema de educacion para los dos sexos. La tentativa era de

grande importancia, en razon al desarrollo que va adquiriendo la América del Oeste.

El Ohio es uno de los principales focos de donde la luz intelectual y moral irradia sobre los distritos del Missuri y del Arkansas; la escuela se inauguró el dia de Navidad; un año despues cien discípulos se hallaban ya reunidos en aquella universidad perdida en medio del desierto, y á la cual se llegaba por caminos casi impracticables.

Aquel rápido y feliz éxito era debido á una causa poderosa: el reverendo Shipherd llevaba á cabo una verdadera revolucion en la enseñanza superior; hasta entónces, lo costoso de las carreras, la dificultad de consagrar al estudio años que reclaman un trabajo más lucrativo, habian limitado la concurrencia á las universidades á una pequeña aristocracia intelectual; la creacion de Oberlin era poner la ciencia al alcance de todos; no tan sólo se establecieron condiciones económicas fabulosas—12 dollars al año—sino que tambien se permitió á los alumnos pobres dedicarse á un trabajo manual, con cuyo producto pudieran subvenir á sus necesidades diarias; un dia, una jóven se excusó de no poder asistir á una clase de física, porque tenía que concluir un vestido, con cuyo precio tenía que pagar su pupilaje á la familia con quien vivia; otra vez era un zapatero el que se excusaba porque tenía obra que concluir.

No hay que esperar en Oberlin la distincion que, casi por todas partes, es el sello de las personas ins-

truidas; los estudiantes ponen las piernas sobre sus pupitres, por manera que sus piés se encuentran á la altura de la cabeza, segun la costumbre americana; tienen la voz áspera y groseros modales; pero esos alumnos, cuyas maneras tanto dejan que desear, pertenecen á la clase pobre, son obreros, hijos de humildes braceros, que suspenden por algun tiempo el trabajo para adquirir una instruccion sólida; entre ellos se cuentan tambien algunos militares, que la reciente paz ha devuelto á la vida civil, y que despliegan tanto entusiasmo por el estudio como valor demostraron en combatir á los soldados de Lee. Y ¡cosa notable! esos mozos, durante las lecciones, se hallan mezclados con encantadoras jóvenes de diez y ocho años, tienen por profesor una maestra, poco más ó ménos de la misma edad, y sin embargo, jamas se perturba el órden ni áun por un instante; jamas se oye allí una palabra inconveniente.

Una innovacion no ménos atrevida fué la que llamó á los negros á participar de la instruccion tan liberalmente ofrecida á los blancos de ambos sexos. Sabida es la prevencion con que los negros eran mirados áun en los estados del Norte, muy parecida á una reprobacion; indudablemente la esclavitud era reputada allí como un crímen; pero á un mulato le estaba prohibido subir á un carruaje público ó á un paquebot, y sentarse á una mesa redonda; al principio de la guerra, ni áun le era permitido morir por la emancipacion de su raza; su sangre, confundida en los campos de batalla con la de los blancos, hubiera sido pa-

ra éstos una mancha; M. Ampere refiere la penosa impresion que le hizo experimentar la discrecion de un mozo de posada negro, que al entregarle la vuelta de una moneda evitó con sumo cuidado tocarle la mano. Las escuelas comunes de la Nueva-Inglaterra proclamaban, es cierto, que estaban abiertas para los niños de color como para los demas; pero esa tentativa generosa, si bien hacia honor á la legislacion, en nada variaba las costumbres; M. Shipherd no vaciló en combatir de frente la preocupacion; decidió que los estudiantes negros fuesen admitidos en Oberlin, bajo el pié de una perfecta igualdad; esa medida encontró al principio una viva oposicion; el rector de la nueva universidad no se desalentó, ni por las protestas de los enemigos de la raza negra, ni por los tímidos consejos de algunos filántropos que le vituperaban el que concediese á unos desgraciados, colocados fuera del derecho comun, una educacion capaz solamente de hacerles sentir con más amargura su triste situacion; los jóvenes de color de ambos sexos, instruidos en la universidad de Oberlin, llevan, en efecto, sobre su frente el sello de una melancolía profunda. Saben cuántos obstáculos se elevan todavía delante de ellos; pero ¿cómo han de destruir jamas las barreras sociales, que áun despues de su emancipacion aprisionan á los negros, sino mostrando que son susceptibles de un alto desarrollo moral é intelectual, y que la inicua preocupacion que los proscribe de la sociedad, no tiene ni áun la más leve sombra de pretexto?.....

Al mismo tiempo que las doctrinas abolicionistas encontraban en Oberlin poderosos auxiliares, se formaba allí una floreciente escuela teológica, cuyos miembros, animados del espíritu de los antiguos puritanos, se esparcian, durante las vacaciones, por los pueblos inmediatos, enseñando la fe presbiteriana y predicando la sencillez y la templanza; una multitud de adeptos oian su voz y acudian á aumentar el número de los moradores del colegio, ó si se quiere, de la comunidad; porque las academias del Oeste tienen un carácter más religioso que literario; en Oberlin las clases comienzan invariablemente por un himno ó una invocacion; todos los dias tienen lugar reuniones piadosas, y los jóvenes que asisten á ellas dan muestras de un fervor completamente ascético; unos se levantan, con lágrimas en los ojos, acusándose de no estar firmes en la fe, y piden á la asamblea les ayude con sus oraciones; otros, con el rostro radiante de entusiasmo, glorifican al Señor por haberles librado del abismo; y todos sucesivamente, llenos de reconocimiento, confiesan el bien que la religion ha hecho á su alma.

Mas no se crea por eso que esos celosos neófitos se hallan enteramente sumidos en la contemplacion; inmediatamente despues del piadoso ejercicio que acabamos de describir, y áun sin salir de la capilla, empiezan diferentes disertaciones sobre asuntos profanos; la cátedra se transforma en una tribuna, en donde impetuosos oradores sostienen tésis políticas; uno de los alumnos terminó un dia la sesion muy há-

bil, que tituló *Nos besicles*, y en el cual se ocupó, una por una, de todas las preocupaciones que nos desfiguran el aspecto de las cosas.

Como puede suponerse, en una academia, compuesta en su mayor parte de proletarios, las diferentes asignaturas no son tan numerosas como en los colegios de Harvard, de Yale y de New-Hampshire, glorias de la alta enseñanza americana. El griego y el latin figuran en el programa, pero se estudian muy por encima, y los maestros concentran todos sus esfuerzos en ciencias de utilidad más inmediata; ninguno de los discípulos de la academia de Oberlin podria, en verdad, entrar en parangon con los de nuestra escuela normal; sin embargo, es preciso reconocer que, para gentes destinadas á vivir entre los rudos roturadores de la Nebraska, se hallan á un nivel intelectual muy elevado.

En medio de esa vasta red de enseñanza, ¿qué lugar ocupan las universidades católicas? Merced á la libertad que la han dejado, la Iglesia romana crece cada dia en los Estados-Unidos; reina casi sin rival en muchos distritos del Illinois; domina en el Connecticut, en donde ha obtenido que la enseñanza de los niños de su comunion sea confiada á sacerdotes; y en fin, por todas partes la rapidez de sus progresos mantiene en alarma á los protestantes. En 1861 habia ya fundado noventa y cinco academias para hombres y doscientos doce establecimientos de instruccion superior para mujeres; gozaban de gran reputacion los colegios dirigidos por jesuitas, con particularidad los

de Nueva-York, Massachusetts, Baltimore, Washington, Cincinnati, San Luis, Nueva-Orleans y Mobila; la ciencia y la habilidad de esa órden para la educacion de la juventud deciden á una gran parte de los plantadores del Sud á confiarles sus hijos. Hay motivos para creer que el celo de los católicos no se ha entibiado; sus iglesias y sus escuelas enseñan, á la par que el amor á la libertad, la práctica de las virtudes que son su garantía; la propaganda es todavía más activa en los nuevos estados, terreno vírgen, en donde toda semilla debe producir abundante cosecha.

Así, pues, la instruccion sólida, creencias religiosas y convicciones políticas, forman la triple fuerza con la que la juventud de las universidades avanza á la conquista del Oeste; una América, llena de savia y de vida, se va desarrollando en aquellas soledades; por todas partes, en medio de las poblaciones nacientes, se eleva la escuela al lado de la capilla; un jóven, y con más frecuencia aún una jóven, va allí á enseñar á una generacion nueva que el secreto del poder, que la virtud que funda los estados, no se encuentran en la materia, que no están ni áun en los descubrimientos de la industria moderna, sino que residen en Dios y que dimanan de él.

Sin duda alguna, la libertad que se ha dejado al espíritu en el terreno religioso ha conducido en América á muchas ilusiones y á muchos errores; si se recorre la historia de las sectas que allí han nacido de sesenta años á esta parte, asusta el ver en cuántas locuras puede incurrir el hombre, cuando rechaza ó

resiste todo freno; sin embargo, de ese mismo desórden se desprende un hecho que llama desde luégo la atencion del ménos observador, y es que la grandeza de los Estados-Unidos reposa en dos bases sólidas: un profundo sentimiento religioso y una instruccion profusamente esparcida. Con semejantes apoyos, una nacion puede arrostrar muy bien muchas tempestades.

X.

EDUCACION DE LAS MUJERES EN LOS ESTADOS-UNIDOS.

Nadie ignora la influencia universal é irresistible, aunque por lo comun oculta, que ejercen las mujeres en las costumbres y los destinos de un país; en las regiones en donde están envilecidas, la civilizacion languidece y muere; por el contrario, los estados en donde las vemos libres, puras y en estima, pueden prometerse un porvenir brillante.

No sólo de las promesas espirituales ha dicho la Escritura: «El hijo de la esclava no heredará con el hijo de la mujer blanca.» Esas palabras son igualmente aplicables al imperio del mundo, rica herencia de la raza de Adan. Casi siempre el poder y la duracion de una civilizacion son proporcionadas al respeto de que se rodea á la esposa y á la madre; el tiempo en que Roma llegó á su mayor gloria fué aquel en que sus matronas inspiraban á sus hijos el amor á las virtudes fuertes, y si en nuestros dias el Oriente aparece amenazado de una ruina inevitable, es preciso atribuirlo especialmente á la degradacion que de la frente de las mujeres resalta al hogar doméstico.

La América ofrece una confirmacion brillante de esa regla: «Si me preguntan, dice Tocqueville, á qué pienso que debe atribuirse principalmente la prosperidad singular y la grandeza creciente de ese pueblo, responderé, sin vacilar, que es á la superioridad de sus mujeres.» Pero, ¿en qué consiste esa superioridad y cómo se sostiene? Aquí es preciso remontarnos á la educacion, y fijar, con más claridad que lo hemos hecho hasta ahora, la parte asignada á las jóvenes en el sistema de enseñanza de los Estados-Unidos.

Distamos mucho de las opiniones del buen Chrysale; los americanos, cuyo carácter ardiente jamas se detiene en las medidas de órden secundario, no han temido, en ese grave asunto, romper abiertamente con las tradiciones de la vieja Europa; calculando, no sin alguna razon, que para formar en las buenas costumbres el espíritu de sus hijos, para ejercer sobre ellos un ascendiente saludable y para conservar sobre ellos la autoridad, el prestigio con que plugo á Dios revestirla, una madre de familia cristiana no debe limitar su ciencia á manejar la aguja y el hilo, han abierto con liberalidad á las mujeres las fuentes de instruccion preparadas para los hombres.

El hermano y la hermana han tomado asiento en la escuela comun, uno en pos de otro, y se han fundado universidades para las jóvenes; ningun estudio se ha conceptuado demasiado elevado para ellas; en las matemáticas, el álgebra y las ciencias naturales y abstractas rivalizan con los estudiantes del otro

sexo, y con frecuencia les aventajan; así es que en la alta escuela de Chicago, en 1865, de diez y nueve premios, sólo cuatro fueron ganados por los varones; todos los alumnos de griego y latin de la ciudad de Detroit son hembras, los únicos discípulos de astronomía son mujeres, y los de la cátedra de física pertenecen tambien al bello sexo.

Esa particularidad no debe producir extrañeza si se piensa en las numerosas ocupaciones, agricultura, comercio é industria, que desde su más tierna edad arrancan á los jóvenes del estudio. Las mujeres, ménos buscadas para las exigencias de una carrera activa, emplean en formar su espíritu el tiempo que los hombres dedican á enriquecerse; de ese modo adquieren esa seguridad de juicio, esa elevacion de carácter, que por donde quiera las atrae grande consideracion; los americanos no ven en ellas una especie de criaturas inferiores, ante las cuales es de buen tono inclinarse, á causa de su debilidad y de sus gracias, pero á las que en el fondo no se aprecia en mucho; ellos han aprendido á estimar en lo que vale su razon y á honrar sus virtudes, y el hombre más depravado conserva siempre respeto á la mujer, tan profundamente grabado en su corazon, que en los Estados-Unidos, una jóven puede, sin riesgo alguno, emprender sola largos viajes; por todas partes, en los caminos de hierro, en los paquebots y en los salones, las está reservado el mejor puesto.

Esa cortesía se lleva muy léjos; se extiende á los hombres que van acompañados de una señora, los cua-

les, por esa circunstancia, participan de las ventajas concedidas al bello sexo; á las mujeres, todos las dejan el paso libre, y por consecuencia, á los caballeros, sus acompañantes; algunas veces un viajero astuto busca una aldeana vieja, y de ese modo pasa ántes que los demas, porque va *encargado de una lady*.

La confianza que inspira la instruccion séria de las americanas, ha conducido insensiblemente á poner en sus manos la mayor parte de la educacion pública; á ellas se ha confiado la importante mision de dirigir á la juventud, y no se las quita el niño entregado á su cuidado por temor de que se ablande su corazon y se enerven sus facultades. Ya hemos visto que se muestran dignas de la noble tarea que se las ha encomendado; en ninguna parte es más libre el espíritu público, más altivo, más osado, y al mismo tiempo más religioso y más sumiso á las leyes, que en esa república, en donde una buena parte de la enseñanza se halla en manos de las mujeres.

En cuanto á los que podrian asustarse de semejante revolucion en los antiguos usos, y censurar á la América por abrir tan pródigamente á sus hijas las esferas de la inteligencia, les recordarémos que necesidades nuevas exigen instituciones nuevas tambien. En otro tiempo, cuando la mujer debia hilar por sí misma la lana, tejer los vestidos de la familia, presidir á la preparacion del aceite y del vino, cuidar de la granja y del gallinero, y en fin, tener bajo su direccion faenas domésticas, á que ahora están encar-

gados de proveer quince ó veinte oficios diferentes, hubiera sido imprudente distraer su atencion de aquella obra esencial, de que dependian el bienestar y la prosperidad material de la casa; los progresos de la industria han modificado ese estado de cosas, y los vestigios que de él quedan todavía, tienden cada vez más á desaparecer; merced á la division del trabajo, á la facilidad de los cambios y al perfeccionamiento de los procedimientos mecánicos, la mujer se encuentra exenta del trabajo manual que la estaba asignado; algunas órdenes dadas á las criadas, una vigilancia inteligente, pero que requiere poco tiempo: hé ahí á lo que suele reducirse el trabajo material de las mujeres; sin duda alguna, para hacer que reinen en el interior del hogar doméstico la elegancia y la comodidad, para introducir en él esa dulce quietud, cuyo perfume se exhala de las cosas y penetra en el alma, y para nivelar los gastos sin mezquindad y sin prodigalidad, se necesitan excelentes cualidades morales; la madre de familia forma á su imágen su casa.

Sin embargo, esos cuidados, repetimos, no bastan para llenar el vacío de las horas; es necesario descubrir otros alicientes para la actividad del espíritu; de ahí esas diversiones estrepitosas, esas distracciones que no tienen otro objeto que templar el fastidio de una vida desocupada; en el dia se critica mucho la vida disipada y la frivolidad de las mujeres; pero eso, más bien que á ellas, es imputable á la sociedad, que, descargándolas de su antigua tarea, no las ha encomen-

dado ninguna otra ocupacion equivalente. Los americanos son los primeros que han realizado el pensamiento eminentemente cristiano de poner la enseñanza al alcance de todos, y han sido tambien los primeros que han desterrado la preocupacion de que las mujeres eran inhábiles para las ciencias; como se propusieron formar una nacion fuerte y libre, comprendieron que era necesario dar un temple enérgico al alma de la esposa y de la madre.

Las jóvenes aprenden á reflexionar y á juzgar las cosas por sí mismas; no se las deja en esa feliz ignorancia, que, en Europa, añade á su belleza tan candorosa gracia, sino se las enseña el horror al mal, y se las habitúa á buscar y á seguir lo verdadero y lo bueno; despues de haberlas resguardado de esa manera, no se teme lanzarlas al mundo, y la manera con que se conducen en él justifica esa audacia; nada tan curioso de ver como una reunion de jóvenes de ambos sexos; los padres las dejan en el salon sin vigilarlas; la conversacion es viva y agradable; una completa libertad reina entre aquella alegre juventud, pero jamas se oye una palabra imprudente; hasta la galantería es allí desconocida; parece que se asiste á una reunion de hermanos y de hermanas.

La severidad de costumbres se refleja en la literatura; para adquirir reputacion basta con frecuencia, en Europa, escribir un libro poco moral; la osadía y el escándalo suplen al talento; semejantes obras no encontrarian lectores en los Estados-Unidos; el espíritu público, habituado á vivir en una atmósfera elevada y pura, haria prontamente justicia á esos vergonzosos extravíos de la imaginacion.

La manera de contraer los matrimonios, y la fidelidad conyugal que de ella resulta, prueban tambien cuánta sabiduría encierra el desarrollar el juicio de las mujeres, y el confiarlas á ellas mismas el cuidado de proteger su virtud; la jóven americana escoge libremente el esposo que prefiere; en vez de arrojarla, todavía jóven, en brazos de un marido, por lo comun poco capaz de completar la obra de su educacion moral, los padres aguardan que su razon haya madurado, que su voluntad se haya fortalecido, y luégo la dejan en libertad de disponer de sí misma; ella sabe la extension de las obligaciones que impone el matrimonio, y cuando acepta sus lazos, es mujer, y mujer instruida y formal; ademas, el hombre á quien va á confiar su suerte y su vida no la es extraño; la sencillez de las costumbres la ha permitido conocerle largo tiempo; quizá han asistido juntos á la escuela; ha podido observar sus gustos y su carácter, y no tiene que temer los funestos desengaños que siguen á una union poco meditada.

Ese aprecio, esa simpatía profunda entre los esposos, son allí tanto más necesarios, cuanto que, al celebrar el matrimonio, la americana encuentra deberes muy serios y austeros; no deja su existencia dependiente por una vida de fiestas y de placeres; la ceremonia nupcial no es para ella una especie de emancipacion; por el contrario, se despide de la libertad de su juventud para encerrarse en el círculo de

su hogar doméstico, círculo que hace muy estrecho la rigidez puritana; si se ha casado con un roturador, se interna con él en las soledades, comparte con él sus fatigas y sus privaciones; si llega á ser la esposa de un armador, de un comerciante ó de un manufacturero, quizá necesitará todavía más energía y abnegacion; porque es bien sabido con cuánta rapidez se hace fortuna en los Estados-Unidos, pero tambien suele ser muy efímera.

Los americanos han resuelto, pues, felizmente uno de los problemas sociales más graves; han formado mujeres virtuosas y fuertes, instruidas en sus deberes y con decision para cumplirlos; han pensado que para ser las compañeras y las dignas auxiliares del hombre, debian seguirle en el camino del desarrollo intelectual, y la experiencia las ha dado la razon. No debe olvidarse, sin embargo, que marchaban por senderos desconocidos, y que el atrevimiento que exigia una tentativa semejante los ha arrastrado á más de un error. Tomadas en su conjunto, las miras que se han propuesto en la educacion de las mujeres son verdaderas y fecundas; pero la aplicacion que de ellas han hecho no se encuentra exenta de defectos.

El uso de dar la misma instruccion á los niños y á las niñas, ¿no ofrece inconveniente, áun en los Estados-Unidos?..... Indudablemente el talento femenino, háyase pensado lo que se quiera durante largo tiempo, es capaz de elevarse á las más altas regiones del saber, y Juan Jacobo Rousseau, que procuraba combatir las preocupaciones, participaba de las de su

época, cuando decia con tono presuntuoso: «El buscar las verdades abstractas y especulativas, los principios, los axiomas en las ciencias, todo lo que tiende á generalizar las ideas, no es propio de las mujeres.» Las americanas han protestado contra esa opinion; como el filósofo, ante el cual negaban el movimiento, han empezado á marchar; algunos de los profesores más afamados de la Nueva-Inglaterra, particularmente de los de matemáticas, son mujeres; en las universidades, en donde los dos sexos concurren á la enseñanza, las jóvenes casi siempre se distinguen por la prontitud de su ingenio y por la exactitud de sus respuestas.

De ese hecho incontestable, los americanos han concluido (malamente, á nuestro entender) que la instruccion dada á los hombres convenia tambien á las mujeres; los deberes de unos y de otras son muy diversos; la educacion, que no tiene otro objeto que enseñar á cumplirlos, debe ser diferente. En los Estados-Unidos no niegan la primera parte de esa proposicion, pero rehuyen la segunda con un sofisma bastante especioso. «Así como plantas de especies diversas sacan del mismo suelo los jugos que deben nutrirlas, sin que por eso pierdan nada de sus cualidades distintivas, así tambien el espíritu del hombre y de la mujer reciben, de una enseñanza comun, un alimento capaz de desarrollar sus facultades particulares.» Léjos de desechar esa comparacion, nosotros vamos á amplificarla. ¿No es bien sabido que unas plantas requieren sombra y frescura, miéntras que otras exigen

calor y una luz muy viva? Ciertas especies quieren humedad, y algunas un terreno seco y arenoso; ¿no debe, pues, tener el jardinero la habilidad de dar á cada una de ellas lo que la conviene?.....

La falsa direccion dada al talento de las americanas no ha producido desde luégo resultados desagradables, porque la religion ha atenuado sus efectos; una educacion varonil ha hecho á las mujeres animosas é ilustradas, sin impedirlas que desempeñen en la familia sus modestas funciones; el ardor de una fe viva las ha mostrado la hermosura de la abnegacion, y la energía de su alma las ha comunicado el valor de sacrificar, sin prorumpir en una queja, á la sumision de la esposa el amor á la independencia; pero, áun admirándolas, preciso es reconocer que tal vez hay en ellas ménos encantos; «la manera con que se las educa, segun el mismo Tocqueville, que tan perfectamente ha apreciado su mérito, ha propendido á formar mujeres honestas y reservadas, más bien que esposas tiernas y compañeras amables del hombre.»

Esa falta de gracia y de expansion, que el ilustre autor de la *Democracia en América* observaba hace treinta años, y á la que atribuia que quitaba á las relaciones de la familia una parte de su dulzura, proviene, á nuestro entender, de la educacion uniforme que se da á los varones y á las hembras; á las mujeres se les enseña el álgebra y la filosofía; se las hace discutir las cuestiones sociales, como si algun dia hubiesen de llegar á ser miembros del Congreso, y luégo, cuando se han despertado en ellas aspiraciones

peligrosas, se las encierra en lo interior de la casa, se limita su horizonte á los deberes domésticos, y se pretende que su único anhelo, su única atencion debe ser el asegurar el bienestar de su marido y de sus hijos.

El sentimiento del deber las sostiene; pero en vez de cumplirle con esa satisfaccion íntima que resulta del completo acuerdo entre las facultades y el objeto á que se desea llegar, tienen que sostener luchas interiores, cuyas huellas se descubren en sus maneras y en su aspecto comprimido y austero: no han sido educadas para la familia; aceptan como una necesidad la suerte que las ha cabido, pero no se ve en ellas el radiante abrir de una planta, que, merced á esmerados cuidados, ha llegado á su florescencia natural. Sin género alguno de duda, era necesario ensanchar para las mujeres el círculo del estudio; pero no nos cansarémos de repetir que la instruccion de las jóvenes tiene una grande importancia, tanto bajo el punto de vista social, como bajo el religioso. La Iglesia católica, á la que se acusa de oscurantismo, ha sido la primera en proclamarlo; en todos tiempos ha contado entre sus santas, almas tan notables por su saber como por su virtud; hace doscientos años, en una época en que se hacia poco aprecio de la ciencia, uno de sus más venerables prelados, Fenelon, no temia hablar de la extension de conocimientos que convendria dar á las jóvenes para hacerlas aptas para el gobierno doméstico, que exige tanto discernimiento como elevacion de espíritu; no sólo el virtuoso obispo queria que

aprendiesen la historia, la poesía, la música y la pintura, sino que ademas deseaba tuviesen algunas nociones de derecho; que las que fuesen ricas estuviesen en disposicion de administrar sus fincas, ciencia entónces bastante complicada, y no le parecia tampoco inútil el estudio del latin.

La instruccion no es perjudicial ó peligrosa á las mujeres; pero es necesario dirigirla de manera que pueda conciliarse con el cumplimiento de sus deberes futuros; si quereis que la esposa y la madre permanezca en el hogar doméstico, para ser su alma y su salvaguardia, acordaos de que ésa es su mision; que la arena pública no está hecha para ella; que sus deberes, no ménos grandes, no ménos santos que los del hombre, son de una naturaleza diferente; dirigid, pues, su educacion hácia el objeto que os proponeis; dejadla lo más posible en el seno de la familia; que se forme allí en las apacibles ocupaciones de su sexo, y que se aficione á una vida de ternura y de cariño. La ciencia no debe abrirla el camino de los honores ni de los empleos, sino únicamente permitirla que ejerza en derredor suyo un dulce apostolado de amor. ¿De qué pueden servirla esas apasionadas discusiones sobre los derechos políticos, que no está llamada á gozar, y sobre leyes que no está encargada de hacer? ¿Para qué tanta álgebra y tantas matemáticas?..... Valdria más no enseñarla de esas cosas sino lo necesario para formar su juicio, y emplear el tiempo en estudios más útiles para ella. *Ars longa, vita brevis*. Se quita á lo necesario lo que se da á lo superfluo; la

literatura y las artes, que tanto contribuyen á embellecer la vida, ocupan muy poco lugar en la educacion de las americanas, y ese vacío nos parece muy lamentable; pero no podia ménos de formarse, si la enseñanza era igual para los jóvenes de ambos sexos. Como los hombres, ante todo, y más particularmente en los Estados-Unidos, quieren aprender las ciencias políticas y las que se refieren á la industria y al comercio, éstas son las que se enseñan con preferencia en las escuelas comunes.

Los americanos tienen demasiado buen juicio para no apercibirse del error en que han incurrido. Ya en Nueva-York se comienza á dudar si el sistema vigente ha realizado las esperanzas que habia hecho concebir. Hé aquí cómo se expresa acerca de ese punto el informe de 1864: «Es muy dudoso el que las escuelas de gramática para las mujeres respondan tan bien como las de los jóvenes á las exigencias ulteriores de la vida; esa falta llama cada dia más la atencion de los espíritus formales, y de todas partes se pide que la educacion sea más práctica.» Para un pueblo que pasa tan pronto de la teoría á la accion, semejante confesion está muy próxima á la reforma.

La discordancia que existe entre el destino de las mujeres y la educacion que reciben, amenaza, si á ello no se pone remedio, causar perturbaciones profundas en la familia; muchos indicios precursores anuncian la aproximacion de la tempestad; en las grandes poblaciones no es raro encontrar tribunos con faldas que reivindican los derechos de su sexo, y

prorumpen en violentas invectivas contra «los opresores, cuya injusticia condena á las mujeres á languidecer en ocupaciones indignas de ellas.» Sabemos muy bien que no debe darse grande importancia á semejantes hechos; pero no se puede negar que revelan un malestar real y un disgusto demasiado general de los deberes domésticos. Las americanas luchan con valentía contra el necio espíritu de rebelion que se ha despertado en ellas, y un gran número se muestran tan cuidadosas de los menores detalles de las cosas domésticas, como hábiles en las del espíritu; el vigor que un extenso saber comunica á su alma se une á la religion para hacerlas triunfar de las sugestiones peligrosas; pero sería mucho más prudente no someterlas á semejantes pruebas.

XI.

RESULTADOS GENERALES DE LA ENSEÑANZA AMERICANA.

Para apreciar con entera justicia el sistema de las escuelas comunes, es necesario tener en cuenta el centro en donde funciona, y el carácter y las necesidades del pueblo que le ha imaginado. Dos principios dominan en la vida americana: la igualdad absoluta de las condiciones, y la completa libertad de conciencia; esos principios, que todos están conformes en respetar, llegan á ser el punto de partida de una actividad incesante; como todas las carreras están abiertas para todos, los ciudadanos toman una parte considerable en el movimiento político; la ambicion estimula los esfuerzos; crece el espíritu de especulacion, y las empresas comerciales adquieren proporciones gigantescas; la arena ó el palenque religioso no es ménos vasto; toda forma de creencia puede producirse allí, pero con la condicion de no menoscabar los derechos ni la libertad de nadie; en fin, si se piensa en la situacion particular de los Estados-Unidos, en sus abundantes recursos naturales, que ofrecen siempre al talento y al trabajo recompensas seguras, po-

drá formarse una idea bastante exacta de la nacion americana, y comprender cómo ha debido nacer el método actual de enseñanza.

La escuela es la reproduccion exacta de la sociedad; en ella se encuentra el amor de la independencia y de la igualdad; el ardor inquieto, que quisiera abarcarlo todo á la vez; la sed de progreso, precursora de las novedades más atrevidas; se halla tambien en aquel mundo en miniatura la confianza que no retrocede ante ningun obstáculo, la excesiva sensibilidad á la alabanza y á la crítica, y el predominio absoluto de lo útil sobre los trabajos que son del dominio de las artes y de la imaginacion; la enseñanza es democrática, igual para todos, y accesible á todos; prepara maravillosamente para la vida activa, y forma á los ciudadanos para el desempeño de los deberes públicos; quizá inspire una emulacion demasiado febril, haciendo abordar una multitud de ciencias, que los alumnos no tienen tiempo de profundizar, y favorezca la aficion á la instabilidad; pero esos defectos son de tal modo inherentes al carácter nacional, que los americanos no los perciben y hasta los miran como un título de gloria.

Hacer á la mayoría de la nacion inteligente atenta á los negocios del Estado, y capaz de asegurar por sí misma el bien del país; formar hombres aptos para desempeñar la tarea inmensa de la industria y de la colonizacion en un suelo nuevo: hé ahí lo que debian proponerse los legisladores de la Union, y su modo de enseñanza lo ha conseguido perfectamente. En nues-

tros colegios parece que no hay más ambicion que la de formar sabios y literatos; la juventud sale de ellos desprovista de toda nocion práctica, ignorante de las necesidades de la nacion, de los elementos verdaderos de su poder, y en una palabra, dispuesta á ser el juguete de todos los errores. En los Estados-Unidos se creeria servir mal al país si no se hiciese el objeto principal de los estudios el de sus intereses, el de las condiciones de su existencia y el de su prosperidad.

En esa sociedad individualista, en donde se hallan tan desarrolladas todas las libertades particulares, una de las cosas que más chocan al observador es la rigorosa disciplina de las escuelas comunes; los discípulos maniobran con una precision militar; una palabra, una seña hacen mover al instante centenares de niños; se procura dominar y doblegar la voluntad, é inspirar la sumision más absoluta; algunos instantes de reflexion muestran, sin embargo, la sabiduría de semejante método; la autoridad paterna es en extremo débil; los padres enseñan desde muy temprano á sus hijos á pensar y á obrar por sí mismos, y se aplican á desarrollar en ellos la voluntad enérgica, que miran como el principal elemento de buen éxito; cuanto más pronto se halla un jóven en estado de abrirse un camino en el mundo, y de prescindir de consejos y de apoyo, más satisfecha se muestra su familia; de ese modo se crean sin duda individualidades poderosas, pero se pierde el respeto á la autoridad y á la enseñanza de la experiencia, frenos saludables, que contienen la fogosidad de la juventud.

Tal es el espíritu precoz de independencia producido por la corriente de la vida social, que niños y niñas, de doce y catorce años, se juzgan capaces de decidir por sí solos de una multitud de cosas, para las que europeos de veinte años se creerian obligados á pedir el consentimiento paterno. Ésa no es una situacion normal, y el que tenga un verdadero interes por la gran república americana debe desear que se aplique un pronto remedio á semejante llaga.

Si quisiésemos buscar la causa de un mal que alarma profundamente á los hombres prudentes, quizá la encontraríamos en la debilidad de la autoridad religiosa y el extremado fraccionamiento de las creencias; pero dejando á un lado esa discusion, que no es nuestro ánimo promover, nos limitarémos á decir que los legisladores americanos, en cuanto les ha sido posible, han atenuado los malos efectos de esa abdicacion de los padres. La educacion pública es el contrapeso de la de la familia; si el niño desprecia la autoridad paterna, se ve obligado á doblegarse ante la de la sociedad, de la que la escuela es el diminutivo. Así se explica esa doble tendencia del espíritu americano, tan impetuoso, tan ávido de libertad, y sin embargo, tan sumiso á la ley; no hay pueblo que obedezca con más gusto las reglas que acepta; así la disciplina rigorosa de la escuela es la salvaguardia de la seguridad pública.

Hasta aquí no hemos examinado más que el lado social de la enseñanza, y le hemos encontrado admirablemente adaptado á las necesidades del país; pero en

toda educacion sana, la religion ocupa un lugar importante, porque sólo ella da una base sólida al sentimiento del deber; Dios es el principio fecundo de donde se derivan, tanto la vida moral como la física; los americanos no lo ignoran, y de ahí viene la importancia que dan á las creencias, hasta bajo el punto de vista de los intereses de la tierra; convencidos de que, para usar sin peligro de la libertad política, los hombres deben someterse ántes á las severas reglas de la conciencia y de la fe, consideran al cristianismo como la condicion de su independencia, y no contentos con conservarle para sí mismos, trabajan con ardor en propagarle por los territorios que los roturadores conquistan cada dia á la naturaleza salvaje. «Velemos, dicen, porque los nuevos estados sean religiosos, para que nos permitan permanecer libres.»

De estos hechos deberia concluirse que en los estados americanos la religion es el alma de la educacion pública, y no sin dolorosa sorpresa se ve que casi se halla excluida de ella; el miedo al espíritu de secta ha impelido á los legisladores á prohibir toda enseñanza que tendiese á favorecer una comunion particular; esa restriccion equivalia á una supresion completa, porque era imposible explicar la Escritura sin inclinarse hácia una ú otra de las mil creencias que existen en el mundo americano; de ese modo la instruccion ha llegado bien pronto á ser lega.

Afortunadamente no habia que temer que la separacion de la ciencia y de la fe pareciese á los niños de las escuelas comunes la condenacion de una ó de

otra, ó el resultado de la hostilidad que pudiera existir entre ellas; podia tenerse confianza en la sociedad, como en la familia, de que procurarian atenuar los efectos de tan lastimosa excision; la atmósfera moral es, en los Estados-Unidos, esencialmente religiosa, y las *Escuelas Dominicales*, frecuentadas con asiduidad, suplen, en cuanto es posible, los vacíos de la enseñanza pública; aquellas reuniones, fundadas por los sacerdotes de las diversas iglesias, rivalizan en celo para inculcar á la juventud las creencias religiosas, y particularmente las cristianas.

Aunque funciona con circunstancias tan favorables, el sistema adoptado por las escuelas comunes suscita, sin embargo, en América más de un abjecion y más de un temor. «La importancia, cuando no la absoluta necesidad de la educacion religiosa, decia, en 1864, el *Informe de la Pensylvania*, se hace de dia en dia más visible; si queremos mantener nuestras instituciones, es esencial elevar el nivel de los caractéres y avivar entre nosotros el espíritu cristiano; la generacion que próximamente va á ocupar nuestro lugar, no tan sólo debe tener una mano hábil, el corazon fuerte y el espíritu ilustrado, sino que tambien debe aprender á amar á Dios y á los hombres, y practicar el deber.»

No puede negarse que la ardiente fe de los antiguos puritanos tiende á sufrir, entre sus descendientes, una transformacion desagradable; llega á ser un sentimiento vago, mal definido, que flota entregado al viento de las doctrinas contrarias, y que á pesar de

sus esfuerzos para unirse al lazo comun del amor de Cristo y de la verdad, pierde cada dia algo de su bienhechor imperio sobre las almas; ese resultado debe atribuirse en gran parte á la falta de la enseñanza religiosa en la escuela comun; los americanos, criados en el temor del espíritu de secta, se asustan de todo dogma positivo; habituados, sin embargo, á amar y á respetar la religion cristiana, pretenden conservar su espíritu entre ellos, y de ahí proviene el progreso creciente del unitarismo, último baluarte que protege contra la negacion filosófica á una fe debilitada, pero todavía viva; al lado de esa impetuosa corriente se forma otra contraria; las creencias amenazadas buscan un refugio en la ortodoxia; se siente la necesidad de un símbolo bien exacto, en el que la inteligencia, fatigada de contradicciones, encuentre, por fin, la tranquilidad; en el que el corazon adquiera fortaleza á la par que el amor.

Esos síntomas, consignados por todos los observadores, de un modo indudable, marcan en América la próxima é inminente revolucion prevista por Tocqueville, cuando decia: «Nuestros nietos propenderán cada vez más á no dividirse sino en dos partidos: los unos saldrán completamente del cristianismo, y los otros entrarán en el seno de la Iglesia romana.»

XII.

ESTADO GENERAL DE LA RELIGION.

La organizacion política de los Estados-Unidos, y la admirable difusion de la enseñanza, de que ofrecen ejemplo, les han granjeado un lugar especial en el mundo civilizado; al mismo tiempo que han resuelto, de la manera más completa, el problema que agita á la Europa, el de poner en manos del país la gestion de sus asuntos propios, de gobernarse á sí mismo, al que han hecho dueño de sus actos, han reconocido tambien que sólo la educacion puede proteger las libertades públicas; un pueblo ignorante será siempre el juguete de un despotismo cualquiera, y lo mismo puede obedecer á un autócrata que á oscuros agitadores; han ilustrado, pues, á las masas, para ponerlas en estado de comprender sus verdaderos intereses.

Pero ¿cómo esa nacion tan jóven, la última que ha venido á figurar en la historia del mundo, ha sabido realizar tan fácilmente progresos que nuestras viejas sociedades buscan en vano con tantos afanes y esfuerzos? Sin duda alguna, es preciso atribuir una parte de ese resultado á la situacion misma de la América;

exenta de preocupaciones y de rancias costumbres, no presentaba obstáculo alguno al espíritu novador de los colonos; sin embargo, eso no basta para explicar los Estados-Unidos; los hombres forman las naciones á su imágen, y las ideas son las que hacen los hombres; ¿de dónde sacaron los fundadores de la Nueva-Inglaterra los fecundos principios que tan felizmente aplicaron? Forzoso nos es aquí remontarnos al orígen del pueblo americano, y buscar los caractéres que, desde su llegada al Nuevo-Mundo, le distinguen de todos los demas.

¿Qué motivos presiden de ordinario á la formacion de las sociedades? La necesidad comun de la defensa, el amor á la libertad, la ambicion y el interes. Tales fueron las fuerzas que crearon la Grecia, Cartago y Roma; tales son, aunque en diversos grados, las que han producido las nacionalidades de Europa. En cuanto á las colonias, casi todas han tenido por primeros habitantes especuladores, industriales, y con harta frecuencia aventureros, que, expulsados de su país por la miseria, recorren el mundo en busca de riquezas.

Los Estados-Unidos, por lo ménos los del Norte, es decir, los que han impreso su sello á la nacion entera, debieron su nacimiento á una causa bien diferente: nacieron del sentimiento religioso.

Unos hombres perseguidos en Europa por su fe, y que iban á buscar en las solitarias playas del Nuevo-Mundo la libertad de adorar á Dios segun su conciencia, hé ahí cuáles fueron los fundadores de la Nueva-Inglaterra, de Nueva-York y de la Pensylva-

nia; durante todo el siglo XVII continuó la emigracion, y aquellos colonos, que llegaban sin cesar, no pertenecian á las clases pobres, que en todo cambio creen salir ganando; la mayor parte ocupaban una buena posicion social, y poseian una fortuna cuya dulzura sacrificaban para exponerse á los peligros y fatigas de una empresa difícil. Procedentes de diversas naciones, de Inglaterra, de Francia y de Holanda, á todos dominaba un mismo pensamiento; pedian á la tierra de América que protegiese sus creencias; tenian un nombre comun: se apellidaban *peregrinos*.

Oigamos de qué modo refiere un historiador de los Estados-Unidos, Nathaniel Morton, la partida de los primeros emigrantes: «En el momento de abandonar la ciudad, que habia sido para ellos un lugar de reposo (1), estaban tranquilos, porque sabian que eran extranjeros sobre la tierra; no se adherian á las cosas de este mundo, sino que fijaban sus ojos en el cielo, su patria querida, en donde Dios habia preparado para ellos una ciudad santa; llegaron al puerto en donde los aguardaba un buque; un gran número de amigos, que no podian seguirlos, habian querido al ménos acompañarlos hasta allí; la noche la pasaron sin dormir, entregados á las expansiones de la amistad, á discursos piadosos, y á la expresion de una verdadera ternura cristiana; al dia siguiente se trasladaron á bordo; sus amigos quisieron acompañarlos tambien hasta allí, y entónces fué cuando se oyeron profundos suspiros, fervorosas oraciones y estrechos abrazos, con lo que hasta los mismos extranjeros se enternecieron; hecha la señal de la partida, se pusieron de rodillas, y su pastor, elevando al cielo sus ojos llenos de lágrimas, llamó sobre ellos la misericordia divina.»

(1) Delft, en Holanda, en donde habian encontrado asilo cuando la persecucion les obligó á expatriarse de Inglaterra.

La misma profunda piedad regló la organizacion de la colonia. El dia de su desembarco, los peregrinos firmaron un acta, concebida en estos términos:

«Nosotros, los abajo firmados, *que por la gloria de Dios, el desarrollo de la fe cristiana* y la honra de nuestra patria, hemos emprendido fundar un establecimiento en estas remotas regiones, por la presente convenimos delante de Dios en formar un cuerpo civil y político, con el objeto de gobernarnos, y *de trabajar en el cumplimiento de nuestros designios.*»

El pensamiento religioso fué, pues, el que formó la América, el que inspiró sus instituciones y sus leyes, y el que resplandece en su historia. Debemos recordar siempre, dice otro autor, que nuestra colonia fué fundada con un objeto cristiano, y de ninguna manera comercial. Si alguno de nosotros aprecia más el mundo que la religion, ése no es un hijo verdadero de la Nueva-Inglaterra. Llenos de una fe entusiasta, avivada por la persecucion, los primeros peregrinos buscaron en la Escritura las bases del órden social: así fué que hicieron una obra de que no habia ejemplo en el mundo; y los americanos tienen razon cuando dicen que los juzgamos mal, porque para apreciar

su estado político, tratamos de compararle con el nuestro. Miéntras que en Europa los restos del derecho romano, los usos de las tribus germánicas, y los recuerdos del feudalismo penetran las leyes y las costumbres, en los Estados-Unidos la sociedad deriva únicamente de la religion.

El Evangelio proclama la fraternidad de los hombres y los declara iguales ante Dios; los colonos trasportaron al órden temporal esos principios cristianos; desde su orígen presentaron el fenómeno singular de un estado en el que no existen ni señores ni pueblo. La democracia, tal como no se habian atrevido á idearla los pueblos más libres de los antiguos pueblos, aparecia grande y fuerte desde su nacimiento en aquel suelo nuevo.

La Sagrada Escritura establece como punto de partida de todos los dogmas religiosos la libertad humana; la afirma desde las primeras páginas del *Génesis*, y por todas partes, en la serie de los tiempos, los escritores sagrados nos muestran á Dios, despojándose, por decirlo así, de su poder ante la chispa de voluntad inteligente que colocára en la frente de su criatura; no quiere obtener nada del hombre por la fuerza, sino que le pide se asocie libremente á la accion divina. Ese grandioso hecho explica todos los demas: sin él, la caida original no existiria, la redencion hubiera sido inútil, y el cristianismo habria caido.

Los legisladores de la Nueva-Inglaterra habian aprendido en el estudio de los libros santos el respeto

al derecho, la nocion de la verdadera libertad; tuvieron acerca de los deberes de la sociedad para con sus miembros ideas puras y profundas. Apénas salieron de esa Europa, en donde el absolutismo hollaba con sus plantas los últimos vestigios de las franquicias de la Edad Media, establecieron como reglas primordiales de la colonia que fundaban, la intervencion del pueblo en los negocios públicos, el voto libre del impuesto, la responsabilidad de los agentes del poder y el juicio por jurado.

Las convicciones religiosas de los nuevos colonos, los sentimientos de fraternidad cristiana de que se hallaban animados, y que los impulsaban á cuidar con el mayor esmero de la libertad y de los derechos de cada uno, llamaron tambien su atencion hácia un interes no ménos sagrado, la educacion de la juventud; consideraron como su primer deber ilustrar á las almas, para preservarlas del error y fortalecerlas en la virtud, porque sabian que en el seno de las tinieblas es donde el enemigo del género humano prepara sus emboscadas. Ya hemos mostrado los opimos frutos que produjo el piadoso celo de los colonos por la enseñanza de todos; sus descendientes, animados tambien del mismo espíritu, tienen una confianza completa en la eficacia del cristianismo y de la instruccion para conservar el espíritu público y combatir los peligros que amenazan á la nacion.

El estado social y político de los Estados-Unidos dimana del cristianismo. Los padres de la Nueva-Inglaterra eran apóstoles que á costa de los más pe-

nosos sacrificios se proponian el triunfo de sus creencias; hombres de carácter, de gran temple, que colocaban el honor de su fe sobre todas las cosas, y á cuyos ojos, la fortuna, la patria, y hasta la vida misma eran de muy poco valor, si la conciencia no era libre. Así fué que sacaron una fuerza inmensa del elemento religioso, que colocaron en el seno de su sociedad. «Los principios de la Nueva-Inglaterra, dice Tocqueville, se esparcieron desde luégo por los estados vecinos; en seguida fueron penetrando en los más distantes, y concluyeron, si me es lícito expresarme así, por infiltrarse en la confederacion entera. Ahora ejercen su influencia más allá de sus límites, sobre todo el mundo americano. La civilizacion de la Nueva-Inglaterra ha sido como las hogueras encendidas en las alturas, que despues de difundir el calor en derredor suyo, esparcen su claridad hasta los últimos confines del horizonte.

Pero si los colonos habian aplicado á su edificio social las ideas generales que habian tomado de la religion cristiana, no pudieron preservarse de introducir tambien el espíritu de secta, de que la mayor parte se hallaban imbuidos. Parecia que perseguidos en Europa por su fe, los peregrinos debieron comprender todo el precio de la libertad religiosa, y sin embargo, no hubo nada de eso. Querian ver reinar sola á la creencia, por lo que todo lo habian sacrificado; y de ahí las disposiciones arbitrarias que hormiguean en su historia, aunque se hallan en completo desacuerdo con el conjunto de sus instituciones.

En el Connecticut la ley obliga á los ciudadanos á asistir al oficio divino, bajo la pena de una multa, é impone castigos rigorosos á los cristianos que quieren adorar á Dios bajo una forma diferente de la que ella prescribe; los cuákeros y otros herejes que intentaren penetrar en la colonia deben ser reducidos á prision; en caso de reincidencia, serian condenados á que les cortasen las orejas y les agujereasen la lengua con un hierro candente. Las penas contra los católicos eran todavía más rigorosas: el sacerdote que pusiese el pié en el territorio de New-Haven y de Massachusetts, despues de expulsado una vez, incurria en la pena de muerte.

La moral es objeto tambien de la más exquisita vigilancia; la blasfemia, la hechicería, el adulterio tenian pena capital; la pereza y la embriaguez eran severamente reprimidas, y el que mentia era condenado á azotes ó á una multa. En los estados fundados por los puritanos, el ardor reglamentario llegó hasta el ridículo. Se prohibió el uso del tabaco, y no tan sólo trabajar el domingo, sino cocer la comida, hacer la cama, barrer la casa y afeitarse; se prohibió ademas en ese dia el correr, el pasear por los jardines ó por otra parte, y sólo se permitió salir para ir al templo; hasta se prohibió á las madres el que abrazasen á sus hijos, etc., etc.

Á los católicos pertenece el honor de haber inaugurado los primeros la libertad religiosa en América, de la que hoy dia hace tan ámplia aplicacion. Habiendo obtenido lord Baltimore del rey Jacobo I una

concesion de tierras en América, fué á establecerse en el Maryland con doscientas familias inglesas y católicas. El noble colono, anglicano en un principio, habia abjurado el protestantismo en vista de las violencias cometidas por los partidarios del culto reformado. Se habia convertido por ódio á la persecucion, y su primer cuidado fué establecer en toda la provincia la libertad de conciencia. «En atencion, dice el *Acta de Religion*, publicada en 1649, á que la opresion en materia de fe religiosa ha producido funestos resultados en todas las sociedades que la han empleado; para favorecer tambien la paz y la tranquilidad en el gobierno de esta provincia, y sobre todo para mantener una caridad mutua entre sus habitantes, toda persona que profese la creencia de la divinidad de nuestro Señor no podrá ser molestada, ni en su religion, ni en el libre ejercicio de su culto.»

El legislador, es cierto, restringia á sólo los cristianos la proteccion de la ley; pero en la época en que se redactó el acta, aquello importaba poco: el racionalismo no se habia apoderado de los ánimos, y los protestantes, poco alejados todavía de su punto de partida, no pensaban en dividirse en cuanto á los dogmas fundamentales. El decreto, pues, comprendia á todas las sectas y á todos los colonos.

Desgraciadamente aquella tentativa era muy adelantada á su época. Los disidentes, proscritos en los otros estados, fueron á buscar un asilo en el Maryland; no tardaron en ser más numerosos que la poblacion católica, y en vez de seguir el noble ejemplo de lord Baltimore, introdujeron en aquel estado una intolerancia religiosa tan odiosa, como habia sido absoluta la libertad establecida por aquél.

Cincuenta años despues, Guillermo Penn, siguiendo las huellas de lord Baltimore, intentó tambien reivindicar los derechos de la conciencia; pero contrariado en su generoso designio por el espíritu general de su tiempo, y por la suspicaz vigilancia de la madre patria, hubo de prohibir á los católicos el libre uso de su culto.

Tal era la situacion religiosa de la América cuando estalló la guerra de la Independencia; la rivalidad de las sectas dividia profundamente á los Estados-Unidos, pero el amor á la libertad los reunió; olvidaron la diferencia de creencias para combatir bajo una misma bandera, y más tarde, cuando la victoria hubo recompensado su valor, confundieron en una admiracion comun á todos los defensores de su causa. La semilla esparcida por lord Baltimore y por Guillermo Penn, aunque lentamente, habia germinado en los espíritus; el júbilo del triunfo y las necesidades de la política aceleraron el reinado de la tolerancia.

Constituidas las colonias en federacion, el gobierno central, encargado de representarlas, no podia inclinarse más á la creencia de un estado que á la de otro; así fué que el privilegiado talento de Washington no tuvo dificultad en hacer que el Congreso adoptase el principio de la libertad de conciencia; entónces se promulgó la ley memorable que consagra la emancipacion moral de los ciudadanos americanos, y esta-

blece, como no lo habian estado nunca, las relaciones de la Iglesia y del Estado.

El legislador proclama desde luégo la igualdad civil y política de todas las comuniones: «Jamas se exigirá ningun juramento religioso para desempeñar cualquiera cargo ó empleo en los Estados-Unidos.»

Pero la Constitucion no se detuvo ahí; no sólo no quiso restringir, bajo pretexto de creencia, los derechos de ningun ciudadano, sino que ademas prohibe intervenir de modo alguno en el dominio de la conciencia: «El Congreso no hará ninguna ley para establecer una religion cualquiera, ó para prohibir su libre ejercicio.»

Esas sencillas palabras equivalen á una verdadera revolucion; hasta entónces se habian podido ver, y se habian visto en efecto, príncipes que toleraban en sus estados diferentes formas de culto; pero la tolerancia supone el derecho de prohibir; no se permite más que lo que se puede vedar.

Siempre y por todas partes, en la antigüedad pagana como en los siglos cristianos, en los países católicos como en los países protestantes, la religion habia estado unida al poder civil; los príncipes se habian constituido guardadores de la conciencia pública, y segun las iglesias coadyuvaban á sus intereses ó contrariaban sus planes, las protegian ó las perseguian. La declaracion del Congreso abre en la historia una nueva era; la separacion de los dos poderes está claramente formulada; el Gobierno de la Union no autoriza, no protege tal ó cual culto; reconoce su incompetencia en materia religiosa; toda forma de doctrina, con tal que no ataque al órden público ni atente contra la moral, es libre de producirse á la luz del dia; hasta el catolicismo, que siempre habia visto coaligarse contra él á las sectas protestantes, por más enemigas que fuesen unas de otras, se halla comprendido en ese acto de emancipacion de las creencias religiosas. Cuando á fines del siglo último, la córte de Roma formó el proyecto de erigir una silla episcopal en América, y sondeó la disposicion del Congreso acerca de ese punto, se la contestó que el Gobierno de los Estados-Unidos no tenía nada que ver con ese asunto, porque las cosas religiosas no eran de su incumbencia; desde entónces el catolicismo, aprovechando la libertad absoluta que le dejaban, ha adquirido en la Union un acrecentamiento rápido, y nunca el poder civil se ha salido de la estricta neutralidad prescrita por la Constitucion de 1787.

La libertad de conciencia, inscrita al frente de las leyes americanas, y respetada por el Congreso, no era aún suficiente; era necesario introducir su aplicacion en el seno de cada uno de los estados particulares de que se componia la federacion; la obra fué prolija y difícil, porque el espíritu de secta opuso larga resistencia; pero el impulso estaba dado; las legislaturas particulares, más pronto ó más tarde, debian seguir el ejemplo del Gobierno central.

En el dia el sectarianismo es objeto de la reprobacion universal; los americanos miran la libertad re-

ligiosa como una de las conquistas más preciosas del cristianismo, como el mejor medio de asegurar su imperio; la verdad no llega á ser viva y fuerte hasta que se ha atraido los corazones por medio de la persuasion; si no es aceptada por el espíritu, en vano reina exteriormente, se encuentra muerta en lo interior; la libertad es la que la permite ejercer el poder de accion que lleva en sí misma; por la libertad, no tan sólo llega á ser fecunda en las almas que la han recibido, sino que ademas adquiere una maravillosa facultad de expansion; estamos tan bien formados para ella, que cuando se nos presenta adornada únicamente con su hermosura divina, no podemos mirarla sin sentirnos turbados hasta el fondo de nuestro entendimiento; recurra, en buen hora, el error á la opresion y á la violencia; esos medios son buenos para la mentira; la verdad, que desciende del cielo, no puede manejar más armas que la paz, la dulzura y la libertad; y si defensores imprudentes procuran darla otras, la trastornan, la desfiguran, y los hombres no pueden ya reconocerla.

Esos principios han penetrado tan profundamente en el espíritu de los americanos, que uno de los estados más refractarios á la libertad religiosa, la Virginia, que hasta 1830 habia conservado las disposiciones opresoras de la antigua legislacion, se expresaba de la manera siguiente, cuando se decidió, por fin, á entrar en la corriente de las ideas americanas:

«Considerando que el Altísimo ha criado las almas libres, y que cuando se quiere ejercer influencia sobre ellas por medio de castigos temporales, sólo tiende á engendrar hábitos de hipocresía ó de bajeza; considerando que el privar á los ciudadanos de la confianza pública, y que el no concederles los empleos si no profesan tal ó cual doctrina, es despojarles injustamente de unas ventajas á que tienen derecho; considerando que ese sistema produce el efecto de corromper la religion misma, que se procura favorecer, puesto que, si se la atraen algunos partidarios, es únicamente por el monopolio de los sueldos y de los honores; considerando, en fin, que la verdad es poderosa, pero que no puede triunfar en su lucha contra el error, si la intervencion humana la priva de sus fuerzas naturales, á saber, la discusion libre, ante la cual no pueden subsistir largo tiempo las falsas doctrinas; por todas estas razones, la Asamblea general declara que todos los ciudadanos podrán profesar sus convicciones en materia de fe, sin que eso pueda jamas aminorar, extinguir, ni afectar en nada su capacidad civil.»

¿Puede concluirse, de la igualdad política concedida á todos los cultos, que la América de nuestros dias ha dejado de ser sinceramente cristiana? ¿Quiere eso decir que, reconociendo los mismos derechos á todas las creencias, no participa de ninguna?

A eso puede contestarse que la intolerancia no es la mejor prueba, ni la señal distintiva de la fe religiosa; la experiencia nos muestra que los hombres que no creen nada no se distinguen por su espíritu de conciliacion; por el contrario, la más leve contradic-

cion los irrita; es un crímen el no pensar como ellos; en nombre de una libertad imaginaria niegan los derechos de la conciencia, y basta reconocer á Dios para ser considerado por ellos como un enemigo, contra quien son permitidos todos los atentados.

La historia, las costumbres y las instituciones de los Estados-Unidos prueban que la nacion ha permanecido profundamente religiosa; no hay país alguno en donde el cristianismo se mezcle más en la vida social y política; el Congreso no abre ninguna sesion sin implorar el auxilio de las luces del cielo sobre sus deliberaciones, y los miembros de ambas cámaras se reunen los domingos en uno de los salones del Capitolio para asistir á los oficios divinos; en una palabra, segun la feliz expresion de un autor contemporáneo, «el Gobierno de los Estados-Unidos ha encontrado el secreto de ser el más religioso de todos los gobiernos, sin que el Estado tenga religion dominante.»

Si del Congreso dirigimos nuestra mirada á la masa del pueblo, la encontramos animada de los mismos sentimientos; sabido es con qué rigor se observa el precepto del domingo; viajes, diversiones, negocios, todo se suspende; ciérranse las tiendas; los cafés y los espectáculos cesan de ofrecer á la multitud sus distracciones equívocas; cada uno se recoge á hacer oracion, y recobra nuevas fuerzas con los pensamientos fuertes y serios; ese dia es el dia del alma; se medita acerca de los deberes, y se grava en sí mismo las leyes eternas del bien y de lo verdadero.

Los ciudadanos aprenden en esa escuela las virtudes sólidas, que hacen al hombre capaz de la libertad; no hay necesidad de encerrarlos en un estrecho círculo de órdenes y de reglamentos; se pueden sin temor disminuir las trabas exteriores, porque tienen en su conciencia un freno más poderoso y más saludable; así es que la religion, despues de haber fundado las instituciones políticas de los Estados-Unidos, las mantiene y las conserva, porque es para los americanos la condicion esencial de la libertad. «Un pueblo sin creencias, dicen, puede encontrar el órden y la paz en un gobierno despótico; una nacion como la nuestra pereceria bien pronto si no fuese cristiana.»

La influencia religiosa penetra de tal manera en las costumbres, que se la encuentra en todas partes; domina en la prensa, que, permaneciendo extraña á las discusiones de las sectas, defiende los grandes principios del cristianismo y la moral del Evangelio; entre los dos mil periódicos que circulan por los Estados-Unidos, apénas se cuentan tres ó cuatro que se atrevan á atacar la religion, y para eso no encuentran lectores más que entre los extranjeros: tan declarada se halla contra ellos la opinion pública; la justicia tambien se encuentra imbuida del mismo espíritu; los tribunales no admiten la deposicion de un ateo, porque opinan que no debe inspirar mucha confianza la palabra del que ni cumple la ley divina ni la sancion moral; pero respetan todas las creencias, y no exigen á todos el mismo juramento; el cuákero se limita á una afirmacion solemne; el israelita jura por el libro del Antiguo Testamento; algunas sectas

levantan la mano, y otras la ponen sobre la Biblia; todos los estados castigan las ofensas que se hacen á un culto cualquiera, y prohiben los juramentos, las blasfemias y los libros inmorales.

El respeto unánime que los americanos profesan á la religion no impide que el pensamiento cristiano se fraccione entre ellos en un número tan prodigioso de sectas, que la imaginacion retrocede asustada ante ese cúmulo de doctrinas y de creencias. El protestantismo, que en Europa conserva todavía cierta uniformidad, no ha podido sostener la prueba de la libertad americana: mil congregaciones rivales se disputan las conciencias, y podrian citarse familias que cuentan en su seno tantas creencias diferentes como individuos.

Sin embargo, en medio de esa confusion, siete ú ocho comuniones principales se distinguen por el número de sus adherentes, y por el lugar que ocupan en la historia primitiva de los Estados-Unidos.

La primera es el *Presbiterianismo*, que áun hoy dia conserva las severas tradiciones puritanas, y que, envanecido con la influencia que ha ejercido en el desarrollo religioso del país, se llama á si mismo *la médula espinal de la América;* es frio, rígido, de una austeridad que llega hasta el exceso, pero arma fuertemente la voluntad; es la religion de los hombres de iniciativa y de empresa, de los comerciantes y de los industriales; su sequedad dogmática no le ha preservado, sin embargo, de sufrir la inevitable ley de la disgregacion, que hiere á las sectas protestantes: hay

en él los *presbiterianos del Norte*, que anatematizan la esclavitud y los esclavizadores, y los *presbiterianos del Sud*, que, por el contrario, la defienden; los *presbiterianos de la antigua escuela*, los *presbiterianos reformados*, los *presbiterianos unidos*, etc. Todos se hacen una guerra implacable; sus discordias no son una de las menores causas que mantienen la desconfianza de la Nueva-Inglaterra contra los estados meridionales, é impiden que se cicatricen las llagas de la guerra.

Al lado de los presbiterianos se colocan los *congregacionalistas*, que tienen con aquéllos una grande semejanza; descienden igualmente de los primeros peregrinos, y sus costumbres han conservado huellas del rigor puritano; son ilustrados, infatigables en el trabajo y enemigos del lujo; su culto, lleno de rudeza formalista, se dirige con frecuencia á la razon, jamas al corazon; las iglesias, completamente independientes unas de otras, se gobiernan por sí mismas, y no dejan á sus pastores más que una autoridad puramente moral, porque sólo la congregacion lo decide todo.

Esas dos sectas forman la parte más viva del protestantismo, aunque, reunidas, no cuentan más que ochocientos mil fieles, lo que, relativamente á la poblacion total de la Union, es una minoría muy insignificante, ocupan el puesto de honor, porque cuentan en su seno á los hombres más enérgicos y más influyentes del país.

El *episcopalismo* ocupa tambien un rango distin-

guido en la jerarquía de las iglesias americanas: es el culto de las clases opulentas, á las que atrae y retiene la pompa de sus ceremonias. La proteccion de la Gran Bretaña le hizo en otro tiempo el culto privilegiado, la religion oficial de muchos territorios americanos; todavía conserva la liturgia anglicana; sus asociaciones y sus templos son más ricos que los de ninguna otra secta. Debe decirse tambien, en su elogio, que en algunos de sus miembros se encuentra una espiritualidad elevada y pura, un verdadero espíritu cristiano. Extraño á las discordias que causan la perturbacion en América, ha hecho en estos últimos años laudables esfuerzos por la conciliacion de los partidos, y siguiendo en eso el ejemplo de los católicos y de los cuákeros, les ha tendido una mano fraternal, sin distincion de bandera política. A pesar de tantas causas, que deberian favorecer su extension, pierde, sin embargo, terreno cada dia. El número de sus afiliados no se eleva á más de 160.000.

El *metodismo* y el *baptismo*, son por el contrario, las formas de culto preferidas por los artesanos y el pueblo bajo; á una ú otra de esas comuniones se adhieren por lo comun los negros cuando no han permanecido en la ignorancia, que lógicamente debia ser el patrimonio de unas criaturas á las que se negaba el derecho de tener voluntad, de conocer los lazos y las virtudes de la familia, puesto que el marido, la mujer y los hijos eran vendidos por el amo, segun su capricho, al mejor postor. Nada hay tan enternecedor como el asistir, en una de las iglesias particulares,

adonde los relega la preocupacion pública, á las reuniones religiosas de esas pobres gentes. Su miserable situacion ha hecho sus almas más accesibles á la dulzura de los dogmas cristianos, más dispuestas á reconocer su sublime profundidad; así es que las oraciones están mezcladas de lágrimas y de exclamaciones de amor y de entusiasmo. Algunas veces, cuando el predicador habla de las misericordias infinitas de Dios, y de su ternura á los pequeños y á los débiles, se oyen estallar verdaderas explosiones de alegría.

Los estados del Sud, del centro y del Oeste contienen un número considerable de congregaciones metodistas; se calculan en cerca de doce mil sus templos, y en un millon seiscientos mil sus miembros. No se crea por eso que todas las iglesias reunidas bajo esa denominacion comun profesan la misma fe y el mismo culto; una cosa es el metodismo de los *africanos*, y otra el de los *wesleyenses* ó de los *disidentes;* sin embargo, el fraccionamiento de esa secta está muy léjos de igualar al de los *baptistas*, en la que el millon y quinientos mil fieles de que se compone se dividen en una multitud de comuniones diferentes; la principal es la de los *regulares*, pero los baptistas del *libre arbitrio*, los del *séptimo dia* y los de los *seis mandamientos* han reclutado numerosos partidarios en la Nueva-Inglaterra. Los *winebrennarienses* se extienden por Pensylvania; los *discípulos* ó *campbellistas* por la Virginia, el Kentucky, el Ohio y el Illinois. A esa enumeracion hay que añadir los *anti-misioneros*,

los *menonitas* y otros muchos, cuyo detalle sería muy prolijo.

La inmigracion alemana ha aumentado notablemente, de medio siglo á esta parte, la importancia del *luteranismo* en los Estados-Unidos. La mayor parte de los colonos llegan imbuidos del materialismo, tan general en las clases bajas de la sociedad germánica; una vez en América, y colocados en un medio profundamente cristiano, sienten reanimarse en el fondo de su corazon un resto de fe, y muchos de ellos adoptan, en aquella tierra extranjera, el culto que habian rechazado en su país. La iglesia luterana no comprende en el dia ménos de ciento cincuenta mil miembros.

Los *cuákeros* ó *amigos*, esa secta tan dulce y tan caritativa, que ha contado en su seno tantas almas evangélicas, y que, á pesar de sus extravagancias, ha permanecido siempre digna del respecto de todos, ha decaido mucho del rango que ocupaba en la Union americana, y ha perdido su preponderancia en el estado mismo que los *cuákeros* fundaron; Filadelfia, su capital, conserva todavía el sello de paz, de recogimiento y de sencillez que de ellos recibiera; pero de las cuatrocientas iglesias que posee, una docena, cuando más, pertenece á la célebre comunion de los amigos. Con todo, en medio de las innumerables ramificaciones de las sectas del Nuevo-Mundo, merecen todavía que se fije en ellos la atencion, porque el número de sus adherentes no se eleva á ménos de cien mil.

En el rápido bosquejo que precede, quizá haya causado extrañeza al lector el hecho de la debilidad numérica de las iglesias que hemos presentado como los focos principales del pensamiento religioso. Reuniéndolas todas, apénas componen un total de cinco ó seis millones de fieles; si á esos diferentes cultos se agrega el catolicismo, que, como mostrarémos más adelante, va adquiriendo en los Estados-Unidos una extension prodigiosa, se encuentra que cerca de diez millones de americanos están clasificados en esas grandes denominaciones; pero la nacion contiene treinta y cinco millones de almas, ¿qué se ha hecho de los veinte y cinco millones que restan? Si la influencia cristiana penetra todo el cuerpo social, ¿cómo es que la estadística no nos presenta más que minorías tan restringidas?

Muchas razones explican ese estado de cosas. En primer lugar, una multitud de iglesias que, por su inferioridad relativa, no figuran en el censo, formarian, sin embargo, si se tuviese el tiempo y la paciencia de contarlas y agruparlas, una suma de fieles muy considerable. Tal secta, por ejemplo, no se extiende más allá de la poblacion en donde tuvo su nacimiento, y no reune más que dos ó tres mil creyentes; otra no posee más que cinco ó seis templos, y á veces uno solo, pero todas enseñan los grandes deberes, los dogmas principales del cristianismo; todas trabajan en la difusion de las creencias.

La organizacion particular de las congregaciones protestantes contribuye tambien á la baja singular de las sumas en la estadística religiosa. Para ser admitido miembro de una iglesia, para ser contado en el número de los fieles, son necesarias muchas forma-

lidades; hay que sufrir un exámen minucioso; exponer ante la asamblea de los dignatarios de la parroquia el estado de su alma, y los motivos que le han impulsado á abrazar una vida más cristiana. La congregacion vota en escrutinio secreto sobre el mérito del candidato; si es aceptado, llega á ser un *hermano* y es admitido á la cena; si es rechazado, queda confundido entre la multitud, hasta que esfuerzos más serios para enmendarse le permitan presentarse de nuevo. Grandes ventajas iban unidas en otro tiempo al título de *comulgante;* sólo él conferia los derechos civiles y políticos; no se podia, ni votar en una eleccion, ni ser magistrado ni funcionario, si no se formaba parte de esa falange escogida de fieles. Hoy, que la libertad de conciencia ha triunfado, en que ningun incentivo encuentran ya los ciudadanos para someterse á esas condiciones rigorosas, un gran número de americanos, aunque cristianos de corazon, no abrazan la fe de ninguna secta particular.

Ademas, algunas veces es oneroso el pertenecer á las congregaciones. Las iglesias, en los Estados-Unidos, no son, como entre nosotros, mansiones hospitalarias, en las que el pobre y el rico pueden sentarse al lado uno de otro ante la presencia del Padre comun de los hombres; tienen en todo un carácter de exclusivismo, son propiedades privadas, pertenecen á los que las han comprado ó construido; hay más: como la mayor parte de los ministros protestantes reciben sueldos considerables, se alquilan las localidades de los templos á subidos precios, para subvenir á los gas-

tos de la predicacion. De ahí resulta, y los protestantes ilustrados deploran ese estado de cosas, que los pobres se hallan desterrados, de hecho, de un gran número de iglesias.

Por último, el espectáculo de la multiplicidad de las sectas americanas es (fuerza es convenir en ello) poco á propósito para inspirar á las almas convicciones profundas. Al ver esa multitud de doctores, que con la misma seguridad interpretan la fe cristiana de diversa manera, el pensamiento público, turbado, ha buscado un refugio contra la incertidumbre. No ha tratado de hollar las creencias sobre las cuales se apoya el edificio social, pero ha querido adherirse á los dogmas que no han sido quebrantados por ningun ataque. La cosa era bastante difícil; ¿cuántas verdades cristianas existen que no hayan sido minadas por una ú otra de las sectas religiosas?..... Fué preciso eliminar mucho, y al fin, viendo que se iba á parar al abismo del racionalismo, hubo que detenerse. Así fué como nacieron en los Estados-Unidos las doctrinas *unitarias* y *universalistas*.

Sabido es que, apoyándose en el principio del libre exámen, que es la bandera, la grande arma de guerra del protestantismo, esos nuevos sistemas religiosos, casi han hecho desaparecer los dogmas consagrados por la adhesion secular de los cristianos. Toda creencia que no emane de las luces naturales de la razon ha sido declarada sospechosa y no obligatoria; se ha suprimido todo símbolo, por no haberse podido poner de acuerdo para formular uno, y se ha pensado en-

contrar en sola la caridad evangélica, en el amor comun á lo bueno y á lo verdadero, un lazo suficiente para unir las diversas iglesias.

Doctrinas tan atrevidas, tan claramente formuladas, parecia que debian conducir directamente á la negacion absoluta, ó por lo ménos ir á parar á esa religion débil y especulativa, que se llama la religion natural. Así hubiera sucedido en Europa; pero el rigor del sentimiento cristiano preservó á la América de ese peligro. Un hombre, dotado de noble inteligencia y de grande valor, Channing, llegó á ser el intérprete de las ideas unitarias, y al leer las páginas enternecedoras en que muestra la expansion de su alma, no es posible eximirse de experimentar una dulce y agradable sorpresa. Ese novador, que se gloría de no pertenecer á ninguna secta, y que proclama la soberanía de la razon, es al mismo tiempo el discípulo más fervoroso del Evangelio; hace á ese libro inspirado la regla de su vida, el cristianismo le domina por completo, y no hay un pensamiento, uno solo de sus actos, que no refleje su luz. «Los grandes problemas del dia, dice M. Laboulaye, educacion, perfeccionamiento moral, devocion, clases laboriosas, templanza, abolicion de la esclavitud, paz universal, derechos políticos, forma de gobierno, todo, segun Channing, se reduce á estos dos principios: amor religioso á los hombres, respeto religioso á su libertad.

¿Cómo el célebre jefe del unitarismo encontró medio, con una fe tan débil, para desplegar una virtud tan elevada como la suya, que jamas se desmintió ni

por un instante? ¿Cómo cuando, en nombre de la razon, rechazaba todos los dogmas, comenzando por la divinidad del Cristo, poseyó el secreto de permanecer profundamente cristiano? Ésa es una de las felices inconsecuencias que suelen encontrarse en las naturalezas generosas, que las hacen substraerse hasta de sus propios errores.

Channing habia sentido, desde su juventud, encenderse en él la santa pasion de la verdad; la habia seguido con ardor, pero ninguna de las sectas protestantes habia podido satisfacer la sed de su alma; ninguna llevaba en la frente ese sello distintivo que rechaza la duda y la vacilacion. Era todavía la época en que el cristianismo, objeto de la prevencion general, era considerado en los Estados-Unidos como un enemigo público. Se repetia que para abrazar ese culto retrógrado era preciso abdicar su libertad, abdicar su razon; no habia llegado aún el tiempo en que la América debia aprender que la antigua Iglesia jamas ha pedido al hombre el sacrificio de los privilegios inajenables, que forman la esencia misma de su sér y le dan el imperio sobre las demas criaturas. Channing no sabía que el catolicismo podia decir, con uno de sus más ilustres oradores: «Como la razon viene de Dios, debe estar de acuerdo con el testimonio divino, encerrado en la tradicion y en la Escritura, sin lo cual, la luz estaria en contradiccion con la luz, y Dios consigo mismo (1).

---

(1) Lacordaire, 11.ª *Conferencia de Nuestra Señora*, 1836.

Channing, pues, á pesar de las secretas simpatías que personalmente le atraian hácia la Iglesia, se apartó de ella para arrojarse en brazos del libre exámen. «Estoy pronto, decia, á sacrificar por la religion mis bienes, mi honra y mi vida, pero no puedo renunciar á la más alta facultad que Dios ha puesto en mí; eso sería cometer un sacrilegio.»

Sin embargo, esa misma razon, cuyos derechos reivindicaba Channing tan notablemente, le decia, de acuerdo con la experiencia, que la doctrina del libre exámen lógica é infaliblemente debia ir á parar á un fraccionamiento ilimitado. Desde el punto en que se rechaza toda autoridad exterior, y se abandona al sentido individual la interpretacion de la Escritura, es necesario, para ser consecuente consigo mismo, resolverse á ver que la fe sufra modificaciones numerosas é inesperadas, porque debe llegar un momento en que, como lo habia previsto, hace dos siglos, el genio de Bossuet, el protestantismo contára tantas iglesias como cabezas. Channing miró de frente ese resultado, y le aceptó con intrepidez. Puede decirse que la doctrina unitaria es el último esfuerzo de la Reforma para sustraerse á la disolucion que la amenaza. Obligada á reconocer que todas las verdades dogmáticas se la escapan una tras otra, y que no tiene base sólida sobre que asentar ni una sola, la es necesario en el dia, si quiere permanecer consecuente con sus principios, declarar que la fe no es el carácter propio y esencial del cristiano.

«No tenemos establecido ni credo ni símbolo, decia

Channing en 1831 á M. de Gerando. Cada uno piensa á su manera y difiere de los demas; así es que mis escritos más bien os darán mis opiniones personales que los dogmas de una secta.» Así, despues de haber emitido la extraña doctrina de que la fe basta para salvar al hombre, áun cuando no produzca fruto alguno, ni se manifieste exteriormente por buenas obras, el protestantismo, anhelante, cae en el dia en un exceso contrario; las creencias ya no son nada á los ojos del unitarismo. Individuales, variables y diversas, como las ha hecho el libre exámen, ya no tienen ni fuerza ni prestigio; no podrian ser el signo de la Iglesia universal, formada por el Cristo.

Pero ¿cuál será el lazo de tantos y tan diferentes espíritus? Porque, por más que hagamos, la idea de unidad ha sido grabada en el fondo de nuestra alma por una mano demasiado poderosa, para que podamos borrarla de ella. En el corazon del hombre es preciso buscarle, responde el unitarismo; debe ser el amor de Dios y el del prójimo, la caridad celestial, predicada por el Cristo.

Muy bien; esas palabras son bellas, y reconocemos que cierto número de discípulos de la nueva secta, y Channing á su cabeza, las han puesto en práctica noblemente. Pero ¿quién no ve que eso es un sentimiento, no una doctrina; una aspiracion generosa, pero no una religion? El unitarismo se equivoca, ademas, cuando supone que creencias inciertas pueden ejercer sobre las costumbres una accion eficaz; el corazon no ama ó aborrece sino á impulsos de la inteligencia; no

llega á aficionarse ó apasionarse sino cuando el espíritu le ha mostrado la belleza del objeto para el que solicita su afecto; las convicciones son las que hacen nacer la voluntad. El mismo Channing no hubiera desplegado tanto celo y abnegacion en hacer el bien, si no hubiese penetrado su alma una fe profunda.

Aunque el unitarismo fué la consecuencia legítima del libre exámen, suscitó por todas partes en América una viva oposicion; las sectas protestantes se alarmaron al ver caer aquel resto de dogma, que consideraban, no sin razon, como única defensa contra la invasion del racionalismo. No veian que ellas mismas, con sus propias divisiones, le habian minado hasta sus cimientos, y que no se necesitaba la mano de Channing para hacer que se derrumbase completamente. Léjos de querer destruir, el unitarismo se esforzaba en buscar, entre aquellos escombros, los materiales para un edificio religioso duradero. Así fué que, á pesar de los anatemas de los doctores protestantes, habia comenzado á difundirse entre los centros más ilustrados de la Nueva-Inglaterra, cuando la cuestion de la esclavitud, dándole una bandera comun, vino á comunicarle nueva fuerza. En nombre de Dios y de la justicia, Channing defendia á los negros con una elocuencia que agrupó en derredor suyo todos los espíritus generosos. Aquéllos fueron los dias felices del unitarismo. Privado ahora de los jefes que le habian dado la grandeza y la ternura de su alma, saca todavía del medio cristiano que le circuye, la fuerza de permanecer un cuerpo religioso; pero esa sombra de fe, que le

distingue de los sistemas filosóficos, tiende á debilitarse cada vez más. Recluta aliados, funda iglesias, forma pocas asociaciones filantrópicas; no creemos emitir un juicio inexacto y severo diciendo que la vida cristiana se retira de él.

Sin embargo, el protestantismo con sus infinitas variedades, y el unitarismo con sus tendencias racionalistas, no resumen todo el pensamiento religioso americano. El aspecto de la desunion de las iglesias reformadas ha hecho algo más que producir en las almas el disgusto de toda fórmula acordada de creencia, ha llevado un gran número de ellas al catolicismo. Se ha querido conocer esa fe, que, firme y tranquila en medio de las tempestades, ha atravesado diez y ocho siglos, sin dejar en las zarzas y en los abrojos del camino ni el más leve jiron de su vestido doctrinal, y que abarca é inflama á todo el universo en su serena unidad. Mirándola en el terreno práctico, preciso es confesar que posee tambien la caridad divina, de que los unitarios habian hecho la piedra angular de su sistema. Channing habia sido el primero en reconocerlo, aunque, tan alejado por el dogma, no tuvo bastantes elogios para aquella iglesia, cuya fecunda ternura tan digna era su alma de admirar y comprender.

Un movimiento muy marcado se opera en favor del catolicismo; en medio de los horrores de la guerra civil, es el único que ha reunido en un fraternal amor á todos sus hijos, sin distincion de partidos ni de opiniones políticas; hoy dia continúa desempeñando su mision de paz, y su caridad le atrae los corazones, así

como la unidad persistente de su doctrina hiere y penetra las inteligencias.

Cuando se observa la situacion del catolicismo en los Estados-Unidos, y se compara la simpatía que le rodea, con los ataques de que con frecuencia es blanco en aquel lado del Océano, naturalmente ocurren al ánimo estas preguntas: ¿Cuál es la causa de esa diferencia? ¿Tiene la Iglesia en Europa ménos dulzura y mansedumbre? ¿Se halla ménos unida en materia de fe? Si lleva en su frente los mismos signos de grandeza, ¿por qué no obtiene el mismo respeto? Es porque en los Estados-Unidos la Iglesia se halla completamente separada del Estado, y no se la mira como adherida á tal ó á cual sistema político, á tal ó á cual forma de gobierno el doble ejemplo de la Europa y de la América, muestra lo que la religion gana con hallarse entregada á sus propias fuerzas.

Como ha dicho admirablemente Tocqueville, «uniéndose á las diferentes potestades de este mundo, no podria ella contraer más que una alianza onerosa. Cuando se apoya en intereses deleznables llega á ser casi tan frágil como todos los poderes de la tierra. Sola, puede esperar la inmortalidad; enlazada á potestades efímeras, sigue su suerte, y con frecuencia cae con las pasiones de un dia que la sostienen.»

Preciso es confesar, sin embargo, que la libertad completa concedida á toda creencia ha permitido algunas veces que se produzcan en América extraños extravíos. Se han visto las tendencias más contrarias, las sectas más extravagantes, ostentarse á la luz del

dia, al lado de las antiguas formas del culto establecido; pero ese desarreglo del pensamiento, ¿no debe atribuirse á la desorganizacion del protestantismo, que deja tantas conciencias intranquilas, más bien que á la libertad religiosa? El frio de ese escepticismo no ha helado á los americanos.

Tienen sed de ideas divinas, y sienten temblar debajo de sus piés el terreno de la fe; sus mismas alteraciones atestiguan que el sentimiento de lo infinito no se ha extinguido en ellos. Sin embargo, por donde quiera que reina la libertad, el remedio se halla al lado del mal; en cuanto se permite á la verdad combatir los falsos sistemas, los hace rodar por tierra con su fuerza celestial, y las inteligencias vuelven á recobrar, bajo su imperio, la confianza y la calma.

XIII.

Los Mormones.

Entre las innumerables sectas que desde hace algunos años han nacido en el extremo Oeste, los mormones forman la más considerable y la más singular. Muchas relaciones nos han dado ya á conocer ese extraño pueblo, pero casi todas nos le representan como una agrupacion de hombres insensatos, de fanáticos turbulentos y ociosos; sin embargo, han fundado una comunidad floreciente, que cuenta cerca de 200.000 almas; han conquistado el desierto á fuerza de trabajo, creado ciudades y cultivos en lugares que, segun todos los exploradores, estaban condenados á una esterilidad irremediable. Preciso es, pues, que un gérmen vivificador se halle mezclado con las utopias, que en un principio fueron la diversion del público; vamos á buscar el secreto de ese poder en la fuente misma de los mormones, y segun su propio testimonio, juzgarémos á ese pueblo singular.

En la parte oriental de las montañas pedregosas se extiende, al norte de la cadena del Wasatch, una llanura, que, mirada en un hermoso dia de estío,

parece envuelta en olas de púrpura y de oro, merced á los millares de tornasoles de que se halla cubierta, y sobre todo al radiante vapor que los cálidos rayos del sol aspiran en la superficie de un gran número de lagos, pantanos y rios. Hácia el Sud, una cadena de montañas, que los indios llaman Oquirrh, confunde con las nubes sus brumosas cimas; al Oeste se extienden los risueños bosquecillos de la ciudad santa, de la capital de los mormones, la Nueva-Jerusalen; más allá, el Jordan lleva el tributo de sus aguas hácia el lago Salado, cuya inmensa y azulada tabla de agua, llena el fondo de la pradera. La ciudad se asemeja á un vasto parque, en el cual se destacan, por entre innumerables árboles de un verde oscuro, un kiosko, una capilla y un tribunal. Mas allá, sobre una altura, el campo americano despliega sus tiendas blancas y amarillas, porque el gobierno de Washington mira con inquietud los progresos de la secta, y ha enviado al Utah numerosas tropas.

Colocada en medio de aquel sitio admirable, rodeada de campos cultivados y feraces en extremo, la Nueva-Jerusalen debe parecer una verdadera tierra prometida, un paraíso terrenal, al emigrante fanático y pobre, que hasta entónces no ha conocido más que los infectos chiribitiles de Lóndres y de Liverpool.

Si se ha de dar crédito á los mormones, una vision celestial señaló el sitio de la ciudad: cuando su jefe Brigham Young atravesaba las montañas buscando en donde establecer su pueblo, se le apareció en sueños un ángel, le mostró una eminencia de forma cónica,

y le ordenó que construyese allí el templo de la Ley. El profeta descendió hácia el lago Salado, encontró el sitio que le habia descrito el enviado del Señor, y se fijó allí con sus discípulos. La Nueva-Jerusalen se halla situada entre dos mares interiores, el lago Utah y el lago Salado, que el Jordan enlaza entre sí; pero como ese rio no hace más que seguir un valle bañado ya por numerosas corrientes, sirve muy poco para el riego. Brigham Young formó el proyecto de abrir un canal que llevase las aguas del Utah á las vertientes inferiores de la cadena del Wasatch; esa empresa, que es de esperar se realice, si algun obstáculo no se opone al desarrollo del mormonismo, fertilizaria espacios inmensos, estériles en el dia.

La ciudad ocupa una superficie de 1.200 hectáreas, dividida en trescientas manzanas iguales, de las que cada una se divide, á su vez, en ocho secciones. El templo, ó más bien el emplazamiento sobre que debe elevarse (porque en esa ciudad de los santos se han construido todos los demas edificios públicos ántes que la casa de Dios), ocupa el centro de la ciudad; pero no es todavía más que un conjunto de construcciones toscas, precedidas de un *bowery*, soportal cubierto con tablas y ramaje, en donde los fieles que no han podido encontrar sitio en los tabernáculos provisionales, se ponen á cubierto de la lluvia y del sol. A cada lado del templo hay una calle de 40 metros de ancho, que se dirige en línea recta hácia la llanura; vias paralelas á aquéllas corren al Este, al Oeste, al Norte y al Sud, disposicion que sería muy monótona si aquellas

avenidas simétricas no estuviesen adornadas con várias plantas, y regadas por arroyuelos de agua viva. La calle principal, la que va á parar á la proyectada fachada del templo, debia quedar reservada para los profetas mormones; las casas más grandes y espaciosas tienen un aspecto casi religioso, pero el comercio ha invadido las cercanías del lugar santo; tiendas, almacenes y hoteles ó fondas se han ido elevando junto á las moradas de Brigham Young, de Kimball y de Wells, los tres jefes principales de la Nueva-Jerusalen. Los amenos y frescos jardines han sido reemplazados por tiendas; se han derribado los árboles que habia en las orillas de la via, para poder cargar y descargar las mercaderías con más facilidad. En fin, aquella ancha y empolvada calle, todavía sin aceras ni empedrado, presenta los tres estados por los que pasa toda ciudad americana; al lado de casas construidas con *adobes*, es decir, con ladrillos secados al sol, se elevan la casita de simples troncos de árboles, y los edificios de piedra, pertenecientes á los ricos.

En cuanto á lo exterior, la capital del mormonismo se diferencia muy poco de las ciudades del Kansas y del Missuri, como no sea en que allí no se ven tabernas ni casas de juego, y en que no se encuentran personas pendencieras ni embriagadas, porque una policía muy severa impide todo desórden. Pero entremos en esas mansiones de tan buena apariencia, tan frescas con la sombra de los árboles frutales, y tan caprichosamente entapizadas de plantas trepadoras; allí es en donde se oculta el gusano roedor de esa

sociedad extraña. Muchas casitas, semejantes á los chalets suizos, se hallan diseminadas por el jardin.

—¿A quién pertenecen esas lindas casas de campo?

—A las esposas del hermano Kimball, nos contesta un transeunte; cada una de ellas habita un pabellon separado.

—Eso no está de más para impedir disensiones; pero ¿todos los mormones tienen esa prevision?

—Nosotros arreglamos nuestros asuntos domésticos como nos place; mirad allá abajo aquella casa de piedra encarnada, es la morada de Hiram Clawson; en ella se encuentran reunidas sus tres mujeres con una veintena de hijos.

—Y, sin embargo, veo en el centro una casita aislada, rodeada de un bosquecillo de rosales.

—Es cierto; Hiram se ha casado hace poco con la hija menor de nuestro profeta, y ha hecho una excepcion en su favor.

—¡Indudablemente, la hija de un sultan debe gozar privilegios!.....

Así, destruyendo el hogar doméstico, una secta, que no tiene de cristiana más que el nombre, trata de introducir en el seno de una sociedad europea las costumbres de los musulmanes. Sería muy difícil explicar el éxito de semejante doctrina, si no se reflexionase que sus apóstoles se dirigen á hombres ignorantes, groseros y sin creencia alguna. Brigham Young, que fué el primero que introdujo la poligamia entre los mormones, la presentó en un principio, no como un derecho, sino como un dón que Dios hace á sus

elegidos; recibir del cielo, por boca de su enviado, la autorizacion de tomar una nueva esposa, era la recompensa del celo y de la santidad. Tal vez el profeta tenía pensado reservar ese privilegio á los dignatarios de su iglesia; pero, comprendiendo bien pronto cuánto podria contribuir semejante alteracion al acrecentamiento de su secta, generalizó su uso. No puede negarse, en efecto, que la pluralidad de mujeres, ese crímen de lesa civilizacion, es un elemento de fuerza en el principio de una sociedad. Si por un medio cualquiera, un pueblo atrae á su territorio las jóvenes de otras naciones, la posesion de semejante tesoro le da un poder de inmensa extension. El profeta comenzó, pues, á enseñar que todo fiel es libre de contraer matrimonio con las esposas de los gentiles, y para unir el ejemplo al precepto, trajo de los estados del Este una jóven americana que habia robado á su marido.

Sin embargo, las mujeres comprenden que el mormonismo las rebaja y deprime; así es que cierto número de ellas, á pesar de lo mal mirado que es el celibato, prefieren una vida de aislamiento y de trabajo á las riquezas que podrian disfrutar en el harem del profeta. Las casadas han perdido la belleza y la jovialidad de sus hermanas de Europa; pero los *santos* dicen que en cambio han llegado á ser mejores esposas y madres más tiernas; que han ganado en virtudes sólidas y que se han despojado de los atractivos exteriores.

Para un observador imparcial, es seguro que han

cesado de ser lo que el cristianismo las habia hecho, las compañeras, las amigas del hombre; han llegado á ser las esclavas de un amo. Ya no presiden las comidas de la familia; se retiran del salon, que ya no saben animar con su sonrisa, para encerrarse en la cocina ó en el reposte. Cuando algunas veces se presentan, con un niño en brazos, á servir frutas ó dulces, tienen el aspecto frio y comprimido, como si temiesen que la conversacion más insignificante con un extraño la mirasen sus maridos como un abuso culpable.

En el lago Salado la mujer debe mantenerse circunspecta; una jóven no se atreve á hablar á su padre sino llamándole *señor*, y no toma asiento en su presencia si no se le ordena.

Verdad es que, en compensacion de su servidumbre, el código mormon concede á las hermosas entusiastas que le adoptan, la libertad de escoger el esposo con quien compartirán el trono en la vida futura; porque los profetas del lago Salado, para completar su doctrina sensual, han imaginado un paraíso muy parecido al de Mahoma, excepto el que las hijas de la tierra hayan de desempeñar allí el papel de huríes. Toda mujer descontenta de su marido, ó ambiciosa de honores celestiales, puede, á pesar de los lazos que la encadenan acá abajo, comprometerse para el otro mundo con los príncipes del mormonismo. Ni el tiempo ni el lugar son un obstáculo para esos enlaces místicos, que sólo el profeta tiene el derecho de consagrar.

La imaginacion de una creyente se inflama con la

narracion de las acciones heroicas de un santo de la nueva fe, y aspira á llegar á ser su esposa en la eternidad. Brigham Young puede condescender con su deseo, y le suplica con lágrimas la despose con el hombre objeto de su pasion, áun cuando se halle en otro continente, ó haya muerto algunos años ántes. El fundador de la secta, José Smith, es el prometido favorito de las fervorosas mormonas, pero el jefe actual de la Nueva-Jerusalen se reserva, cuando la esposa se halla libre de los lazos terrestres, el dar al profeta difunto un sustituto temporal.

«No hay nada tan extraño, dice un viajero inglés, M. Dixon, como esa pasion de las santas por hombres sepultados hace ya largo tiempo. Una señora de Nueva-York ardia en deseos de estar unida á José Smith. Se trasladó al lago Salado, se arrojó á los piés de Brigham Young, y anegada en llanto le suplicó la uniese al hombre cuya historia habia excitado tan vivamente su admiracion. El jefe del mormonismo se negó al principio. Para celebrar aquel matrimonio era necesario un suplente, y ¿quién podria reemplazar al profeta difunto, sino su sucesor? Sin embargo, el harem de Brigham estaba lleno y una nueva esposa alteraba su arreglo doméstico. Dió á la señora una respuesta evasiva y la despidió. Pero ella no se desanimó; sus súplicas fueron tan apremiantes y su celo tan interesante, que Young concluyó por enternecerse. La unió á José para el cielo, y consintió en desempeñar con ella el oficio de sustituto terrestre, y la admitió en su serrallo.

Sin embargo, las mujeres no se hallan, como en Oriente, condenadas á una reclusion perpétua. Brigham, que sabe cuánta influencia conservan todavía, y cuán necesario es adherirlas á su doctrina, procura hacerlas olvidar en las fiestas lo que las arrebata de dignidad moral. Brillantes reuniones se celebran con frecuencia, y el baile se halla en boga entre los santos del *último dia*, como se titulan los mormones. El profeta, cuyo sistema parece basado en el principio de conciliar la religion con el placer, fomenta igualmente las representaciones escénicas, que, segun él, son un medio poderoso de moralizar al pueblo. Así, miéntras que los cimientos de su templo no se han concluido, la Nueva-Jerusalen posee ya un teatro, que es un modelo de elegancia y de comodidad.

Ese edificio, de estilo dórico, muy sencillo en lo exterior, está sostenido en lo interior por ligeras columnatas, á las cuales da un aspecto aéreo la falta de palcos y plateas. La pintura es blanca, realzada con algunos dorados de muy buen gusto. El parterre ó patio se eleva en anfiteatro desde el sitio de la orquesta, de manera que cada espectador puede ver perfectamente el escenario. Allí se reunen cada noche los obispos y los ancianos del pueblo, rodeados de sus mujeres y de sus hijos. Un sillon colocado en el centro es el sitio destinado para el profeta, que se halla así en medio de sus santos, y junto á él se colocan algunas de sus esposas. Elisa la inspirada, la pálida Enriqueta, Amelia la magnífica; luégo siguen, colocados segun su importancia, los principales dignatarios mormones; Heber Kimball, primer consejero de Young; Daniel Wells, general en jefe; Jorge Smith, apóstol é historiador de la iglesia; Edward Hunter, arzobispo primado; Stenhouse, editor del *Daily Telegraph*, etc. Pero Brigham no se limitó á santificar el teatro con su presencia; para reformarle de una manera eficaz, es necesario, dijo, comenzar por realzar al actor, y con ese objeto hizo que se presentasen en la escena sus propios hijos. Tres de las jóvenes sultanas, Alicia, Emilia y Zina, representan, para edificacion de los fieles, piezas del repertorio europeo; porque la purificacion soñada por Young, no llega hasta tomar, como los cristianos de la Edad Media, las leyendas bíblicas por asuntos de sus dramas.

Uno de los caractéres particulares que distinguen á los mormones, y uno de los que más sorprenden al extranjero, es el insignificante lugar que la religion ocupa en su vida. Miéntras que los protestantes, cercenando como inútiles una multitud de prácticas de piedad, observan la santificacion del domingo con un rigor judaico; miéntras que los musulmanes mismos son llamados á la oracion cinco veces al dia, los santos pretenden hallarse en el fondo del corazon bastante recogidos, bastante íntimamente unidos á Dios, para no necesitar de fórmulas vanas. Los sermones del profeta son inspirados por el espíritu más terrestre y más positivo; buena prueba de ello es el discurso siguiente, que dirigió un dia á una banda de colonos que habia llegado la víspera á la Nueva-Jerusalen:

«Amados hermanos mios en Jesucristo nuestro Se-

ñor: habeis sido escogidos por Dios omnipotente, y enviados á estos lugares para trabajar en la edificacion de su reino. Pero una larga marcha ha extenuado vuestras fuerzas; descansad un dia, dos, ó más si lo necesitais; despues os levantaréis llenos de brios, y buscaréis en dónde ganaros la vida haciéndoos útiles. No os preocupeis más de lo necesario de vuestros deberes religiosos; desempeñais una obra santa, Dios se encargará de lo demas. ¡Que la alegría inunde vuestro corazon!..... Mirad ese hermoso y risueño valle; ha sido fecundizado por vuestros hermanos en la fe. ¡Seguid su ejemplo, y trabajad como ellos!..... Aprendieron á cultivar primero berzas y despues patatas, á construir una casa, á plantar una huerta, á criar animales, en fin á vivir. Vuestro primer deber es imitarlos; el segundo, para los que sois daneses, alemanes ó suizos, es aprender el inglés, la lengua del Señor, la lengua del libro de los mormones, la lengua de los santos. Cumplid esas obligaciones; los demas deberes os serán enseñados en tiempo conveniente.»

Así, pues, en la doctrina de Brigham Young lo único necesario no es engrandecer el corazon y el entendimiento, purificar el alma para hacerse dignos de entrar en comunion con Dios; lo que ante todo es necesario procurar es el bienestar material.

Verdad es que, tomando de la civilizacion cristiana su actividad creadora, los mormones piden la posesion de las riquezas, no con la espada y la violencia, sino por medio del trabajo. Han elegido á la abeja por emblema; sus apóstoles manejan el arado, y sus patriarcas construyen molinos y apacientan los ganados. En una poblacion en donde el trabajo manual se encuentra casi divinizado, los más altos dignatarios se atraen el aprecio público en proporcion á los servicios que prestan al comercio y á la industria. Ese poderoso impulso dado á la accion humana es lo que constituye la fuerza del mormonismo, porque el trabajo posee una virtud regeneradora y profunda; es, sin duda alguna, su expiacion; mas como en el órden providencial la expiacion no debe ser estéril, es al mismo tiempo el esfuerzo redentor que levanta la maldicion lanzada sobre la tierra, y la que pesa sobre el entendimiento; es el único medio que ha quedado al hombre de reconquistar su perdido poderío, y de imitar, aunque bañada la frente de sudor, y desgarradas las manos con los abrojos, la accion apacible y vivificadora de Dios.

Sin embargo, para que dé frutas verdaderamente saludables, es necesario que el trabajo sea inspirado por el deber y la caridad, y no por el deseo de goces; ofreciendo por objeto la riqueza á sus sectarios, los mormones seguramente han aumentado mucho su número, porque la pasion del bienestar es la plaga de las sociedades modernas, pero se han creado un peligro para el porvenir; sobre semejante base no puede construirse ningun edificio verdadero.

Hechas estas reservas, no puede ménos de excitar admiracion la inteligente actividad con que en el espacio de algunos años han transformado un árido desierto en un país fértil y risueño; en el dia ocupan

un territorio mayor que la España; tienen una capital populosa, y merced al inmenso espacio de que disponen y á sus raras cualidades colonizadoras, han sabido dar hasta ahora á todos sus afiliados la abundancia en cambio del trabajo.

Así es que esa secta, cuya doctrina extravagante é inmoral parecia condenar á una muerte pronta, se esparce por América, y hasta por Alemania é Inglaterra, con una facilidad, que hace lanzar un grito de alarma al protestantismo. Hace treinta y seis años el mormonismo contaba seis adeptos; en el dia tiene ciento sesenta mil en los Estados-Unidos, quince mil en la Gran Bretaña, diez mil en el resto de Europa, y veinte mil en Asia y en los mares del Sud. En caso de necesidad podria levantar un ejército de veinte mil hombres, y cada dia acuden á engruesarle nuevas bandas de emigrantes.

El fundador del mormonismo, José Smith, no era, sin embargo, uno de esos talentos superiores, que sondeando con una mirada profunda las tendencias de un pueblo y de un siglo, saben hacerlos instrumentos dóciles de su voluntad. Ignorante, vicioso y pobre, probablemente hubiera visto caer á su doctrina en el desprecio y el olvido que merecia, si el ódio de sus enemigos no le hubiese dado la aureola del martirio. En vano, suponiéndose enviado del cielo, promulgó el Evangelio de la nueva ley, grabado por órden del mismo Dios en unas laminitas de oro. Ese libro precioso, cuyas hojas eran de metal, habia sido, segun decia Smith, redactado bajo la inspiracion del Espíritu

Santo, por un profeta llamado Mormon, que vivia en el siglo v de nuestra Era, pero los hombres de aquel tiempo no eran dignos de gozar los beneficios de la revelacion divina; el sagrado código fué enterrado en una colina del Ontario, hasta que nació el elegido que debia sacarle á luz. Pocos habian sido bastante cándidos para creer semejantes fábulas. Acosado por la bancarrota desde el Ohio al Missuri y luégo al Illinois, en donde habia fundado la colonia de Nauvoo, José luchaba con las persecuciones de sus acreedores, las intrigas de sus propios partidarios y la vindicta pública, cuando, preso en 1843, fué muerto en la cárcel de Cartago por un grupo de hombres enmascarados. Desde entónces olvidóse su truhanería, su codicia, su disolucion y su ignorancia, para no ver en él más que un justo perseguido inicuamente. En vida, encontraba en sus propios vicios un testimonio abrumador contra su doctrina; muerto, llegó á ser el sucesor de Moisés y de Jesucristo.

Un hombre dotado de grande habilidad y de un espíritu eminentemente práctico, Brigham Young, recogió la herencia de José Smith. Su primer acto de autoridad fué el trasladar á otra parte la sede de la secta, porque el mormonismo se habia envilecido demasiado en el Illinois, para hacer allí muchos prosélitos. Los santos debian dejar un país en donde no habian encontrado más que opresion; como el pueblo judaico, debian salir del moderno Egipto, para marchar á la conquista de una nueva tierra de Canaan.

Más allá de las praderas occidentales, más allá de

las Montañas Pedregosas, se encontraba un desierto, cuya posesion no habia reclamado todavía ningun hombre blanco. Un mar muerto, no ménos desolado que el de la Palestina, el gran lago Salado, se extendia en medio de las llanuras solitarias; los manantiales que alimentaban aquella inmensa sabana de agua eran, segun se decia, amargos é infectos, y la única vegetacion que, como á su pesar, crecia en sus orillas no podia servir de alimento al hombre; Young recogió, sin duda, informes más exactos y ménos desalentadores, porque declaró sin vacilar á sus discípulos que una revelacion divina le habia mandado conducirlos á aquel país, en donde la abundancia bendeciria sus esfuerzos.

Llenas de un religioso entusiasmo, todas las familias de Nauvoo hicieron apresuradamente sus preparativos de marcha; 500 leguas las separaban de la árida tierra prometida; era á principios de invierno, los dias eran cortos y la tierra estaba cubierta de nieve; el hambre, la sed y las enfermedades las aguardaban en su viaje, despues del cual los mormones tendrian que sostener una nueva lucha con la naturaleza para conquistar una morada; pero la elasticidad del carácter americano tiene recursos para todas las situaciones; los hombres del extremo Oeste pueden ser alternativamente carpinteros, panaderos y labradores; un zapatero construirá un puente, un predicador desmontará un bosque y un legista cocerá el pan. Brigham conocia perfectamente cuantos padecimientos tenian que arrostrar sus adictos; pero sabia tambien de lo que son capaces los fanáticos, dotados de una voluntad perseverante; cuando los emigrantes llegaron á las montañas, ya habian abierto á orillas del camino más de una huesa; mas, sin embargo, no experimentaron ni desaliento ni inquietud al ver las cadenas escarpadas de las montañas, ni las estrechas gargantas casi obstruidas por la nieve; los hombres jóvenes y vigorosos marchaban á vanguardia, ahuyentando las fieras, matando las serpientes á pedradas y abriendo paso á las mujeres y á los ancianos.

Un dia tras otro, y una semana en pos de otra, fueron avanzando penosamente por aquellas escabrosas sierras; las provisiones se iban agotando, la caza se iba haciendo cada vez más rara, y al fin de tan ruda peregrinacion no podian esperar más que la aridez del desierto; Brigham Young sostenia su valor con la narracion de las revelaciones que pretendia haber recibido de Dios; á pesar del frio y del hambre, á pesar del desolado aspecto que presentaban aquellas soledades durante el invierno, los ojos de los mormones estaban radiantes de entusiasmo, y las trompetas resonaban alegremente cuando bajaron las pendientes que conducian á su herencia.

El profeta puso inmediatamente manos á la obra; exploró los desfiladeros, trazó el plano de la ciudad, descubrió manantiales de agua viva y pastos fértiles en medio de aquellas llanuras, que se creian condenadas á una irremediable esterilidad; el pueblo miró como un milagro aquellos descubrimientos, y comen-

zó á tener en Brigham Young esa fe ciega, que hace al jefe de los mormones el potentado mejor obedecido de la tierra. Bien pronto fueron sembrados los campos, se explotaron las salinas, se colocaron aserraderos, los rebaños comenzaron á pastar en las colinas, y la Nueva-Jerusalen, *Salt Lake City*, fué formándose rápidamente. Los Pieles-Rojas, en un principio hostiles, fueron atraidos con liberalidades y buenos tratamientos. «Nos es más económico y conveniente, dijo Young, dar de comer á los indios que combatirlos.» Én el dia, en sólo el transcurso de veinte años, la colonia ha llegado á ser rica y poderosa; sus comerciantes tienen sucursales en Nueva-York y en Lóndres, y en 1867 enviaron un representante á la Exposicion Universal de París.

¿De dónde ha venido á los mormones ese acrecentamiento rápido, que amenaza producir algun dia sérios embarazos á la Union americana? Ya hemos visto que el amor al trabajo, llevado hasta la pasion, es uno de los primeros elementos de su fuerza; el segundo le constituye su activa y ambiciosa propaganda.

Los santos tienen escuelas y capillas, libros y periódicos en Lóndres, en Liverpool, Glasgow, Copenhague y en muchas ciudades de Alemania; todos los años un gran número de apóstoles dejan el lago Salado para convertir las naciones; la manera como son elegidos y enviados al traves del mundo prueba la inmensa autoridad que ejerce el profeta; paseando un dia con lentitud por Main-Street, vió á un jóven labrador que guiaba una carreta y que ademas condu-

cia una manada de bueyes; le llamó y le dijo que el Señor le habia escogido para esparcir su palabra, y le mandó que partiese inmediatamente. La duracion de la mision puede variar de uno á diez años, y el sitio, Liverpool, Damasco, Dehli ó Pekin. El jóven no opuso la menor objecion; se despidió de sus amigos, estrechó en sus brazos á sus mujeres y á sus hijos, y despues emprendió la marcha sin dinero y sin provisiones de ninguna especie, para cumplir la órden que habia recibido. No hay en Oriente esclavo alguno que obedezca á su amo con una sumision más pronta y más completa; el nuevo misionero proveia á su subsistencia poniéndose al servicio de cualquier convoy de mercaderes que llevase la direccion de su destino; si tenía que ir á Europa, permanecia en Nueva-York hasta que con su trabajo ganase lo suficiente para pagar su pasaje, y con mucha más frecuencia se enganchaba como marinero en algun buque, para predicar á la tripulacion la doctrina de los mormones.

En cuanto llega á Inglaterra, se hospeda en casa de cualquier santo del país, ó si no encuentra ese recurso, entra como obrero en alguna manufactura; allí despierta entre sus compañeros el disgusto de su estado presente, les hace desear una condicion mejor, y les promete, no sólo la salvacion para el mundo venidero (aunque muchos quizá no piensan en él), sino tambien bienes terrenales en éste. El artesano tendrá fábricas y el labrador granjas; el mormonismo debe encontrar fácil acceso entre los descontentos y los desheredados, porque el cielo que les anuncia no

es para despues de la tumba; las riquezas, dicen sus misioneros, son la herencia legítima de los santos; la pobreza no es un estado bendito, que permite al hombre acumular tesoros de gracia y de misericordia; los poderosos de la tierra han inventado ese sofisma para mantener al pueblo en el abatimiento; pero Dios llama á todos los suyos á la fortuna y á los goces.

En fin, los mormones explotan con rara habilidad la tendencia á la emigracion que se ha generalizado entre las clases inferiores en Inglaterra y Alemania; muchas familias pobres quisieran dejar el país, en donde viven miserables, para trasladarse á la tierra de América, en donde la propiedad es tan fácil de adquirir; pero las arredra lo desconocido. ¿Cómo unos labradores que jamas han salido de su aldea se atreverian á ir, sin amigos y sin protectores, á buscar fortuna en una region lejana? El mormonismo convierte en provecho suyo esa dificultad; todo lo allana para los neófitos; durante el camino los escoltan hombres que no son extraños para ellos; saben que á su llegada al Utah encontrarán amigos preparados para recibirlos, moradas y trabajo; á la secta que recurra á medios tan eficaces jamas la faltarán prosélitos.

La propaganda despliega una habilidad particular para convertir á las mujeres; á la pobre obrera, que se va marchitando en una fábrica de hilados, y cuyo sentido moral se debilita en aquel local malsano, el misionero mormon la encomia los encantos de un país en donde todas las jóvenes están llamadas á ser las esposas de los profetas, y en donde, exentas de

trabajos duros, reservados exclusivamente á los hombres, las madres de familia no tienen más atenciones ni cuidados que el criar en paz á sus hijos, y mantener el órden en una casa rica y con todo género de comodidades.

Terminada su mision, el apóstol vuelve al lago Salado, seguido de una banda numerosa de discípulos; así es como, bajo la inspiracion de Young, el mormonismo adquiere cada año nueva extension; el profeta no tiene la profundidad de miras que funda las instituciones duraderas, pero sabe hacer que sirvan á sus fines las grandes pasiones de las sociedades modernas, el amor al oro y al placer; con el auxilio de esas palancas poderosas ha realizado una obra que parecia imposible; ha fundado, en medio de un pueblo libre, el poder más despótico que ha existido jamas; en un país que rechaza las religiones de Estado, ha colocado su iglesia por encima de las leyes humanas; ha hecho revivir en el siglo XIX las formas sociales que existian en Siria dos mil años ántes del nacimiento de Jesucristo. Hollando con sus plantas la ciencia y las lecciones de la historia, los mormones rechazan lo que la raza blanca acostumbra á mirar como las conquistas más preciosas del tiempo y del pensamiento, la libertad individual, la vida de familia, la forma representativa de gobierno, los derechos de la prensa y de la tribuna, y la igualdad ante la ley; repudian esos bienes, á tanta costa comprados, para someterse ciegamente á un hombre sin educacion y sin nacimiento. «El profeta que ha creado nuestra iglesia,

dicen, es dueño de disponer de ella como más le plazca; contradecirle ó resistirle es el medio más seguro para ir al infierno. »

Aunque los santos de los últimos dias bautizan á sus adeptos en nombre de Jesus, y pretenden sacar todos sus dogmas de la Biblia, no se les puede dar el título de cristianos; una mezquita mahometana ofrece más puntos de semejanza con nuestras iglesias que su templo, porque los musulmanes han destruido los ídolos, y el mormonismo los restablece.

Dios cesa de ser criador supremo del universo; ya no es más que el presidente del reino celestial, una especie del antiguo Júpiter, formado de carne y hueso como los mortales, sobre los que no tiene derecho alguno, y de los cuales no es ni señor ni padre, pues que no les ha dado la vida; despues de emancipar de ese modo á los hombres, y despues de decirles (cosa muy agradable al orgullo) que no son seres creados, que dependen necesariamente del que los ha hecho, el mormonismo completa su obra elevándoles al nivel de Dios; participantes de la naturaleza divina, sin principio y sin fin, son llamados á sentarse un dia en los tronos celestiales.

Si los mormones han tomado del mahometismo sus costumbres corrompidas y su gobierno despótico, se ve que difieren mucho de ellos en cuanto al punto de vista de las doctrinas religiosas; y como las creencias son el alma que forma las sociedades á su imágen, una divergencia no ménos completa separa á los san- del Utah de los pueblos musulmanes. El Coran des-

precia y envilece al hombre; desde el seno de su grandeza egoista y solitaria, Allah no deja caer sobre su criatura ningun rayo de libertad, de mérito ó de amor; la humanidad no es más que un instrumento vil, un rebaño de esclavos; esa doctrina ha engendrado el fatalismo y convertido al Oriente en un cadáver; el libro de los mormones, por el contrario, enaltece al hombre hasta el delirio, sobreexcita desmedidamente su actividad; y miéntras las sociedades mahometanas, cuya regla es la inmovilidad, han podido conservar por largo tiempo una apariencia de vida, la secta de Brigham Young probablemente se halla destinada á perecer entre las convulsiones y las tempestades.

El rango asignado á los diferentes seres no trastorna ménos las ideas cristianas, porque los santos relegan á los ángeles al último grado de la jerarquía intelectual; en la cúspide de la escala celestial colocan á los dioses inmortales, seres compuestos de un cuerpo y de una alma, que han llegado á su última perfeccion; ése es el estado á que deben llegar los mormones, que sobre la tierra se han arreglado exactamente á la ley; despues de ellos vienen los hombres, los espíritus, existentes de toda eternidad, que aguardan todavía su tabernáculo de carne; y por último, los ángeles, seres imperfectos, incapaces de elevarse al rango de los dioses; han sido sucesivamente espíritus en el espacio, hombres sobre la tierra, pero como no han cumplido la ley de vida, han sido detenidos en su ascension hácia un estado más perfecto; su

falta es la de no haber vivido la vida patriarcal, el no haberse casado con muchas mujeres como Abraham y Jacob, David y Salomon; así los ángeles son las almas de los célibes y de los monógamos, de los que se han cerrado el porvenir, rehusando los goces del harem, y que, por lo tanto, se han hecho incapaces de reinar en las esferas celestiales.

Los fundadores del mormonismo, impregnados todavía del espíritu de difusion de las razas cristianas, llaman á sí á todos los pueblos de la tierra; pero, más ambiciosos de formar un imperio que de esparcir por las cuatro partes del horizonte las semillas de una doctrina cuya debilidad quizá conocen ellos mismos, atraen á los nuevos convertidos al lago Salado, precaucion que tiene la ventaja de poner su fe al abrigo de toda tentacion y de aumentar rápidamente el número de los súbditos de Brigham Young; y luégo, como el error es acomodaticio, la nueva iglesia abre su seno, no sólo á todas las naciones, sino tambien á todas las creencias; para llegar á ser mormon no es necesario que el pagano rompa sus ídolos, que el habitante de la India renuncie á Brahma y el musulman á Mahoma; la religion inaugurada por Smith y Young es, segun ellos mismos dicen en voz alta, una religion de conciliacion; convertirse á sus dogmas no es renegar de su fe, es añadir á ella nuevas verdades; esa tolerancia, en la que creen adquirir fuerza, nos parece, por el contrario, una causa de disolucion; la simpatía por todas las doctrinas no adhiere á ninguna; conduce á la más completa indiferencia en mate-

ria de fe, y la indiferencia jamas creará nada, porque es la negacion, la nada, miéntras que una fe viva puede, áun cuando se extravíe y caiga en el error, producir cosas grandes; ademas la verdadera tolerancia no consiste en ver de un mismo modo todas las doctrinas, sino en templar con una caridad inmensa hácia las personas, la lucha de las ideas; la divergencia de opiniones no debe ser obstáculo, para los hijos de un mismo padre, de que se den el ósculo de paz.

Verdad es que si los santos del Salado tienen un símbolo indeciso y fluctuante, suplen al entusiasmo religioso, por la confianza ilimitada que tienen en su jefe. Miran á Brigham Young como el órgano de la voluntad celestial. Dios gobierna á su pueblo con las revelaciones incesantes que hace á sus profetas, y le guia, no tan sólo en las circunstancias solemnes, sino hasta en los menores detalles de la vida doméstica y rural; porque esos hombres, que se suponen iguales á la Divinidad, se ven compelidos, por la voz de la conciencia, á reconocer su propia debilidad, y no se atreverian á emprender cosa alguna, á plantar un árbol, á construir una casa, sin consultar al elegido de Dios.

¿Cuánto tiempo conservarán en sus manos los jefes mormones el inmenso poder derivado de semejante organizacion teocrática? Brigham Young despliega indudablemente grande habilidad; comparte tan bien entre el trabajo y el placer la vida de sus discípulos, que no les queda tiempo para la reflexion. Miéntras tenga tierras que dar y riquezas que prometer no le

faltarán secuaces; mas cuando por efecto del desarrollo natural de las sociedades, se acentúen más las diferencias de fortuna y de posicion, ¿cómo podrá satisfacer en todos la sed de goces, que proclama legítima y santa? En el dia los mormones están deslumbrados con sus triunfos, por las ventajas que han obtenido sobre el desierto; cuando esa fiebre desaparezca, verán el vacío de su fe y la degradacion de sus costumbres.

Ya el dogma de la poligamia ha suscitado entre ellos disputas acaloradas y un cisma violento. La mujer y los hijos del fundador de la secta niegan abiertamente que José Smith profesase jamas semejante doctrina. Se han separado de los santos del Utah, y han regresado á su mansion de Nauvoo, adonde cada dia van reuniéndose nuevos disidentes. En vano Brigham afirma que él mismo unió á José á una veintena de mujeres; en vano ha reunido en su harem muchas de las supuestas esposas del primer profeta; sus palabras encuentran, hasta entre los mismos mormones, muchos incrédulos. Sus adversarios alegan victoriosamente contra él que no ha podido presentar ningun testigo, ningun hijo procedente de aquellos matrimonios secretos.

Es probable que Smith no hubiese tenido el pensamiento de establecer la poligamia, ó por lo ménos que no se sintiera con fuerza para chocar de una manera tan violenta con las costumbres de nuestra civilizacion; pero cuando Brigham Young hubo trasportado los restos del mormonismo á un desierto, en donde no

tenía que temer ninguna ley humana, dió rienda suelta á sus pasiones, con tanta más libertad, cuanto que veia en la pluralidad de las mujeres un medio rápido de acrecentamiento para su naciente secta.

Habia creido, reclutando sus prosélitos entre las gentes ignorantes, pobres y codiciosas, entre el populacho, que es la escoria de las naciones, no tener que contar con los principios y con las tradiciones del antiguo mundo. Pero se engañaba. Un pueblo no puede alimentarse por espacio de algunos siglos con el brebaje fortificante de la verdad, sin haber retenido en sus venas gérmenes de vida que obren como reactivo contra la ponzoña del error.

En resúmen, el mormonismo no es una de esas utopias que no merecen más que la sonrisa del desprecio; saca su fuerza de todos los malos instintos de nuestro siglo, del que, por decirlo así, es la encarnacion; ademas ha encontrado circunstancias en extremo favorables para su desarrollo: una tierra vírgen de habitantes le suministra un vasto campo de experiencia, y la raza á que debe la mayoría de sus prosélitos reune todas las cualidades de energía y de perseverancia que contribuyen al buen éxito de las empresas. El buen juicio de los americanos, el recuerdo medio borrado de la vida de familia y un vago sentimiento religioso son los únicos que luchan contra esos elementos de triunfo; pero tenemos confianza en que el bien concluirá por alcanzar la victoria; un pueblo cristiano no puede permanecer en tan profundo abismo de degradacion intelectual y moral.

XIV.

LOS SHAKERS Y LOS SPIRITISTAS.

El mormonismo es la más esparcida de las aberraciones religiosas, á que ha dado lugar en América la libertad sin freno del pensamiento; pero otras sectas, aunque ménos numerosas, merecen tambien fijar nuestra atencion. Sobre una colina situada no léjos de los pintorescos manantiales del Hudson se eleva un grupo de habitaciones de aspecto agreste, pero risueño, á pesar de su sencillez un poco puritana. Aquella colina es el monte Líbano, y la aldea ó lugarcillo, la residencia principal de los *Shakers* (tembladores), como los llama el pueblo, ó de los *creyentes en el segundo advenimiento de Cristo*, como se denominan ellos mismos.

Hombres y mujeres son igualmente admitidos en ese claustro americano; comen en una mesa comun y habitan bajo el mismo techo; pero ninguna otra union que la de las almas puede existir entre ellos. Inspirados por la misma Biblia que los mormones, han sacado de ella conclusiones diametralmente opuestas; dejando á su espalda el monaquismo católico, en-

señan que el celibato es el único estado agradable á Dios, y es un espectáculo singular el ver semejante fruto en el árbol del protestantismo. Tan cierto es que para algunas almas contemplativas, separarse del mundo es una necesidad imperiosa; tan cierto es tambien que el espíritu del hombre, cuando no se halla prudentemente contenido por leyes que repriman sus extravíos, dando satisfaccion á sus tendencias legítimas, llega á traspasar toda medida.

Segun la doctrina de los shakers, la mayor parte de los hombres son ciegos y sordos. No comprenden nada de las grandes mudanzas que se han efectuado en la tierra, y sólo algunos, aunque muy raros, elegidos, responden á la vocacion divina. Ellos olvidan las rivalidades y las pasiones del mundo para comenzar una nueva vida, una vida del alma en que el matrimonio se halla suprimido y en que la paternidad es inútil y sin objeto, como seres inmortales, que no tienen necesidad de perpetuarse por sus descendientes. Segun los nuevos creyentes, dos grandes leyes dominan la humanidad: la *ley de la generacion*, que es la de los hijos de la muerte, y la *ley de la regeneracion*, que siguen los hijos de la luz y de la vida.

Como los pitagóricos, los *shakers* tienen en grande aprecio el silencio. Ninguna conversacion ameniza sus comidas; se reunen á són de campana, y se dirigen en fila al refectorio; los hombres se colocan en una de las extremidades, y las mujeres en la otra; despues todos se arrodillan para dirigir á Dios una corta oracion mental. Sus alimentos, bien condimen-

tados y de buena calidad, son muy sencillos; se componen casi exclusivamente de leche, frutas, legumbres y huevos. Si durante la comida alguno de los hermanos necesita de la asistencia de su vecino, murmura por lo bajo su peticion, y recibido el servicio, no da las gracias. Veinte minutos bastan para aquella frugal colacion, despues de la cual cada uno vuelve al trabajo. Las mujeres corren con la cocina, arreglan la ropa, conservan las frutas, destilan esencias, y hacen abanicos y otros objetos; cosen, cantan, enseñan á los niños, y sus escuelas pasan por las mejores de las del estado de Nueva-Yorck. Los hombres se dedican al cultivo de plantas y de flores.

El shaker tiene grande cariño á la naturaleza; la mira con los ojos de un amante, y se considera como unido al suelo por lazos celestiales: las pasiones que reinan en el corazon humano se concentran, para él, en el amor que profesa á sus vergeles y á sus campos. Maldecida la tierra por el pecado, recobrará, dice, su primitivo esplendor por los esfuerzos de la virtud. El hombre es el que imprime su carácter al paisaje; la planta que cultiva se modela sobre él, y si quiere crear una finca llena de gracia y de hermosura, debe comenzar por purificar su alma, un árbol tiene sus necesidades y sus deseos; es preciso estudiarlos con la solicitud de un preceptor para con el niño confiado á su cuidado: si se ama á la planta, y se observan con esmero sus preferencias, recompensará generosamente á su bienhechor.» Ignoro, decia el jefe de aquella colonia de ascetas, hermano Federico, si un árbol reconoce al que le cultiva, pero de lo que estoy seguro es, de que siente el bienestar y el dolor tanto, casi, como una criatura humana. Cuando plantamos ese vergel, comenzamos por elegir las mejores estacas, y despues preparamos una morada para cada una de ellas; es decir, la hemos abierto un hoyo profundo, en el cual hemos colocado tubos para la conduccion del agua. Concluido ese trabajo, le hemos vuelto á cubrir con una capa de estiércol y de tierra vegetal, y por último, hemos colocado el arbolito en el hoyo, y le hemos preservado de los golpes que pudiera recibir con una especie de jaula metálica, que, sin que impida su desarrollo, contribuya á protegerle. Tal vez parezca demasiado trabajoso y prolijo nuestro método, pero apreciamos mucho nuestro jardin.

Esa secta dulce é inofensiva, ésos hombres que no toman parte alguna en la política ni en las dicusiones de la América, que no açuden á la votacion de presidente ni celebran ningun meeting, y para quienes los derechos de la tribuna y de la prensa son un sueño vano, ejercen, sin embargo, grande influencia en los Estados-Unidos. Instruyen á la juventud, predican con su ejemplo el espíritu de sacrificio, y su institucion sería verdaderamente saludable si su misticismo no se extraviase en necias ilusiones.

Pretenden vivir en compañía de los ángeles, y tener más comunicacion con los muertos que con los vivos. Sentados en sus celdas, ocupados en sus trabajos, ven en derredor suyo una multitud de espíritus, oyen voces, y su mirada vagarosa, dirigida hácia el

espacio, y la expresion extraña de su rostro, denotarian la falta completa de juicio, si al mismo tiempo no se les viese dar muestras de una razon sana y despejada, muy rara en los actos ordinarios de la vida.

Aunque la secta de los shakers es todavía muy poco conocida, su fundacion se remonta á un centenar de años. A fines del siglo último vivia en Bolton Moors, triste poblacion del Lancashire, una obrera llamada Jane, mujer de un sastre, que llegó á ser su primer adepto. Impresionada por los vicios y las miserias de que se hallaba rodeada, se creyó llamada á regenerar el mundo; recorria las calles y las plazas, predicando á cuantos querian escucharla que el reinado del Cristo iba á comenzar, y que, en su segundo advenimiento, tomaria la forma de una mujer; Jane jamas pretendió que ella misma fuese el Mesías, pero obraba como si la hubieran sido confiados todos los poderes del cielo y de la tierra; sus partidarios decian que estaba llena del espíritu de Dios, y recibian sus palabras como decretos del cielo.

Sin embargo, su reinado fué muy corto. Una jóven, Ana Lee, cuyo padre era un pobre herrero de Manchester, habia sido de las primeras que siguieron á la profetisa. No sabía leer ni escribir; su juventud se habia ajado con el contacto de las gentes más viciosas; desde su nacimiento habia padecido ataques de histerismo; por último, era violenta, tenía ambicion de figurar y hacerse notable, y se hallaba devorada por el deseo de dominacion. Pero se expresaba con vehemencia y su palabra era capaz de impresionar al populacho. Como la mayor parte de las jóvenes de su país y de su condicion, se habia casado ántes de los diez y seis años de su edad, con un herrero llamado Stanley, con el cual habia tenido cuatro hijos. La miseria y el hambre concluyeron con aquellas criaturas en la misma cuna, y las duras pruebas por que habia pasado inspiraron á la jóven madre una viva repugnancia á los deberes impuestos á las mujeres en la vida conyugal. Se unió á la secta de Jane, se presentó en las calles, y ya habia reunido en derredor suyo una multitud de discípulos, cuando la policía se alarmó por sus ventajas, y para poner término á ellas la encerró en la cárcel del condado.

La reclusion y los padecimientos exaltaron su enfermo cerebro, y cuando recobró la libertad, proclamó por todas partes que habia recibido la luz celestial, y que el Verbo divino, encarnándose por segunda vez, la habia elegido para su tabernáculo. Predicó su doctrina en Manchester y en Bolton, pero sus palabras fueron acogidas con muestras de desaprobacion por la multitud; irritada con la oposicion que encontraba, resolvió buscar en América corazones más dóciles; los espíritus, cuya voz oia, la habian dado á conocer que aquel país, tierra clásica de los hombres libres, sería la silla de la iglesia futura. Sacudió el polvo que su calzado habia recogido en el antiguo mundo, y partió con siete ú ocho fieles que quisieron participar de su suerte.

Los progresos de la pequeña colonia fueron lentos y penosos. Blanco de la mala voluntad de las pobla-

ciones, la madre Ana, cuando la guerra de la Independencia, fué encerrada en los calabozos de Nueva-York. Pero ¿qué habian de hacer con una mujer que se titulaba el Cristo? El tribunal la declaró demente y mandó que la volviesen á conducir á Inglaterra, pero las hostilidades no permitieron que se ejecutoriase aquel fallo. Ana permaneció en los Estados-Unidos, en donde la sentencia dictada contra ella habia comenzado á difundir su nombre; recorrió el país, predicando que el reino de los cielos quedaba establecido sobre la tierra; que Dios gobernaria á su pueblo, no por medio de leyes escritas, sino directamente y por la persona de su Verbo; y que la religion antigua quedaba abolida, y borrado el pecado de Adan.

Las conclusiones más extrañas se derivaban de esos dogmas primordiales; el mandamiento de crecer y multiplicar, la bendicion divina derramada sobre la primera pareja humana, llegaban á ser inútiles y quedaban sin objeto; el matrimonio era desterrado de la nueva iglesia, y la tierra, purificada, se transformaba en un paraíso, en donde los ángeles y los espíritus del mundo invisible conversaban familiarmente con los elegidos.

Esas locuras encontraron eco en las almas débiles é ilusas; fundáronse nuevas colonias, y la madre Ana habia logrado reunir muchos centenares de creyentes, cuando, conociendo que se aproximaba su fin, eligió, para que despues de ella dirigiese el reino de Dios, á José Meacham y Lucy Wright, sus dos partidarios más decididos.

Su muerte, ocurrida en 1784, puso á prueba la fe de sus discípulos, porque, en su segundo advenimiento, el Mesías no debia pasar por las tinieblas del sepulcro. Los jefes que habia dejado la profetisa se colocaron á la altura de la dificultad. Afirmaron atrevidamente que Ana no habia muerto; la esposa del Cordero habia dejado únicamente su vestidura de carne para engalanarse con el traje nupcial. Su sér, transfigurado, habia llegado á hacerse invisible á los profanos por el mismo exceso de luz que le circundaba; pero ellos, sus hijos, no habian cesado de verla y de oirla. Conversaban con ella, y el mismo favor estaba reservado á aquellos á quienes la fe hubiese aguzado los sentidos. En cuanto al cuerpo de Ana Stanley, en vez de llevarle á un terreno consagrado, le colocaron, para que desapareciese con prontitud, en un campo que iba á surcar el arado.

Los shakers no creen en la resurreccion de la carne. Segun su conviccion, sólo el camino de la gracia es el que nos llama de la muerte á la vida; cuando ellos se convierten, comienzan, sin metáfora alguna, una existencia nueva, que no puede tener fin; la muerte no existe para ellos; lo que, segun las ideas comunes, rompe todos los lazos de este mundo, hace para ellos más dulces y más íntimas las relaciones que tienen con sus hermanos. Continúan poblando la tierra, pero sus sentidos, depurados, libres de la cubierta de barro, cuyo peso les abrumaba, perciben de una manera perfecta las maravillas y las bellezas de nuestro globo, que llega á ser su paraíso. Porque los shakers han en-

trado ya en esa segunda fase, en esa resurreccion de los elegidos, son capaces de comunicar con el mundo de los espíritus, se glorian de haber sido los primeros que en América han penetrado los misterios de lo invisible y de lo sobrenatural, y los que impelen las almas hácia el espiritismo. En sus reuniones, el orador, ántes de dirigirse á su auditorio carnal, habla á los muertos que ocupan el salon, y que para aquellos visionarios son tan aparentes como en los dias de su vida terrestre.

«Tengo con los espíritus, dice el hermano Federico, conversaciones más familiares y más suaves que con los hombres. Esa habitacion, que al parecer, se halla vacía, está para mí poblada de ángeles y de serafines; en ella habita la madre Ana; todos nuestros hermanos que han desaparecido se encuentran con ella.»

En efecto, en cuanto el jefe de los shakers permanece un instante silencioso, es fácil ver en la animacion de su semblante un rapto ó extásis que se pinta en su mirada, y en el que se cree en presencia de seres grandes y reverenciados. Los que nosotros llamamos muertos están con él, y por esas alucinaciones de un espíritu enfermo, los sectarios del monte Líbano se imaginan haber pasado á la otra vida sin entrar en la tumba.

Durante muchos años, los shakers habian permanecido en el mundo, pero considerándose como si hubiesen entrado en una existencia superior, permanecian extraños á los negocios y á las contiendas terrestres. José y Lucy los reunieron en comunidad y les

dieron una regla uniforme; á medida que se aumentaba el número de los neófitos, se fundaban nuevos establecimientos; en el dia se cuentan diez y ocho, repartidos en los estados del Norte. Sin embargo, los shakers no hacen propaganda como los mormones; no prometen á sus adeptos más que una vida de abnegacion y de pobreza; ¿qué fuerza impele, pues, al rico negociante de Nueva-York á dejar su suntuosa habitacion por una estrecha celda, y al ambicioso habitante de Kentucky á renunciar á los honores para abrazar las fatigas y las privaciones?..... «En los tiempos ordinarios, dice el hermano Federico, las conversiones son muy raras; nosotros no tenemos que hacer más que aguardar la hora en que Dios toque á las almas. En la época de los *cyclos espirituales* es cuando principalmente son llamados los elegidos.»

Tocamos aquí en uno de los caractéres más singulares de la sociedad americana, tan fecunda en contrastes. Si recorreis las calles de una populosa ciudad, veréis que por todas partes reina una actividad febril; los buques entran y salen en el puerto, una multitud afanosa obstruye los muelles y los malecones, los caminos de hierro no tienen suficiente velocidad para conducir á aquellos hombres, que parece quieren devorar el tiempo y el espacio, y la industria no tiene máquinas bastante poderosas para ejecutar sus vastos proyectos. Los mirais y decis: su único afan, su constante anhelo es dominar la materia, crear estados y acumular tesoros.

Al dia siguiente, aquella multitud, embriagada con

su poderío, presenta un espectáculo muy diferente. Los fuertes se prosternan, los orgullosos inclinan su cerviz, y una *virada*, por decirlo así, ha producido un cambio religioso.

El hombre, en efecto, procura en vano distraerse hasta el atolondramiento en el vértigo de una actividad sin tregua ni medida: en vano coloca sobre su frente esa corona que le hace rey de la tierra: llega un dia en que se apercibe de que las riquezas acumuladas á costa de tantos esfuerzos, no son más que polvo; su alma fatigada se aparta de ellas con displicencia. Asustado de la nada de sus conquistas, busca en derredor suyo con qué llenar el vacío de su corazon, y el sentimiento religioso estalla con tanta mayor violencia, cuanto ha sido más rechazado. Esas trasformaciones americanas se asemejan á explosiones de desesperacion. El encantamiento tiene sed de Dios, sed de luz y de vida, no encuentra más que la nada y las tinieblas; poseida de terror, sigue todas las luces engañosas que se la presentan en la oscuridad, y presta atencion á cuantos profetas le predicen la salvacion.

Cada crísis religiosa está marcada por el nacimiento de nuevas sectas y por el acrecentamiento de las que ya existian, y muchas almas, cansadas de frios raciocinios y de una libertad sin freno, se inclinan con preferencia á las doctrinas más extrañas y á las formas más despóticas. Oradores fanatizados arrastran en pos de ellos á la multitud á lo profundo de los bosques; su palabra es fácil y vehemente, dilátase la pupila de sus ojos, y en sus discursos salvajes, prorumpen en gritos y en gestos convulsivos; creeríase que se hallan en el acceso del delirio; pero miéntras el filósofo se encoge de hombros y el magistrado frunce el entrecejo, los mineros, los carniceros, los braceros y hasta los labradores, se detienen llenos de admiracion á escuchar al fervoroso predicador.

«Un campamento religioso en las soledades del Ohio ó de la Indiana, presenta, dice M. Hepworth Dixon (1), un espectáculo del más tierno interes. En una hermosa tarde de otoño asistí á uno de esos espectáculos; millares de florecillas amarillas y de musgos rojizos entapizaban el césped; las hojas de las encinas y de los plátanos habian tomado el matiz amarillento del otoño, y los nogales parecian árboles dorados. En medio de las raíces y de los nudosos troncos que yacian esparcidos por el bosque, en medio del zumbido de los insectos y del gorjeo de los pájaros, se elevaban una multitud de tiendas de extravagante aspecto, pero que no causaban extrañeza, porque el campo de los *revivalists* no tiene nada de comun con el de una tribu india ó árabe; recuerda más bien las ferias inglesas ó las fiestas de Irlanda. Los carros y demas vehículos están reunidos en un sitio algo separado, y los caballos y demas animales de tiro pastan en libertad á corta distancia. En una docena de barracas, bastante grandes para formar un espacioso salon, algunos hombres comen, beben, fuman ó toman rapé; otros encienden lumbre al aire libre y preparan la cena; los

(1) *New-América.*

chicos recogen leña y las muchachas van por agua á la fuente inmediata. En el centro del campamento, un fanático pálido, de pié sobre un tronco de árbol, ensordece con sus gritos, semejantes á aullidos, á un auditorio que se halla suspendido de sus labios; algunos negros, vestidos con sus trajes de los dias de fiesta, indios con las cabezas adornadas con plumas y cubierto el cuerpo con pinturas guerreras, se mezclan con la multitud ardiente y entusiasta. Hurras, sollozos y suspiros ahogan con frecuencia la voz del orador; pero no hace caso, sigue impávido, desencadénase el torrente de su elocuencia; sus palabras, semejantes al estruendo de una tempestad, esparcen el terror; pálidos é inmóviles, los hombres juntan las manos en actitud de desesperacion; las mujeres corren frenéticamente por todos lados, levantan sus brazos hácia el cielo, confiesan sus pecados en voz alta, ó entregadas á convulsiones se revuelcan por el suelo, con los ojos vagarosos y la boca llena de espuma. El indio mira con desprecio las debilidades del hombre blanco, y el negro exclama sollozando y casi delirante: «¡Gloria! ¡Gloria! ¡Aleluya!.....

Y esas escenas tienen lugar en el siglo XIX y en medio de la raza más altiva y más orgullosa de su razon, que ha existido jamas. Un gran número de *revivalists* caen enfermos, y algunos mueren ántes de concluir el meeting.

La sobreexcitacion nerviosa producida por las arengas de los predicadores no es el único azote que hiere á la multitud; las pasiones más brutales se apoderan

de ella. «El anuncio de una de esas reuniones, me llena de gozo, decia un curial de Indianópolis, porque me presagia una abundante cosecha de causas y de demandas.» Los hombres riñen, vienen á las manos, cortejan á las mujeres de sus vecinos, empuñan los cuchillos, y más de un drama lúgubre ensangrienta el campamento. Al cabo de una ó dos semanas, se calma el celo de los fanáticos, los caballos vuelven á ser enganchados á los pesados carruajes de viaje, y algunas tumbas solitarias, y algunos troncos medio quemados, que la hierba y las lianas no tardarán en volver á cubrir, son los únicos que marcan el sitio en donde el revival se ha celebrado. Pero en los corazones deja una huella más duradera. Segun el testimonio del hermano Federico, cada movimiento religioso que agita á los Estados-Unidos produce la fundacion de una nueva colonia de Shakers; los diez y ocho establecimientos que la secta cuenta en el dia representan diez y ocho revivals, y no tardará en aparecer el décimonoveno, si hemos de dar crédito á los discípulos de la madre Ana.

Otra doctrina, parienta muy próxima de la de los shakers, recibe igualmente un acrecentamiento considerable con esas crísis religiosas: el *Espiritismo*, que cuenta en el dia cerca de tres millones de adeptos. Se han hecho tentativas para establecer un culto basado en las revelaciones de los seres invisibles, pero los dogmas de la nueva fe son todavía muy oscuros; aunque sus profetas se hallen en comunicacion constante con el mundo sobrenatural, no han aclarado mucho

los misterios. Habiendo muerto uno de esos doctores hace algunos meses, mistress Conant vió de repente su espíritu á su lado: el difunto queria hablar á sus hermanos y enseñarles la ciencia de las cosas por venir. La pytonisa americana entró en un santo trasporte, y hé aquí los oráculos que se desprendieron de sus labios:

«Benditos, tres veces benditos son los que mueren en el conocimiento de la verdad.

»Hermanos y hermanas, para mí se halla ya resuelto el problema; como yo vivo, viviréis tambien vosotros, porque el mismo *Padre* y la misma *Madre* celestiales que confieren la inmortalidad á una alma, la esparcen sobre todas.»

Esas doctrinas nebulosas parecen, sin embargo, claras y satisfactorias á los espiritistas, y no titubean en declarar que las antiguas religiones son un vestido viejo, de que la humanidad no tardará en deshacerse. Proclaman que las Sagradas Escrituras se borran ante las revelaciones nuevas, y que los fenómenos que presencia la América (fenómenos que se observan principalmente en las habitaciones y en los veladores ó mesas de noche de las señoras) son el punto de partida del futuro culto universal. Han organizado un servicio religioso, fiestas, sociedades locales, conferencias públicas, y han creado escuelas y periódicos. Un gran número de ellos pretenden poseer la facultad de hacer milagros, el dón de lenguas y la segunda vista; curan las enfermedades con la imposicion de las manos: los diarios están llenos de anuncios que

hacen saber al lector que por la bagatela de doce ó quince dollars, tal ó cual individuo cura el alma y el cuerpo, aunque el enfermo no se encuentre en la misma localidad, y que por un refinamiento de caridad, atrae á su propio seno la afeccion que padece el doliente.

El origen de esa secta es tan humilde como el de la de los shakers; la hacen remontar á un pobre zapatero de viejo, Andrew Davis que, favorecido con sueños maravillosos, se declaró enviado del cielo para regenerar la humanidad. Ménos ambicioso que la madre Ana, el profeta espiritista no se supuso un nuevo Cristo, pero publicó que los espíritus de los muertos pueblan la tierra, y que los elegidos pueden, áun en esta vida, entablar relaciones con ellos. Añadió que los medicamentos son nocivos, ó por lo ménos inútiles, y que la imposicion de las manos basta para curar todas las enfermedades. Por último, introdujo un sistema de educacion, en la cual desempeñaba un papel importante, una especie de danza, acompañada de movimientos de brazos y de manos, como la de los shakers. Admitia tambien la dualidad de la naturaleza divina, y veia en el Ser Supremo, no solamente al padre, sino tambien la madre de la humanidad: de ese principio derivaba la igualdad de derechos y privilegios de los dos sexos sobre la tierra.

Como era fácil prever, las mujeres se apresuraron á aceptar una doctrina que las emancipaba de la dependencia en que, más ó ménos, las tienen todas las religiones. Pero hubiera sido una lástima detenerse

en tan buen camino : no bastaba haber destronado al hombre; era necesario colocarse en su lugar, y bien pronto una falange de sacerdotisas emprendió aquella obra meritoria. Las *Isabelas* proclamaron que con sus sentidos más groseros, con su organizacion más ruda y su entendimiento más tardo, el hombre es incapaz de elevar su vuelo á tanta altura como su noble compañera; en una palabra, desempeñando su papel, comienza el de la mujer.

Ana Cridge fué la primera que hizo ese maravilloso descubrimiento. Hermana de un sabio distinguido de Boston, tomaba parte en los trabajos de su hermano y le ayudaba en sus experimentos, cuando le fueron reveladas las altas prerogativas de su sexo, de una manera bastante singular.

Un médico de Cincinati habia observado que se puede purgar á ciertas personas delicadas y nerviosas con sólo hacer que tengan en la mano el medicamento cathártico. Ana Cridge hizo el ensayo, y luégo, por una intuicion completamente femenina, infirió que si la imaginacion obraba sobre el organismo de una manera tan poderosa, podia aplicársela á usos más extensos. Colocando sobre la sien un papel cerrado como una carta, percibió distintamente los caractéres trazados en la superficie, y hasta la figura del gentleman que le habia escrito. Dotado de un talento bastante vivo para un hombre, William Denton dedujo de aquel hecho magníficas consecuencias. La imágen que Ana Cridge habia visto en el billete, debia ser una especie de heliografía; todos los dias el sol dibuja

sobre los cuerpos sometidos á su luz los objetos que los rodean; todas las superficies son susceptibles de recibir y de retener esas impresiones; con sólo encontrar una persona capaz de descubrirlas, se llegarian á conocer los más recónditos secretos de la naturaleza. Bastaria colocar un fragmento de roca primitiva en la frente de una persona dotada de aquella vista, para que al punto descubriese los misterios antidiluvianos, que traen desconcertado al mundo científico; veria sobre la corteza de un árbol veinte veces secular la historia de la antigua América; sobre un pedazo de lava de Pompeya, la Italia de los Césares renaceria para ella; iba á resplandecer una nueva luz; la ciencia reposaria sobre bases sólidas, y las artes encontrarian un alimento precioso.

Los dones maravillosos de Ana Cridge causaban tanta envidia como despecho á su cuñada Isabel Denton, mujer de William. Un dia manifestó á su marido que tambien ella era capaz de penetrar en el alma de las cosas. Pusiéronla en la sien un pedazo de cuarzo.

«¡Oh! exclamó, ¡qué insecto tan monstruoso veo!... Su cuerpo tiene alas cubiertas de escamas, y su cabeza se halla armada de antenas de un pié de largo; se apoya ó descansa sobre una peña, y á algunos pasos más allá, una serpiente enorme se oculta entre una vegetacion tropical.»

Habiendo desarrollado el ejercicio las facultades intelectuales de Isabel, no tardó mucho en aventajar á su cuñada. Adquirió el dón de leer, no tan sólo en las

piedras y en los fósiles, sino hasta en el fondo del Océano y en las profundidades de la tierra. Pudo oir las conversaciones de los indios de los siglos pasados, y gustar el alimento de los mastodontes de la época antidiluviana.

Desgraciadamente los hombres no podian ver aquellas imágenes ni sondear aquellos misterios; su espíritu ó su inteligencia es demasiado prosaica; debian contentarse con recibir humildemente las revelaciones de las profetisas. Una vez sentado ese principio, y demostrada por Isabel Denton la superioridad femenina, otra americana, Elisa Farnham, extendió el sistema y le erigió en dogma. Rechazando la autoridad de San Pedro y de San Pablo, que predican á las mujeres la sumision, hizo, para uso de sus adeptos, una nueva version del *Génesis*. Segun ella, Eva no causó los males de la humanidad; encontró á Adan esclavo y le hizo libre; estaba condenado por una ley implacable á permanecer en un estado de tinieblas y de ignorancia, y á vivir como los animales, sin conocer el bien ni el mal. La mujer rompió sus cadenas y le mostró el camino del progreso. La sabiduría, bajo la forma de serpiente, se dirigió á ella con preferencia, porque sólo ella era capaz de comprenderla; y si cogió el fruto prohibido, fué para crecer en perfeccion y en luz; su superioridad se ha manifestado desde el paraíso terrenal.

Eso, en cuanto á lo pasado; con respecto á lo presente, Elisa Furnham declara que comienza el reinado de la mujer. El hombre no ha sabido aprove-

charse de la ciencia, cuyo camino le habia abierto ella para descubrir la verdad fundamental de la naturaleza, la soberanía del sexo femenino. En el dia la ciencia ha llegado á su decadencia, el porvenir es del espiritismo; la ciencia, grosera y terrestre, es el patrimonio del hombre; el espiritismo es divino y pertenece á la mujer. Elisa reconoce que su evangelio quizá parecerá extraño; el orgullo masculino se subleva contra los dogmas que contiene, mas no por eso tan grandiosas ideas dejarán de conquistar el mundo; la mision de la profetisa no es la de convertir á los hombres; un señor, un amo, no discute con su esclavo. Se dirige á las mujeres, y sus palabras son muy halagüeñas y muy dulces al oido.

Las revela que su sexo, criado el último, es el más noble y el que más se aproxima á la naturaleza de los ángeles; goza de una superioridad radical, orgánica; es de una esencia más pura, como lo prueban la sustancia delicada de su cerebro y la finura de sus tejidos. La naturaleza, que siempre ha perfeccionado sus obras, ha colocado al hombre en un grado superior al de los animales, y á la mujer la ha colocado entre él y los serafines. Por consecuencia, el hombre debe labrar la tierra miéntras su compañera desempeña las funciones de sacerdotisa y comunica con las esferas espirituales; para él el trabajo, para ella el amor; él lucha con la materia, ella es la mediadora entre Dios y la humanidad.

Se adivina fácilmente cuánto desórden y trastorno deben producir en la familia y en la sociedad seme-

jantes sistemas; pero la nacion americana es fuerte y fecunda; los elementos de vida que encierra en su seno impedirán que se desarrolle la semilla de disolucion. No debe olvidarse tampoco que el Nuevo-Mundo es el asilo adonde los utopistas de todos los países acuden á ensayar sus sistemas quiméricos. Un gran número de necedades, que provocan con razon la sonrisa de los viajeros, no han tenido su orígen en el suelo americano. Ya hemos visto que la doctrina de los shakers es una importacion inglesa; el espiritismo pertenece tanto á la Europa como á los Estados-Unidos; y otras sectas tienen un orígen no ménos dudoso. Entre esa multitud de errores, hay todavía uno acerca del cual no podemos prescindir de decir algunas palabras, porque hace largo tiempo que contamina á la Europa, y depone en sus viejas sociedades un fango inmundo, cuyas huellas no se han borrado.

XV.

LOS PERFECCIONISTAS.

En los confines del estado de Nueva-York se extendian, en los primeros años de este siglo, vastos terrenos, que una legislacion compasiva habia dejado á los oneidas, tribu india, muy nombrada por su honradez, su buena fe y la adhesion inquebrantable que habia manifestado á los blancos. Pero, ó los yankees fueron muy malos maestros, ó la espesura de la selva ejercia sobre los Pieles Rojas una irresistible atraccion; porque lo cierto es que los indígenas abandonaron el cultivo de los campos y volvieron á la vida nómada. En aquel sitio ó emplazamiento, que habia quedado desierto, se establecieron los *perfeccionistas* ó *comunistas de la Biblia*, que pretenden haber basado sobre el Nuevo Testamento la organizacion de la familia, y restablecido en el mundo el gobierno de Dios. Su fundador es Jhon Humphreys Noyes, hombre de grande estatura, pálido, con los ojos de un azul muy apagado, y el cabello y la barba de un rubio claro como el lino. Ha sido sucesivamente graduado en el colegio Yarmouth, en el New-Hampshire, estudiante de teología en

el Massachussets, predicador en Yale-College, luégo disidente proscrito, agitador público, y por último, hoy dia muchas gentes le miran como un profeta iluminado con la claridad celestial y gozando del favor particular de Dios.

Muchos falansterios han fundado los perfeccionistas, pero el de Oneida-Creek es el más notable. Construido con arreglo á principios de arquitectura enteramente nuevos, porque el padre Noyes rechaza todas las tradiciones del arte antiguo, se halla en completa armonía con la singular sociedad que le habita.

Una ancha galería y una escalera de piedra conducen á la pieza central, que sirve á la vez de capilla, de taller, de teatro y de salon de conciertos. Allí es en donde las hermanas conversan y ejecutan piezas de música, donde los ancianos predican, el archivero lee noticias, y los jóvenes de ambos sexos cambian palabras de amor; una puerta da al salon, y las demas á las alcobas; en la planta baja se encuentran las oficinas y la biblioteca; en otras piezas separadas se encuentran la cocina, el refectorio y la despensa; y más léjos, por entre los árboles, se divisan los molinos, las granjas, los establos y los lagares de la familia comunista.

Los hombres no usan traje particular; la única innovacion que hasta ahora han introducido consiste en la supresion de los vestidos de gala ó de dia de fiesta, porque los reformadores han abolido el reposo del domingo, como han hecho con todas las demas costumbres humanas. Sin embargo, confiesan con modestia que el progreso no se ha extendido aún á la forma de los sombreros y del calzado. Las mujeres han adoptado un vestido de un córte bastante gracioso y muy propio para realzar la rara hermosura de algunas de ellas. Se compone de una túnica corta, de color de castaña ó azul, para el traje de dia, y blanca para las reuniones de la noche; de un pantalon ancho del mismo color, una especie de chaquetita abrochada hasta el cuello y un sombrero de paja. Los curiosos, que acuden á millares á visitar el falansterio, ven reinar en todo él la paz y el órden; un hermano los conduce á las tierras cultivadas, les enseña los vergeles llenos de fruta, y les sirve una colacion abundante; una música excelente deleita su oido, y por lo regular todos vuelven llenos de admiracion. Pero si penetramos en el fondo de esa sociedad extraña, nos asustarémos de la fealdad moral que encubre.

En Inglaterra, en Alemania y en Francia se han hecho muchos ensayos de asociacion comunista, pero sin éxito; la Icaria de Cabet, aunque trasplantada á América, no ha tenido mejor resultado. La libertad, la igualdad y la fraternidad no habian podido pagar su gasto diario, y una sociedad cuyas letras de cambio se protestan no puede subsistir largo tiempo, áun cuando fuese la imágen del paraíso terrenal. Noyes infundió ó mezcló á esas ilusiones peligrosas algo del espíritu práctico del yankee, y eso es lo que explica su éxito. Mas, sin embargo, él lo atribuye á otra causa. «Sus predecesores, dice, sucumbieron porque no se apoyaban en la Biblia. La religion es la raíz de la

vida, y toda teoría social sábia expresará siempre una verdad religiosa. La organizacion de la familia debe estar basada en cuatro principios: reconciliacion con Dios, exencion de pecado, fraternidad del hombre y de la mujer, y comunidad del trabajo y de sus frutos. Los reformadores anteriores, Owen, Fourier y Cabet no han tenido en cuenta más que uno de esos dogmas; olvidaron á Dios, y se han perdido en la nada.»

En 1831, cuando el *revival* que tan fuerte sacudimiento hizo experimentar á la Nueva-Inglaterra, concibió Noyes la primera idea de su sistema. Se volvió grave y pensativo, se lamentó del vacío de las doctrinas religiosas de sus compatriotas, y parecia entregado á una violenta lucha interior. Buscó la distraccion y el olvido en los excesos de todo género, sin llegar por eso á recobrar la calma y la tranquilidad de su espíritu.

A pesar de sus excesos, continuaba con asiduidad la lectura de la Biblia, esperando encontrar en las páginas del texto sagrado el remedio para su inquietud; pero la verdad huye del tumulto de las pasiones, y no brilla sino para los corazones sencillos y rectos. Miéntras que con la cabeza llena de las alucinaciones de la fiebre, meditaba las epístolas de San Pablo, vió en ellas un sentido misterioso, que ningun teólogo de Europa ni de América habia descubierto todavía. La sociedad fundada por los apóstoles reposaba en la verdad; era una comunion de hermanos, de iguales y de santos, pero el príncipe de las tinieblas la ahogó en su cuna. Las iglesias de Grecia, de Roma y de Inglaterra son las plazas fuertes del error. Sin embargo,

algunas almas libres y fuertes, conservan aún las sanas tradiciones: la luz, por largo tiempo oculta, va á aparecer ahora en todo su esplendor y á iluminar al mundo.

Impaciente por librar á los hombres de los lazos con que Satanas los habia encadenado, el reformador comenzó á enseñar que la libertad de los elegidos no debe ser trabada por ninguna ley; que el matrimonio es una preocupacion, la propiedad un robo, y la autoridad de los magistrados y de los gobernantes una tiranía injusta; hasta los derechos de la patria fueron rechazados por el novador, que declaró abiertamente que él y los suyos se separaban de los Estados-Unidos. Esa última pretension no debia causar grande sorpresa: los shakers, los mormones y otras muchas sectas habian declarado ya que la Union americana no era más que una especie de club político, del que cada uno era dueño de retirarse segun le pluguiera. Lo que diferenciaba á los comunistas de la Biblia de las nuevas escuelas, era el que rechazaban de una manera absoluta toda regla divina y humana. El perfeccionista tiene el derecho de hacer todo lo que le plazca; el Espíritu Santo, que habita en él, aparta de su alma la mancha del pecado. Poniendo su conducta en armonía con esa bella doctrina, Noyes pasaba los dias en las tabernas y en la compañía de las prostitutas y de los ladrones.

«Me dejé llevar de la tentacion, dice con altivez, porque sabía que aquel en quien habia puesto mi confianza era bastante fuerte para salvarme.»

Quedó, pues, establecido que los santos pueden arrostrar impunemente los ataques del vicio; pero ¿cómo se ha de llegar á ese estado de gracia? Nada más sencillo. No teneis más que desearlo, y es cosa hecha. No son necesarias las buenas obras, sino tan sólo la oracion; declarais en público que os adheris á la ley nueva, y quedais emancipado de la esclavitud del pecado; vuestra alma queda pura y sin mancha.

Sin embargo, las primeras tentativas de Noyes para poner en práctica su sistema fracasaron miserablemente; faltaba el dinero, y la santa libertad no producia más que el cáos. En tan difícil coyuntura, el profeta encontró á una jóven, Harriet Holton, rica heredera, que concibió un vivo entusiasmo por la doctrina perfeccionista. Su fortuna podia poner al novador en estado de realizar sus planes y organizar un nuevo falansterio; pero ¿cómo se la habia de apropiar? Casarse con ella era imposible, porque el matrimonio se halla proscrito en el evangelio de los comunistas. Para conciliar con sus principios los deseos de su corazon y las necesidades de su bolsa, Noyes entabló su demanda con hábiles sutilezas, y la carta que en aquella ocasion escribió á la jóven es demasiado curiosa, para que dejemos de reproducirla aquí.

« Amada hermana: Despues de haber estado meditando más de un año, y de aguardar con paciencia que el Señor me hiciese conocer su voluntad, me veo felizmente obligado á proponeros una asociacion, que no llamaré matrimonio, ántes de haberla definido con claridad.

» En nuestra calidad de creyentes, estamos ya unidos uno á otro con lazos más fuertes que los de la tierra. De la sociedad de los santos se ha dicho. « En » la resurreccion, ni se toman ni se dan mujeres en » matrimonio.» No vengo, pues, á pediros que empeñeis una palabra que limitaria vuestras afecciones: mi compañera debe tener libertad para amar á todos los que aman á Dios. No quiero esclavizar ni su corazon ni el mio, sino únicamente hacerla entrar conmigo en la familia universal. Si una union basada sobre esos principios puede ser llamada matrimonio, no tengo ningun escrúpulo en ofreceros mi corazon y mi mano, y áun á someterme á las formas legales establecidas por la preocupacion.»

Seguia luégo una larga enumeracion de las virtudes de Harriet, y una descripcion pomposa de los bienes que los dos esposos esparcirian sobre la humanidad; y, en fin, para tranquilizar á la jóven en cuanto á sus tendencias vagabundas, Noyes declaraba (y en eso no la engañaba) que experimentaba un vivo deseo de observar en adelante una vida sentada y pacífica. Algunos dias despues ya estaban casados y el reformador en disposicion de construir en Putney una espaciosa casa para alojar á sus discípulos, comprar prensas y publicar un periódico.

No reinó por mucho tiempo la paz en el eden americano; los perfeccionistas habian admitido con facilidad que el hombre puede satisfacer legítimamente sus apetitos sin reserva alguna. Como su conversion los habia restablecido en el estado de inocencia de

Adan ántes de su caida, todo les estaba permitido, porque para ellos todo era puro. Pero la libertad de unos comprimia la de otros, y el establecimiento de Putney llegó á ser teatro de escenas de desórden, que le hicieron célebre en el país. Obligado Noyes á dejar el falansterio, fundado con tanto trabajo, fué á refugiarse en Oneida-Creek, territorio que, por razon de su aislamiento y de su fertilidad, parecia que debia poner á los perfeccionistas á cubierto de la miseria y del ódio público.

La pequeña colonia se separó de la Union, como en otro tiempo Abraham rompió con los pueblos de la Palestina. Estableció por única regla el deber (que una sociedad de gentiles juzgaria inútil imponer) de gozar de la vida. Los bienes de cada individuo fueron abandonados al Cristo, es decir, al padre Noyes, su representante sobre la tierra; á esa primera comunidad se unia la de las mujeres y de los niños, porque los santos habian descubierto que el matrimonio es una institucion egoista; que la adhesion exclusiva de dos personas una para otra es una idolatría culpable, no ménos contraria á la gloria de Dios que á las aspiraciones del corazon humano, rara vez satisfecho con un solo amor.

Sin embargo, como una primera experiencia habia hecho comprender á Noyes los inconvenientes de su sistema, resolvió templar la libertad sin límites concedida á sus discípulos, con un segundo elemento, la *simpatía*, que representa entre los perfeccionistas el papel de la opinion pública. La simpatía corrige los

extravíos de la voluntad individual, y reconcilia á la naturaleza con la obediencia. Así es que un hermano, ó fraile, puede hacer lo que le agrade, pero es necesario que su deseo no se halle en oposicion con el de los demas miembros de la comunidad; si el juicio general se pronuncia contra él, debe someterse á su fallo, so pena de apartarse del camino de la gracia. Si desea tener un sombrero nuevo, un dia de huelga, ú obtener los favores de una jóven, da á un anciano el encargo de sondear á sus hermanos, y no hace nada sin su consentimiento. Á un profano quizá le hubiera parecido que la introduccion de ese principio restringia completamente la libertad de que tan envanecidos se muestran los perfeccionistas; pero el comunismo ofrecia á sus adeptos bastantes compensaciones, para indemnizarlos de ese ligero inconveniente; y merced al correctivo imaginado por Noyes, el falansterio goza de una paz desconocida para él hasta entónces.

Habian sido reprimidos los desórdenes interiores, ó por lo ménos se los habia cubierto con un velo, que los libertaba del desprecio de la multitud. Sin embargo, todavía quedaba un enemigo que combatir, y era la bancarota. Las cosechas eran abundantes, pero sus productos no alcanzaban á cubrir los gastos; por manera que la sociedad se habria disuelto infaliblemente, sin el auxilio inesperado que la prestó uno de sus más ínfimos miembros, un pobre cazador canadiense, llamado Sewell.

La venta de los lazos, desde los que sirven para cojer osos hasta las pequeñas comadrejas, forma en los

Estados-Unidos, en donde pululan las fieras y otras alimañas, un ramo de comercio considerable. Los americanos, sin embargo, no habian explotado aún esa industria, y dejaban á las fábricas alemanas el cuidado de proveerles de esos armadijos. Aquel vacío llamó la atencion del hermano Sewell; como cazador experimentado, encontraba en los lazos procedentes de Europa defectos que era imposible corregir. Se puso á trabajar, y consiguió construir aparatos más ligeros, más sencillos y de resultados más seguros. Divulgóse la noticia por el estado de Nueva-Yorck, y se hicieron muchos pedidos á Oneida. Sewell contrató operarios, estableció fraguas, y algunos meses más tarde, la industria alemana, destronada por su rival, cesó de hacer la competencia. En un solo año, la familia comunista fabrica lazos por valor de 400.000 francos, y áun en el dia, á pesar de haberse establecido otras fábricas, saca de ese comercio su principal recurso.

El falansterio de Oneida-Creek ha conseguido, pues, no tan sólo vivir, sino prosperar; si le corroe un mal interno, el hermano encargado de hacer los honores á los extranjeros y enseñarles el establecimiento, procura disimularlo; y hasta se asegura que el P. Noyes, alentado por el éxito, piensa en dar más extension á los trabajos; Oneida ya no basta para su celo apostólico, y quiere establecerse en Nueva-York para propagar allí su doctrina.

Sin embargo, en medio de las extravagancias producidas por la necesidad de innovaciones religiosas, se advierte la propension de los espíritus hácia un principio saludable: el de la autoridad en materia de fe; cansadas de buscar en sí mismas una verdad que nunca llegan á alcanzar, las inteligencias invocan la revelacion divina, piden al cielo que las dé un guía en la tierra, y se prosternan anhelantes ante los falsos profetas que se dicen enviados de Dios.

Hasta en el despotismo, inaugurado por la mayor parte de las nuevas sectas, hay una enseñanza profunda.

La libertad y la autoridad son dos hijas del cielo, y sólo su union asegura la paz y la prosperidad de las sociedades políticas ó religiosas; son las dos fuerzas que mantienen el equilibrio del mundo moral; en cuanto una de ellas se sobrepone á la otra, se introduce el desórden, la libertad se convierte en anarquía, y el poder en absolutismo. La religion cristiana es la primera que nos ha presentado el modelo de la perfecta conciliacion de esos dos elementos; con su admirable sabiduría ha encontrado el secreto de aumentar la libertad humana y de fortalecer la autoridad, apoyando una y otra en Dios; proclama vil y sin mérito alguno la sumision del esclavo; la libertad es la única que da precio á la virtud, y, segun nuestros libros santos, el Criador la ha respetado hasta el punto de permitirla que desfigure su obra. «Ántes que ocasionar la menor perturbacion, dice Schiller, dejo que los males se desencadenen sobre el mundo; á él, que todo lo ha criado, no se le puede ver, y se ha cubierto discretamente con un velo de leyes eternas; el

espíritu fuerte las ve, mas no á él.—¿Por qué un Dios?..... dice: el mundo se basta á sí mismo.—Y la devocion de cristiano alguno le celebra tanto como la blasfemia del espíritu fuerte.»

En cuanto al poder, ha recibido la consagracion más santa; desciende del trono mismo del Eterno, y es una delegacion del Criador; mas, para impedir sus extravíos, el Cristo establece las condiciones de su poder. «El que entre vosotros quiera ser el primero, que sea el siervo de todos, á imitacion del Hijo del hombre, que no ha venido para ser servido, sino para servir.»

Segun su diferente carácter, los pueblos se inclinan hácia uno ú otro de esos dos principios: las naciones de raza latina, hácia el de autoridad, y las de raza anglo-sajona, hácia el de libertad; unas y otras conocen sus tendencias, y deben procurar que se desarrolle en ellas el elemento más débil para llegar á un prudente equilibrio. Los Estados-Unidos, que en un suelo vírgen han creado tantas maravillas, y que poseen cualidades tan sérias como sólidas, comprenderán esta verdad, de la cual depende su porvenir; con el ardor de la juventud los americanos se precipitan en todos los excesos, pero tienen la libre práctica y reconocen á tiempo el peligro; sus sectas, áun las más extravagantes, han conservado un elemento salvador; el amor al trabajo y las luchas vivificadoras contra la naturaleza producen de ordinario el efecto de alejar del cerebro las locas é insensatas ilusiones.

XVI.

LOS CATOLICOS DEL NUEVO-MUNDO.

La libre discusion de que es objeto en América todo sistema religioso, ha producido un efecto muy diferente del que se esperaba en Europa; léjos de excitar el espíritu de secta y de provocar ódio, ha iluminado los entendimientos y pacificado los corazones; la compresion es la que centuplica en silencio las terribles fuerzas del alma humana; la ignorancia es la que engendra las preocupaciones y los rencores. En los Estados-Unidos no hay nada de eso; toda religion emite su doctrina públicamente; ninguna secta rival la oprime, ninguna proteccion abrumadora la encadena, ninguna desconfianza celosa restringe sus derechos; la conciencia pública es el único juez de sus méritos, y esa admirable libertad, dejando á cada uno la responsabilidad de su triunfo ó de su derrota, ha desarmado en todos la cólera; nada lo prueba mejor que la actual situacion del catolicismo en los Estados-Unidos; para que no se nos acuse de presentar las cosas bajo un punto de vista parcial, dejarémos hablar á los mismos americanos, y á los americanos

protestantes; ellos son los que nos harán conocer los progresos y los recursos, el celo y los esfuerzos de los católicos. El cuadro que vamos á presentar al lector está tomado del *Atlantic-Monthly* (1), una de las revistas más acreditadas de Boston; es muy curioso, en el momento mismo en que entre nosotros se dirigen tantos ataques contra la Iglesia, el ver de cuánta consideracion se reviste á esa misma Iglesia en el centro intelectual más ilustrado de los Estados-Unidos; porque la ciudad de Boston, como es sabido, es la Aténas del Nuevo-Mundo. Acabamos de exponer las extrañas aberraciones á que el entendimiento humano puede dejarse arrastrar cuando prescinde de toda regla; ahora vamos á asistir á un espectáculo más consolador; la razon, que, como ya se ha dicho, concluye siempre por triunfar, no permite que esas extravagantes locuras tomen un incremento alarmante; una victoria apacible y gloriosa hace que se postren á los piés de la Iglesia una multitud de hijos «que no ha llevado en su seno.»

Para apreciar el poder de ese grande movimiento, sigamos al observador madrugador, que en un frio domingo de Diciembre se dirige á la iglesia de San Stephen, una de las más considerables de Nueva-York, para examinar por sí mismo las costumbres católicas; la afluencia de fieles, que mucho ántes de rayar el alba llena el lugar santo, causa mucha extrañeza á nuestro americano.

---

(1) Números de Abril y Mayo de 1868.

«No es cosa fácil, dice, despertarse á hora fija cuando nada anuncia la proximidad del dia; en el mes de Diciembre, á las cinco de la mañana, la oscuridad más profunda reina por todas partes; ningun lechero, por activo que sea, ha dejado oir todavía su sonora voz en Nueva-York, ningun panadero turba el silencio de las calles, y si por casualidad hay algun gallo en la vecindad, no podeis fiaros de su aviso, porque en esa época del año aquellas aves, aletargadas sin duda por lo largo de las noches, cantan mal y sin regularidad. Quizá alguna de mis lectoras me recordará que para ese objeto han sido inventados los despertadores, que evitan ese inconveniente. Es muy cierto; pero, ¿quién tiene uno á mano, áun cuando quiera servirse de él?..... A los que habitualmente se levantan á las cinco de la mañana no les hace falta, y los que no tienen que hacerse esa violencia sino de tarde en tarde, ó bien no tienen despertador, ó si le poseen, con el no uso, olvidan cómo se han de manejar para tener aprisionado al enfurecido diablillo toda la noche, y no dejarle que desahogue su cólera hasta la hora apetecida; eso fué lo que á mí me sucedió; el caprichoso aparato comenzó á funcionar admirablemente una hora más tarde, precisamente en el momento en que, sacudiendo el sueño por el penetrante canto de muchos gallos, acababa de encender luz para mirar el reloj. Nuestros hermanos católicos, por procedimientos cuyo secreto sólo ellos poseen, superan esa dificultad, porque en la ciudad de Nueva-York podrian contarse cincuenta mil personas arrodi-

lladas en la iglesia ántes de que aparezca el menor signo precursor de la aurora.»

A pesar del retraso ocasionado por la inexactitud del instrumento, las estrellas brillaban todavía en el glacial y esplendoroso cielo de invierno; la luna iluminaba con sus plateados rayos los tejados cubiertos de nieve, cuando nuestro observador salió de su casa, situada en la tercera avenida, para dirigirse á San Stephen. Un policemen, vigilante de la seguridad pública, se encontraba en una rinconada de la calle, tarareando un aire nacional para ahuyentar el frio; pero en cuanto divisó al insólito transeunte, interrumpió su canto y comenzó á examinarle con recelosa atencion; en cuanto alcanzaba la vista no se divisaba ninguna forma humana; la ciudad parecia sumida en un profundo sueño.

Nuestro americano comenzaba á creer que la misa de las seis no era más que una ficcion, y se afirmó en aquel pensamiento cuando, al llegar en frente de la imponente fachada de San Stephen, no vió que fiel alguno se dirigiese hácia el pórtico; sin embargo, subió la escalinata y entró; las luces del altar esparcian una pálida claridad, apénas suficiente para disipar las tinieblas; un centenar de mujeres y unos diez hombres, unos arrodillados, y sentados otros, pero cuidadosamente abrigados con pañuelos, capuchones y capas, se hallaban diseminados por la espaciosa nave.

A medida que se acercaba la hora de la misa, nuevas figuras, y siempre en mayor número, penetraban silenciosamente por las diferentes puertas, y despues de cumplir la ceremonia preliminar de tomar el agua bendita y de hacer la señal de la cruz, iban á ocupar un sitio en los bancos; fueron encendidas más velas, y la iglesia no tardó en llenarse hasta tal punto, que muchas personas se vieron obligadas á permanecer de pié en las naves laterales; las mujeres casi todas parecian criadas, y los hombres cocheros ó dependientes de algunos talleres; aquella humilde multitud era notable por su limpieza y su compostura.

«Existe, dice nuestro guía, una diferencia esencial en la manera de hacer oracion los católicos y los protestantes. Un protestante parece ruborizarse de aquel acto de piedad, se tapa el rostro, se inclina con poca gracia y llega á colocarse en una actitud molesta. Eso en cuanto al culto público. Si quiere elevar en particular su alma á Dios, escoge el sitio más retirado de su casa, y si por casualidad álguien le sorprende, se pone turbado como si fuese un culpable. Nuestros hermanos católicos obran de otra manera; se arrodillan, es cierto, pero el cuerpo permanece recto y la cabeza descubierta; temen tan poco humillarse ante el Criador, que hasta sus manos revelan, por movimientos nada equívocos, el deber que desempeñan. Desde su edad más tierna, los niños se acostumbran á esa independencia de maneras, á esa osadía religiosa, por decirlo así. Cuando rezan sus oraciones de la tarde ó de la noche, nuestros pequeños protestantes se tapan el rostro con la ropa de la cama, y murmuran palabras que podria creerse que sólo van dirigidas á

la almohada, por el contrario, sus hermanas y hermanos católicos se ponen de rodillas, hacen la señal de la cruz y no se ocupan en si los miran ó no.

»Otro carácter del culto de la Iglesia romana, que no causa ménos sorpresa al observador extranjero, es la perfecta disciplina que los fieles guardan en el templo. Llega el momento de arrodillarse, y todos se arrodillan; es necesario levantarse, y todos se levantan; inclinarse, y todas las cabezas se bajan. Esas costumbres religiosas, tan diferentes de las nuestras, provienen de una causa que es muy fácil reconocer. Desde el momento del bautismo el católico es miembro de la Iglesia y todos esperan que siga sus observancias. Nadie se avergüenza de hacer lo que todos deben cumplir, lo que desde su infancia ha mirado como una obligacion; no se humilla por decir sus oraciones, como no se avergüenza de sentarse á la mesa para comer; ninguna de esas acciones le parece una ménos natural que otra.

»La iglesia continuó llenándose hastas las seis y cuarto, despues de lo cual todo quedó en silencio, turbado únicamente por los intervalos de tos de algun fiel resfriado. Tres ó cuatro minutos despues el sacerdote se adelanta hácia el altar, seguido de dos niños con sotanas encarnadas. Todos los concurrentes, á excepcion del pobre pagano que escribe estas líneas, se pusieron de rodillas y permanecieron algun tiempo en aquella actitud; reinaba un silencio solemne, en medio del cual esperaba oir la voz del celebrante. Pero ningun sonido salió de sus labios; se inclinó, se golpeó el pecho, subió las gradas del santuario, volvió á inclinarse, y se volvió hácia el pueblo; pasó de un lado á otro del altar, hizo diferentes gestos, pero no pronunció palabra alguna inteligible. Los dos graciosos niños iban y venian á su lado para desempeñar diferentes servicios. Los fieles se levantaban, se sentaban, se arrodillaban y se santiguaban con arreglo al rito; y sin embargo, no se habia proferido palabra alguna. Hácia la mitad del oficio tuvo lugar la colecta; pocas personas dieron más de un cuarto, pero todas pusieron su humilde óbolo en la caja ó cepillo del cuestor.

»Recogidas las ofrendas, el sacerdote se dirigió por primera vez á los concurrentes de manera que pudiese ser oido, y con voz dulce y agradable, que revelaba un hombre bien educado, dijo: «La cofradía del Santo Rosario se reune esta tarde despues de vísperas.—Se os suplica que rogueis por el alma de fulano de tal.....», y pronunció el nombre de tres personas. Volvió en seguida á continuar el oficio divino, y nada interrumpió el silencio, más que la campanilla, que anunciaba los actos más solemnes de la misa. En cuanto sonaba, toda la concurrencia parecia sumida en el recogimiento más profundo; los labios se agitaban como para una oracion fervorosa, y áun alguna vez un murmullo bajo y confuso revelaba en los fieles el completo olvido del mundo exterior.

»Al final del oficio, veinte y cinco ó treinta personas se arrodillaron al pié del altar para recibir la comunion; poco despues algunas mujeres comenzaron

á dejar su sitio y con paso rápido se dirigieron hácia la puerta de la iglesia; sin duda temian que la familia pidiese el desayuno ántes de estar preparado. El sacerdote tambien se retiró, y los concurrentes se dispersaron en várias direcciones. Pero otras personas se reunian ya para oir la misa de las siete; los fieles afluian por las diferentes calles que conducen á San Stephen y se agolpaban á la puerta de la iglesia. Lo mismo sucedió á las nueve. En cuanto á la misa mayor, que suele celebrarse á las diez ó poco más, todos cuantos los domingos suelen pasar por delante del templo, saben que las personas arrodilladas en el pórtico, y áun fuera de él por falta de espacio, podrian formar una congregacion considerable.

»¡Qué admirable economía! ¡qué sábia disposicion!..... La parroquia de San Stephen comprende una feligresía de veinte y cinco mil almas; descontando de ese número una quinta parte, entre niños, ancianos y enfermos, todavía quedan veinte mil personas, á cuyas necesidades espirituales es necesario atender; pues bien, como la iglesia puede contener cuatro mil personas, todos los fieles pueden oir misa el domingo. Las vísperas se cantan por la tarde, y excepto en las grandes festividades, sobra sitio para los que suelen asistir á ellas. Ademas se encuentra abierta toda la semana, y su hospitalidad se extiende á todos, ya de una manera, ya de otra, y todos los dias cumple su destino. ¡Cuán diferentes son nuestros templos!... Tomemos por ejemplo el de San Jorge, cuyas torres son las más elevadas de la ciudad; quinientos mil do-

llars se han invertido en ese monumento, que sólo sirve cuatro horas en la semana. Cuatro horas nada más, porque para las reuniones extraordinarias los fieles se reunen en una capilla inmediata. Quinientos mil dollars forman, sin embargo, una buena suma áun para el opulento bando de Wall-Street.

»Nuestros hermanos católico-romanos son administradores más hábiles; cuando emplean en la construccion de un edificio capitales considerables, los destinan á un uso que justifica aquel gasto; áun las catedrales más costosas ofrecen ventajas. Ademas de que nunca quedan inútiles, y de que sin cesar difunden el gozo y el consuelo en las almas, son la glorificacion del culto que las inspira, muestran su esplendor á todo extranjero que las visita, á todo lector que hojea las colecciones ilustradas, y á todo inteligente que forma un album de grabados. La vista de San Pedro de Roma y de las catedrales de Colonia y de Milan regocija el corazon y reanima el valor del sacerdote solitario que combate por el Evangelio en las fronteras de la civilizacion. Aislado, despreciado, aborrecido tal vez, siente que un lazo indisoluble le une al cuerpo poderoso que ha creado esas maravillas, y que quizá algun dia elevará un templo magnífico en el mismo sitio que ocupa la miserable cabaña en donde ahora celebra los ritos de su Iglesia á presencia de una veintena de adoradores.»

Miéntras que la multitud, verdadera marea humana, afluye y se retira sucesivamente, otra escena nos espera en la larga y baja capilla que se extiende por

debajo de la nave de San Stephen. Allí es donde la escuela del domingo (*sunday school*) reune á todos los niños de la parroquia. El *Atlantic Monthly* felicita al catolicismo por haber sabido apropiarse esa innovacion protestante; «porque la vieja Iglesia romana, dice, aunque encanecida por la edad, no desdeña instruirse en las jóvenes congregaciones que han tomado de ella todos sus dogmas.»

De ese modo, del otro lado del Océano, los espíritus imparciales refutan el cargo de inmovilidad que entre nosotros suele hacerse á la religion. No hay culto que sepa mejor que el católico plegarse al genio de cada nacion é identificarse con él, por decirlo así, manteniendo al mismo tiempo intacto el depósito de la verdad. Se la acusa con frecuencia de no poder vivir sino con el absolutismo, y sin embargo, crece y se desarrolla con rapidez al soplo de la libertad americana, y oimos á uno de sus más autorizados representantes, el padre Hecker, exclamar con una conviccion profunda: «Sólo desde que pertenezco á la gran de comunion católica he aprendido á cumplir los deberes de ciudadano de un estado libre.»

Aunque nos hayamos visto obligados á citar el testimonio de la revista bostonesa, debemos, sin embargo, hacer alguna reserva en cuanto á la escuela del domingo. Esa institucion no nació efectivamente en la Iglesia, pero tampoco podia nacer en ella, porque en los países en donde se ha conservado el catolicismo la educacion religiosa se mezcla al cultivo intelectual; desarrolla, vivifica el alma del niño, al

mismo tiempo que la ciencia ilumina su entendimiento; el saber y la fe se dan la mano; no hay necesidad de la escuela del domingo, pues que todos los dias se aprende á ser cristiano.

En América se ha establecido un órden diferente de cosas. Como la instruccion se da á todos por cuenta del Estado, y éste, entre las mil sectas que se reparten el país, no puede conceder preferencia á ninguna, ha sido necesario separar casi completamente la religion de la enseñanza; de ahí ha provenido la necesidad de la escuela dominical; y eso no es una mejora, es un remedio. El catolicismo, que sabe conformarse á todas las situaciones, se ha esforzado en sacar el mejor partido posible del mezquino lugar que se ha dejado á la educacion religiosa. Ha estudiado las *sunday schools* de los Estados-Unidos, ha tomado lo bueno de cada una de ellas, y ha reemplazado la tristeza y la austeridad puritana con la suave y apacible dulzura que la es propia.

La capilla subterránea de San Stephen, larga, estrecha, baja y con poca luz, no tiene nada de cómoda ni de agradable: únicamente á los que la ocupan debe su aspecto de radiante serenidad. La escuela del domingo es una fiesta de familia. Una porcion de niños, con las mejillas moradas por el frio, de mirada viva é inteligente, se precipita tumultuariamente en aquella sala; las niñas se colocan á un lado y los niños á otro; se encienden las velas del altar, se reune el coro, y el órgano hace resonar sus acordes. Cuando el director, M. Thomas Dwyer abrió la escuela, hace algunos años,

un centenar de discípulos (es decir, un puñado de ellos, si se tiene en cuenta la extension de la parroquia) respondia únicamente á su llamamiento. Todos los profesores tomaron entónces la costumbre de visitar á los niños una vez al mes, para interesar á las familias en el buen éxito de la empresa. Sus esfuerzos obtuvieron la merecida recompensa; acudió un gran número de discípulos: en el dia cuenta dos mil, y segun dicen, en el último verano habia tres mil trescientos cuarenta.

En medio de un gran bullicio se llenan los bancos; el argentino sonido de una campanilla, indica á los jóvenes concurrentes que el sacerdote sube al altar; se restablece el silencio, y comienza la misa. El coro, compuesto de un hombre, una mujer y una veintena de niños, canta los himnos con una voz armoniosa. Dejemos á nuestro observador protestante que nos dé á conocer la impresion que le produjo tan interesante y tierna ceremonia.

« El momento supremo del oficio religioso, la elevacion de la hostia, es anunciado por el reiterado sonido de la campanilla. En todos los semblantes se ve retratado un recogimiento profundo; todas las cabezas se inclinan miéntras el sacerdote reza la solemne oracion: *Recibid, Señor santísimo, Padre omnipotente y eterno, esta hostia sin mancha, que os ofrezco, Dios vivo y verdadero, por mis pecados, mis ofensas y mis descuidos, que son innumerables, por todos los concurrentes, y por todos los fieles vivos y muertos*, etc. Una quincena de niños, con las manos cruzadas sobre el pecho, avanzan hácia el altar para comulgar, porque la mayor parte de los jóvenes neófitos se encuentran ya en edad de recibir los sacramentos. Muchos centenares de ellos hace poco que recibieron el de la Confirmacion. Las niñas vestidas con trajes blancos y adornadas con flores, y los niños con una cinta tambien blanca sujeta al brazo, rodeados de sus padres y de sus amigos, van á hacer su primera comunion en aquel templo, adornado para ellos como en los dias de las fiestas más augustas.

» De esa manera, dulce, risueña, y sin embargo, imponente, nuestros hermanos católicos, llegan á ser miembros efectivos de la Iglesia. No conocen la distincion deplorable que entre nosotros forma un abismo entre los que componen la congregacion y los que son extraños á ella. Entre ellos hay católicos buenos y malos, los hay devotos y tibios, pero todos son católicos; los más extraviados pueden, en cualquier momento de su vida, recobrar las piadosas costumbres de su juventud, sin que el público se entere de la mudanza que se ha efectuado en ellos: las parroquias no llevan registros en donde se inscriban los nombres de sus miembros; el emigrante pobre que llega de lejanas tierras se encuentra como en su casa en cualquiera iglesia en donde pone el pié.

» La misa no dura más que una media hora, y en seguida se corre una cortina por delante del altar, para que la turbulenta multitud tenga alguna más libertad durante el ejercicio que va á comenzar, que se reduce á la doctrina cristiana. Los discípulos se reunen en

derredor de sus maestros, y durante tres cuartos de hora se suceden las preguntas, las respuestas y las explicaciones, despues de lo cual M. Thomas Dwyer sube á una especie de estrado, y rodeado de sus fieles, lee el Evangelio del dia y reza una corta oracion. La reunion termina con un cántico, cuya melodía es por lo regular fácil, viva y alegre. Tal vez el lector tendrá curiosidad de saber qué himnos son los que los católicos enseñan á los niños; si algunos celebran á los santos, y tratan de diferentes particularidades del dogma, los demas podrian cantarse en las escuelas protestantes.

»Podrá juzgarse por el siguiente trozo, tomado al azar de entre otros muchos, que respiran, á la par que el sentimiento religioso más elevado, el patriotismo más puro:

»Antes que la paz y la libertad, dándose la mano,
Viniesen á bendecir esta tierra bienaventurada,
Y fijasen en ella su morada,
Nuestro suelo servia de tarima á un trono orgulloso.
En el dia ningun cetro extiende sobre nosotros su imperio,
No tenemos más rey que á Dios.
»Los americanos se han levantado poderosos y fuertes,
Inferiores en número, han triunfado en desigual combate.
La union los hacía invencibles;
La union, ese mágico grito de guerra
Que ha precipitado al tirano desde lo alto de su palacio,
Y que ha derrotado á sus mercenarias tropas.
»Desde entónces, esa palabra, cual nuevo Lábaro, brilla en [las alturas;
Está escrita en el cielo con letras formadas por estrellas
Y ha llegado á ser el nombre de nuestro país.
¿Qué mano temeraria y sacrílega
Se atreverá á derribar, para hacerla jirones,
Tan gloriosa bandera?

»Otros cánticos se hallan, por decirlo así, impregnados de una dulce poesía. Tal es éste de *Un niño, al ángel de su guarda*.

»Cuán bondadoso eres, ángel brillante, esplendoroso,
Que dejas tu morada celestial,
Para velar noche y dia
Por un niño, miserable pecador.
¡Cuán puro debería yo ser
Viviendo tan cerca de tí!
Todos mis momentos trascurren á tu vista,
Y la misma tierra que piso se halla santificada con tus pasos.

»En ninguna parte de la coleccion de San Stephen se encuentran esas terribles pinturas de los tormentos eternos, que llenan de terror á nuestros niños. El único cántico que habla de las venganzas del porvenir, es el titulado *Purgatorio;* pero su severidad se halla dulcificada por la esperanza de una tierna caridad.

»Cuando el bienhechor rocío
Refresca la tierra que seca el ardor del sol,
Las agostadas flores
Se enderezan sobre sus tallos.
Del mismo modo los preciosos méritos de Jesucristo
Calman los acerbos dolores
De las almas espectantes.
Hácia la region tenebrosa
En donde sufren seres queridos,
El amor y la religion
Nos mandan dirigir nuestros corazones;
La oracion tiene el poder
De devolverles la paz
Y de abreviar su destierro.

»Tales son los ejercicios de una escuela dominical católica. Todo ello no dura más que hora y media, y

durante el dia no se exige á los discípulos ninguna otra práctica religiosa. Nuestros hermanos de la Iglesia romana se guardarian muy bien de obligar á unos niños, cansados de estar sentados toda la semana en los bancos de una clase, á que asistiesen á la escuela el domingo desde las nueve hasta las diez y media; luégo al oficio divino hasta mediodía y á oir un sermon del que nada comprenden; y por último, despues de comer, á sufrir el fastidio de la escuela y del rosario. De todos los medios propios para inspirar á los niños la aversion á los pensamientos grandes y serios, ése es, sin contradiccion, el más eficaz. Afortunadamente no se halla en uso más que en un corto número de pueblecillos, en donde todavía sobrevive el espíritu del puritanismo.»

Hé aquí seguramente un cuadro de la escuela del domingo trazado con maestría é imparcialidad; en él se hace cumplida justicia al celo y á la inteligencia de los organizadores de la enseñanza católica. Mas nuestro guia, á pesar de su benevolencia, no nos muestra más que lo exterior de la institucion que describe; no conoce sus detalles íntimos. Para saberlos, preguntemos á ese vicario que acaba de dirigir con afecto paternal algunas palabras de despedida á una media docena de niños agrupados en derredor suyo. «Los domingos y los juéves, nos dice; reunimos aquí á nuestros discípulos, para darles la instruccion cristiana. Y lo que la hace más interesante es la eleccion de los profesores, sacados generalmente de entre los padres y madres de nuestros queridos niños, á quienes de ese

modo obligamos á que participen de la educacion religiosa de sus hijos. Luégo nos distraemos, como trabajamos, es decir, en familia. Por el verano tenemos lo que llamamos nuestras meriendas á escote, nuestros dias de campo. Algunas veces fletamos uno ó dos de esos barcos de vapor que habeis visto en el puerto, y en número de cuatrocientos ó quinientos, hombres, mujeres y niños, vamos á pasar el dia en un sitio ameno y delicioso. Comemos sobre la fresca hierba de la pradera, cantamos y hasta bailamos, y cuando se acerca la noche volvemos á nuestra casa, satisfechos con esos placeres inocentes, que no perturba ningun remordimiento.»

¿No es ésa la amable y dulce religion que nos han dado á conocer San Juan, San Vicente de Paul y San Francisco de Sáles, y que todos los dias practican á nuestra vista las hermanas de la Caridad? Nada de tristeza, nada de cortedad; la ternura evangélica sale del corazon y vuelve á él; uno de los caractéres propios de la virtud cristiana es el ser sencilla y natural, de atraer á sí las almas, en vez de asustarlas con exteriores austeros y desagradables. «La sabiduría, dice Montaigne, debe hacer visible su reposo y bienestar; debe formar en su molde el porte exterior, y armarle, por consiguiente, de una graciosa altivez, de un continente activo, alegre, de un aspecto de satisfaccion y de contento. La mejor señal de la sabiduría es una apacibilidad constante; por no haber apreciado en lo que vale esa virtud suprema, bella, triunfante, enemiga declarada é irreconciliable de la

aspereza, del disgusto y del temor, algunos han llegado, segun su debilidad, á hacer una figura triste, querellosa y amenazadora, cual una fantasma que esparce el terror entre las gentes.»

Parece que, revestidos así de gozo y de caridad, los sacerdotes católicos no deberian encontrar más que amigos; mas, sin embargo, tienen que luchar con muchas preocupaciones y muchos odios; sus adversarios, en América como en otras partes, los acusan de ser unos ambiciosos, y de que procuran dominar y gobernar al pueblo, predicando doctrinas que ellos no creen; pero la luz clarísima de la libertad disipa las prevenciones; ante esa luz equitativa, cada cual aparece tal como es; nadie puede ocultar sus acciones, y el buen sentido público las aprecia y las juzga. Así es que en el Nuevo-Mundo el catolicismo comienza á encontrar más justicia que en la mayor parte de los países de Europa.

«Ningun hombre de buena fe, dice el *Atlantic Monthly*, podria tener relaciones frecuentes con los sacerdotes católicos, sin verse obligado á reconocer la rectitud de su carácter y la sinceridad de sus convicciones. ¿Qué interes podria retenerlos en el sacerdocio si hubiesen cesado de creer?..... Admito sin dificultad que hay príncipes y hombres de estado cuya religion es un puro cálculo. El mismo Voltaire, despues que los ladrones robaron su casa, confesaba que el infierno es una cosa excelente para amedrentar á los malhechores, y enviaba á él, de todo corazon, á aquellos de quienes habia sido víctima; su amigo, el

grande Federico, no ménos incrédulo, repetia con frecuencia que si por acaso Voltaire llegaba á destruir el cristianismo, cosa que no le parecia fácil, la multitud ignorante acogeria al punto las mentiras más extravagantes y funestas. Los grandes pueden, pues, favorecer, áun sin tener fe en ella, una religion útil al órden social; pero no sucede así con el clero: un truhan hábil y ambicioso podria hacer otra cosa algo mejor que el abrazar el estado eclesiástico. Examinemos lo que pasa en nuestro país: el sacerdote debe levantarse muy temprano para decir misa; tiene que celebrar muchos oficios religiosos; á cualquier hora del dia ó de la noche es llamado á la cabecera del moribundo; necesita sostener la fatiga y la responsabilidad de las confesiones, renunciar á los goces domésticos y sufrir la pobreza; el Arzobispo de Nueva-York no tiene de renta más que 4.000 dollars anuales.

»Si á eso se agrega la especie de reprobacion de que con frecuencia es objeto el nombre católico, se convendrá en que hay pocas vocaciones más capaces de exaltar el entusiasmo de un creyente sincero, mas tambien de desalentar y ahuyentar á los hipócritas. Hace dos años, en la época de una epidemia, el vicario de una populosa parroquia de Nueva-York tuvo que ir sesenta y cinco veces en una semana á prodigar á los enfermos los últimos consuelos de la religion; la mayor parte de aquellas peligrosas visitas (las dos terceras partes por lo ménos) fueron de noche. Y ¿cuál es la recompensa de esos peligros y fati-

gas?..... A pesar de la excesiva carestía de todos los artículos de primera necesidad en América, un cura párroco no tiene más sueldo fijo de 400 dollars, lo que, unido á los derechos de estola, que son muy escasos, forma una suma apénas suficiente para las atenciones más indispensables.

»El esmero con que nuestros hermanos católicos preparan á los jóvenes aspirantes al sacerdocio no es lo que ménos contribuye á asegurar la sinceridad de las vocaciones; los estudios del seminario son largos y la disciplina rigorosa; con un rostro pálido y enflaquecido por las vigilias y el ayuno, los futuros sacerdotes llegan al altar para ser ordenados; muchos años ántes, cuando no eran más que unos niños que concurrian á la escuela del domingo, se habian hecho notables por su docilidad, su celo y su fervor; el párroco seguia sus progresos con la mayor atencion y solicitud; más tarde solicitaron asistir al sacerdote en el altar, y grande fué su júbilo cuando su buena conducta recibió la recompensa, por largo tiempo envidiada. Ningun protestante puede formarse una idea de la satisfaccion y el orgullo que experimentan unos padres católicos al ver á su hijo admitido á tener participacion en el culto; consideran el acto de ayudar á misa, no sólo como una distincion, como una honra, como una prenda de la buena conducta futura de sus hijos, sino tambien como una obra meritoria para el cielo; porque nuestros hermanos católicos, á pesar de la viveza y de la abundancia de su fe, rechazan con desprecio la idea *de la justificacion por sólo la fe*, y

se creen imperiosamente obligados á trabajar por sí mismos en la salvacion de sus almas.

»Sin embargo, nuestro jóven cristiano, convertido en niño de coro, no tarda en ser admitido entre los elegidos para ayudar las misas mayores y los oficios de la tarde; el párroco tiene frecuentes entrevistas con los padres, y si éstos desean que sus hijos reciban las sagradas órdenes, aunque no sean bastante ricos para costearles los estudios preliminares, se buscan medios para ayudarlos; el niño ingresa en un seminario, en donde se le enseña el latin, el griego, la teología y todas las ciencias que elevan el espíritu y sostienen la fe; por el contrario, se procura alejar de él esa facultad poderosa de las naturalezas superiores, por la que el entendimiento interroga, duda, raciocina y sondea los misterios más profundos; se combate, se extingue en el jóven levita ese instinto vivaz, que en la primavera de la vida impulsa á los corazones á unirse, como á las aves del cielo á construir sus nidos y buscar á sus compañeras; sucédense las mortificaciones, más ásperas y duras á medida que se acerca el tiempo del irrevocable voto; por último, el seminarista, abrasada el alma con un fuego celestial, recibe las órdenes, miéntras que los fieles que asisten á presenciar la ceremonia se hallan penetrados de un sentimiento que sería muy parecido al de la compasion, si no se mezclase á él un gozo triunfal; todos los ojos se hallan humedecidos de lágrimas al terminar el prolongado acto en que el Obispo consagra á los nuevos sacerdotes; bien frio, bien egoista sería el

corazon que no dirigiese á Dios una fervorosa oracion para pedirle dé perseverancia á sus celosos obreros, cuya única ambicion es la de trabajar en su viña. «Jamas olvidaré, nos decia últimamente un con»vertido, con qué curiosa avidez se agolpa la multitud »para oir la primera misa de un jóven sacerdote; su »primera bendicion es mirada como tan preciosa, que »eclesiásticos ancianos, y hasta los obispos, inclinan »sus encanecidas cabezas bajo aquellas manos puras »y santificadas.»

»Sinceros, sí, seguramente son sinceros los católicos; son los cristianos más convencidos de todo el mundo; la fe, como las demas facultades, se fortalece con el ejercicio; un católico no puede asistir á misa sin ejecutar el acto de fe más completo que jamas haya podido exigirse al espíritu humano.»

Es, en efecto, un espectáculo interesante, en ese Nuevo-Mundo, casi todavía completamente vírgen, en donde tantas carreras se hallan abiertas al interes y al talento, en donde se adquieren fortunas colosales con tanta rapidez, en donde la industria, el comercio y las empresas de toda especie ofrecen un ancho campo á la ambicion; es un espectáculo interesante, volvemos á repetir, el ver que hay hombres que sacrifican tan brillantes perspectivas para abrazar espontáneamente una vida oscura y pobre, no sólo durante algunos años de su juventud, sino durante toda su existencia. Habituados como estamos á esos ejemplos de abnegacion, permanecemos insensibles á ellos; entre los americanos, por el contrario, toda especie de mé-

rito encuentra una recompensa; los ministros protestantes reciben de los fieles pingües asignaciones; cada uno, impulsado por la emulacion que inspira la democracia, aspira á elevarse cada vez más; causa, pues, grande extrañeza la tranquila y alegre abnegacion de los sacerdotes católicos, y se aprende á apreciar la religion de donde sacan semejante fortaleza.

Y no porque ciertas ideas preconcebidas no subsistan todavía, las preocupaciones se desarraigan lenta y difícilmente. Así es que el lector habrá podido observar la compasion algun tanto desdeñosa con que el *Atlantic Monthly* afirma que «en los seminarios se combate esa facultad poderosa de las naturalezas superiores, esa facultad que interroga, duda, raciocina y sondea los misterios más profundos.» No es nuestro ánimo refutar los errores involuntarios en que el autor americano puede incurrir en sus apreciaciones; sin embargo, no podemos prescindir de hacer observar así que sus censuras no tienen ninguna razon de ser.

El catolicismo no aminora nada de cuanto hay grande en el espíritu del hombre, sino que, por el contrario, lo desarrolla; no desconoce ninguna de las necesidades del alma, y deja abundante alimento á esa pasion de saber, á ese deseo de investigaciones; la naturaleza, con sus admirables misterios, la moral, la psicología, la historia, el estudio de los individuos y de las naciones, el mundo finito todo entero, ha sido entregado á las observaciones de la ciencia; sólo allí, adonde la vista del hombre no podrá jamas alcanzar, es cuando el auxilio divino acude en su ayuda; léjos de

limitar el campo de accion de su espíritu, le abre nuevos horizontes y le impide que se consuma en tentativas estériles.

Hemos hablado de la pobreza de los sacerdotes católicos, y sin embargo, no debe concluirse de ella que en los Estados-Unidos sólo la Iglesia permanezca extraña á ese espíritu de iniciativa, que es uno de los caractéres distintivos de la nacion americana. Por más humilde que sea, sin presupuesto, sin proteccion y sin más recursos que la generosidad de individuos que en su mayor parte pertenecen á las clases ménos opulentas, lleva á cabo vastas empresas y hace progresos gigantescos. Los protestantes se admiran, y preguntan con inquietud adónde pasará esa fuerza triunfante, que sin luchas y sin esfuerzos ostensibles, hace cada dia en medio de ellos nuevas conquistas. El clero sufre privaciones, se impone penosos sacrificios personales, pues del óvolo que dan los fieles reserva cierta suma, destinada á formar un fondo de ahorros. De ese modo llega poco á poco á ser una especie de capitalista, y á esa ventaja que lleva á las sectas rivales, que á pesar de sus riquezas sólo viven á salir del dia, reune tambien la de la unidad de direccion.

En las inmensas soledades de los estados del Oeste se encuentran puntos marcados por la naturaleza para llegar á ser el sitio de grandes ciudades: los católicos estudian esos terrenos, levantan mapas y planos, en los que no tan sólo se hallan señaladas las poblaciones existentes, sino tambien las que probablemente aparecerán en un porvenir más ó ménos próximo. Quinientos dollars, hábilmente empleados hoy dia en la compra de terrenos en ciertas localidades, representarán quizá muchos millones dentro de treinta ó cuarenta años; la ciudad de Chicago nos suministra un ejemplo de esa progresion maravillosa; en 1830 el terreno no valia allí nada, y el Gobierno distribuyó, por mil quinientos y mil ochocientos reales, terrenos que en el dia están tasados en veinte mil dollars. Los católicos han aprovechado las circunstancias favorables que les ofrecia la América, y se encuentran ya en posesion de cuantiosos bienes.

A principios de este siglo no tenian en Nueva-York más que dos ó tres insignificantes establecimientos religiosos; hasta 1808 no se estableció allí el Obispo, y en el dia la diócesis cuenta 88 iglesias, 29 capillas, 4 seminarios, 23 academias ó colegios, sin incluir en ese número las escuelas anejas á cada parroquia; 16 conventos, 11 hospitales, etc. Sin embargo, esas cifras, aunque tan elocuentes, no dan una idea completa de la importancia adquirida por el catolicismo: es preciso añadir que sus monumentos figuran entre los más hermosos y mejor situados de la ciudad.

«Por donde quiera, dice el *Atlantic Monthly*, que la naturaleza y los hombres han dotado á una tierra de lo que deleita la vista y asegura la prosperidad, puede tenerse la certeza de que la maravillosa prevision de la Iglesia construye al punto un edificio gigantesco, en cuyo remate se ostenta la cruz. La magnífica catedral, bastante espaciosa para contener diez mil

personas, que en la actualidad se eleva en la quinta avenida de Nueva-York, podrá servir de iglesia metropolitana tan largo tiempo como la ciudad se mantenga en pié. Y sin embargo, cuando, hace algunos años, se eligió junto al mercado de los ganados el emplazamiento sobre el cual se queria edificarla, nadie, como no fuese un obispo católico, hubiera adivinado el valor de aquel terreno pedregoso.»

¿Los obispos católicos se hallan efectivamente dotados de una presciencia tan extraordinaria? Nosotros lo ponemos en duda; nos parece más natural el ver en la extension de la Iglesia americana la recompensa que sigue siempre á los esfuerzos generosos, inteligentes y perseverantes.

Sea como quiera, sólo la diócesis de Nueva-York posee actualmente cerca de cincuenta millones de dollars en propiedades inmuebles. La mitad de esa suma es debida á la hábil gestion del clero, que compra tierras cuando las puede adquirir á buen precio, y las vuelve á vender cuando se ha aumentado su valor; pero ¿cómo ha sido adquirida la otra mitad por una asociacion compuesta casi enteramente de obreros, de criados y de vendedores de escaso capital? Eso no puede explicarse sino por la multitud de conversiones; porque, segun confesion de todos, la Iglesia no impone cargas pesadas á ninguno de sus miembros; se gloria de ser la Iglesia del pobre; eso constituye su fuerza y su honor. La fe se propaga con una rapidez siempre creciente; apénas se han concluido de pagar los gastos ocasionados por la construccion de un edificio destinado al culto, cuando ya es insuficiente, y se necesita pensar en levantar otro.

Hé aquí de qué modo se subviene á esos desembolsos.

«Observemos, dice el americano que nos sirve de guía, el poderío y la sencillez del sistema católico. La iglesia de San Stephen, por ejemplo, apénas basta para las necesidades de sus numerosos fieles; se ha segregado, pues, de su circunscripcion una zona de cerca de una milla de largo, comprensiva de diez mil almas, y que debe formar una parroquia. El Arzobispo elige entre su clero el individuo que cree más apto para dirigir y apacentar el nuevo rebaño, y el electo acepta la mision con gratitud, porque es un ascenso, una recompensa y un motivo de emulacion. En la esfera de sus trabajos tiene completa libertad para dirigirlos como le parezca más conveniente, pero con la condicion de someterse á las leyes y á las costumbres generales. Porque esa misma Iglesia que con tanto rigor sujeta á pruebas las aspiraciones del sacerdocio, deja á sus presbíteros grande independencia y los reviste de un poder considerable; ademas proporciona á su energía poderosos motivos de accion. Nuestro futuro cura debe construir un templo, crear escuelas y organizar una parroquia. Pero se dedica enteramente á su obra, porque no le distraen de ella ni la mujer ni los hijos; no puede contraer matrimonio; la religion es el único objeto de su vida; lo que resta en él de ambicion humana se enlaza con la caridad para aumentar su celo, pues que mira á esa iglesia (cuyos intereses

han llegado á ser los suyos) como la institucion más dulce, más santa y más sublime, como el consuelo más eficaz en los males de la tierra, como el guía más seguro para conducir á la felicidad celestial.

»La union constituye la fuerza; mas, sin embargo, para llevar á cabo un proyecto, es bueno que sólo una voluntad mande. Nuestros hermanos católicos llevan á sus empresas el poder colectivo de doscientos millones de individuos, y el vigor de direccion que no pertenece más que á cada persona en particular. El sacerdote encargado de formar la nueva parroquia es tan dueño de sus movimientos como el capitan de una fragata de guerra, que debe esperar para comenzar el combate, las órdenes del navío almirante, pero que una vez dada la señal, arregla á su gusto las maniobras de su buque. Cuando pienso en la vida activa, libre y tan bien ordenada que hacen los sacerdotes católicos, no me extraña encontrarlos siempre benévolos, contentos y apacibles.

»Provisionalmente se ha alquilado un salon para celebrar los oficios parroquiales. Las tres ó cuatro misas del domingo, las de la semana, lo que se paga por los bancos, por los bautizos, los matrimonios y los entierros, basta para satisfacer los gastos, y áun queda un sobrante, que se aplica á la construccion de la nueva iglesia. En cada misa se pide para ese objeto, y ademas se nombra una comision encargada de arbitrar recursos, y se abre una suscricion. Durante ese tiempo el cura se entiende con los arquitectos, albañiles y carpinteros. Si trascurridos seis ó siete años

quereis ver en qué estado se hallan los trabajos, os encontraréis con una iglesia tan bella como espaciosa, un presbiterio, y por último, con un edificio de cinco ó seis pisos, en el que dos mil niños reciben las lecciones de los hermanos de la Doctrina cristiana y de las hermanas de la Caridad. Y no se me acuse de exageracion, porque no hago más que referir sencillamente lo que ha pasado á mi vista en una parroquia vecina, la del doctor Morrogh. Las nueve décimas partes por lo ménos de sus feligreses pertenecen á la clase obrera, y aquellas pobres gentes han sabido reunir con sus modestos ahorros la suma necesaria para construcciones cuyo coste sube á 200.000 dollars. Y sin embargo, la carga no ha sido pesada para nadie más que para el párroco. «He pasado muchas noches desvelado, decia, pensando en dónde encontraria el dinero que necesitaba, y temiendo siempre el verme obligado á suspender los trabajos.» Pero miéntras el doctor Morrogh experimentaba esa inquietud, la tarea de los feligreses era en extremo fácil. Su número ascendia á quince mil; pues bien, suponiendo que cada uno diese 50 céntimos por semana, la suma total al fin del año debia ascender á 39.000 dollars.»

Concluido el edificio, el sobrante de las rentas de la parroquia (siempre hay un sobrante merced á lo corto de las asignaciones de los sacerdotes) se emplea en establecer escuelas y comunidades religiosas, que llegan á ser los focos de una caridad activa. Todas las obras piadosas de que se gloría nuestro antiguo continente han sido trasplantadas á América, y el es-

pectáculo de esa inagotable beneficencia no es uno de los menores atractivos que ganan las almas para el catolicismo. Allí, como en todas partes, las hermanas de San Vicente de Paul se han conciliado la admiracion y el reconocimiento; velando á la cabecera de los enfermos, enseñando á las niñas, consolando todas las miserias, perpetúan desde hace dos siglos el espíritu de su fundador. Su ejemplo es una predicacion elocuente y contínua.

El espíritu de asociacion parece derivar naturalmente del catolicismo; lleno de un ardiente deseo de aliviar los padecimientos de la humanidad, se ha esforzado en todos tiempos en oponer al mal remedios proporcionados á sus estragos. El individuo aislado no bastaria para semejante empresa; se necesitan las fuerzas colectivas de un gran número de hombres de bien. Una multitud de órdenes religiosas y de asociaciones caritativas se extienden sobre la cristiandad como una red bienhechora, y no dejan pasar dolor alguno, sin que procuren dulcificarle.

Entre las asociaciones legas fundadas en los Estados-Unidos, debemos colocar en primera línea las que, bajo el patronato de San Vicente de Paul, hacen tantos prodigios de caridad. Sabido es que tienen ramificaciones florecientes en las cinco partes del mundo. El Asia, el África y hasta la Australia aprenden por medio de ellas á conocer la abnegacion cristiana. En América, en donde la administracion jamas ha pensado en abrigar recelos de esas piadosas conferencias, se han organizado en grande escala; no hay parroquia un poco importante que no posea alguna, y todas, por la cadena no interrumpida de la diócesis y del comité nacional, se enlazan al gran centro de la obra, es decir, á Paris. Así, miéntras que en Francia se ha roto la unidad, los países más distantes conservan, con una tierna fidelidad, la jerarquía que proclama por todas partes el dulce é irresistible poderío de la Francia, el imperio de la caridad.

Las buenas obras y la fundacion de escuelas, que es la mejor de ellas, absorben una gran parte de los recursos de la parroquia; mas, sin embargo, se procura reservar todavía una cantidad anual, destinada á proveer á las necesidades generales de la diócesis. La suma es pequeña, y muchos los gastos, y parece que el Obispo apénas podria cubrir las atenciones, mas no por eso deja de llevar á efecto empresas que harian retroceder al más intrépido. « La gracia de Dios vendrá en nuestro auxilio» dice, y acomete con tranquila seguridad la ejecucion de sus planes.

La construccion de la catedral de Nueva-Yorck muestra cuántos obstáculos es capaz de superar esa energía perseverante, que nada desalienta. Diferentes obras habian agotado la caja de la diócesis, y áun todavía quedaban deudas que pagar; sin embargo, se presentaba la ocasion de edificar una iglesia metropolitana, en relacion con la prosperidad actual del catolicismo, y en relacion, sobre todo, con la grandeza de sus destinos futuros. El edificio debia costar dos millones de dollars. No importaba: era preciso aprovechar la oportunidad, sopena de perder para siempre

ventajas incalculables. El Arzobispo, monseñor Hugues, escribió circulares exponiendo su designio, é invitando á las personas á quienes se dirigia, á que contribuyesen á él con la suma de 100 dollars. Ademas se dirigieron otras cartas á los que se sabía eran bastante ricos para poder dar 500 y hasta 1.000 dollars. Esas demandas hechas con discrecion y discernimiento, muy rara vez son negadas por los generosos americanos; ningun pueblo reune á una riqueza tan grande, una sencillez semejante de gustos, y una liberalidad más abundante para los intereses de la religion y del pais.

El Arzobispo reunió de ese modo 300.000 dollars; compró el terreno y abrió los cimientos de la catedral. Apénas se elevaban las paredes algunos piés, cuando estalló la guerra civil. Fué preciso suspender los trabajos. La miseria de las viudas y huérfanas reclamaba pronto socorro; ántes que edificar una iglesia á Jesucristo, se debia aliviar á sus miembros que padecian. Restablecida la paz se volvió á emprender la obra suspendida, y se prosigue con vigor en la actualidad.

La severa disciplina de la Iglesia, disciplina que tiene el secreto de enlazarse perfectamente con las tendencias liberales de su espíritu, excita en los Estados-Unidos el asombro y la admiracion. El problema presentado al Cuerpo Legislativo frances por un orador de talento (1), el de hacer que el clero tenga participacion en sus asuntos propios, y dejarle la eleccion de sus jefes, ha sido resuelto por los americanos con la inteligencia práctica que muestran en todo.

(1) Emilio Olivier. Julio de 1868.

Léjos de confundir lo espiritual y lo temporal, de añadir á las atribuciones del Estado el poder exhorbitante de nombrar los directores de las almas, no han cesado de proclamar que el Gobierno, ni tiene, ni debe tener ninguna autoridad en las cuestiones religiosas; que toda criatura humana tiene el derecho de adorar á Dios segun su conciencia, y que ese derecho inajenable no tiene más límites que los intereses y la libertad de los demas. El congreso no interviene de modo alguno en el nombramiento de los obispos; el clero de la diócesis se reune cuando muere su prelado, para designar el sucesor; se envian á Roma las propuestas que contienen los nombres de tres candidatos; al primero se recomienda simplemente con la palabra *dignus*, el segundo con la de *dignior* y al tercero se le califica de *dignissimus*. A ese último es al que casi siempre la Santa Sede reviste con la dignidad episcopal. Los sacerdotes americanos son, pues, gobernados por prelados que ellos mismos han elegido libremente. El considerable poder puesto en manos de los obispos tiene por correctivo, por una parte la eleccion, y por otra la dulzura y la justicia con que le ejerce. En los Estados-Unidos no hay ejemplo de que se haya acudido en queja á Roma contra la decision de un superior.

Así, por solo el hecho de la no intervencion de la potestad seglar, la Iglesia americana, tan sumisa al

Papa, ha llegado á ser al mismo tiempo una de las más nacionales y de las más patrióticas que existen. Ama las instituciones que son la garantía de sus derechos, y como no puede suscitarse jamas conflicto alguno entre lo espiritual y lo temporal, la satisfaccion dada á la conciencia fortalece su adhesion al órden establecido.

Iniciativa, perseverancia, caridad, organizacion maravillosa, que concilia el principio de la independencia con el de la autoridad: tales son los títulos que prometen á la Iglesia la seguridad de la simpatía de las poblaciones americanas. Desde que los Estados-Unidos, poniendo de acuerdo sus actos con sus principios, han dejado en libertad al catolicismo, se ha operado una reaccion muy pronta en su favor; se ha reconocido que esa religion, contra la que en un principio se abrigaba tanta desconfianza, es el auxiliar más poderoso de la causa del progreso y de la civilizacion; llamada á someter todos los hombres al yugo de la verdad, debe hacerse lugar por todas partes, porque la verdad, patrimonio comun de las almas, es de todos los tiempos y de todos los países; en donde quiera que encuentra el mal, le combate; transforma poco á poco las ideas y las costumbres; en donde encuentra el bien, le afirma y consolida. De ese modo, revelando al hombre la grandeza de su orígen y de su fin, y la nobleza de su naturaleza, y rehabilitando la pobreza y el trabajo manual, sin violencia y sin sacudimiento ha minado el reinado del despotismo y preparado el advenimiento de las libertades públicas;

ella no necesita atacar abiertamente los abusos; obra de una manera mucho mejor: cambia los espíritus, y los abusos caen por sí mismos.

Esa accion renovadora obra continuamente en el seno de las sociedades modernas; ha creado la atmósfera moral que nos circuye, conserva en ella los principios de vida, y sólo ella puede impedir que las pasiones la emponzoñen con peligrosos errores. Los americanos, pueblo religioso y práctico, han comprendido, hace largo tiempo, que la grandeza de las naciones tiene su base en el cristianismo; jamas han tratado de separar del Evangelio la libertad, que de él saca su fuerza. Así es que les ha sido dado presentar al mundo el magnífico ejemplo de una democracia completa y absoluta, que sabe librarse del escollo de la anarquía.

Durante largo tiempo han participado de la preocupacion comun contra el catolicismo, y hace todavía muy poco que uno de los ciudadanos de más prestigio en la Union era descartado de la presidencia, bajo el pretexto de que profesaba creencias religiosas incompatibles con la Constitucion. Sin embargo, once estados del Norte, es decir, los territorios más ilustrados del país, dieron sus votos al católico Fremont, lo cual era ya para la Iglesia un grande triunfo; pero una experiencia dolorosa, la guerra, vino á precipitar los espíritus hácia la fe antigua. Los americanos han podido convencerse de que el protestantismo no ofrece al sentimiento cristiano una base bastante firme para que sea por largo tiempo una salvaguardia eficaz; un

pueblo celoso de su libertad debe tener principios sólidos y una religion inmutable y positiva, porque, cuanto más se disminuye la represion exterior, más necesario es fortalecer el freno de la conciencia.

Los católicos, por su parte, no omiten nada para difundir entre las masas ideas verdaderas acerca de sus doctrinas: libros, periódicos y folletos esparcen por todas partes la luz; el *tract*, esa publicacion original, que se impone al lector, que le asedia en los carruajes y en los caminos de hierro, y que le persigue hasta en las plazas públicas, tambien ha sido puesto en juego. Medio de propaganda esencialmente protestante en su principio, ha llegado á ser una de las armas del catolicismo.

«Las personas que se ven obligadas á viajar en los ómnibus y en los barcos de vapor de Nueva-York, dice el *Atlantic Monthly*, encuentran con frecuencia, entre sus compañeros de infortunio, un caballero que saca del bolsillo un paquete de papeles religiosos, que va distribuyendo á cada uno; probablemente algunos más que yo han reflexionado que esos folletos llegarian á ser un instrumento moralizador de los más eficaces, si estuviesen escritos con talento y si tratasen de asuntos ménos impugnados; es verdaderamente asombroso que ese medio fácil de difundir buenos principios y conocimientos útiles lo hayan descuidado por tan largo tiempo los hombres que serian capaces de emplearle con fruto; no desespero, por lo que á mí hace, de ver algun dia nuestros carruajes públicos llenos de escritos debidos á la pluma de escritores como Emerson, Horacio Greely, Deecher Stowe, Cárlos Dickens y otros publicistas, poetas ó romanceros, de los dos sexos, que aman á sus semejantes, y tienen que decirles alguna buena frase ó darles algun consejo.

»Nuestros hermanos católicos han conocido el poder y las ventajas de los impresos de cuatro páginas, y se sirven de ellos con habilidad; sus pequeños opúsculos templan el fastidio de un viaje por medio de la ciudad, porque, ademas de que contienen noticias sobre una multitud de cosas que nos son desconocidas á los protestantes, tienen por lo comun un estilo vivo y hasta gracioso; no es por cierto desagradable, despues de recorrer de una manera monótona la mitad de Nueva-York, encontrar una persona que os deslice en la mano, de una manera muy atenta, un pequeño folleto titulado: *Lo que mi tio piensa acerca del Papa.*

»Un dia que nos hallábamos sentados en un banco de Central-Park, al que daba sombra un frondoso árbol, el tio Jorge sacó un periódico, y no bien hubo fijado la vista en él, cuando, golpeando fuertemente el suelo con su baston, prorumpió en una exclamacion.

»—¿Os molesta la gota?

»—No, hijo mio; sino que todavía se trata la eterna cuestion del Papa.

»—Cualquiera diria que no le quereis, tio mio.

»—Convengo en ello, porque es mal hombre, y lo peor es que siempre lo ha sido, respondió mi tio Jorge, mirándome por encima de sus anteojos.

»—Pues entónces, ¿por qué no le prende la policía y se le sujeta á un proceso?

»—Es necesario dejarle y guardarle consideraciones por causa de los que le creen justo y bueno; en cuanto á someterle á juicio, ya se ha hecho várias veces, aunque en vuestra edad no podeis comprender eso. Pero cuanto más se le hace comparecer ante el tribunal de la opinion pública, se encuentran ménos testigos que depongan contra él, y se arregla de manera que siempre sale absuelto.

»—Sin embargo, querido tio, no debe haber muchos que le defiendan..... ¡cuando más una docena!.....

»—¡Una docena!..... exclamó el viejo refunfuñando; estais muy léjos de la exactitud en la cuenta: mirad.

»Y con la punta del baston comenzó á trazar algunos números en la arena del paseo.

»Cuando concluyó:

»—¿Cuánto suma eso?

»—Primero hay un dos, le contesté, luégo un cero, despues un ocho y en seguida seis ceros. Por consiguiente, yo saco doscientos ocho millones.

»—¡Pues eso es, poco más ó ménos, amigo mio!.....

»Cuando uno se halla sentado en un ómnibus en frente de seis pares de ojos, prosigue nuestro americano, es más *divertido leer* esos libritos que ocuparse exclusivamente en evitar las miradas de los compañeros, tarea muy difícil en semejantes casos.»

Los católicos han publicado muchos escritos sobre diferentes puntos del *Credo* popular. Uno de esos opúsculos examina la máxima tan divulgada en América: «Todos los hombres no pueden tener las mismas creencias.» Otro tiene por texto este artículo del mismo símbolo: «Importa poco la religion que se profesa, con tal que se tenga una fe sincera.» La mayor parte de esos folletos se dirigen á la poblacion protestante, y tienden á rectificar los errores acreditados con respecto al catolicismo.

Se ha formado una compañía para la publicacion de esos folletos, dirigida por un hombre de espíritu tan emprendedor como recto es su juicio, su voluntad firme y su corazon noble y efectuoso; compañía que ha adquirido ya un desarrollo considerable; nadie, en efecto, como el P. Hecker conoce los medios más adecuados para hacer efecto entre sus compatriotas; aunque ha fundado una órden religiosa, de que es superior, la de los Paulistas, no ha concentrado su vida en el recogimiento y la oracion; la actividad americana se agita en él, y le ha formado uno de los campeones más intrépidos de esa Iglesia militante, que sostiene en el Nuevo-Mundo tan brillantes combates.

Ademas de las conferencias, que reunen en derredor suyo una multitud de oyentes, y ademas de la direccion de la compañía de los folletos, el infatigable apóstol ha querido ocupar tambien un lugar en la prensa y crear una Revista (1), que ha servido de órgano al catolicismo americano; hace ya cuatro años que soporta el peso de tan abrumadora tarea, que extenuaria las fuerzas de cualquiera otro, pero que sirve de alimento á la energía de esa alma de fuego. «El P. Hecker, dice el *Atlantic Monthly*, ha acometido la empresa de adaptar al antiguo espíritu de la Iglesia los mecanismos modernos, y se dispone á hacerlos mover con la velocidad del vapor.» Perso-

(1) *El Catholic-World*, que se publica todos los meses en Nueva-York.

nifica, en efecto, admirablemente la alianza del espíritu católico y del carácter americano; su vida muestra el papel que la religion está llamada á representar en las sociedades democráticas.

XVII.

BIOGRAFIA DEL PADRE HECKER.

El célebre fundador de los Paulistas cuenta en el dia la edad de cuarenta y cinco años, y en sus nobles y expresivas facciones se hallan retratadas la franqueza, la alegría y la benevolencia; una salud robusta es en él emblema afortunado del perfecto equilibrio de las facultades morales; tiene el dón de atraerse la confianza, las simpatías y el respeto. En cuanto á su talento de escritor y de orador, fortalecido por el ejercicio, se desarrolla cada dia: tal es el hombre, que, procedente de una familia protestante, es en el dia uno de los principales jefes de la pacífica revolucion religiosa de la América.

Nació en Nueva-York en 1824, de un padre presbiteriano y de una madre metodista; como ni uno ni otro tenian mucho celo por su fe, los hijos, segun el uso del país, quedaron en libertad de elegir entre las congregaciones de la ciudad. Mas no por eso debe suponerse que la familia Hecker careciese de principios religiosos; pero si los americanos dan una grande importancia fundamental, y tienen en mucho aprecio

el título de cristianos, hacen poco caso de la multitud de matices, variados hasta lo infinito, y con harta frecuencia muy difíciles de comprender, que separan á las diversas comuniones protestantes. Los tres hijos del presbiteriano de Nueva-York encontraron en el hogar paterno el ejemplo de virtudes tan modestas como piadosas; siendo todavía muy jóvenes se sintieron atraidos por un encanto irresistible hácia los problemas del mundo moral, y pidieron la solucion á todos los doctores que figuraban entónces.

Sin embargo, sus indagaciones no les impidiéron el que atendiesen á la parte práctica de la existencia; como verdaderos yankees, comenzaron á dedicarse al comercio á la edad en que nuestros niños suelen ocupar todavía los bancos de un colegio; su tráfico fué en un principio de los más modestos; eran panaderos, y tenian un pequeño almacen de harinas; pero, merced á la buena armonía que reinaba entre ellos y á su celo infatigable, la humilde empresa prosperó mucho; bien pronto se evidenció que marchaban á buen paso hácia la fortuna; la casa fundada por los hermanos Hecker ha adquirido en el dia gigantescas proporciones; provee á la ciudad de granos y de harinas, y sus establecimientos son los más considerables del mundo entero.

En cuanto hubo seguridad del buen éxito, uno de los jóvenes asociados sintió disminuir el ardor que hasta entónces le habia inspirado el trabajo; tenía diez y siete años, estaba lleno de salud y de fuerza, y poseia la generosa energía de la juventud. «Algunos

céntimos, decia, bastan para las necesidades cotidianas del hombre; ¿para qué afanarse tanto por adquirir riquezas? ¿no puede emplearse la vida en algo mejor que en ganar con que sostenerla? ¿Debo agotar mi actividad en esfuerzos que no pueden darme más resultado que el de proporcionarme los medios de alimentar la máquina humana?» Vagaban por su mente esas ideas miéntras amasaba el pan y le metia en el horno, porque los tres hermanos no rehuian los trabajos más penosos. Nuestro futuro Paulista habia sido siempre aficionado á la lectura, y se entregó con pasion al estudio; se levantaba á las cuatro de la mañana y se absorbia en las disertaciones de Kant y de los otros metafísicos alemanes; luégo, cuando llegaba la hora del trabajo manual, colocaba junto á su artesa los *Prolegómenos, ó la crítica de la razon pura*, para ocupar su espíritu al mismo tiempo que sus brazos; pero cualquiera que fuese el objeto de sus meditaciones, siempre se le presentaban estas cuestiones primordiales: «¿Qué es el hombre? ¿de dónde viene? ¿para qué ha sido colocado en la tierra? ¿adónde va?»

Las agitaciones del jóven americano no tienen nada que deba sorprendernos; esos enigmas terribles han preocupado y preocuparán siempre á toda criatura que se sienta formada para ser algo más que materia; esa chispa divina, que se llama inteligencia, siempre buscará su explicacion hasta que la haya encontrado, ó hasta que, dominada por el desaliento, confiese su impotencia para descubrirla.

El descubrimiento de la verdad debia ser para Hec-

ker largo y penoso; en vano iba de una en otra secta buscando la luz, conversaba con los jefes de las congregaciones y leia sus voluminosos tratados; una necesidad atormentaba su alma, la de renunciarse á sí mismo para dar un noble objeto á su vida; preguntaba con frecuencia á los ministros de las iglesias protestantes de qué modo el panadero de la ciudad de Nueva-York podria cumplir el precepto divino: «Id, vended todo cuanto teneis, dadlo á los pobres, y despues venid y seguidme»; ó bien este otro: «Dejad por mí y por el Evangelio vuestra casa, vuestros hermanos, vuestras hermanas, vuestro padre y vuestra madre.» Le contestaban siempre que eran expresiones figuradas, ó que por lo ménos esos consejos no eran aplicables á un jóven en el siglo XIX y que habitaba una de las ciudades más industriosas de los Estados-Unidos. «Es necesario guardarse muy bien, añadian aquellos sabios doctores, de llevar las cosas hasta el extremo; la juventud suele ser entusiasta; esas máximas de abnegacion, buenas en la antigüedad, no son aplicables á nuestra época.» Así, reducido al silencio, Hecker no estaba ni convencido ni satisfecho; cada nuevo desengaño hacia en él más ardiente la sed de la verdad, y resolvió que la busca de ese bien, único que tenía algun precio á sus ojos, sería su grande, su única ocupacion.

«Las mejores facultades de nuestra alma, decia, no pueden combatirse una á otra; sin duda alguna existe una religion que sabe conciliar con las luces de la razon todas las necesidades de nuestra naturaleza; ó

si el mundo no ha recibido semejante beneficio, tenemos derecho á esperarle; Dios se debe á sí mismo el iluminar el corazon que con humildad se dirige á él; si me rechaza, si muero sin haber visto escuchados mis votos, entónces haré grabar sobre mi tumba: Aquí yace un hombre que ha pedido con ardor la verdad, que la ha buscado con sinceridad, y no la pudo obtener.»

Desde entónces se alejó de la sociedad de las mujeres, porque hasta que estuviesen resueltas las dudas que en tan alto grado interesaban á su porvenir, queria permanecer árbitro de su suerte, y no enlazar al suyo otro destino; se retiró tambien de los negocios, abandonó las brillantes perspectivas que se le presentaban, y concibió el proyecto de emprender un viaje en busca de la sabiduría. El mundo no tiene más que una manera de apreciar conducta semejante: ¡ese pobre jóven está loco!..... decian. ¡Loco!..... sin duda lo estaba, pero con esa locura divina, que hace mil y ochocientos años confunde la ciencia de los sabios.

Era la época en que Hawthorne, Ripley, Dana, Curtis y algunos filósofos, ofuscados por brillantes utopias, procuraban realizar en Brook-Farm el ideal del jóven habitante de Nueva-York; tenian la ilusion de hacer la vida más feliz, y de disminuir, por medio de un sistema nuevo, las dificultades con que tropieza; hasta que ellos habian aparecido, la humanidad habia seguido muy mal camino; no habia hecho nada por lo que constituye la felicidad, y si algo habia emprendido para conseguirla, habia sido de una ma-

nera tan poco eficaz como adecuada al intento; los apóstoles de aquel Evangelio llamaban á todos los hombres, no tan sólo como el Cristo, á saborear los austeros goces del deber, sino á participar en igual medida de los que ofrece la vida presente.

Hácia Brook-Farm fué hácia donde desde luégo dirigió sus pasos nuestro entusiasta por la sabiduría. Admitido en la noble falange, en su calidad de panadero, recibió naturalmente el encargo de cocer el pan; mas como al cabo de nueve meses viese que los reformadores que pretendian dar la paz al mundo no sabian encontrarla para sí mismos, dejó aquella mansion de discordia para ir, con otro filántropo, á emprender nuevas experiencias; aquella asociacion produjo por único resultado enseñarle de una manera exacta á lo que puede reducirse lo estrictamente necesario para la vida; nueve céntimos por dia se conceptuaron suficientes para la subsistencia de un hombre; su compañero se apresuró á establecer sobre tan frágil base todo un sistema económico; pero Hecker no quedó muy satisfecho con el pueril conocimiento que á tanta costa habia adquirido, y cediendo á las instancias de su familia, regresó á Nueva-York.

A pesar de aquella aparente sumision á los consejos de los suyos, no habia renunciado á sus ideas humanitarias, pero pensaba encontrar en su misma casa un medio de aplicarlas. Un negociante que tiene á sus órdenes un numeroso personal, y que ejerce cierta autoridad sobre sus dependientes, puede hacerla servir para su mejora moral y para su bienestar físico;

con todo, el jóven no accedió á volver á entrar en la vida comun sino con ciertas condiciones: en primer lugar, exigió encargarse por sí solo de la direccion del personal del establecimiento; y en segundo, que la suma de utilidades ó ganancias de la casa quedase *pro indiviso*, y que ninguno de los tres asociados tuviese su bolsillo particular.

Sus hermanos, que le amaban y que estaban sumamente gozosos con su vuelta, aceptaron su proposicion con admirable desinteres; inmediatamente se dispuso un espacioso local para almacenes; Hecker colocó en aquel salon libros, periódicos, revistas, estableció allí diferentes juegos, é invitó á sus dependientes á que pasasen en aquel gabinete de lectura sus ratos de ocio y de descanso; y se esforzó, por cuantos medios estuvieron á su alcance, en instruirlos, alentarlos y darles buenos consejos y útiles socorros; cuanto más se ejercitaba en aquella obra caritativa, más se apoderaba de su corazon una amarga tristeza: queria ilustrar y guiar á los demas, y él mismo carecia de luces; queria alimentarlos, y no era más que un pobre mendigo, que se moria de hambre. Ciego y miserable, ¿qué podia hacer en beneficio de otros ciegos? Procuraba enseñarles sus deberes, pero no conocia ninguna autoridad infalible en que apoyar su enseñanza; ignoraba cuáles son las verdaderas obligaciones de una criatura humana.

Disgustado al fin de una tarea que reconocia era incapaz de desempeñar, la abandonó para entregarse otra vez con ardor á los estudios filosóficos; en efecto,

el mal éxito de sus primeras tentativas, léjos de desalentarle, le decidieron á no malgastar su inteligencia y sus fuerzas en adquirir riquezas, que no estimulaban su ambicion, porque no pueden dar al hombre más que un frívolo superfluo; en cuanto á guiar á sus compañeros de faenas, para hacerlo con provecho tenía que comenzar por instruirse él mismo.

El *fourierismo* acababa de ser importado con mucha celebridad á los Estados-Unidos por un jóven rico y de buena familia, llamado Brisbane. El periódico *La Tribuna* esparcia por Nueva-York esos deplorables errores, que tantos espíritus sedujeron, y que han sembrado gérmenes tan funestos. Hecker quiso conocer el sistema de Fourier; pero, aleccionado por las experiencias que ya habia hecho, descubrió bien pronto su vacío; seguramente aquello no era la verdad á que aspiraba y con la que debia nutrirse la humanidad.

Así, miembro alternativamente de las diferentes sectas protestantes, discípulo de las escuelas de filosofía, obrero y negociante, habia dirigido ya su ávida mirada á todas las doctrinas que gobernaban el mundo en medio del cual vivia, y se habia apartado de ellas; habia visto presentársele la fortuna y los goces materiales, y los habia rechazado con desprecio; y sin embargo, todavía no tenía más que veinte y dos años: ¡cuánta actividad de espíritu se necesita para haber recorrido á esa edad un círculo tan vasto de estudios y de trabajos!..... ¡cuánta profundidad de pensamientos, cuánta nobleza de alma para haber

reconocido el vacío de los sofismas, la nada de las riquezas!.....

Aunque habia pedido el reposo de la fe á muchos sistemas religiosos, existia uno sobre el que jamas se habia fijado su espíritu, y era el catolicismo. ¿Cómo creer, en efecto, que ese culto envejecido, que no contaba en su seno más que un pequeño número de pobres obreros irlandeses, mereciese la pena de un exámen serio? El ódio de un enemigo de la Iglesia le sacó de su error.

Hace cerca de veinte y cinco años que un predicador de Nueva-York, llamado Brownlow, concibió la idea, singular en un país como los Estados-Unidos, de despertar los odios religiosos y condenar á los católicos á la execracion general; incapaz de hacerse célebre por su talento, queria llegarlo á ser por el escándalo; su proyecto obtuvo al principio buen éxito, porque encubria con la máscara de piedad las malas pasiones que se proponia excitar; y aunque la América, colocando sobre cualquiera otro bien el derecho que cada hombre tiene de adorar á Dios segun su conciencia, hubiese enarbolado largo tiempo hacía la bandera de la libertad religiosa, todavía quedaba en ella una levadura de fanatismo puritano; á ese sentimiento se dirigia el fogoso Brownlow; sus vehementes invectivas atraian la multitud á la capilla de Chatham-street, y animado con el éxito, resolvió asestar los últimos golpes á la gran *prostituta romana;* un diario titulado *La Caida* ó *La Ruina de Babilonia* fué el encargado de tocar el doble de sus

funerales; pero pasado el primer momento de excitacion, los americanos se ruborizaron de su arrebato; los espíritus formales trataron de inquirir si verdaderamente el catolicismo era el espantoso monstruo pintado por Brownlow; y cuando un corazon sincero se encuentra en presencia de la verdad, del estudio á la fe la distancia no es larga.

Hecker habia asistido á los furibundos sermones del ministro de Chatham-Street; habia leido *La Caida de Babilonia*, y en medio de las injurias de que rebosaba aquel periódico, se encontraban algunas decisiones del Concilio de Trento, que el escritor creia muy á propósito para concitar la opinion pública contra la Iglesia; con vivo asombro y extremada emocion, el jóven Hecker tuvo conocimiento de la sábia sentencia que condena las doctrinas de Lutero sobre «la justificacion por sólo la fe.» Siempre habia mirado ese principio como muy dudoso; el dogma católico le pareció más conforme á la razon, más en armonía con la voz de la conciencia. Dios crió al hombre inteligente y libre, y le hizo demasiado grande para no concederle parte alguna en la obra de su salvacion; todo se subleva en nosotros contra el pensamiento de que nuestros esfuerzos para adquirir la virtud son una cosa indiferente á los ojos del Padre celestial, la moral, la dignidad humana y la justicia divina le rechazan igualmente. Nuestro jóven protestante vió tambien con placer que las doctrinas de Calvino, cuya intolerancia siempre le habia inspirado una invencible repulsion, eran altamente condenadas por la Iglesia.

La belleza, la elevacion de la fe católica habian cautivado el espíritu de Hecker, y un atractivo todavía más poderoso debia ganar su corazon; tenía sed de abnegacion, y descubrió que la Iglesia posee precisamente la ciencia adorable de convertir en bien comun todas las formas de sacrificios. No hay aspiracion alguna generosa que no pueda ser satisfecha; uno se inclina al recogimiento y al retiro, y otro á las luchas y á los azares; éste tiene la sublime ambicion de ser útil á la grande causa de la humanidad, y aquél desea concentrar todos sus esfuerzos en su ciudad ó en su aldea; todos encuentran en la Iglesia una madre cariñosa, que los recibe con dulzura, los bendice y los alienta.

Los consejos dirigidos al discípulo que aspira á la perfeccion: «Vended cuanto poseeis y dádselo á los pobres; dejad por mí y por el Evangelio vuestra casa, vuestro padre y vuestra madre», sólo el catolicismo ha sido el que los ha puesto perfectamente en práctica. La jóven que al ver un padecimiento, llena de compasion, se enternece y se conmueve, y que con mano hábil cura las heridas y las llagas y cuida á los enfermos; la mujer inteligente que se siente llamada á instruir á los ignorantes; el hombre en quien arde la llama de la elocuencia, y que quiere hacer que vuelvan al sendero de la virtud las conciencias culpables; la heredera que aspira á un destino mejor que á ser el blanco de los ambiciosos; esas almas, dotadas de aptitudes tan diversas, pueden emplear útilmente su actividad; en vez de los disgustos que el mundo

suele proporcionar á los corazones formados para una atmósfera más pura, experimentan ese júbilo apacible, que adapta siempre las facultades á la entidad de la empresa que hay que desempeñar. La religion católica tiene bálsamos para todas las heridas, y trabajo para todos los obreros; conoce con exactitud hasta los más recónditos pliegues de la naturaleza humana; ese hecho le pareció á Hecker una nueva prueba de su divinidad, porque sólo al que nos ha criado pertenece el acudir de esa manera al socorro de todas nuestras necesidades.

No tratarémos de describir los sentimientos del jóven cuando, despues de seis años de espectativa y de afanosas investigaciones, vió brillar ante sus ojos aquella verdad por la que tan ardientemente habia suspirado; los que han experimentado alguna de esas emociones santas son los únicos capaces de comprender lo que pasó en él.

En el ardor de su reconocimiento resolvió consagrarse á Dios, y emplear su vida en conquistar almas para aquella Iglesia, que acababa de aparecérsele tan bella. Marchó á un seminario de Alemania á prepararse para el sacerdocio; pero en cuanto recibió las órdenes sagradas regresó á los Estados-Unidos. Animado, como todos los americanos, de un acendrado patriotismo, y sabiendo muy bien que la verdad contribuye tanto á la grandeza de las naciones como á la felicidad de los individuos, pensó hacer la obra más provechosa á su país volviendo á él á predicar el catolicismo. El Nuevo-Mundo ofrecia un vasto campo

al celo del apóstol; el terreno se hallaba bien preparado y la cosecha prometia ser abundante.

El Arzobispo de Nueva-York habia organizado misiones en todas las parroquias de la ciudad para reanimar el fervor de los fieles, y ponerlos en guardia contra los riesgos que podia correr su fe en medio de un país protestante. Bien sabido es el beneficio que la excelente institucion debida á la caridad de San Vicente de Paul ha producido entre nosotros; combate en las almas el frio mortal de la indiferencia, y es un remedio contra el moho de la costumbre; habrá alguno que permanezca insensible á la voz de su pastor, y sea dominado por la palabra de un extraño; y habrá algun otro que desde largo tiempo no acudia al templo, ni practicaba ya sus deberes de cristiano, ni áun de hombre honrado, y que, atraido por la curiosidad, vuelva á entrar y penetre la luz en su alma.

Como la mayor parte de las fundaciones de San Vicente de Paul, la obra de las misiones ha atravesado los mares; su apostolado, no ménos útil que el que se dirige á los bárbaros, mantiene y fortalece la piedad de los cristianos y conserva en la Iglesia los hijos de su amor; ésa fué la tarea que eligió el P. Hecker; su elocuencia viva y persuasiva, el ardor de sus convicciones, los nuevos puntos de vista bajo los cuales presentaba el catolicismo, todo anunciaba en él uno de esos oradores que conmueven á la multitud, uno de esos hombres á quienes la naturaleza ha dado el reino de la inteligencia.

Recorrió así un gran número de distritos de la Nue-

va-Inglaterra, pero todos sus oyentes pertenecian al catolicismo, apénas se mezclaba con los fieles un protestante; pues bien: el sueño, la preocupacion constante del P. Hecker era el dirigir la buena palabra á sus antiguos compañeros de error; pensaba en que muchos hombres luchaban con las tinieblas, y se extenuarian en vanos esfuerzos por correr en pos de unas quimeras; no faltaba á sus ideas filantrópicas más que una buena direccion; por falta de luz degeneraban en utopias frívolas y peligrosas; el P. Hecker recordaba tambien cuán largo tiempo habia pasado al lado de la verdad sin conocerla, y decia para sí que ya era hora de descorrer el velo de ignorancia que ocultaba su esplendor á los ojos de los americanos. Convencido de que se hallaba próximo el dia en que el catolicismo triunfase en los Estados-Unidos, exhortaba á los fieles á que secundasen con todas sus fuerzas los designios de la Providencia.

Lleno de esos pensamientos, nuestro misionero juzgó que la fundacion de una nueva órden sería muy útil para el bien de las almas; la colocó bajo el patronato de San Pablo, el apóstol de las naciones, el grande propagador de la fe; pero la naciente congregacion necesitaba una morada; los anteriores trabajos del P. Hecker le habian puesto en relacion con un gran número de parroquias, las visitó una despues de otra, y de Quebec á Nueva-Orleans recogió abundantes ofrendas; con aquel dinero compró un terreno en una de las extremidades de Nueva-York, entre el rio Hudson y el sitio en donde hoy se extiende el Central-Park.

No habia allí más que unas casuchas habitadas por cabreros, y el Arzobispo decidió que aquella pobre poblacion formase una parroquia, de la que nombró párroco al P. Hecker. Bien pronto fué edificada la nueva iglesia, y á su lado el convento de los Paulistas, el presbiterio, la escuela y el colegio. Así, una obra destinada, segun la intencion de su fundador, á llevar al catolicismo los espíritus más ilustrados de la América, comenzaba por evangelizar á los humildes y á los ignorantes, y encontraba en ese bautismo de amor la fuerza necesaria para llevar á cabo su gloriosa mision.

Uno de los rasgos más interesantes de la Iglesia romana, el que enternece los corazones é impone silencio á las rebeliones del espíritu, es, dice un escritor protestante, el esmero con que cuida á los miembros más pobres, á los más desheredados de la familia humana; se ocupa de ellos como una madre de sus hijos más jóvenes y más débiles. «Si yo pudiera abrazar el catolicismo, ése sería uno de los motivos que me atraería á él; cuando busco en esta populosa ciudad de Nueva-York un sitio en donde el espíritu cristiano viva y obre, me dirijo á una parroquia católica; veo allí hombres encorvados por el trabajo, extenuados por las privaciones, y que habitan en mansiones lóbregas y poco sanas, pero en medio de aquella tristeza descuella un edificio que regocija, la iglesia; allí el pobre se reanima: la pintura, la música, la escultura, los esplendores de un culto majestuoso, se reunen para elevarle por encima de las miserias de este

mundo, y hacerle gustar los goces más exquisitos que al hombre le es dado disfrutar sobre la tierra; hay más: tiene la seguridad de encontrar siempre en el templo un amigo, un padre que escuche la relacion de sus padecimientos, que los dulcifique y le consuele; y esas bendiciones, esos goces, no le son dados á título de limosna; su óbolo, unido á millares de otros muchos, se destina á sostener la pompa del culto; la iglesia es suya; ha contribuido á su sostenimiento; la escuela le pertenece tambien, porque ayuda á sufragar sus gastos; él es el que remunera á los sacerdotes, y merced á una ingeniosa organizacion, todo eso apénas le cuesta algunos céntimos. Nada funciona tan bien ni con tan grande economía; el propietario le hace pagar un precio enorme por el alquiler de su habitacion, la administracion municipal le exige sumas no despreciables, y los tenderos que le surten de los artículos de primera necesidad lo hacen con una ganancia exhorbitante. Por todas partes, excepto en la iglesia, tropieza con las dificultades y las pequeñeces de la vida.

El edificio construido por el P. Hecker sobrepujó las esperanzas de su fundador. Diez años han transcurrido desde la conclusion de los trabajos, y durante ese corto espacio de tiempo, la ciudad ha adquirido, por la parte del Hudson, una extension tan considerable, que ha transformado el aspecto de la parroquia. La comunidad de los Paulistas tambien prospera; se compone de seis religiosos, que se distinguen por su talento y su ciencia, de doce aspirantes ó novicios y

de cuatro criados (legos), todos protestantes convertidos por el P. Hecker.

Ya hemos dicho que el objeto de la nueva congregacion es atraer á las sanas doctrinas á los hombres que se encuentran más alejados de ellas; pero ¿cómo acercarse á ellos? ¿De qué modo se ha de obligar á que escuchen la palabra divina á unos oidos que no quieren abrirse más que á los acentos de la sabiduría humana? El P. Hecker miró en derredor suyo y vió que los hombres de su tiempo, sobre todo en América, se inclinan ante un gran poder, el de la prensa. Empleó, pues, esa palanca, porque cada siglo paga su tributo á la obra de Dios; los descubrimientos modernos, que acortan el espacio y transmiten en un instante las ideas de uno á otro extremo del mundo; el comercio, que hace que los pueblos entablen amistosas relaciones y destruyan las barreras que levantára la envidia y el recelo; todas esas cosas, que los hombres hacen por un interes puramente terrestre, tienen siempre, sin embargo, un alcance ó mira providencial más elevada; sirven para la expansion de la palabra divina. Los Paulistas comenzaron á redactar los artículos del *Catholic-World*, á escribir hojas sueltas y folletos destinados á las bibliotecas de las escuelas dominicales. De esas publicaciones, unas fueron distribuidas en los carruajes y sitios públicos, y otras confiadas á los miembros de las diferentes asociaciones piadosas de las parroquias, para entregarlas á los parientes ó amigos que no pertenecian al catolicismo; de ese modo cada fiel llega á ser un apóstol, y si es

incapaz de defender por sí mismo su fe, el P. Hecker le presta su elocuencia.

Como los Paulistas conocen muy bien á su país, le hablan su lenguaje; se aplican á demostrar el acuerdo íntimo que existe entre el catolicismo y las instituciones de los Estados-Unidos; su doctrina, tan tierna para los pobres y los débiles, los principios de fraternal igualdad que forman su esencia, su escrupuloso respeto á los derechos de otro, los hacen el auxiliar natural de los gobiernos democráticos, al mismo tiempo que la solemnidad de sus ceremonias, la magnificencia de sus iglesias, embellecidas por el concurso de todas las artes, despiertan en el alma los sentimientos dulces, elevados, delicados, y esparcen en ellos un perfume de poesía, que con frecuencia suele faltar en las repúblicas.

Segun el P. Hecker, hay ademas otro motivo, que debe atraer hácia la Iglesia á los americanos; ninguna religion ha comprendido mejor la dignidad de la naturaleza humana, ninguna lo ha proclamado en voz más alta, diferente, en cuanto á eso, del protestantismo, que tantas veces ha negado la libertad del hombre. El P. Hecker no deja de poner en relieve la oposicion que debe existir entre las convicciones religiosas y políticas de los americanos del culto reformado. Cuando están en el templo dicen: «El hombre se halla enteramente corrompido»; luégo, cuando suben á la tribuna, exclaman: «El hombre posee bastante rectitud para gobernarse á sí mismo, y bastante inteligencia para tener derecho á tomar parte en la direccion de

los negocios públicos.» En el alma de un católico, prosigue el P. Hecker, no existen esas contradicciones: lo que creemos como fieles, podemos creerlo tambien como ciudadanos.

No es sólo en el campo de la política en donde los Paulistas han tratado de reconciliar á su tiempo con el catolicismo; hijos de su siglo, no repudian ninguna de sus glorias, pero quieren darlas la consagracion de la religion.

Ciertamente todos los dias vemos llevar á cabo cosas grandes: la corriente irresistible de la democracia se extiende por todas partes y transforma el mundo; la ciencia abre á nuestra vista nuevos horizontes; ¿por qué, pues, nuestra época, tan noble por su corazon y por su inteligencia, no es más cristiana? Eso depende de que el hombre, criatura ínfima, á pesar de su poder, no sabe abarcar el conjunto del edificio para el cual lleva su piedra, y no descubriendo el plan divino que enlaza su obra á la obra eterna, se llena de orgullo ó se deja dominar por el terror. Es necesario que el tiempo, alejándole poco á poco, le permita comprender la perspectiva: entónces se prosterna y adora.

La fe vislumbra esas armoniosas relaciones: léjos de devolver á la ciencia y á la razon las injurias, de que tan pródigas suelen ser para con el cristianismo, se eleva á una esfera más pura, y las proclama á ambas dones excelentes del Criador; el hombre puede abusar de ellas, pero más pronto ó más tarde le vuelven á llevar hácia Dios. Es muy hermoso, es muy con-

solador leer en la obra del P. Hecker, *Las Aspiraciones de la naturaleza*, estas nobles y altivas palabras, en que prorumpe el alma del ciudadano y la conciencia del católico: «La razon y la voluntad hacen del hombre un sér responsable; áun cuando quisiera, no tiene el derecho de abdicar su independencia.» Y en otro lugar: «La fe religiosa no despoja á la razon, no restringe su dominio; por el contrario, la supone viva y operante, la desarrolla, la eleva, la ennoblece, aplicando su poder á la contemplacion de las más altas verdades.»

La ciencia no recibe ménos amistosa acogida. «El geólogo, dice el elocuente superior de los Paulistas, puede, sin causarnos temor, penetrar hasta las entrañas de la tierra y arrebatarla el secreto del calor que anima su seno; el químico puede someter la materia á su crisol, y examinar, con el auxilio del microscopio, lo que se escapa á la vista; el astrónomo, multiplicar sus instrumentos ópticos, y acortar, por decirlo así, la altura de los cielos; el historiador, hojear los anales de las naciones y descifrar los jeroglíficos de los monumentos antiguos; y por último, el moralista puede poner al descubierto los más recónditos pliegues del corazon humano, y el filósofo observar y describir las leyes que presiden á la razon soberana del hombre. ¡Sabios!..... el catolicismo no os tiene miedo: llama, alienta vuestros más atrevidos esfuerzos; sabe muy bien que en cuanto llegueis al término de vuestras ardientes investigaciones, os veréis obligados á reconocer que vuestros trabajos confirman sus enseñanzas, y que vuestros descubrimientos añaden nuevas perlas á la corona de verdad que adorna su frente.»

Así, miéntras que el protestantismo ofrece por todas partes la imágen de la confusion, la Iglesia, fuerte con su unidad, fuerte con la grandeza y la armonía de sus principios, adquiere cada dia más imperio sobre los ánimos.

En casi todas las ciudades de América, ocho ó diez sectas diferentes se combaten unas á otras y se debilitan mutuamente, porque prueban de una manera evidente cuán sujeto á error se halla el juicio individual, y cuán fácil es el que se contradiga á sí mismo. Los *clergymen* colocados al frente de esas iglesias no pueden tener la santa libertad que conviene á un ministro del Evangelio; el pan de su mujer y de sus hijos, la situacion precaria ó brillante de esos seres queridos, se encuentran á merced de la congregacion, y es necesario granjearse el aprecio de los miembros más influyentes, de los cuales depende el porvenir de la familia.

¿Qué contraste forma con esos pastores sin independencia, intérpretes de doctrinas fluctuantes y sin autoridad, la noble figura del sacerdote católico cuando se presenta revestido de su pobreza humilde, pero digna, y armado con su inmutable símbolo, consagrado por la fe de tantos siglos? Hoy lo reconocen así el buen sentido y el espíritu religioso de los americanos. Ya hemos indicado la situacion de los católicos en la diócesis de Nueva-York; otro artículo del

Atlantic Monthly nos presenta la estadística de sus progresos en todo el territorio de la Union. Al principio de este siglo no habia en ella más que un obispo católico, 53 sacerdotes y cerca de 30.000 fieles; y ahora hay 7 arzobispos, 40 obispos, más de 3.000 sacerdotes, 65 colegios, 56 conventos de frailes, 189 de monjas y 4.800.000 legos. En 1860, los católicos no figuraban en los Estados-Unidos más que en la proporcion de 1 por 100, y ahora componen la sexta parte de la poblacion. Durante el período de 1840 á 1850, su número se aumentó en un 125 por 100, miéntras que la suma total de los habitantes no se aumentaba más que un 36 por 100.

Si la extension de la Iglesia continúa con tanta rapidez, ántes de treinta años reunirá la tercera parte de la poblacion, y los católicos estarán en mayoría en los estados más influyentes.

Se ha elogiado mucho, y con razon, el sistema de educacion pública de los americanos. Hemos procurado dar de ella una imágen fiel; hemos mostrado lo que tiene verdaderamente admirable, pero tampoco hemos ocultado sus defectos.

Es muy buen pensamiento el reunir en las escuelas, para que reciban en ellas una instruccion comun, á todos los niños del país, tanto pobres como ricos. Sin embargo, esa institucion fraternal encuentra en la práctica muchos obstáculos, que todavía no se han podido superar. Eso es lo que explica el aumento creciente de los establecimientos católicos. Difundir la instruccion y defender el derecho que toda criatura humana

tiene á emanciparse de las tinieblas de la ignorancia: tal ha sido la preocupacion constante de la Iglesia. Sólo que, más previsora que la sabiduría de este mundo, ha impuesto la obligacion de iluminar el espíritu bajo la forma de un deber que cumplir para los ricos, y no un derecho que reivindicar para el pobre. El objeto era el mismo, pero ella conducia á él por medio de la caridad. Los que han estudiado imparcialmente su historia, saben que no hay mandato más formal ni más reiterado que el de instruir á la ignorancia, enfermedad moral, que esparce la inercia en las mejores facultades del alma. Como el cristianismo ha venido para levantar al hombre, debia esforzarse en volverle á poner en posesion de su inteligencia, del mismo modo que habia armado su voluntad contra el mal, y habia combatido las miserias físicas con una activa abnegacion. La maldicion antigua habia tocado al corazon, al espíritu y al cuerpo; era, pues, necesaria una triple rehabilitacion. Así es que en todo tiempo vemos al catolicismo consagrarse á tres especies de obras: la difusion de la fe tiene por compañeras inseparables la beneficencia y la educacion popular; las órdenes piadosas, que esparcen por el mundo la verdad moral y religiosa, las que consuelan el infortunio bajo todas sus formas, no son más numerosas, más veneradas, más fomentadas, que las que se dedican á destruir el reinado de la ignorancia.

No es, pues, asombroso que, apénas implantada en los Estados-Unidos, la Iglesia haya tenido escuelas capaces de rivalizar con los mejores establecimientos

públicos, y hasta que los haya sobrepujado en muchos puntos. Por muy celosos que sean los maestros legos, las hermanas de la Caridad y los hermanos de la Doctrina cristiana no les son inferiores en ciencia y en abnegacion. Los católicos encuentran en sus escuelas la instruccion religiosa, que es débil é insuficiente en las del Estado; los protestantes admiran en ellas el órden, el método y la excelente organizacion de los estudios.

No es ménos marcada la ventaja en la enseñanza superior. Es sabido que la iniciativa particular ha creado una multitud de colegios y academias, en las que los jóvenes de ambos sexos van á completar la instruccion recibida en las escuelas comunes; pero los profesores colocados al frente de esas casas no siempre ofrecen las apetecidas garantías de ciencia. Ademas, la inquieta actividad del carácter americano impide que se consagre á cada estudio el tiempo necesario; se abarca mucho, y no se adquieren más que nociones superficiales. En los establecimientos católicos no existen esos defectos: los maestros, elegidos despues de muchas pruebas, poseen conocimientos muy extensos, y llevan á la enseñanza la disciplina y el rápido espíritu de la Iglesia.

Entre los colegios americanos, los de los jesuitas especialmente gozan con justo título de una reputacion sin igual. Los protestantes confiesan esa superioridad. Un gran número de ellos envian sus hijos á las escuelas católicas; y tanto en los establecimientos de instruccion primaria como en los de la enseñanza

superior, cerca de una tercera parte de los alumnos pertenece al culto reformado.

«Esos conventos y esos colegios religiosos, dice una revista americana, están exentos de la mayor parte de los inconvenientes que se atribuyen á nuestras academias. Entre nosotros se olvida que los niños no se hallan comprendidos en el primer artículo de la declaracion de la Independencia. La Iglesia católica, por el contrario, ha tenido siempre por tradicion que se les debe tratar como niños; es decir, como menores, incapaces de dirigirse por sí mismos, y cuyos caprichos es necesario contener, si no se quiere que les causen un daño irreparable. En las comunidades religiosas los profesores son bastante independientes para ser respetados por sus discípulos, pero no tanto, que su autoridad degenere en tiranía. El convento posee bienes, y sus individuos dependen sólo de él; mas, sin embargo, su prosperidad se funda en las rentas de la escuela, El traje de la religiosa, del fraile ó hermano de la Doctrina y de la hermana de San Vicente de Paul, su aspecto, lleno de dulzura y de dignidad, bastarian para imponer respeto y para enseñar á los niños de los ricos que el poseer suntuosos palacios, adornados con frontispicios de mármol y con escaleras de palo de rosa, no constituye la distincion social más elevada y envidiable.»

Las conversiones á la fe católica parecen haber sido más numerosas despues de la guerra civil de los Estados-Unidos. Una mision celebrada hace algunos meses en una sola parroquia de Nueva-York, la de

San Stephen, produjo un centenar de conversiones; y segun todas las probabilidades, la cosecha será todavía más abundante, porque un gran número de personas solicitan instruirse, y la experiencia ha probado que casi siempre un estudio sincero conduce al catolicismo á los que le emprenden.

El movimiento religioso tiene tambien un carácter nuevo y digno de observarse. Hasta aquí el mayor número de conversiones se hacia entre los emigrados pobres. El buen sentido del pueblo habia visto los trabajos de esta antigua creencia, siempre tan jóven y tan llena de vigor y de vida; la habia comparado con sus rivales, y habia corrido á arrojarse en sus brazos. La luz ha penetrado con más lentitud en las clases elevadas. El hombre instruido quiere explicar los hechos; quiere que su razon los estudie, los pese ántes de admitirlos: el catolicismo atraviesa victoriosamente esa segunda fase. Las recientes conversiones de Nueva-York son ménos importantes por su número que por la posicion social de los neófitos, procedentes en su mayor parte de las filas de una sociedad en la que hace poco la Iglesia era mirada con el más orgulloso desden.

Las almas piadosas y sensibles hace mucho tiempo se hallan disgustadas de la sequedad del protestantismo: la duda introducida por el libre exámen, la incertidumbre de una fe que no se apoya más que en la razon individual, desalientan y contristan las conciencias. La fria austeridad del culto no es propia para desvanecer esa impresion; no hay en él nada que vigorice el corazon y derrame en él la alegría: diríase que el servir á Dios es una cosa triste y repugnante. ¿Los hijos llenos de amor se acercan de ese modo á un padre cuya indulgencia y bondad les son conocidos?

En fin, y quizá más que todo lo restante, el espectáculo de esos *reveils*, esas explosiones de un sentimiento religioso que, no sabiendo contenerse, se convierten en desesperacion y en locura; ese espectáculo hace que los hombres entendidos busquen la tranquila y serena unidad del catolicismo.

Las discordias intestinas, que han amenazado romper la Union americana, han aumentado á las causas generales de reconciliacion un nuevo motivo: el del interes público. La Iglesia se ha librado del viento contagioso de la division y ha sabido mantenerse alejada de las luchas políticas. La paz que ha conservado en medio de la agitacion de las pasiones que trastornaban el país, ha sido para los espíritus reflexivos un argumento de irresistible fuerza. Durante toda la guerra, tanto en el Sud como en el Norte, se ha visto á los sacerdotes ejercer el santo ministerio de la caridad, sin distincion de partidos. Un general protestante, que recibió en aquella desgraciada época un mando importante, se complacia en rendir un justo homenaje á la abnegacion de los limosneros católicos, «los únicos, decia, que en los campos de batalla se habian manifestado dignos de su mision.»

El ejemplo de la América prueba, pues, de una manera irrefutable que la Iglesia no tiene que temer nada de la libertad. La experiencia está hecha, y los

resultados son visibles para todos. En el seno de una sociedad protestante, en medio de un pueblo jóven y atrevido, que no ha vacilado en llevar hasta sus últimos límites los principios de independencia, el catolicismo se ha desarrollado con el vigor de una planta colocada en el terreno y el clima más favorables á su naturaleza.

En efecto, lo mejor que hay en el espíritu de nuestro siglo, el respeto á la libertad individual, la tierna caridad de que la filantropía no es más que el reflejo, la veneracion á la grandeza humana, aunque vista el traje del humilde y del pobre, todos esos sentimientos son esencialmente cristianos: el Salvador los trajo al mundo.

Ántes de él habia pueblos libres; es decir, existian asociaciones de ciudadanos, que se llamaban *Nacion*, y que, orgullosos con sus rudas virtudes y su noble inteligencia, se negaban á doblar la cerviz ante sus señores. Pero no eran la nacion entera, porque para nada contaban con sus esclavos, más numerosos, con frecuencia, que ellos mismos; y esos pueblos, gloria de la antigüedad, hollaban con sus plantas los derechos más santos. Esparta tenía sus ilotas, y Roma aspiraba á reducir á la esclavitud al universo entero.

El cristianismo fué el primero que enseñó á amar al hombre y á respetar su dignidad. El moderno espíritu democrático ha nacido del Evangelio; ¿por qué le ha de ser fatal? Por el contrario, existe entre ellos una estrecha simpatía; los amigos de la Iglesia no deben, pues, asustarse del movimiento que en nuestros

dias impulsa á las sociedades hácia las instituciones libres. Sin duda alguna, un pasado, por siempre lamentable, demuestra que la palabra *democracia* puede encubrir la opresion más violenta, el más intolerable de los despotismos: el de las masas. La Francia, seducida por las brillantes teorías de Rousseau, ha mantenido durante largo tiempo errores que la pusieron al borde del abismo. Renunciando á las ideas cristianas, de derecho y de libertad individual, retrocedió veinte siglos para prosternarse ante no sé qué fantasma pagana de soberanía nacional. La voluntad del pueblo, conjunto de las voluntades particulares, se ha extendido á todo; todo lo ha abrazado, todo lo ha dominado; en una palabra, llegó á ser la monstruosa tiranía, cuyo doloroso recuerdo conservamos todavía.

Pero si esos deplorables sofismas, si esos odiosos excesos son funestos á la religion, tambien matan la libertad, y por lo tanto los rechazamos con toda nuestra energía, lo mismo en nuestra calidad de ciudadanos que en la de fieles. Queremos creer que nuestro país, aleccionado por una triste experiencia, no se dejará extraviar. Comprenderá, como la América, que la soberanía del pueblo no es más que la voluntad general, aplicada á los intereses comunes de la nacion; cuando quiere traspasar ese límite, cuando reglamenta la libertad individual, la conciencia, el pensamiento, bienes preciosos é innajenables que el hombre ha recibido de Dios, y de que no debe dar cuenta más que á Dios, entónces degenera en despotismo. « Para proteger los derechos de los ciudadanos, dice M. Eduar-

do Laboulaye (1), existe el Estado. Si los invade, ¿cuál es su razon de ser? En vano invoca la seguridad pública; ya no es más que un instrumento de dominacion.»

La democracia, tomada en su sentido verdadero, debe producir en todas partes, lo mismo en Europa que en los Estados-Unidos, en las monarquías como en las repúblicas, fecundos y útiles resultados. Desgraciadamente, entre nosotros tendrá que sostener luchas con los errores que se cubren con su nombre, que la deshonran y la desacreditan. Amigos imprudentes, á quienes lo pasado nada ha enseñado, y que apartan la vista de las naciones más avanzadas que nosotros en el camino del progreso, la impelen á aislarse de la religion y á renegar de los principios cristianos, los únicos capaces de hacerla vivir: un gran número de personas, alarmadas, y no sin razon, con esas tendencias, se unen para rechazarla como enemiga del órden social. ¿Cuánto tiempo será combatido nuestro país por esas influencias contrarias, ántes de encontrar la paz en la verdad? Nadie puede preverlo, Pero lo que sí sabemos es, que cada uno tiene el deber de combatir las falsas ideas que arruinan la libertad; lo que sabemos tambien, que, suceda lo que quiera, la religion saldrá triunfante de la prueba, porque es heredera de promesas eternas. Para los que dudan y se sobresaltan, nada mejor podemos hacer

(1) *Historia de los Estados-Unidos.*

que recordarles las magníficas palabras del P. Lacordaire:

«La Iglesia, armada con la razon y el amor, con la más elevada razon y el más fuerte amor, ¿qué es lo que se puede contra ella? No se puede más que, ó dejarla libre, ó protegerla, ó perseguirla. Si se la deja en libertad, desarrollará todos sus medios, ganará primero una alma y luégo otra; se extendera hasta que, asombrados los príncipes de la tierra, se miren unos á otros y se digan. ¿Qué poder es ése, que invade y llena nuestras ciudades, nuestros campos, nuestras plazas públicas, y que nos va á dejar solos en nuestros palacios? Y los príncipes eligen entre el partido de proteger á esa Iglesia ó el de perseguirla. Si la Iglesia es protegida, es una fuerza añadida á otra fuerza; el manto imperial, extendido sobre la Iglesia, no puede avergonzarla, y sí hacerla bien. Si, por el contrario, se la persigue, entónces llega su mejor momento, el que Dios permitió en tiempo de los mártires, el que todavía permite cuando la Iglesia se halla adormecida: la persecucion..... Hé ahí de dónde hemos venido: ésa es nuestra cuna. ¿En dónde estaríamos si el siglo XVIII nos hubiese continuado su paz? Pero ha llegado la persecucion, y ahora, si nos buscan, vivimos: ¡hénos aquí!..... »

Seamos, pues, vigilantes, pero llenos de calma y de confianza; y sin ofuscarnos por los peligros que nos rodean, guardémonos de despreciar lo que hay de generoso en nuestro tiempo, ó por mejor decir, en su espíritu. Por otra parte, no es posible detener el

curso de las ideas de un siglo. Es un rio, cuyo paso sería tan inútil como peligroso el querer obstruir; vale más utilizar su fuerza, porque lleva la fecundidad en su seno, y dirigido con habilidad y prudencia, esparcirá la abundancia.

FIN.



ÍNDICE.